KIM RICHARDSON
AUTORA BESTSELLER DEL USA TODAY
MAGIA DE TORMENTA Y FURIA
LAS BRUJAS de MOONFELL
LIBRO 3

Magia de tormenta y furia

Las brujas de Moonfell, libro tres

KIM RICHARDSON

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a hechos históricos, personas o lugares reales es ficticia. Los demás nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Magia de Tormenta y Furia, Las Brujas de Moonfell, Libro Tres
Copyright © 2024 por Kim Richardson
Diseño de portada: Damonza

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción en su totalidad o en cualquier forma.

www.kimrichardsonbooks.com

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Magia de Carne y Hueso
Libros De Kim Richardson
Sobre La Autora

CAPÍTULO 1

Yo era miembro de Los Renegados.

Bueno, tal vez no era miembro *todavía*, pero me había ofrecido a tomar el lugar de Dash. No fue lo más sensato, debo admitir, pero lo había hecho. Ahora, tenía que aceptarlo.

¿Había sido una decisión tonta ofrecerme para tomar el lugar de Dash? Tal vez. Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse. Mi destino estaba sellado con una decisión impulsiva.

Yo solía ser una observadora silenciosa, que elaboraba cuidadosamente sus estrategias desde las sombras. Nunca actuaba por impulso, siempre pensaba las cosas primero. Pero cuando se trataba de Dash, toda lógica y razón parecían desaparecer y mi cerebro se iba de vacaciones.

—No puedo creer que hicieras algo tan estúpido —protestó mi tía Luna—. ¡¿En qué estabas pensando?!

En la cocina, poco iluminada, las sombras cubrían su rostro y acentuaban sus arrugas alrededor de la boca y los ojos. Se había quitado el atuendo de luto que llevaba antes y ahora tenía una apariencia más vibrante: un sombrerito de copa morado combinado con un abrigo del mismo color, guantes con estampado de leopardo y un bastón deslumbrante. Su sombra de ojos también era para combinar, y tenía los labios pintados de un rojo intenso. Cuando la miré más de cerca, me di cuenta de que las puntas de su pelo blanco estaban teñidas de rosado, dándole un aire punk-rock. Sí, mi tía de noventa y siete años tenía mucho estilo.

Suspiré profundamente.

—Ya somos dos. —El hecho fue que ni siquiera pensé. Sólo abrí la boca, y la decisión ya estaba tomada.

—Tiraste tu vida por la borda —continuó mi tía, mirándome como un bulldog.

—Le estaban haciendo daño a Dash —repliqué, aunque no tenía mucho sentido en ese momento. Pero así fue.

—¿Entonces te entregaste a ellos? ¿Tomaste su lugar? —La cara de mi tía se ensombreció al compás de su enfado—. ¿Qué piensa Dash de todo esto? Seguro que está tan molesto como yo. Sé que él no hubiera querido que hicieras algo tan tonto.

—No lo sé. No dijo nada. —No. De hecho, tan pronto como las palabras habían salido de mi boca—: *«Yo lo haré. Yo ocuparé su lugar»,* Los Renegados se habían largado, y Dash se había transformado en

cuervo y se había ido volando, desapareciendo en el cielo nocturno sin dirigirme la palabra.

No es la reacción que esperaba. Un simple «gracias» hubiera estado bien. En lugar de eso, sólo me dieron la espalda. Qué bien.

Y su cara... bueno... estaba *furioso*.

Ya éramos dos.

—Tienes que decirles que cambiaste de opinión —continuó mi tía —. Sí, sí. Eso es lo que les diremos. No pensaste con claridad. No eras tú misma. Estabas hormonal.

—¿Hormonal?

—Sí. Eso funciona todo el tiempo. No creerás lo que puedes conseguir cuando juegas esa carta. Los hombres se ponen tensos. Sólo quieren huir de ti.

Levanté una ceja.

—Me lo imagino.

Mi tía asintió.

—Cometiste un error, y ahora tuviste tiempo de pensarlo y entraste en razón.

Apoyé la espalda en la fría encimera de granito de la cocina y envolví mi taza de café vacía con las manos.

—No creo que funcione así. —En ese momento me di cuenta de que, aunque fuera posible decirles que había cambiado de opinión, no creía que fuera a hacerlo.

Mi tía golpeó el suelo con su bastón, haciéndome estremecer.

—Me da igual. Vas a hacerlo.

La miré fijamente.

—Escucha, sé que estás molesta. Pero en este momento lo que necesito es tener a alguien de mi lado. No a un sargento mayor.

Mi tía me fulminó con la mirada, royendo con la boca como si estuviera a punto de maldecirme o algo así. Estaba furiosa, sí, pero estaba más aterrorizada que otra cosa.

Se me escapó un suspiro al ver su rostro, antes radiante, ahora lleno de preocupación. Hacía apenas unas horas, estaba radiante de alegría por la noticia de que podríamos quedarnos con nuestra casa, todo gracias a Dash.

Y ahora yo acababa de arruinarlo.

—¿Por qué lo hiciste? —La voz de mi tía interrumpió mis pensamientos—. ¿Después de todo lo que has hecho y visto? ¿Cómo pudiste elegirlos? ¿Cómo pudiste unirte a esos malvados bastardos?

—No pensaba unirme a ellos como si fuera un equipo de voleibol. Estaba ayudando a un amigo. Me pareció que era lo correcto en ese momento.

—No lo era.

—No sé... tal vez lo hice porque él es como yo. Tiene un lado

oscuro. Así como yo.

—¿Entonces tirarías tu vida por la borda porque crees que son compatibles?

—No voy a tirar mi vida.

—Pero es lo que estás haciendo. Sólo que aún no lo sabes. —Mi tía Luna negó con la cabeza. El nivel de decepción en su rostro fue suficiente para aplastarme. Esa mirada me resultaba demasiado familiar y me hacía sentir como una niña caprichosa a la que hay que regañar. Me sentí incómoda bajo su mirada, pero no podía echarme para atrás, no después de todo lo que había pasado. Había tomado una decisión y tenía que cumplirla, sin importar las consecuencias.

Aun así, no pude evitar sentirme en conflicto. Cuando sentí el peso de sus palabras, sentí una punzada de arrepentimiento en lo más profundo de mi pecho. ¿Era sólo porque él era como yo? ¿O había algo más profundo, un entendimiento y una oscuridad mutuos que me atraían de él? ¿De verdad estaba dispuesta a arriesgarlo todo por Dash por una oportunidad de... qué? ¿Qué esperaba tener con él? ¿Compartir mi vida con alguien que comprendía la oscuridad que había en mí?

Dash me importaba. No tenía sentido negarlo. Y cuando mi corazón estaba involucrado, al parecer siempre metía la pata en algo.

—Sé que no lo entiendes —empecé, con la voz llena de emoción—. Pero tenía que hacerlo. No te preocupes. No me estoy aliando con Los Renegados. Nunca seré parte de ellos.

Mi tía volvió a golpear su bastón.

—¿Te estás oyendo a ti misma? ¿Puedes oír la estupidez que está saliendo de tu boca? Ahora *estás* con ellos, querida. Le vendiste tu alma al diablo.

—No lo hice.

—Es como si lo hubieras hecho. Tal vez él te hubiera ofrecido un mejor trato.

Fruncí el ceño, pero entendí lo que quería decir.

—Nunca seré como ellos. Dash nunca fue como ellos. Él estaba... está con ese grupo. Pero nunca fue como ellos.

Mi tía chasqueó la lengua.

—Lo era. Quizás ahora no, pero solía serlo. Uno no se une a un grupo así para hablar de libros en las reuniones mensuales del club de lectura. Te unes por poder. Por control. Dominio sobre los demás. Sí, ahora es diferente. ¿Pero cuánto tiempo le llevó? ¿Cuántos *años* estuvo bajo su control? —Ella se inclinó hacia adelante y dijo—: Muchos, muchos años, eso es. Un siglo, diría yo. Tal vez más.

Resoplé.

—Dash apenas supera los cuarenta. Creo que bebiste demasiado.

—¿Ah sí? ¿Estás segura? —Las cejas de mi tía se alzaron y

desaparecieron bajo el ala de su sombrero.

Me detuve un momento. Dash me había dicho que era mestizo, mitad humano, mitad demonio. Sabía que los brujos y otros paranormales vivían más que un humano normal. ¿Pero los demonios? Los demonios estaban en los planos inmortales cuando se trataba de longevidad. La verdad era que... Dash podía tener cientos de años.

Me gustaba ese abuelo.

—Sí, entiendo lo que quieres decir.

—No creo que sea así. —Mi tía se reclinó en su silla—. Has hecho un pacto con el mal, la peor clase de maldad de nuestro mundo, y les has dado la mano. Te utilizarán. Usarán tus poderes en su beneficio. Y no podrás detenerlos.

—Lo haré. —Dejé la taza vacía en el fregadero y me acerqué a la isla—. No soy uno de ellos. No pueden atraerme con falsos pretextos. No es que quisiera unirme. Tuve que hacerlo.

—No tenías.

—Sí tenía. Para salvar a un amigo. Tú no estabas allí. No viste lo que le estaban haciendo.

—Se suponía que derrotarías a Los Renegados, Kat. No que te unirías a sus filas. Todo se fue al infierno.

Apreté los puños para contener las dudas y el miedo. Nunca me había echado para atrás ante un desafío, y esto no era diferente. Si tenía que atravesar el fuego del infierno para arreglar las cosas, que así fuera.

Me quedé mirando a mi tía, con sus palabras haciendo eco en mi mente. En cierto modo, tenía razón. Había hecho un pacto con el diablo, literalmente. Pero no era demasiado tarde para hacer las cosas bien.

Y yo tenía una carta que jugar.

Respiré hondo, cuadré los hombros y me encontré con la mirada de mi tía.

—Sabes, esto podría ser algo bueno.

Mi tía soltó una carcajada.

—¿Te volviste loca? ¿Cómo es que unirse a Los Renegados es algo bueno?

—Porque —dije, apoyando los codos en la fría encimera al darme cuenta—. Ahora estoy adentro. ¿Qué mejor manera de derrotarlos? Soy un infiltrado.

—Infiltrada.

—Verás, me enteraré de sus planes —continué, sintiendo una oleada de determinación corriendo por mis venas—. Sabré sus próximos movimientos. Y entonces podré elaborar estrategias. Planificar. Los derribaré, tía Luna. Los derrotaré desde dentro. —No sabía por qué no lo había pensado hasta ahora. Pero mientras más

giraban las ruedas de mi cerebro, más me daba cuenta de que ésta era mi mejor oportunidad para atacar. Y atacar con fuerza.

Sonreí.

—Es un plan brillante.

—Eres una idiota.

Puse los ojos en blanco y dejé caer la cabeza.

—Vamos. Sabes que es un buen plan. Piénsalo. Seré uno de ellos, pero no realmente uno de ellos.

—Tu vernáculo es impresionante.

—Ya sabes lo que quiero decir. Sólo tengo que fingir que soy uno de ellos por un tiempo. Y cuando llegue el momento de destruirlos, lo haré. —Todo sonaba perfectamente alcanzable en mi cabeza.

Pero todos sabíamos que las cosas nunca son tan simples. Especialmente cuando yo estaba involucrada.

—Sé que esto es arriesgado —le dije—. Pero puedo arreglarlo. Me liberaré de su dominio cuando los destruya a todos.

Mi tía Luna negó con la cabeza, con una expresión entre incrédula y divertida.

—Siempre has sido una bruja testaruda. Supongo que podría funcionar, en teoría. Pero te estás adentrando en aguas peligrosas. Los Renegados son criaturas despiadadas, no hay que tomárselo a la ligera.

Asentí con la cabeza y mi determinación se fortaleció aún más ante el reto que me esperaba.

—Conozco los peligros. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados mientras siguen causando estragos en vidas inocentes. No dejaré que maten a más niños.

El cuerpo de aquel adolescente, Tim, apareció en mis retinas. Y luego una imagen de Emma. Los Renegados habían fracasado en su nuevo intento de invocar a su rey demonio, igual que hace veinte años. Había sido un susto, y sólo la habíamos encontrado gracias a Dash. Mi misión sería no tener que ver nunca a otro niño muerto.

—Esta es mi oportunidad de acabar con ellos para siempre. Y la voy a aprovechar.

Mi tía Luna me miró por un largo momento antes de asentir finalmente.

—Bien, si realmente estás comprometida con este camino, te ayudaré. Pero recuerda, el camino por delante será traicionero y lleno de peligros que ni te imaginas.

—Me imagino que mucho. —Asentí solemnemente, agradecida por su apoyo. Si no podía conseguir el apoyo de Dash, al menos tenía el de mi tía. Me daba cuenta de que seguía enfadada conmigo, pero conociéndola, siempre me cubriría las espaldas.

—Y, Kat —continuó mi tía—. Recuerda, una vez que entras en su

mundo, no hay vuelta atrás. Mantente alerta y no confíes en nadie.

—Entendido. —Sentí la gravedad de su advertencia, pero no dejé que me disuadiera. Tenía razón, como siempre, pero ya no había vuelta atrás. Había tomado mi decisión. Al diablo las consecuencias.

Mi tía tenía razón. Mi plan era arriesgado, pero también era la única opción que tenía en ese momento. No podía quedarme de brazos cruzados y dejar que Los Renegados siguieran infligiendo su mal a nuestro mundo. Y esta parecía ser la única manera de derrotarlos para siempre.

Lo haría sin pensarlo dos veces.

Mi tía hizo un ruido con la garganta.

—Esto llegó por correo mientras estabas afuera. —Mi tía empujó su bastón en dirección a la mesa del comedor.

Mis ojos se posaron en una pequeña caja.

Con esfuerzo, mi tía se levantó.

—Me voy a la cama.

—Tía Luna, espera...

—Te veré por la mañana. —Y con esas palabras, me dejó sola en la cocina y subió a su habitación. Podía sentir su decepción irradiando de ella mientras se retiraba. Podía sentirlo en cada golpe fuerte de sus pasos. Sí, estaba furiosa. Muy furiosa.

Pero sabía que también estaba preocupada, probablemente muerta de miedo, y que por eso estaba reaccionando de esa manera. Lo entendía. Lo que estaba haciendo era una locura. Una locura. Y peligroso como el infierno.

Pero aun así iba a hacerlo.

Me aparté de la encimera y me acerqué a la mesa para examinar el paquete. Sabía lo que era incluso antes de abrirlo.

Mis nuevas tarjetas de presentación.

Abrí la caja y agarré una de las tarjetas. El suave papel se sentía fresco en mi mano cuando saqué una y la sostenía contra la luz, admirando el sencillo diseño y las atrevidas letras plateadas.

KATRINA LAWLESS
INVESTIGADORA PARANORMAL

Le di la vuelta a la tarjeta y pasé el dedo por los números plateados de mis datos de contacto. Seguía pareciéndome surrealista ver mi nombre impreso así. Pero ahora, con la decepción de mi tía pesando sobre mis hombros, la emoción que antes sentía se vio sustituida por la duda.

Volví a la cocina, me senté en una silla y miré sin comprender la tarjeta de presentación que tenía en la mano. Mi mente se agitaba con pensamientos contradictorios. ¿Debía seguir adelante con el nuevo

camino que me había trazado o debía dar marcha atrás y dejar las cosas como estaban?

El tic-tac del reloj de pared parecía burlarse de mí, cada segundo que pasaba se hacía eco de mi indecisión. Ya no podía huir de las consecuencias de mis actos.

Estaba a punto de sumergirme de cabeza en profundidades invisibles como nueva integrante de Los Renegados. Había elegido este camino con convicción, impulsado por el deseo de ayudar a un amigo. El consejo de este amigo me ayudaría.

Sabía que Dash sería un jugador importante en mi nuevo plan. Él tenía información privilegiada. Necesitaba hablar con él.

Lástima que me estaba ignorando.

Pero lo encontraría. Vigilaría su granja si fuera necesario.

Un pensamiento vino a mi mente. Si el Grupo Merlín se enteraba, perdería toda credibilidad ante ellos y podría despedirme de cualquier trabajo futuro.

También sabía que si Blake se enteraba, bueno, ese era mi boleto de ida a la prisión paranormal, a la Ciudadela Grimway. Mi vida habría terminado.

Y yo que pensaba que mi nueva vida acababa de empezar.

CAPÍTULO 2

—¿Más café?

Levanté la vista y me encontré con la mirada de un hombre negro imponente y fornido que estaba frente a mí. Grueso y macizo, irradiaba fuerza y estabilidad. Su profunda tez de ébano brillaba bajo la intensa luz mientras una jarra de café colgaba de su enorme mano.

—Claro. Me hará bien un subidón de cafeína.

Un ceño fruncido estropeó el apuesto rostro de Kolton.

—Tan mal están las cosas, ¿ah?

No tenía ni idea.

—Sí. Así de mal.

—¿Sabes? —dijo el dueño de The Blue Demon mientras servía café caliente en mi taza, mientras observaba el ajetreo matutino a nuestro alrededor—. Soy bueno escuchando.

—Te creo. —De verdad le creía.

—¿Por qué no me cuentas? —Kolton se giró para colocar la cafetera de nuevo en el quemador.

Abrí la boca, pero luego la cerré.

Kolton extendió sus grandes manos sobre el mostrador y se acercó más.

—Todo lo que compartas conmigo quedará entre nosotros. Soy un hombre lobo de palabra. Te lo prometo.

—También lo creo. —Lo pensé. Probablemente me haría bien contarle mi problema a otra persona. Kolton era un hombre fuerte, capaz y —supongo— alfa, y tendría alguna idea valiosa. Pero no quería que se involucrara. Lo último que quería era que el hombre lobo saliera herido o, peor aún, fuera asesinado por Los Renegados.

—Digamos que *hipotéticamente* que me uní a un grupo de personas. Personas malas. Las peores —empecé, intentando decirle todo lo que podía sin revelarle demasiado—. Y estas *personas* podrían pedirme que haga cosas malas. No *quiero* hacerlas... pero puede que me obliguen. Mira, al estar en este grupo, puedo estar adentro. —Sacudí la cabeza —. Disculpa, eso sonó raro. Lo que quería decir es que al formar parte de este grupo, puedo vislumbrar cómo funcionan las cosas desde adentro. Conoceré sus planes. Sus secretos. Tendré una mejor idea de lo que está pasando.

—Lo entiendo. —Kolton me observó un momento, sus ojos oscuros se enfocaron en mi cara—. ¿Por qué te uniste?

—Para salvar a un amigo. —Totalmente cierto. Pero sentía que

Dash no quería ser parte de esa amistad. Era difícil, pero iba a encontrarlo de todos modos.

El gran hombre lobo parpadeó.

—¿Y qué harás con sus secretos?

Tragué un poco de café.

—Los usaré contra ellos. Quiero acabar con ellos. Quiero impedir que propaguen su maldad.

—Ah. —Kolton se echó hacia atrás y cruzó sus enormes brazos sobre su amplio pecho—. Eso suena peligroso. Cosas de agentes encubiertos.

Asentí con la cabeza.

—Supongo que se puede decir eso. —Tenía razón. Yo *era* una agente encubierta, ahora que lo pienso. Eso era a la vez emocionante y estresante. En todos mis años de trabajo como investigadora paranormal, nunca había estado encubierta ni me había disfrazado de algo que no era. Mi trabajo siempre había sido sencillo: descubrir un cadáver o una persona desaparecida y encontrar al asesino o a los responsables. Sin secretos ni intrigas, sólo trabajo detectivesco.

Me moví nerviosa en mi asiento. ¿Podría manejar esto? ¿Los Renegados se tragarían mis mentiras? No me consideraba una gran actriz, y todos sabíamos que no podía poner cara de póquer ni para salvar mi vida.

Creo que estábamos a punto de averiguarlo.

—Nunca he oído que un trabajo encubierto salga bien —dijo el gran hombre lobo—. Normalmente siempre termina con unos cuantos cadáveres.

—¿Hablas por experiencia?

Kolton cambió su postura.

—Pasa mucho en las manadas.

—¿En serio? —Interesante. Me incliné hacia adelante—. ¿Cómo es eso?

—Bueno, tenemos que tener cuidado con los forasteros. —Kolton dudó antes de continuar—. A veces son espías o cazadores humanos que intentan infiltrarse en nuestra manada y acabar con nosotros.

—No me digas. —Tenía sentido que los hombres lobo fueran cautelosos con los forasteros, sobre todo si eran objetivo de cazadores que buscaban erradicar a los de su especie.

—Pero también puede pasar dentro de la manada —añadió Kolton —. Un lobo puede fingir ser leal y digno de confianza, pero en realidad está trabajando para otra manada o grupo enemigo para acabar con la manada, para dispersarlos y poder tomar el control.

—Suena como algo que pasa mucho. —Tenía que admitir que no sabía mucho sobre los hombres lobo, especialmente sobre su forma de vida. Conocía lo básico, la mentalidad de manada, la fuerza bruta y,

no lo olvidemos, los temperamentos. Esta nueva información me pareció intrigante.

La mandíbula de Kolton se estremeció, y parecía que estaba recordando algún suceso del pasado.

—Así es.

Esperé a que me diera más detalles, pero no lo hizo.

—¿Y cómo se maneja eso? —pregunté, fascinada por esta nueva información.

—Tenemos nuestros propios métodos —respondió Kolton enigmáticamente—. Pero se puede decir que somos muy buenos olfateando traidores y espías.

Me reí entre dientes.

—Bueno, con suerte, no tendré que preocuparme por ningún olfateo ya que no soy una mujer lobo.

Kolton me miró con complicidad.

—Puede que no seas una loba, pero desde luego no te pareces a ninguna bruja con la que me haya cruzado antes. —Se inclinó más hacia mí, bajando la voz—. Tienes un *olor* característico.

—Claro. —La idea de que el hombre lobo me estuviera oliendo en ese momento me hizo sentir cohibida. *¿Me puse desodorante esta mañana?* Mierda. No me acordaba.

Pero no fue por eso por lo que mi corazón se detuvo por un instante, y pude sentir cómo se me iba la sangre de la cara. Pero Kolton ya me lo había dicho antes. Él sabía que mi magia era diferente y lo mantenía en secreto, otra razón por la que me caía bien este hombre lobo. Sabía que podía confiar en él.

—¿Tienes a alguien en ese grupo en quien puedas confiar? —preguntó el hombre lobo—. Siempre es bueno tener al menos un aliado. Facilita la transición. Si un miembro de la manada te cubre las espaldas, normalmente ayuda a que los demás empiecen a confiar en ti.

—Tal vez. Aún no estoy segura. —Se me formó un nudo en el estómago cuando la imagen de Dash transformándose en cuervo y volando pasó por mis ojos.

Sabía que Dash estaba enojado conmigo, pero para que mi plan funcionara, lo necesitaba de mi lado. Necesitaba su información. Necesitaba todo lo que pudiera decirme sobre Los Renegados. Era mejor conocer a fondo al enemigo antes de librar una guerra con él. No me gustaban las sorpresas. Necesitaba a Dash.

Saqué mi teléfono y busqué nuevos mensajes, pero en el icono del messenger no había nada. No tenía mensajes nuevos de Dash, aunque le había mandado al menos cinco mensajes anoche.

Así que le envié otro mensaje.

Yo: Puedes ignorarme todo lo que quieras, pero sé dónde vives.

Tenemos que hablar.

Suspiré y dejé el teléfono sobre el mostrador.

La expresión de Kolton se tornó seria.

—¿Estás segura de que estás preparada para esto? Porque no lo pareces.

Resoplé.

—Eso es porque no lo estoy. —Miré fijamente mi taza de café—. Pero ya está hecho. Estoy adentro. Y ahora tengo que llevar a cabo mi plan. —No iba a rechazar este reto. Especialmente cuando me había metido de lleno en él. Y ahora mismo, quería derrotar a Los Renegados. Quería aplastarlos.

—¿Y tu plan es usar sus secretos contra ellos y destruirlos?

—Exactamente.

Kolton soltó una profunda carcajada que pareció vibrar por todo el restaurante.

—Bueno, la mejor de las suertes para ti. Recuerda que jugar con fuego puede quemarte.

—Entendido. —Apreció su advertencia y comprendí la gravedad de mi situación mientras lo miraba con seriedad. Ser una agente encubierta, una integrante de Los Renegados, o como demonios quieran llamarlos, era sin duda arriesgado. Sin embargo, la emoción y el deseo de librar al mundo de Los Renegados superaban cualquier duda que pudiera existir en mi mente. A pesar de los peligros, no podía resistirme. Necesitaba hacerlo. Más que nada.

—¡Kolton!

Una voz aguda me llamó la atención y volteé para ver a una mujer diminuta con el pelo rojo fuego recogido en una coleta caminando hacia la barra. De mediana edad, su bonita cara estaba adornada con pómulos altos y una nariz delicada. Su delantal, manchado con diversos ingredientes de cocina, tenía bordadas las palabras «The Blue Demon» en letras negras y llamativas. Un plato colgaba de su mano.

—Es la segunda vez que tengo que devolverle el pedido —dijo la camarera que reconocí como Sela, empujando el plato hacia Kolton—. Su alteza dijo que los huevos estaban *poco hechos* y que su café sabía a agua de baño.

—Auch. —Me reí y me arrepentí cuando la mirada de Sela se dirigió hacia mí. Mi café estaba delicioso en ese momento.

—No me pagan lo suficiente por esta mierda —continuó Sela, con una mano en la cadera mientras seguía equilibrando el plato de comida con la otra.

Le di un vistazo a los huevos. Me parecieron bien. Más que bien. Y olían de maravilla. Se me hizo la boca agua como testimonio para el chef.

—Me va a cansar antes de la hora pico del almuerzo —continuó la

camarera—. Tengo bebés que alimentar, ¿sabes? Ellos necesitan toda mi fuerza.

Volví a resoplar. No pude evitarlo.

—¿Cuál es *tu* problema? —gruñó Sela. Sus ojos brillaban con esa energía salvaje de los hombres lobo.

—Tengo muchos. ¿Cuál quieres?

Sela puso los ojos en blanco y volvió a mirar a Kolton.

—Estos huevos no tienen nada de malo. ¿Qué se supone que tengo que hacer con ellos?

—Bótalos y llévale un nuevo pedido —dijo el gran hombre lobo.

—¿En serio? —preguntó Sela.

Kolton se quedó mirándola.

—Está bien. Pero si vuelve a decir que están malos*, tú* te las arreglarás con ella.

—Está bien —dijo Kolton, y pensé que estaba siendo demasiado blando con sus camareras.

Sela parecía una camarera con experiencia. Debería ser capaz de atender a los clientes demasiado exigentes, pero me dio la impresión de que hacía muchos años que no quería que la molestaran con eso y se había salido con la suya.

—Bien. —Sela volvió a sonreír mientras se inclinaba hacia adelante y susurraba—: Hay algo raro con esa. Huele... diferente, y no puedo precisar su especie. Me da escalofríos.

Al oír la palabra olor, Kolton y yo nos miramos.

—¿Puedes señalármela? —le pregunté, no muy segura de que lo hiciera.

Sela esbozó una sonrisa malvada y giró la cabeza.

—Esa, con el pelo negro, que está sentada sola en la cabina del fondo.

Seguí su mirada hasta una mujer en la última cabina. Tenía el pelo negro hasta la barbilla peinado hacia atrás, dejando al descubierto sus rasgos esculpidos. Tenía la cabeza ligeramente girada y pude ver su perfil afilado sobre el fondo poco iluminado del restaurante. Era impresionante, en cierto modo fría. Sus ojos se entrecerraban y parecían brillar a la luz, dándole un aspecto depredador. ¿Vampiro? Tal vez. Pero estaba demasiado lejos de mí para descifrar bien lo que era. Y si Sela no podía percibir las energías vampíricas en ella, no estaba segura de lo que eso significaba.

—¿La conoces? —Le pregunté a Kolton.

El hombre lobo mantuvo la mirada en la posible vampira.

—Nunca la había visto. —Me miró y dijo—: No es de por aquí.

Fruncí el ceño, no me gustaba cómo sonaba aquello. Volví a mirar a la desconocida y sentí un nudo en el estómago. ¿Los Renegados me habían enviado una niñera? Eso explicaría su extraño olor, según Sela.

Si era una maga, le resultaba fácil enmascarar sus energías paranormales con un glamour.

Mierda. Esto no era lo que quería. No era parte del plan. Diablos, necesitaba más tiempo para *pensar* en un plan. Y todavía necesitaba hablar con Dash.

—¿Y *tú* la conoces? —Kolton me miraba con una ceja interrogante —. Parece que sí.

Sacudí la cabeza.

—No la conozco... pero creo que podría formar parte de ese grupo.

—¿Qué grupo? —Sela me miraba como si intentara decidir si yo le caía bien o no.

Miré a Kolton, sin querer decir más de lo que ya había dicho delante de Sela.

—Sólo una suposición.

El hombre lobo pareció crecer en altura y volumen mientras se enderezaba y enfocaba a la extraña.

—¿Quieres que me encargue de ella?

Escupí una risa nerviosa.

—¿Qué? No. No, claro que no. —Aunque la idea sonaba interesante, no quería que Kolton se metiera en mis problemas. Además, había visto lo que podían hacer los magos, lo que le habían hecho a Dash, y no quería a ninguno de ellos cerca de Kolton.

Sela ladeó la cadera. Sus ojos entrecerrados delataban su curiosidad e impaciencia.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

Abrí la boca y luego la cerré. No conocía a Sela, pero por la energía que desprendía parecía que le encantaba el chisme. Era imposible que se guardara algo tan secreto y peligroso.

Pareció leer mis intenciones.

—Bien, haz como si no existiera. A ver si me importa —me espetó —. Ya veremos cuánto tiempo tardo en atenderte la próxima vez que vengas.

—Sela —gruñó Kolton, con voz áspera y autoritaria, y se me erizaron los vellos de los brazos. Su cuerpo irradiaba un aura de fuerza controlada, su postura imponía atención y respeto.

Sela bajó la cabeza y me di cuenta de que era una muestra de sumisión.

—Bueno, será mejor que le lleve otro pedido de huevos antes de que le dé un ataque —dijo la camarera, lanzando una última mirada por encima del hombro a la desconocida antes de rodear la barra y atravesar la puerta que conducía a la cocina.

—Creo que no le caigo bien —le dije al dueño que estaba al otro lado de la barra. Pero tampoco es que me estuviera esforzando. No vine a Moonfell para hacer amigos.

—Sela puede ser demasiado dramática a veces —respondió Kolton, con los ojos aún clavados en la desconocida—. Pero es leal y tiene un gran corazón.

No lo dudaba, pero no estaba aquí para hablar de Sela.

Volví a agarrar el teléfono. No había mensajes de Dash. Mis dedos se deslizaron por la pantalla mientras escribía.

Yo: Pudiste haberme avisado de lo de la niñera.

No estaba segura de por qué Los Renegados habían enviado a la maga a vigilarme. ¿Quizás para evitar que hablara? No es que supiera mucho de ellos, excepto que la única forma de salir del grupo era que alguien ocupara tu lugar, entre otras cosas.

Cuando volví a mirar a la extraña por encima del hombro, nuestros ojos se encontraron.

No estoy segura de lo que vi en su cara, pero parecía ira. Tan pronto como apareció, desapareció y fue sustituida por una expresión de indiferencia.

—Ojalá supiera qué hace ella aquí —dije mientras me daba la vuelta y le daba otro sorbo a mi café.

—¿No sabes?

Miré a Kolton.

—No estoy cien por ciento segura. Más bien son conjeturas.

—Esta es tu oportunidad —dijo Kolton, mirando algo por encima de mi hombro.

—¿Qué?

—Hola —dijo una voz femenina detrás de mí, haciéndome estremecer.

Giré la cabeza, sin esperar que la maga admitiera que me estaba observando. Parecía que Los Renegados hacían las cosas de otra manera.

De cerca, era aún más llamativa, con un toque exótico.

—¿Puedo ayudarte? —Le pregunté.

Sela tenía razón. No sentía ninguna de las vibraciones paranormales normales, ni de vampiro, ni de lobo, ni de metamorfo. Si la olfateaba, ¿me consideraría grosera?

—Eres Katrina Lawless. —La sonrisa de la desconocida me recordó al aspecto que tendría una araña si pudiera sonreír justo antes de atravesarte la piel con sus colmillos venenosos.

Me di la vuelta para que mi cuerpo estuviera frente al suyo.

—Es Kat. ¿Quién quiere saber? —Los Renegados, ellos.

La desconocida me observó sin pestañear.

—Me llamo Marita.

Me encogí de hombros.

—¿Se supone que eso significa algo para mí?

Los labios de la mujer se torcieron en una sonrisa siniestra.

—Debería —respondió, con los ojos oscuros entrecerrados—. Estoy aquí en nombre del Grupo Merlín. Y vine a evaluarte.

Oh, qué alegría.

CAPÍTULO 3

El Grupo Merlín había enviado a la niñera, no Los Renegados. No me lo esperaba. Tal vez me estaba oxidando en mi línea de trabajo.

Dejé que esa información calara hondo durante exactamente tres segundos.

Y entonces me enfadé.

—¿Evaluarme en qué, exactamente? —le pregunté, sintiendo una oleada de calor en la cara—. He hecho mi trabajo. He resuelto todos los casos que me ha encomendado el Grupo Merlín, con bastante eficacia, debo añadir.

Marita se quitó una pelusa de su traje pantalón negro que parecía más caro que la hipoteca de este restaurante.

—Eso no es lo que he oído.

Exhalé.

—¿Qué has *oído*? —Sí, estaba perdiendo la calma. Y rápido.

Los labios de Marita se curvaron en una mueca mientras se inclinaba más cerca de mí, con los ojos brillantes de picardía. Su caro perfume desprendía un aroma a especias.

—He oído que te has vuelto descuidada, Kit-Kat —se burló, con voz grave y peligrosa.

—Es Kat —repetí.

Marita sacó una cigarrera plateada vintage, se acercó un cigarro a los labios y, con un movimiento del pulgar, una llama bailó en el borde. Encendió el cigarro con su fuego elemental y le dio una larga calada.

—Aquí no se puede fumar —gruñó Kolton, que parecía a punto de saltar por encima de la barra y golpearle la cabeza contra el suelo.

—Debería poderse —dijo la maga, con unos brotes de humo saliendo de aquella boca perfecta que tenía daban ganas de abofetear.

Sobre todo porque el humo del cigarro estaba haciendo todo tipo de cosas en mi cabeza.

Marita me pilló mirando su cigarro y levantó la cigarrera.

—¿Quieres uno?

—Dejé ese asqueroso hábito. —Pero seguía siendo una lucha diaria.

La maga se rio.

—¿Por qué? Es muy divertido. Y parece que te haría bien uno. Te ves un poco *tensa*.

—No puedes fumar aquí —le dije, usando las palabras de Kolton.

Si ella no iba a apagarlo, lo haría yo.

Marita sopló un anillo de humo en dirección a Kolton, sin apartar sus ojos de los míos.

—Sabes, Kit-Kat, el Grupo Merlín valora la profesionalidad, la discreción y, sobre todo, los resultados. Últimamente, te faltan las tres cosas. —Se burló—. Eso no queda bien en tu expediente.

Apreté los puños bajo el mostrador, intentando contener la tormenta que se desataba en mi interior.

—Si tienes algún problema con mi trabajo, dímelo sin rodeos. No des vueltas como un buitre alrededor de su presa.

Soltó una risita sombría que no hizo más que aumentar mi ira.

—Ay, *yo* no tengo ningún problema con tu trabajo. El Grupo Merlín sí. Y es más sobre tus métodos.

—Mis métodos siempre han dado resultados —respondí.

Marita le dio otra larga calada a su cigarro, ajena a la mirada de muerte que Kolton le estaba lanzando. Demonios, no quería estar en el lado malo del hombre lobo.

—Sí, pero ¿a qué precio? El Grupo Merlín ha recibido quejas sobre tus... daños *colaterales*.

Me burlé.

—¿Qué daños colaterales?

La boca de la maga se torció en una sonrisa.

—Dos chicos muertos... No, espera... Y una pareja de adolescentes *y* un hada camarera muerta. Si no recuerdo mal, ella solía trabajar aquí.

Perra. Me levanté del asiento y me puse de pie, odiando que la maga fuera unos dos centímetros más alta que yo.

—Nada de eso fue obra mía.

Los chicos muertos eran el resultado del ritual de Los Renegados de intentar invocar a un rey demonio, y los otros tres fueron consecuencia del demonio buer de Emily, algo que había omitido en la información crucial de mi informe al Grupo Merlín, sabiendo que podría significar problemas para Annette y su hija. Pero ahora que me enfrentaba a las consecuencias de mis actos, no podía evitar sentirme dividida entre la lealtad al Grupo Merlín y la culpa por haber ocultado la verdad. Sin embargo, de ninguna manera entregaría a una niña que había cometido un grave error. Saber que había causado tres muertes era castigo suficiente. El Grupo Merlín no tenía por qué saberlo. Nunca lo sabrían.

Respiré hondo, intentando calmar mi acelerado corazón. Las palabras de Marita me hirieron profundamente, hurgando en heridas que había intentado ignorar. Los recuerdos de aquellos casos me perseguían, los rostros de las víctimas grabados en mi mente como un cuadro cruel. Odiaba que volviera a recordarlo todo.

Marita soltó una carcajada que hizo que Kolton soltara otro gruñido amenazador.

—Tú trabajabas en esos casos, así que sí, es culpa tuya. Sus muertes son culpa tuya.

No creía que pudiera odiar a alguien más que a mi padre, pero Marita le seguía de cerca.

—No me responsabilizo de las cosas que están fuera de mi control —refuté con voz grave y peligrosa. La expresión engreída de Marita me sacaba de quicio, pero me obligué a mantener la compostura. La imponente presencia de Kolton a mi lado me recordaba que perder los estribos podía tener consecuencias más allá de este enfrentamiento. Si le daba un puñetazo, ¿El Grupo Merlín me incluiría en la lista negra? Sin duda.

—Fuera de control es exactamente lo correcto. —Marita golpeó la ceniza de su cigarro contra la encimera como si fuera un cenicero gigante.

Sí, toda una perra.

A pesar de la furia que corría por mis venas, forcé una fachada de calma.

—No puedes culparme de todas las tragedias que ocurren en mi trabajo. Como maga que trabaja para el Grupo Merlín, sabes lo complicados que pueden llegar a ser estos casos, los peligros a los que nos enfrentamos y las sombras que ocultan horrores que escapan a nuestro control. Hago lo que hay que hacer. Caso cerrado. No pueden culparme por eso.

La gélida mirada de Marita se clavó en la mía, calculadora y fría.

—El Grupo Merlín ya no lo ve así. Tu imprudencia se ha convertido en un riesgo que ya no podemos permitirnos —dijo con espirales de humo enroscándose en sus labios. Se inclinó más cerca de mí y sus ojos brillaron con malicia—. Las excusas no resucitarán a los muertos.

Kolton cambió su postura, su enorme forma estaba lista para atacar. Parecía que quería aplastarla más que yo. Tal vez debería dejarlo.

Sus palabras se asentaron en mi pecho como una roca, pero no dejé que viera cómo me afectaban.

—Si estás aquí para despedirme, hazlo. Tengo trabajo que hacer.

—¿Qué trabajo? —se burló la maga—. No tienes un caso.

No sé cómo lo supo.

—Este es un asunto personal.

Necesitaba deshacerme de esta maga y seguir con mi plan. Dicho plan era ver a Dash e interrogarlo sobre Los Renegados.

La gélida compostura de Marita vaciló durante un milisegundo, y en sus ojos volvió la furia que había visto antes.

—Por eso fracasas tan estrepitosamente en tu trabajo. Involucras tus asuntos personales. Te involucras demasiado.

—No sabes nada de mí.

La maga dio una larga calada a su cigarro y soltó un chorro de humo blanco.

—Créeme. Sé más de lo que piensas, Kit-Kat.

Fruncí el ceño, no me gustaba el tono de su voz.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

Pero antes de que pudiera replicar, Kolton sobrevoló la barra y aterrizó peligrosamente cerca de la maga, con los ojos encendidos de furia contenida. El aire crepitaba de tensión mientras hablaba en un gruñido bajo:

—Le mostrarás algo de respeto a Kat, o te arrepentirás.

Vaya. Sólo Dash había mostrado ese tipo de amistad hacia mí. Eso sólo consolidó mi creencia de que Kolton estaba realmente de mi lado, que *yo* era parte de su manada ahora. Era una buena sensación.

La expresión engreída de Marita vaciló un instante antes de serenarse y soltar otra bocanada de humo con desdén.

—Qué lindo. Pero no me gustan los perros.

—Cuidado con lo que dices —siseé. Juré que estaba a punto de darle una patada en la garganta, al diablo con el Grupo Merlín.

La maga soltó una risita.

—¿Crees que tu lobito puede intimidarme? El Grupo Merlín no retrocede tan fácilmente.

Me pasé los dedos por el cabello.

—No tengo tiempo para esta mierda. O me dices lo que quiere el Grupo Merlín o te quitas de mi camino.

Marita tiró la colilla al suelo y la pisó.

—Los errores tienen consecuencias, ¿sabes? Así funciona el mundo, Kit-Kat.

Me latía el pulso.

—¿Qué errores? ¿Jack dijo que cometí errores?

Se inclinó más cerca de mí y su voz se convirtió en un susurro conspirativo.

—La gente dice que no eres tan leal como dices ser. Que tal vez tu lealtad está... *en otra parte*.

Apreté la mandíbula, intentando mantener la compostura.

—Eso es una tontería. —Maldita sea. ¿Sabía el Grupo Merlín lo de mi trato con Los Renegados? ¿Pero cómo iban a saberlo? Fue anoche. A menos que me hubieran seguido y vigilado... A menos que Marita hubiera estado en Moonfell más tiempo de lo que pensaba.

Entrecerré los ojos hacia Marita y sentí náuseas. Tenía que estar mintiendo. Era imposible que supiera tan pronto lo de mi acuerdo con Los Renegados. Pero su forma de hablar, la confianza en sus palabras,

me hicieron dudar de mí misma.

Kolton se adelantó y adoptó una postura protectora que me hizo sentir una oleada de gratitud. No podía dejar que me intimidaran, no cuando había tanto en juego.

—Basta de juegos —dije, con la voz más firme de lo que sentía—. ¿Qué quiere de mí el Grupo Merlín?

Sus ojos se abrieron de par en par ante mi enfado, como si estuviera disfrutando de la exhibición.

—Para ser una bruja, tienes el temperamento de una mujer lobo.

En ese momento, la garganta de Kolton emitió un profundo rugido que habría hecho huir a hombres adultos. Pero Marita no pareció inmutarse ante la amenaza del hombre lobo.

Enarcó una ceja.

—Estoy aquí para investigarte, para ver si los rumores son ciertos. El Grupo Merlín quiere asegurarse de que no estás aliada con el bando *equivocado*.

—No lo estoy. —Aunque, técnicamente, era mentira. Apreté la mandíbula, intentando mantener la compostura a pesar de la ira que bullía en mi interior. ¿Cómo se atrevía a venir aquí y cuestionar mi lealtad? Le había dedicado años de mi vida a este trabajo, perfeccionando mis habilidades y cada detalle. El Grupo Merlín siempre había estado satisfecho con mi trabajo, hasta ahora. Sabía que un día mis secretos y mentiras me traerían consecuencias. Sólo pensé que tendría más tiempo.

—Verás, Kit-Kat... —Marita abrió su cigarrera plateada y se llevó otro cigarro a los labios—. El Grupo Merlín está considerando revocar tu condición de agente de campo autónomo para ellos. Estoy aquí para observar y evaluar tu desempeño. Y si es necesario, tomar las medidas pertinentes.

Kolton observó el tenso intercambio entre nosotras, con expresión ilegible. Sin embargo, pude ver un destello de preocupación en sus ojos; sabía que había mucho en juego cuando se trataba del Grupo Merlín.

Antes de que pudiera responder, Sela salió de la cocina con un plato de huevos recién hechos y nos miró a Marita y a mí.

—Sus huevos —dijo la camarera con una mirada de puro veneno —. ¿Quiere que le ponga el pedido en su cabina?.

Marita miró a la camarera como si fuera una camiseta manchada del mercadito local.

—En realidad, se me quitó el apetito.

Sela se quedó con la boca abierta.

—Me hiciste devolver el pedido, ¿y ahora dices que ya no tienes hambre?

Marita desvió la mirada y sus ojos se posaron en mí.

—Así es.

La piel sonrosada de Sela se puso roja de repente.

—¿Por qué? *Perra* engreída

Marita se rio.

—Cuidado con lo que dices, pelirroja —respondió con frialdad, y su voz era cortante en la tensa atmósfera—. O te quedarás sin trabajo más rápido de lo que tardas en decir «poco hechos» .

Las fosas nasales de Sela se ensancharon.

—¿Me estás amenazando? ¡Acabas de amenazarme! ¿Quién demonios eres tú para hablarme así? —Sus ojos brillaron con destellos dorados y, si no la conociera, diría que estaba a punto de transformarse en lobo para darle un mordisco en la yugular a la maga.

—Sela —advirtió Kolton—. Vete. Ahora.

La camarera dejó de golpe el plato con los huevos sobre la encimera, lanzando una última mirada venenosa a Marita antes de marcharse.

Kolton se adelantó y su presencia era imponente sobre Marita.

—Enciendes ese cigarro y te rompo las manos. Tú eliges.

Marita abrió la boca, pero luego la cerró como si considerara la amenaza de Kolton. Se sacó el cigarro apagado de la boca.

—Me caes bien. Quizás haga una excepción. Debes ser divertido en la cama.

La sonrisa sensual que intentó dedicarle a Kolton no funcionó. La miró como si fuera la suciedad del piso que estaba a punto de barrer.

—¿Y ahora qué? —indagué, tratando de interponerme entre la maga y el hombre lobo—. ¿Vas a seguirme a todas partes? ¿Como mi sombra? —Eso no funcionaría conmigo.

Marita me lanzó una de sus astutas sonrisas.

—Cariño, no eres *tan* importante.

La maga metió la cigarrera en su bolso.

—No te vayas del pueblo —añadió riendo.

Dios, la odiaba.

—Ni lo sueñes —le respondí.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, una sonrisa burlona se dibujó en sus labios.

—Por cierto, el Grupo Merlín te envía saludos.

—Jódete.

La sonrisa de Marita vaciló un instante antes de recobrar la compostura y enderezar la espalda desafiante.

—Nos vemos pronto, Kit-Kat —dijo antes de dar media vuelta y salir a grandes zancadas de la cafetería.

Sí, estaba en el infierno.

CAPÍTULO 4

Me impresionó no haber estrellado mi Jeep contra un árbol de camino a la casa de Dash. No dejaba de mirar por el retrovisor, esperando ver un discreto todoterreno siguiéndome: el vehículo que se suponía que era Marita, por supuesto.

No podía deshacerme de la inquietante sensación de que Marita siempre me estaba observando. Cada vez que me daba la vuelta, parecía estar allí, acechando en las sombras. Era como si tuviera la extraña habilidad de anticiparse a todos mis movimientos.

Pero la perra maga no aparecía por ninguna parte.

Pero eso no significaba que no me estuviera siguiendo. Por lo que sabía, podía ser una mosca en el tablero de mi Jeep, un gorrión en una rama, o tal vez podía hacerse invisible por arte de magia como aquel mago de Los Renegados. Si pudiera hacer eso, podría estar en cualquier lugar y en todas partes, y yo nunca lo sabría.

Como maga que trabajaba para el Grupo Merlín, era sin duda muy hábil. Los fracasados no trabajaban para el Grupo Merlín. Tenían pruebas mágicas difíciles que todos debían pasar y que evaluaban el poder interior y la habilidad mágica.

Yo debería saberlo. Las había reprobado como una campeona.

Algo que mi familia nunca me dejaría olvidar. Estaban muy orgullosos de mí.

Pero el fracaso no era nada nuevo para mí. Estaba acostumbrada a no cumplir las expectativas, a decepcionar a mi familia y a sentirme siempre como la oveja negra entre los magos con talento de nuestra estirpe. A pesar de su decepción, no me atrevía a abandonar el mundo mágico. Lo llevaba en las venas, era una parte de mí que no podía negar por mucho que lo intentara.

Y yo tenía magia. Sólo que era diferente a la de ellos.

Aun así, tener a esa maga acechándome en las sombras, vigilando cada uno de mis movimientos, echó por tierra mis planes con Los Renegados.

Si conseguía las pruebas que necesitaba para informarle al Grupo Merlín de que yo estaba en la cama con el enemigo, estaba perdida. El Grupo Merlín me cerraría las puertas para siempre, por no hablar de lo que eso supondría para mi reputación. ¿Quién querría contratar a una investigadora paranormal de la que se rumoreaba que estaba vinculada a una organización malvada que mataba niños?

Tenerla en Moonfell era un gran problema. Tenía que deshacerme

de ella de alguna manera. Pero no sabía cómo iba a hacerlo.

Sela tenía razón en una cosa. Marita desprendía unas vibraciones espeluznantes. No me cabía duda de que era muy buena en su trabajo, como yo en el mío. Si le habían encargado que encontrara información comprometedora en mi contra, estaba segura de que iba a hacer todo lo que estuviera en sus manos para encontrarla.

Su forma de actuar sin temor ante Kolton, la montaña de músculos con años de experiencia en combate, era preocupante. Incluso yo me oriné un poco ante la amenaza de los ciento quince kilos de músculo. Pero la maga apenas pestañeó y ni siquiera pareció notarlo hasta que pensó que podría ser bueno en la cama.

Eso me decía que era buena. Probablemente una de las mejores magas de su campo.

Y la mandaron a vigilarme.

Debería sentirme halagada de que les importara. Diablos, ni siquiera era una Merlín. Sólo trabajaba para ellos ocasionalmente. ¿Por qué se preocupaban por mí?

Porque de algún modo se enteraron de los rumores de que me había unido a Los Renegados.

Si ya lo sabían, ¿significaba que Blake lo sabía? ¿Haría de mi vida aquí un infierno? ¿Peor que antes? Probablemente.

Se me ocurrió una idea horrible. ¿Y si él les había contado hace unas semanas, cuando me negué a darle el nombre de Dash? ¿Era este el resultado de todo eso? ¿Blake hizo esto?

Hijo de perra.

Conociéndolo, probablemente envió un informe y nunca me lo dijo. Y si yo tenía razón, era culpa *suya* que Marita estuviera aquí y estuviera haciéndome la vida imposible.

Demonios. Si el Grupo Merlín se enteraba de mis acciones, significaba que Blake me había denunciado al Consejo Gris, la principal organización gubernamental de nuestro mundo paranormal.

Maravilloso.

Sin embargo, no podía distraerme en este momento con esas suposiciones. Necesitaba concentrarme. Necesitaba un plan, y lo necesitaba rápido. Marita era una amenaza, y no podía dejar que descubriera algo sobre mí.

Los Renegados ya eran bastante peligrosos, y si el Grupo Merlín descubría mis vínculos con ellos, podría significar el fin de todo por lo que había trabajado tan duro.

Tenía que encontrar la forma de despistar a Marita, de hacerle creer que aquí no había nada que mereciera la pena investigar. ¿Pero cómo? Era lista, astuta y decidida. No iba a ser fácil.

Lo más fácil sería matarla. Pero yo no era una asesina, y eso sólo traería más problemas.

Después de hablar con Dash, tendría que charlar con mi tía. Era una de las únicas personas en las que confiaba y necesitaba su opinión sobre Marita y sobre cómo *íbamos* a deshacernos de ella.

Buen plan.

Mi corazón se agitó con sólo pensar en Dash. No podía controlarlo. Y después de aquel apasionado beso, mis sentimientos por él no habían hecho más que crecer, sobre todo después de lo que había hecho, como salvarme el trasero y pagar los impuestos atrasados de la casa de mi tía. Pero me recordé a mí misma que no estaba aquí para empezar una relación, aunque él quisiera. ¿Acaso quería una?

Además, me había entregado a Los Renegados. Tenía que acabar con ellos antes de pensar en una relación con Dash.

El Jeep rebotó por el terreno lleno de baches cuando pasé del asfalto liso a un camino de tierra. Las ramas de los árboles rozaban los laterales y yo me agarraba con fuerza al volante mientras avanzaba por el sinuoso camino. Subí una colina hasta que divisé una hermosa granja blanca rodeada de verdes prados e hileras de manzanos. A su lado había un granero rojo que completaba la idílica estampa.

Al acercarme a la casa de Dash, mis neumáticos crujieron en la grava del camino de entrada, sacándome de mi ensueño. La vieja granja se erguía frente a mí, con su exterior de madera desgastada que desprendía una sensación de cálida familiaridad.

En el camino de entrada había un viejo Land Rover verde bosque. A su lado estaba una camioneta BMW negra.

Mierda, no puede ser.

Estacioné mi Jeep en la entrada y lo apagué. Y justo cuando hice eso, escuché los gritos.

Venían del granero.

Salí de mi Jeep y me apresuré a acercarme. Las puertas del granero estaban abiertas.

El penetrante olor a madera recién cortada me recibió al entrar allí. En todos los rincones del granero había mesas y superficies de trabajo con diversas herramientas, como cuchillos y cepillos. Al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que entre los muebles había unos diseños tallados espectaculares con una fusión de animales y plantas intrincadamente entrelazados.

Blake y Dash estaban frente a frente. La testosterona en el aire era prácticamente palpable. Ambos estaban a punto de destrozarse mutuamente: un medio demonio y un hombre lobo alfa.

Ambos medían más de un metro ochenta, pero el jefe de policía era unos centímetros más alto. Blake era una bestia de casi cien kilos de músculo macizo. Mechones oscuros le caían en cascada por el cuello y enmarcaban su atractivo rostro. Seguía siendo guapo. Seguía siendo un imbécil.

Dash no era tan musculoso. Su rostro apuesto combinaba con su cuerpo cincelado, largo y esbelto, con músculos marcados y definidos, con un abdomen ondulado con un six-pack. Lo sabía porque lo había visto.

Según mi queridísima tía, al ser mitad demonio, Dash podía tener cientos de años. Eso significaba que probablemente tenía mucha más experiencia vital que Blake. Y por la forma en que sus ojos oscuros e hipnotizadores contenían esa pizca de picardía y la forma en que su boca llena se curvaba hacia la punta, pensaba que la presencia de Blake era divertidísima.

El pelo rubio oscuro de Dash tenía aserrín, lo que sólo lo hacía ver más sexy, tentándome a pasar mis manos por él.

—No sabes de lo que estás hablando —dijo Dash, con voz fría y serena, los ojos le brillaban con diversión.

—Sé que formas parte de ese grupo degenerado y enfermo —gruñó Blake—. Los Renegados son tus amigos. ¿No es así? Pero estás acabado. Estás acabado. Se acabó para ti.

Una risita oscura brotó de la garganta de Dash.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Blake se inclinó hacia adelante, sus manos se curvaron en mazos—. Sé que ella te ha estado protegiendo. Se detiene ahora.

—¿Y *tú* vas a detenerme, lobo?

Blake gruñó.

—Lo estoy haciendo.

Dash se rio, y el sonido hizo que se me erizaran los vellos de la nuca.

Parecía que las cosas se iban a poner feas. Llegué justo a tiempo.

No escucharon cuando entré.

Antes de que pudiera detenerlo, Blake se puso en cuclillas. Sus músculos se tensaron mientras se preparaba para atacar a Dash. Luego se lanzó hacia adelante. Los ojos del semidemonio brillaron con una mezcla de diversión y algo más oscuro cuando esquivó sin esfuerzo el ataque de Blake. Con un rápido movimiento, Dash había inmovilizado a Blake contra una viga de madera, con la mano alrededor de la garganta del hombre lobo alfa.

Una sonrisa burlona se dibujó en los labios de Dash mientras se inclinaba hacia Blake.

—¿De verdad crees que puedes vencerme, lobo? —La voz de Dash era burlona y su agarre se tensó ligeramente. La tensión crepitaba en el aire mientras los dos poderosos seres —alfas— se enfrentaban en una batalla por ver quién tenía el pene más grande.

Fue uno de esos casos en los que me alegré de no ser un tipo.

Blake soltó una carcajada.

—¿Eso es todo lo que tienes?

—Este es mi calentamiento —dijo un sonriente Dash.

Con un gruñido de esfuerzo, Blake se zafó del agarre de Dash. En un instante, recuperó el equilibrio y se encaró a Dash con una sonrisa que parecía realmente demente.

—Espera —gruñó Blake apretando los dientes—. Te mostraré de qué está hecho un alfa de verdad.

Los labios de Dash se curvaron en una mueca.

—Estoy esperando.

Con un repentino movimiento, Blake asestó un rápido puñetazo al estómago de Dash. Pero Dash estaba preparado y esquivó el golpe con facilidad.

Los dos alfas se rodearon mutuamente, con movimientos fluidos y calculados. Era como ver cómo se desarrollaba ante mí una danza mortal.

Tan estúpido. Tan de machos.

—Golpeas como una niña —se burló Dash, con un destello de desafío en su mirada hipnotizadora—. ¿Seguro que eres el lobo alfa? A mí me pareces más un omega. Te falta dirección y autoridad, cachorrito.

Las fosas nasales de Blake se encendieron de rabia y sus puños se cerraron a los lados. Saltó de nuevo hacia adelante, mostrando los dientes en un gruñido. Pero una vez más, Dash estaba un paso por delante, esquivando fácilmente el ataque de Blake.

—No puedes derrotarme, lobo —se burló Dash—. Te estás avergonzando a ti mismo.

Blake gruñó y arremetió de nuevo, pero esta vez consiguió asestar un puñetazo en la mandíbula de Dash. El semidemonio retrocedió un poco, con un destello de sorpresa en el rostro que fue sustituido por una expresión fría.

—Como dije. —Dash sonrió con satisfacción, limpiándose un hilo de sangre de la comisura de los labios—. Golpeas como una niña.

Con un rugido de frustración, Blake se lanzó una vez más contra Dash. Esta vez, apuntó a la sección media de Dash y logró derribarlo al suelo.

Por un momento, parecía que Blake tenía la sartén por el mango, ya que se sentó a horcajadas sobre el pecho de Dash y le propinó una lluvia de puñetazos. Pero entonces, con una repentina ráfaga de fuerza, Dash lo volteó de modo que ahora estaba encima.

—Deberías saber que no debes subestimarme, lobo. —Dash se burló mientras descargaba varios golpes en la cara de Blake.

Pero mientras Blake gruñía de dolor y luchaba contra los ataques de Dash, noté que le ocurría algo extraño. Sus ojos brillaban más que nunca, casi como si estuvieran llenos de fuego.

Y entonces me di cuenta: estaba aprovechando sus habilidades de

hombre lobo para ganar ventaja sobre Dash. Porque en forma humana, nunca podría ganar.

Puse los ojos en blanco. Esto no era lo que tenía en mente al venir aquí.

Sin esperar más, corrí hacia los dos hombres.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Dash soltó a Blake y se apartó de él.

—Tu jefe pensó que era una buena idea venir a mi casa y amenazarme.

—No es *mi* jefe —dije—. A mí me parece más un concurso de meadas.

Blake se puso en pie y giró los hombros, como si quisiera derribar a Dash por última vez.

—Tu novio está involucrado con Los Renegados. Sé que lo está.

Ah, mierda.

Abrí la boca para decir que Dash no era mi novio, pero me di cuenta de que no sabía lo que era para mí. No era como si hubiéramos tenido una cita. Así que decidí ignorarlo y en su lugar me coloqué entre ellos.

Blake dio un paso atrás, cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en una de las mesas de trabajo.

—¿Por qué se están matando? —pregunté, mirando entre los dos. Pero lo que realmente quería saber era cómo Blake había hecho la conexión y cómo demonios sabía o, más bien, sospechaba que Dash estaba involucrado con Los Renegados.

La mirada de Dash pasó de mí a Blake y viceversa antes de soltar un suspiro frustrado.

—Este idiota cree que puede entrar en mi propiedad y exigirme respuestas.

Blake se burló.

—No te estaba exigiendo nada. Sólo trataba de obtener información. No sabía que fueras tan *sensible*.

—Un hombre sensible está en sintonía con su vida. Me lo tomo como un cumplido. —Dash sonrió.

Levanté la mano para detenerlos antes de que la cosa subiera de tono.

—Bueno, bueno. Vamos todos a dar un paso atrás.

Me giré para mirar a Blake, enarcando una ceja interrogante.

—¿Qué haces aquí, Blake?

Los ojos de Blake se encontraron con los míos y pude ver la frustración y la ira reflejadas en su mirada.

—Lo sé. Lo sé *todo*.

Me encogí de hombros.

—¿Saber qué? —No me gustaba esa mirada intensa en sus ojos ni

la confianza en su voz.

Blake lanzó una mirada en dirección a Dash.

—Él es lo que has estado ocultando todo este tiempo. Tu fuente. Casi hace que maten a Emma. —El jefe de policía señaló con el dedo al medio demonio—. Y mató a esos chicos.

Dash se inclinó hacia adelante.

—Yo no los maté.

Mi corazón se aceleró al oír hablar de los chicos muertos. Dash no había querido tener nada que ver con el ritual que invocaría a un rey demonio, y Los Renegados lo habían despojado de su memoria por eso. También había salvado a Emma y a todos nosotros, pero no podía decir nada delante de Blake, a menos que quisiera confirmar sus sospechas. No lo haría.

El jefe resopló.

—Estás involucrado. Sé que lo estás. Puedo olerlo en ti. El olor de la muerte. Destrucción. Maldad.

Maldición. Eso sí que era serio si podía oler el olor a demonio de Dash. Y al igual que Kolton había dicho que había olido algo diferente en mí, el hecho era que los hombres lobo tenían un sentido del olfato excepcional. Ahora que estaba tan cerca de Dash, el jefe probablemente podía oler lo demoníaco en él.

El semidemonio se pasó las manos por el pelo.

—Puedo ser muchas cosas… pero no soy un asesino de niños.

La cara de Blake se torció de rabia.

—Lo eres. Y voy a demostrarlo. —Se inclinó un poco más hacia adelante—. Y cuando lo haga, estarás acabado. Te colgarán por eso.

Dash encogió los hombros como si las amenazas de Blake no significaran nada.

—Yo no lo hice. Viniste aquí para nada.

El jefe negó con la cabeza.

—No fue para nada. He estado indagando un poco —empezó Blake, inclinándose hacia él de forma conspirativa—. Sé más de ti de lo que crees.

Fruncí el ceño. Dash era una persona muy reservada, y con razón, ahora que sabía en qué estaba metido. Dudaba que Blake obtuviera información sobre él de alguien del pueblo.

Dash se rio, al parecer había llegado a la misma conclusión.

—Para ser jefe de policía, no eres muy inteligente. Me pregunto cómo te eligieron.

Blake gruñó y se movió para colocar su cara a centímetros de la de Dash.

—¿Qué coño acabas de decir?

Sacudí la cabeza.

—¿En serio? ¿Otra vez esto? —Una parte de mí quería dejar a

estos dos idiotas y dejar que se pelearan. Pero necesitaba hablar con Dash. A solas. Y tener a Blake aquí estaba arruinando mi plan.

Dash se rio entre dientes.

—Parece que toqué una fibra sensible.

Todavía no había encontrado a nadie, excepto Kolton, que no se sintiera intimidado por el poderoso porte y el filo depredador de Blake.

La tensión aumentó junto con el olor a transpiración masculina. La cara de Blake se tiñó de un rojo intenso mientras los ojos de Dash brillaban con una peligrosa determinación. Pero también vi algo de humor allí. Sí, él estaba disfrutando con esto.

Blake retrocedió, sorprendiéndome, pero me sorprendió más lo que salió a continuación de su boca.

—Kat, ahora que sé quién es tu fuente, qué tal si vienes conmigo a la comisaría para que pueda tomarte una declaración.

Me quedé boquiabierta.

—¿Cómo? Nunca dije que él fuera mi fuente. Y no voy a ir contigo a ninguna parte. No después de lo que hiciste. —Podía sentir la mirada de Dash sobre mí, pero no aparté la vista de Blake.

Blake negó con la cabeza, arrugando las facciones.

—¿De qué estás hablando?

Dejé escapar un suspiro frustrado.

—Hablaste con el Consejo Gris cuando dijiste que no lo harías —empecé, con la ira hirviendo en mi pecho—. Y ahora una investigadora del Grupo Merlín me tiene acorralada, vigilando cada uno de mis movimientos, esperando a que meta la pata. ¿Ya estás contento?

Blake me observó un momento.

—No puedes culparme de que uno de los Merlín aparezca para controlarte y asegurarse de que haces tu trabajo.

—¿Así que no lo niegas? —Desgraciado. Debería haber dejado que Dash le pateara el culo.

Blake me lanzó una sonrisa perezosa.

—Soy el jefe de policía. ¿Qué esperabas?

—¿Qué tal algo de lealtad? —Algo se me ocurrió—. ¿Y qué pasó con Emily? ¿También la delataste? Incluso después de prometerles a sus padres que la mantendrías a salvo, mentiroso hijo de puta. —Pensar en esa niña encerrada en una celda sin poderes ni mente me enfermaba—. ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste hacerle algo tan malo a una niña?

La expresión de Blake se ensombreció y lo siguiente que recuerdo es que lo estaba mirando fijamente.

—Quiero a esa niña como si fuera mía —gruñó el hombre lobo.

Si pensaba que me estaba asustando, se equivocaba. Me enderecé.

—Y la delataste de todos modos. ¿Qué dice eso de ti? —Dice que le importaba más su carrera que todo y todos.

—No lo hice —se quejó.

—Ya. Fuera de aquí. —Dash me apartó y se puso entre el fornido hombre lobo y yo—. Tienes tres segundos para irte antes de que te obligue a irte.

Blake enseñó los dientes.

—Me gustaría ver eso.

—No me tientes, lobo —dijo Dash—. Por respeto a Kat, no te he matado. Pero sigue amenazándola, y lo haré.

Ahhh no.

Pensé que Blake tomaría represalias, pero el jefe sólo se rio.

—Estás acabado, Dash. Es Dash. ¿No?

El medio demonio se quedó mirando.

—Así es.

Blake comenzó a alejarse.

—Esta conversación no ha terminado. —Volteó para mirarme—. Ni mucho menos.

Mientras Blake desaparecía del granero, no pude evitar sentir una mezcla de alivio y rabia. Una parte de mí se sentía aliviada de que el interrogatorio hubiera terminado, pero otra ardía de rabia por la situación en la que me encontraba.

También temía las represalias que sin duda vendrían. Porque sabía que, por debajo de todo, persistía un profundo temor. Esto no sería el final.

No. Era sólo el principio.

CAPÍTULO 5

Miré a Dash, que aún parecía tenso y cauteloso.

—¿Cuántos años tienes? —Las palabras salieron volando de mi boca.

Dash me dedicó una sonrisa que hizo que mi corazón se acelerara.

—Mayor que tú.

—Ja. Ja. En serio, cuántos… ¿cien? ¿Doscientos? —El hecho de que Dash tuviera probablemente más de cien años no me molestaba. De hecho, me intrigaba aún más. Posiblemente me excitaba.

El semidemonio dejó escapar un suspiro como si el peso del mundo le pesara.

—¿Por qué lo hiciste, Kat?

Sabía exactamente a qué se refería. Me apoyé en una de las pesadas mesas de buffet de madera y crucé los brazos.

—Porque era lo correcto. Y no me arrepiento de haberlo hecho. —Aunque mi tía no estaba de acuerdo conmigo.

Los ojos de Dash se entrecerraron, escrutando los míos como si intentara descifrar la verdad que había detrás de mis palabras. Después de un momento de tenso silencio, por fin habló, con voz grave y seria.

—No tienes ni idea de dónde te metiste, Kat. Esto va mucho más allá de hacer lo correcto.

Me enderecé y lo miré de frente.

—Puedo encargarme de eso. No tengo miedo. —No lo tenía. Ahora estaba más motivada y tenía un propósito, así como una forma de entrar en el grupo de Los Renegados.

Un destello de algo ilegible cruzó el rostro de Dash.

—Deberías tenerlo. Deberías tener *mucho* miedo.

—Bueno, yo no. Los amigos hacen cosas por los demás. Tú me has salvado el trasero más de una vez. Es algo que hacemos. —Mi lista de amigos era escasa. Y no iba a perder a Dash.

Su mirada se posó en mí.

—¿Amigos? ¿Es eso lo que somos?

—Sí. —Me moví bajo su intensa mirada.

Admitiría que quería algo más, pero no estaba segura de que fuera el momento adecuado para tener esos pensamientos, teniendo todo en cuenta. Especialmente ahora que formaría parte de un grupo malvado que había jurado destruir, buscar pareja no era la mejor idea.

Los ojos de Dash se entrecerraron mientras me estudiaba.

—Vas a hacer que te maten.

Encogí los hombros con indiferencia, tratando de parecer imperturbable ante sus palabras.

—Es un riesgo que estoy dispuesta a correr.

—Terca —murmuró en voz baja.

—Y tú eres sobreprotector —repliqué.

Me dedicó una pequeña sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Alguien tiene que cuidar de ti.

—Puedo cuidar de mí misma —insistí. Cuidaba de mí misma desde la tierna edad de diecisiete años. En ese momento no necesité a nadie. Tampoco necesitaba a nadie ahora.

—No me cabe duda —dijo Dash con un deje de admiración en la voz—. Tu magia... cuéntame más sobre ella.

Su voz era tan relajante que fue fácil contestarle.

—¿Qué quieres saber al respecto?

—¿De qué lado de tu familia viene?

—De ninguno. Soy una anomalía. —Había luchado con ese hecho desde que mi magia se había materializado. No se parecía a nada de lo que hubiera oído o visto. No era magia blanca ni oscura. Ni elemental ni prestada por demonios. Era simplemente... diferente. A pesar de años de investigación, no pude encontrar ninguna explicación para mi inusual don.

Parecía como si mi magia no debiera existir.

Se hizo un momento de silencio entre nosotros antes de que Dash volviera a hablar.

—Sabes, la mayoría de la gente tiene miedo de los demonios como yo.

—Medio demonio. —Le enarqué una ceja—. ¿Debería tener miedo? —Lo sabía en mis entrañas, mis instintos de bruja, que Dash nunca me haría daño. Jamás. Pero, de nuevo, mi instinto se había equivocado últimamente.

Se rio suavemente y negó con la cabeza.

—No, Kat, no deberías tener miedo. —Luego su expresión volvió a ser seria—. Pero deberías tener cuidado. Es todo lo que digo.

El bajo rumor de su voz despertó algo en mí.

—Bien. Tendré cuidado. ¿Feliz ahora?

Dash se pasó las manos por los mechones, flexionando los músculos de los antebrazos. Me miró y me dijo:

—Si te vas ahora, puede que aún tengas una oportunidad. Vete a Canadá. A Alaska. A cualquier lugar remoto. No creo que se molesten en buscar tan lejos. Es tu única oportunidad.

Chasqueé la lengua.

—No soy una cobarde. Y no voy a huir. Además, no pienso volver a dejar sola a mi tía. Jamás. —De ninguna manera iba a volver a

hacerle eso.

Dash parecía querer discutir, pero lo que vio en mi cara le dijo que era inútil.

—No puedo dejar que hagas esto.

—Demasiado tarde. Ya está hecho. —Sabía que sólo intentaba protegerme de algo mucho más peligroso que él: Los Renegados. Pero tenía un plan.

—Escucha —dije lentamente. Me aparté de la mesa de buffet y me acerqué a él—. Vine a pedirte que me des información sobre Los Renegados. Toda la que puedas —añadí rápidamente, recordando al mago Eli Souza en el suelo de su apartamento convulsionándose cuando intentaba pronunciar los nombres de Los Renegados.

Los ojos oscuros de Dash se clavaron en mis labios y mi pulso se aceleró.

—¿Qué quieres saber?

Mi cuerpo se estremeció ligeramente mientras daba un último paso hacia adelante hasta que mis botas quedaron a escasos centímetros de las suyas.

—Todo. ¿Quién es el líder? ¿Cuántos son? ¿Qué quieren?

—Dominio mundial. Y ya lo conociste.

—Algar —respondí, sabiendo que Dash probablemente no podría pronunciar el nombre. Me encontré con los ojos del medio demonio—. ¿Cuándo es el ritual?

Un destello de arrepentimiento bañó su atractivo rostro.

—Pronto. Mañana, creo. —Guardó silencio y luego añadió—. Todavía puedes irte...

—No. —Me llevé las manos a las caderas—. No va a pasar. Entonces, ¿cómo los destruyo?

Dash soltó una pequeña carcajada.

—No puedes. Son demasiado poderosos.

Sacudí la cabeza.

—Nada es demasiado poderoso. Deben de tener un punto débil. —Lo miré a la cara—. ¿Sabes cuál es? Llevas tiempo con ellos. ¿Verdad?

Dash apartó la mirada de mí y la dirigió hacia el granero y los muebles.

—Tendré que pensarlo. No se me ocurre nada. —Sus ojos se entrecerraron en mi cara—. ¿Por qué? ¿En qué piensas?

Respiré hondo.

—Tengo un plan.

El semidemonio enarcó una ceja.

—¿Tienes un *plan*?

—Sí.

—No funcionará.

—Aún no lo has escuchado.

—Igual no funcionará.

—Voy a infiltrarme en su círculo íntimo —respondí con seguridad —. Uniéndome a ellos, conseguiré destruirlos. ¿Ves a dónde quiero llegar? —Mi corazón latía con fuerza ante la idea de infiltrarme en aquel grupo, conocer sus oscuros secretos y luego utilizarlos contra ellos mismos.

Dash negó con la cabeza.

—Sí. Y no funcionará. Demasiado peligroso.

Suspiré.

—Suenas como mi tía.

—Ella es una bruja inteligente. —Su profunda mirada brilló con diversión cuando se clavó en la mía, provocando una inesperada oleada de mariposas en mi vientre. Se veía increíblemente atractivo con esa chaqueta de cuero ajustada, el dobladillo corto acentuaba su físico en forma. Y esos jeans oscuros se ajustaban perfectamente a sus piernas musculosas y a su cintura ceñida.

—Mira —empecé de nuevo—. Este es un gran plan. El mejor plan es acabar con esos idiotas de una vez por todas. Pronto seré uno de ellos. Conoceré sus secretos, sus planes. Y con suerte, dentro de unas semanas, tendré lo suficiente para destruir a este grupo. Cuando ya no estén, no estaré atada a ellos. Seremos libres. —Sonaba loco cuando lo decía en voz alta. Formar parte de un grupo tan asqueroso me revolvía el estómago.

La cara de Dash pasó por una serie de emociones difícil de precisar. Se inclinó hacia adelante y me tomó de las manos. Su piel áspera y callosa era como papel de lija contra la carne de mis palmas.

—Sé lo que intentas hacer —dijo el alto semidemonio—. Pero no funcionará.

—¿Por qué no? —pregunté, irritada.

—Porque eres nueva. No se fían de ti. No van a decirte nada. Sólo serás un peón durante años. Incluso después de años a su servicio, yo no sabía casi nada.

—Sabías lo de Emma. La salvaste. Nos salvaste a nosotros.

Dash me apretó las manos con más fuerza. Volvió a mirarme los labios. Esta vez, mi cara se incendió como si me estuvieran haciendo un peeling químico.

—Si haces demasiadas preguntas, sospecharán. Y tu plan fracasará. No son tontos.

—Entonces tendré que ser más astuta que ellos. Y tú me ayudarás. ¿Verdad?

Dash no dijo nada durante un buen rato.

—Por supuesto, te ayudaré. Sólo desearía... desearía que no lo hubieras hecho.

—Lo sé. —Yo también, en cierto nivel.

Dash apretó la mandíbula, apartó las manos de las mías y se pasó una por el pelo despeinado, frustrado.

—No lo entiendes. No son unos criminales de poca monta a los que puedas engañar. Tienen poderes más allá de cualquier cosa que hayas visto.

Endurecí los hombros y la determinación se reflejó en mi mirada.

—No me importa lo poderosos que sean. Todo el mundo tiene una debilidad. Un punto débil. Y voy a descubrir cuál es.

—No dudarán en utilizar cualquier medio necesario para mantener su poder —dijo—. Y si descubren lo que estás tramando, te matarán.

—Un mal necesario.

Las manos de Dash salieron disparadas y agarraron las mías.

—No quiero que te pase nada —dijo, con voz suave y sincera.

—No pasará nada.

Me aferré a él con más fuerza, sintiendo que las emociones entre nosotros hervían como una olla a punto de desbordarse. La mirada conflictiva de Dash se clavó en la mía, sus palabras no dichas pesaban en su mirada.

—Tenía que hacerlo, Dash —susurré, con la voz apenas audible por encima de los latidos de mi corazón—. Esta es nuestra oportunidad de hacer las cosas bien, de acabar con su tiranía de una vez por todas. De deshacernos de esos malvados bastardos. ¿No quieres eso?

Dash exhaló por la nariz.

—Sí. Más de lo que crees. Y quiero algo más, también.

Una sonrisa salvaje y feroz se reflejó en su rostro y me jaló para acercarme hacia él. Sus manos me agarraron por las caderas con una posesividad que me hizo estremecer. Su aliento caliente me rozó la piel, provocándome un delicioso cosquilleo en el cuello mientras me besaba con urgencia. A pesar del agotamiento y el caos de los últimos acontecimientos, lo único que deseaba era ser consumida por Dash, perderme por completo en aquel momento de felicidad salvaje.

Me agarró del cuello y aplastó sus labios con los míos. Mi respiración se entrecortó cuando me atrapó con su lengua, explorando cada centímetro de mi boca hasta que me perdí en la sensación que me consumía.

Me entregué por completo a su tacto, rodeándolo con los brazos y atrayéndolo hacia mí mientras me entregaba a la intensidad de nuestra pasión. Cada nervio de mi cuerpo ardía mientras él me devoraba con su beso, desatando oleadas de placer que me estremecían hasta lo más profundo.

Era todo lo que deseaba en aquel momento: ardiente, intenso y absolutamente irresistible. Con cada caricia de sus hábiles manos, sentía que me derretía bajo su tacto. Esto era algo más que bueno. Era puro éxtasis.

Jadeé tratando de recuperar el aliento. Me soltó, con la respiración agitada y entrecortada. El deseo en su mirada casi me lleva al límite.

Con un rápido movimiento, me estrechó entre sus brazos. Podía sentir el calor que emanaba de él, encendiendo un fuego en mi interior mientras sus manos recorrían mis curvas, dejando estelas de necesidad a su paso.

Dash me bajó suavemente sobre un mueble de madera lisa y robusta, con su corpulencia presionando contra la mía. Me recorrió la mandíbula con los labios, bajó por el cuello y me pasó por la clavícula, provocando un delicioso calor que se extendió por todo mi cuerpo. Este semidemonio sabía cómo excitarme. Podía sentir el intenso deseo palpitando en mi interior y en la punta de mis dedos. De repente, se separó de nuestro beso y me miró con hambre en los ojos. En un instante, se quitó la chaqueta y luego la camisa.

Así que, por supuesto, también tuve que arrancarme la camisa.

La lancé detrás de mí y me puse a trabajar en mis jeans hasta que quedé sentada allí sólo con un sujetador y bragas.

Lo próximo que recuerdo es que Dash estaba otra vez encima de mí y mis bragas desaparecieron. También era un mago.

Mientras se presionaba contra mí, le envolví la cintura con las piernas, sintiendo la fuerza de sus músculos al cambiar de posición. Nuestros cuerpos se movían en perfecta armonía mientras nos perdíamos en el momento.

Los Renegados y todos los demás pensamientos desaparecieron de mi mente. El mundo que nos rodeaba desapareció y sólo quedamos nosotros dos en nuestro pequeño mundo de pura felicidad.

CAPÍTULO 6

Cuando regresé de la casa de Dash, el pueblo de Moonfell estaba envuelto en la oscuridad, y la única fuente de luz provenía del cálido y acogedor resplandor que se derramaba por las ventanas de las pintorescas casitas por las que pasaba. Las farolas se erguían como centinelas, proyectando su dorado resplandor sobre las calles desiertas. Las ramas estériles de los árboles sin hojas se alzaban hacia el cielo como dedos esqueléticos, un crudo recordatorio de que el invierno estaba a la vuelta de la esquina.

Y, por supuesto, no pude dejar de pensar en Dash durante el viaje de regreso.

El sexo me había tomado por sorpresa. Había ido allí para taladrarlo con preguntas. Nunca esperé estar desnuda al minuto siguiente, enredada con el guapo medio demonio. Sí, lo dije. Medio demonio. No me importaba *lo que* era. Me importaba *quién* era.

Aun así, nunca había imaginado que la primera vez que tendría sexo con Dash sería en su granero, sobre una superficie dura, rodeada de aserrín. Y seamos sinceros, lo había pensado muchas veces.

Había sido espontáneo. Había sido maravilloso.

Había sido justo lo que necesitaba para distraerme de lo que estaba a punto de hacer.

Iba a convertirme en una integrante de Los Renegados.

A la mierda.

A pesar del recuerdo de la intimidad que había compartido con Dash en el granero —la calidez de su tacto, la intensidad de su mirada —, ahora todo parecía un sueño lejano mientras conducía por las oscuras calles de Moonfell. La presión de mi inminente iniciación en Los Renegados me oprimía los hombros, ensombreciendo los fugaces momentos de pasión que había experimentado apenas unas horas antes.

Se me aceleró el pulso al pensar en ello. El grupo que había jurado destruir y yo a punto de obtener el carné de miembro. Ahora que sabía que el ritual, fuera el que fuera, probablemente tendría lugar mañana por la noche, me invadía el terror. Me entusiasmaba la perspectiva de descubrir sus secretos, quiénes eran en realidad, pero al mismo tiempo me aterrorizaba.

¿Qué me pedirían? Había visto lo que le habían hecho a Dash, cómo lo habían maldecido y luego le estaban haciendo daño mientras le drenaban su magia demoníaca.

Lo único que me molestaba desde aquella noche era lo que había dicho Algar, como si supiera qué tipo de magia tenía... como si supiera *lo que* era.

Necesitaba saberlo.

Pudo haber sido un mentiroso que sólo quería sacarme de quicio, pero algo en el fondo de mi mente me decía que no era así. También había enviado a uno de sus magos para probarme de alguna manera. Casi muero.

Pero no fue así.

Y de alguna manera, esa fue su respuesta.

Peor aún, sabía que estaría atrapada. Estaba a punto de venderle mi alma a Los Renegados y unirme a ellos.

No podía evitar sentirme atrapada y desesperada. La idea de estar atada a ellos para siempre me llenaba de pavor, pero ¿qué otra opción tenía? La única salida después de la iniciación era la muerte. Alguien también podía decidir ocupar mi lugar, cosa que yo sabía que nunca ocurriría. ¿Quién en su sano juicio cambiaría de lugar con alguien de un grupo que mataba niños?

Yo aparentemente.

Y si mi plan no funcionaba, estaría atada a ellos el resto de mi vida.

No. Sí funcionaría. *Tenía* que funcionar. La alternativa no era una opción.

Agarré el volante con manos temblorosas. Necesitaba hablar con mi tía. Necesitaba su orientación y sus comentarios sarcásticos para prepararme antes de mañana. Sabía que seguía molesta con mi decisión, pero también sabía que me apoyaría.

Pero primero, necesitaba hablar con Annette. Le había enviado un mensaje de texto antes de salir del granero de Dash.

Yo: ¿Puedo ir? Necesito hablar contigo.

Annette: ¡Sí! Hablaremos mientras tomamos algo.

Yo: Estaré allí en diez minutos.

Sabiendo que Blake le había hablado de mí al Consejo Gris, lo que había llegado inadvertidamente al Grupo Merlín, sabía que no tardarían en perseguir a Emily. Tenía que advertirle. Tenía que estar preparada por si el Consejo Gris o cualquier consejo de brujos enviaba a sus matones a su casa. Incluso podrían llevarse a Emily.

Di una palmada en el volante.

—Mierda.

Pensar en Blake me provocó una oleada de rabia. El cuerpo me temblaba como siempre que me enfadaba. Una sensación de zumbido llenó mi cuerpo y provocó un cosquilleo en la piel. Antes de que pudiera detenerlo, mi magia umbra se desprendió de mi cuerpo como una niebla negra, como si me estuviera recalentando. Mi magia quería

ayudar. Encontrar al que me hacía sentir así y ocuparse de él.

Pero no era el momento de un enfrentamiento mágico. Necesitaba calma.

Unos momentos después, con un comportamiento mucho más tranquilo, me detuve en la entrada de Annette, justo al lado del todoterreno blanco de Tilly.

Ver a las brujas sería una buena distracción de Los Renegados. En ese momento me di cuenta de que nunca podría hablarles de mi nueva afiliación. Eran nuevas amigas, y lamento decir que no confiaba completamente en ellas. Especialmente en Tilly. Se lo contaría a Blake a la primera oportunidad que tuviera si eso la acercaba a él, a estar dentro de sus pantalones. Y si se lo decía a Annette, se lo diría a su marido, que resultaba ser el mejor amigo de Blake.

Sí, eso no va a suceder.

Apagué el motor y salí de mi Jeep. Di tres pasos y tropecé con un monopatín en la entrada.

—¡Maldita sea! —maldije y conseguí mantenerme erguida sin caerme de narices sobre el duro asfalto.

Con el tobillo dolorido, cojeé y maniobré alrededor de tres bicicletas para finalmente subir los escalones del porche de Annette.

Levanté el puño para llamar justo cuando se abrió la puerta principal.

Annette estaba en la puerta, con las mejillas sonrojadas como si hubiera estado limpiando la casa. La diminuta bruja estaba vestida con un cómodo pantalón deportivo y una camiseta extragrande, y tenía el pelo recogido en un moño desordenado.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Gracias al caldero que estás aquí. —Extendió la mano y me metió adentro.

Fruncí el ceño, sorprendida por la fuerza de su pequeño antebrazo.

—No llegué tan tarde. ¿Verdad?

—No sabía que tenías una amiga en el pueblo —dijo la madre de cinco hijas, con mucha tensión en su voz.

—Yo no.

—Eso no es lo que ella dice —respondió Annette mientras cerraba la puerta y se apresuraba por el pasillo.

—¿Ella? —*Mierda, no puede ser.*

Salí corriendo detrás de Annette y le di un vistazo a la sala. Sentadas en el sofá estaban sus cinco hijas, una combinación de pelo rojo y rubio que correspondía a sus respectivas identidades de bruja o lobo. La única excepción era la pequeña Elsie, que aún no había dado muestras de su potencial sobrenatural y podría ser cualquiera de las dos. Mi mirada se posó en Emily, que parecía haber mejorado desde la última vez que la vi. Las ojeras habían desaparecido, pero seguía

teniendo una expresión atormentada. Se me oprimió el pecho ante la idea de que Blake la hubiera delatado y el consejo pudiera llevársela.

Las cinco hijas, normalmente llenas de vida, estaban inmóviles y parecían un poco asustadas, más como recortes de papel que como criaturas vivas.

Y justo cuando pasé la sala y entré en la cocina, la vi.

—Kit-Kat. Qué bien que te unas a nuestra fiesta —dijo una sonriente Marita, sentada sola en la isla de la cocina.

Tenía el pelo negro peinado hacia atrás, lo que revelaba sus rasgos cincelados. Era innegablemente hermosa, pero tenía cierto aire distante. Sus ojos entrecerrados brillaban a la luz, aumentando su aura depredadora.

Se había cambiado de ropa desde la última vez que la vi. Esta vez tenía puesto un traje rojo sangre. Y con su piel pálida, realmente parecía una vampira. Pero era toda una maga.

Tilly y Cristina estaban en la cocina, muy cerca de ella. El pelo rojo de Cristina brillaba bajo la luz, y su piel pálida y perfecta parecía un poco verde en ese momento.

Las dos brujas se veían como si se habían orinado en los pantalones y querían correr a casa a cambiarse. No las culpaba.

Aunque Annette, Tilly y Cristina no formaban parte del Grupo Merlín, Marita tenía la habilidad de estresar a cualquiera.

Mierda. De todas las personas que no quería ver esta noche, Marita encabezaba la lista.

—¿Así que Marita dice que ustedes son amigas? —Annette dio la vuelta para situarse en el extremo opuesto de la isla.

Sacudí la cabeza.

—No somos amigas. Apenas la conocí esta mañana. Es una espía. —Era muchísimo peor, pero no diría nada por si las niñas escuchaban.

Marita chasqueó la lengua.

—Ya, ya, Kit-Kat. No soy una espía, tonta.

—Vino a investigarme —dije y crucé los brazos mientras me colocaba junto a Annette—. Enviada por el Grupo Merlín. Para manchar mi reputación. —Para deshacerse de mí, nada menos.

—Pero yo pensaba que no eras una Merlín. —preguntó Cristina, algo confusa.

—No lo soy. Sólo trabajo para ellos. —Estaba cansada de tener esta conversación.

Marita extendió sus labios rojos en una sonrisa que parecía ensayada.

—Así es. Una asociación muy valiosa para ti. ¿Verdad, Kit-Kat? No querrías que desapareciera.

Apreté la mandíbula.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Necesitaba que se fuera para poder

hablar con Annette.

Marita sacó su cigarrera de plata y la abrió con el pulgar. Sacó un cigarro de la reluciente caja, se lo puso entre los labios y me miró con una ceja en alto mientras chasqueaba los dedos. Una llama danzó a su orden, encendiendo la punta del cigarro.

—Sólo estoy aquí para una visita casual, querida —ronroneó Marita, exhalando una columna de humo que se enroscó a su alrededor como un halo siniestro—. Quiero conocerte. ¿Y qué mejor manera que salir con tus mejores amigas?

Annette estaba lanzándole dagas a Marita, con la mirada fija en el cigarro que tenía en los labios, pero no la detuvo. Yo sabía por qué. Temía que si caía del lado equivocado de esa investigadora pudiera llegar a oídos del consejo. Ahora mismo, no podía llamar la atención a su manera, por el bien de Emily.

Entrecerré los ojos. Quería patearle el culo a esa maga.

—Bueno, ya las has visto. Es hora de que te vayas. Adiós.

Marita le dio una calada a su cigarro y me lo sopló.

—Cuidado, Kit-Kat. No querrás ser grosera, ¿verdad?

Sí, sí quería serlo.

—Estás perdiendo el tiempo. Annette y su familia no están involucrados en mi trabajo. Sólo son mis vecinos.

La maga sonrió.

—Eso no fue lo que escuché.

Sacudí la cabeza.

—No te creo. Estás mintiendo. No deberías estar aquí. ¿Acaso está permitido? Esto es acoso.

—Estoy aquí por un asunto oficial, cariño —dijo Marita, y luego le dio una larga calada a su cigarro. Sacó su cigarrera plateada y extendió la mano—. ¿Quieres uno?

—No.

—¿Segura? Sólo un cigarro. Anda, vamos. *Sé* que quieres uno.

—Estoy bien. —Maldita sea. Estaba disfrutando mi desesperación.

El olor a humo flotaba en el aire mientras ella soplaba brotes de niebla blanca, con los ojos fijos en mí.

—El Grupo Merlín está preocupado por ciertas... actividades en esta zona. Rumores de magia oscura y hechizos no autorizados.

Seguí concentrada en Marita, pero por el rabillo del ojo vi que Annette y sus amigas se miraban. Para nada obvio. Maldita sea.

Y por la rápida sonrisa que volvió a los labios de Marita, supe que ella también lo había visto.

El corazón me dio un golpe en el pecho al saber que Marita se refería a la invocación de demonios realizada por Emily, una niña de diez años, que había causado tres muertes. La joven bruja había cometido un gran error, pero sólo era una niña. Los niños cometen

errores. No deberían separarla de sus padres y lobotomizarle la mente por su falta de juicio. Y yo no dejaría que Marita se la llevara.

—¿Qué quieres saber? —Necesitaba cambiar el rumbo de esta conversación a mi manera. Mientras más rápido Marita tuviera sus respuestas, más rápido saldría de esta casa y, con suerte, se olvidaría de la familia de Annette. Sí, lo dudaba.

La maga encogió los hombros.

—¿Qué tal si me cuentas qué has estado haciendo desde que llegaste a Moonfell? ¿Qué has estado haciendo para divertirte?

Fruncí el ceño.

—¿Para divertirme? No he venido a divertirme. Vine a resolver un caso. Cosa que hice, por cierto.

—Bueno, te has estado divirtiendo con ese carpintero sexy —dijo Tilly. Se echó el pelo rubio por encima del hombro y se acercó.

La expresión de Marita se volvió curiosa.

—¿Quién?

—Nadie. —Lo último que necesitaba era que su delicada nariz se metiera en los asuntos de Dash.

—¿Por qué tienes aserrín en el pelo? —Tilly recogió algo de mi pelo, un pequeño trozo de astilla de madera entre sus dedos mientras lo levantaba.

Mierda.

—¿Sí? —Levanté la mano y me toqué el cabello—. Qué raro. Ni idea de cómo llegó ahí.

Tilly resopló.

—Ya lo creo. ¿Qué tal si nos das algunos detalles jugosos? El caldero sabe que lo necesitamos en este momento.

—Eh... —Miré a Marita. Seguía sonriéndome, pero sus ojos... sus ojos contenían algo que extrañamente se parecía al odio.

—Yo también quiero saberlo —dijo Cristina, sonriendo, pero no se movió ni un milímetro de donde estaba.

Justo cuando iba a decirles que no había nada *que* contar, el ruido de unos pies golpeando la madera me hizo girar.

Elsie se acercó a Marita con su expresión de bulldog y su pequeño cuerpo hinchado de valor. Se plantó ante la maga, sacó un dedito y le dijo:

—No fumes.

Me encanta esa niña. Me recuerda a mí.

Marita se rio, pero parecía que quería comerse a Elsie o maldecirla.

—Qué niña más linda. ¿Cómo se llama?

Annette puso una mano en el hombro de su hija.

—Elsie. ¿Por qué no vas a jugar con tus hermanas?

Miré hacia la sala. Las demás hijas nos observaban con expresión aterrorizada. Nadie estaba jugando.

Pero Elsie no se movió.

—No fumes —gruñó la chiquilla, y en ese momento pude ver al lobo que llevaba por dentro. La niña tenía mucho coraje.

Marita se puso en pie y miró a Elsie con una expresión de diversión en sus ojos.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

La expresión de Elsie se volvió seria, parecía contemplar sus opciones por un momento antes de volver a hablar.

—Mala. Tú fuera de mi casa.

Se me escapó una risita ante este inesperado giro de los acontecimientos. No podía creer que aquella niña se hubiera enfrentado a una de las magas más poderosas del Grupo Merlín. Ni siquiera su madre se había atrevido a decir ni pío.

Marita enarcó una ceja mirando a la niña. Entrecerró los ojos y dijo:

—Oblígame, pequeña. Y verás lo qué pasa.

—¡Elsie! —Annette cargó a su hija en brazos y salió corriendo de la cocina.

Una decisión inteligente.

Odié la risita de Marita. Tenía la extraña sensación de que quería hacerle daño a Elsie, y había disfrutado haciéndolo. La maga era toda una psicópata.

—Bueno. —Marita soltó un suspiro y miró alrededor de la cocina a Tilly, Cristina y finalmente a mí—. Creo que ya tengo todo lo que necesito.

Me observó durante un largo e incómodo instante mientras yo intentaba averiguar qué información había obtenido al venir hasta aquí. Aparte de la invocación de demonios, no sabía qué más.

—No me quedaré más de la cuenta. —Tiró la colilla del cigarro al piso.

—No eres bienvenida aquí —le dije antes de poder contenerme.

Esperaba que lanzara otra amenaza, pero todo lo que dijo fue:

—Hasta pronto, Kit-Kat.

Todas observamos en silencio cómo la odiosa maga se abría paso por el pasillo y finalmente salía por la puerta principal.

—Odio a esa mujer —dijo Annette, entrando de nuevo en la cocina mientras miraba por encima del hombro como si esperara que Marita volviera a aparecer—. Hay algo asqueroso en ella.

No podía estar más de acuerdo con ella. Pero sabía que había venido a casa de Annette con el único propósito de inquietar y poner nerviosos a todos. Quería infundir miedo. Quería que la comunidad supiera que estaba aquí y que nos estaba investigando, no sólo a mí.

—Aunque tiene buen gusto para la ropa— dijo Tilly—. Es toda una perra. Pero le quedaba muy bien ese traje pantalón. Solo digo.

—¿Quién quiere una copa? —Annette tenía una botella de vino tinto en las manos.

—¡Yo! —corearon Cristina y Tilly.

—Me alegro de que se haya ido —dijo Cristina, envolviéndose la cintura con los brazos.

—Sí. —Puede que se haya ido de la casa de Annette, pero Marita no se había ido para siempre. No había terminado. No había terminado conmigo.

Y sabía que volvería a ver a aquella maga pálida y fumadora empedernida en poco tiempo.

CAPÍTULO 7

A la mañana siguiente me desperté como si tuviera resaca, a pesar de no haber ingerido ni una gota de alcohol. Tenía el cuello agarrotado, hasta los hombros.

Apenas había dormido. Si había podido dormir una hora, había tenido suerte. No paraba de dar vueltas en la cama, con la mente llena de imágenes de Dash, Los Renegados, el ritual que se llevaría a cabo esta noche y, por último, pero no por ello menos importante, la espeluznante Marita.

Quería, no, necesitaba una buena noche de sueño. Necesitaba todas mis fuerzas para lo que iba a ocurrir esta noche.

Pero eso no iba a ocurrir.

Me quedé mirando el reloj del teléfono, esperando a dormirme y temiendo lo que iba a ocurrir. El aire de mi habitación parecía pesado, casi sofocante, como si la oscuridad del exterior se colara por las rendijas de las paredes. Y luego estaba el olor a humo de cigarro que en realidad no estaba allí, pero podía *olerlo*.

Me caería bien un cigarro en este momento.

Maldita sea esa maga. Me estaba torturando con sus cigarros, y estaba disfrutando viendo mi batalla interna.

Pensar en Elsie desafiando a la maga me hizo sonreír. Era una pequeña luchadora. Y tenía más valor que todas sus hermanas mayores juntas.

Aun así, esa mirada en los ojos de Marita, la que me decía que no lo pensaría dos veces antes de hacerle daño a la pequeña Elsie, me hizo odiar aún más a esa maga. Necesitaba encontrar la forma de deshacerme de ella antes de que hiciera algo, como maldecir a la pequeña Elsie.

Pero, ¿cómo deshacerse de un investigador Merlín que te ha estado investigando?

Tenía que hablar con mi tía. Sabía que ella podría ayudarme.

Había pensado en hablar con ella cuando volviera de la casa de Annette, pero cuando subí las escaleras y asomé la cabeza en su habitación, sus ligeros ronquidos me dijeron todo lo que necesitaba saber. No iba a despertar a una bruja de noventa y siete años. *Eso* haría que me maldijeran.

También quería preguntarle sobre el ritual. Dash no fue de gran ayuda, y yo sabía que era porque todavía estaba atado a Los Renegados y no podía divulgar la información que yo necesitaba.

Ahí es donde entraba la tía Luna. Era una enciclopedia viviente de todo lo mágico y sobrenatural.

Mi mente divagaba sobre el ritual y mis entrañas se revolvían. Estiré la mano y agarré mi teléfono. Tenía la sensación de que Dash se había levantado.

Yo: ¿Vienes a buscarme esta noche para el ritual?

Me quedé mirando la pantalla unos instantes antes de ver los tres puntos.

Sí. Estaré allí a eso de las once.

Exhalé, sintiendo como si tuviera un gremlin sentado en mi pecho, como si no pudiera llevar suficiente aire a mis pulmones.

El sol salió con un resplandor brumoso, proyectando largas sombras por la habitación mientras me levantaba tambaleándome de la cama. La cabeza me latía con fuerza, los acontecimientos del día anterior pesaban mucho en mi mente.

Agarré el bolso de la pequeña silla antigua que había junto a la mesita de noche, donde lo había tirado la noche anterior, y oí un golpe al caer algo sólido. Miré hacia abajo.

Era una cigarrera plateada. La cigarrera de Marita.

No pude evitar una sensación de inquietud. Haciendo caso omiso de las señales de advertencia, abrí la caja y encontré un cigarro en su interior. Mi corazón se aceleró con pensamientos contradictorios: el miedo a que tuviera alguna maldición y la tentación de ceder a la comodidad familiar de fumar. Sacudí la cigarrera y la cerré rápidamente, intentando alejar la idea de lo bien que me haría ese cigarro en ese momento.

Me temblaba la mano mientras abría la cigarrera y sacaba el cigarro. Una parte de mí quería encenderlo y dejarse llevar por el placer familiar, mientras que otra luchaba contra ello, consciente de la decepción que sentiría por mí misma después.

Pero mi determinación flaqueó. Saqué mi encendedor antiguo del bolso y me fui a la ventana. La abrí de un jalón, encendí el cigarro y me senté en el alféizar mientras sentimientos contradictorios luchaban en mi interior. El humo llenó mis pulmones, y con él llegó una mezcla de arrepentimiento y satisfacción. ¿Realmente merecía la pena? ¿Me arrepentiría más tarde de esta decisión? En ese momento, sólo podía concentrarme en el calor de la llama y el sabor del humo en mis labios.

Entonces, la cara sonriente de Marita apareció en mi mente.

Lo había hecho a propósito. Había metido la cigarrera en mi bolso discretamente, sabiendo que le había dicho que lo había dejado y que era una lucha continua. Sabiendo que me lo fumaría. Ella sabía que era demasiado débil para resistirme. Que caería en la tentación.

Y lo había logrado.

—Maldita sea. —Tiré el cigarro por la ventana cuando me invadió la frustración, maldiciéndome por ser tan débil.

Odiaba a esa maga.

Agarré la cigarrera de plata y la tiré a la basura. Después de lavarme la boca y cepillarme los dientes, bajé las escaleras. El olor a café me saludó, pero mi tía Luna no estaba por ninguna parte.

Pasé el resto del día y hasta la noche revisando la base de datos de Merlín, muy sorprendida de que no me hubieran revocado los privilegios. También examiné los viejos tomos mágicos de mi tía —los más viejos y desgastados, los mejores— en busca de información sobre todos los rituales mágicos que pude encontrar. Incluso demoníacos. De todo.

Había mucho que leer, y después de pasar más de diez horas encorvada leyendo, sentí que mis globos oculares estaban a punto de salirse de sus órbitas y caer sobre el tomo que estaba hojeando.

Encontré mucha información sobre rituales mágicos —o ceremoniales—, pero siempre era lo mismo. Sin importar si se trataba de alta magia o de magia aprendida, la información abarcaba una gran variedad de formas. Los practicantes utilizaban rituales e invocaciones para obtener poder e invocar al mundo de los espíritus. La mayoría de las veces era a la diosa, pero a veces era al diablo. Daba igual de dónde se obtuvieran los poderes. Los rituales eran muy similares.

No pude encontrar ninguna información sobre Los Renegados en la base de datos de los Merlín ni en los libros de mi tía. Evidentemente, habían adoptado distintos nombres a lo largo de los años, así que busqué aquelarres de magos oscuros y brujos oscuros que hubieran destacado.

Nada. Casi parecía como si no existieran. Supongo que eso es exactamente lo que querían.

Cuando mi teléfono marcó las diez de la noche y seguía sin aparecer la tía Luna, empecé a ponerme nerviosa.

—Ya está. Voy a ir a buscarla. —Me levanté, sabiendo que no podía ir muy lejos ya que Dash llegaría en una hora.

El sonido de la puerta al cerrarse me hizo girar.

—¿Dónde demonios has estado?

El golpe del bastón de mi tía contra el suelo se oyó con fuerza mientras se dirigía a la cocina.

—Soy una mujer adulta. No necesito tu permiso para salir y quedarme hasta tarde —dijo con una pequeña sonrisa.

—Pero estuviste fuera prácticamente todo el día. Me estaba preocupando. ¿Dónde estabas?

—Bueno, si quieres saberlo... —empezó mientras dejaba caer su bolso sobre la mesa de la cocina, sacaba una silla y se sentaba—.

Estaba con Oliver.

—¿Haciendo qué? —En el momento en que esas palabras salieron de mi boca, supe que estaba a punto de lamentarlo.

La tía Luna esbozó una sonrisa.

—Tu pregunta debería ser qué *no* hicimos.

Qué asco.

—Sólo estoy... sorprendida, eso es todo. Y estaba preocupada.

—¿Por qué? ¿Porque a las mujeres de mi edad no se les permite disfrutar del sexo? —Me apuntó con su bastón como si fuera una porra —. Te informo que yo obtengo placer del sexo.

—Bueeeno. Demasiada información. —Intenté no visualizar a mi tía desnuda con su caballero de turno. Demasiado tarde.

Mi tía se rio entre dientes.

—Tuve una velada muy agradable. Gracias por preguntar —añadió con frialdad. Sus ojos me miraron—. Te ves horrible.

—Yo también te quiero. —Me arrastré hasta la cafetera y me serví otra taza. Me di la vuelta y bebí un sorbo del líquido hirviente, con la esperanza de que pusiera en marcha mi cerebro—. Necesito hablarte de algo —dije, dejando la taza en el suelo con un ruido seco.

Mi tía enarcó una ceja, con su penetrante mirada fija en mí.

—¿Se trata de la investigadora del Grupo Merlín? —preguntó, con voz grave y seria.

La miré fijamente.

—¿Cómo lo supiste? Aún no había podido decírtelo. —Me sorprendió que siempre pareciera saber exactamente lo que pasaba en mi vida.

—Todo el pueblo lo sabe —respondió mi tía, como si se tratara del chisme del momento.

—Bueno, está bien. Anoche estuvo en casa de Annette.

—¿Con o sin invitación?

—Sin invitación. —Tomé otro trago de café—. No estoy segura de por qué los Merlín consideraron oportuno enviarla. Parece que está trastornada. Hay algo raro en ella. Pero no puedo entenderlo.

—¿Qué quería? —preguntó mi tía.

—Conseguir más información sobre mí —respondí, acercándome a ella. Dejé la taza de café sobre la encimera—. Ni siquiera sabía que estaba allí hasta que llegué. Parece que sabe o sospecha del demonio que invocó Emily.

La cara de mi tía se desencajó.

—¿Qué? ¿Pero cómo? Sólo lo sabemos unos pocos. ¿Cómo puede saberlo?

Encogí los hombros.

—Tal vez sólo esté inventando cosas y lanzándonos mierda al azar. Pero no estoy segura. La envía el Grupo Merlín. Debe ser muy buena

en su trabajo. —Buena descubriendo los oscuros secretos de la gente.

La noche había dado un giro con la presencia de Marita. Tanto que me había olvidado de advertirle a Annette sobre Blake y cómo me delató ante el consejo y posiblemente a Emily también.

Una sensación de inquietud se instaló en la boca de mi estómago mientras reflexionaba sobre las implicaciones de la repentina aparición de Marita en nuestras vidas. Mi mente se llenó de preguntas, cada una más inquietante que la anterior. ¿Cuánto sabía realmente? ¿Y cuál era su objetivo en todo esto?

La expresión de mi tía reflejaba mi propia preocupación.

—Si no tienes cuidado, va a descubrirte. Sobre Los Renegados. Sobre este tonto trato en el que estás a punto de participar.

Miré a mi tía.

—No lo hará. Estoy segura de que saben lo que hacen. Apenas puedo conseguir información sobre ellos. Es imposible que ella pueda.

—¿Pero cómo lo sabes con seguridad? —insistió mi tía—. No sabes nada de esta maga, excepto que ha sido enviada por el Grupo Merlín. Tiene más recursos a su disposición de los que tú nunca tuviste.

—Cierto. —Yo trabajaba sola, mientras que ella probablemente tenía equipos de magos a su disposición. Tal vez ya estaban aquí en Moonfell, husmeando información sobre mí. Ese pensamiento me hizo hervir por dentro.

—Tienes que ser muy cautelosa —dijo, con la voz tensa por la preocupación—. Si esa Marita está detrás de ti, tenemos que actuar con rapidez para protegernos.

Sonreí ante su uso de la palabra «protegernos».

—Lo haré. Pero primero, necesito preguntarte sobre los rituales. En concreto, los rituales de Los Renegados. ¿Qué puedes decirme sobre ellos?

—¿Por qué? —refunfuñó mi tía.

Suspiré.

—Ya sabes por qué. ¿Por favor? ¿Acaso no soy tu sobrina nieta favorita?

La tía Luna me fulminó con la mirada.

—Eres una tonta si crees que la adulación me convencerá.

—Bueno. Necesito prepararme. Sólo quiero saber qué puedo esperar, o algo parecido. Dash no pudo decirme mucho, así que depende de ti y de la base de datos de Merlín.

Mi tía Luna vaciló antes de hablar, sus ojos recorriendo la cocina como si buscara fisgones.

—Sus rituales serán crueles, perturbadores —comenzó, con tono grave—. Estarán impregnados de sangre y sacrificio, y te atarán a fuerzas que escapan a tu comprensión. Una vez que te embarcas en ese camino, no hay vuelta atrás. ¿Lo comprendes? ¿Sabes en lo que te

estás metiendo?

—Sí. Como te dije antes, esta es la única manera de acabar con ellos. Voy a hacerlo. No puedes detenerme o hacerme cambiar de opinión. Así que, por favor, continúa.

Los ojos de la tía Luna se entrecerraron, sus labios formaron una fina línea mientras consideraba mi petición. Después de un largo momento de tenso silencio, finalmente cedió con un fuerte suspiro.

—Habrá sangre.

Asentí con la cabeza.

—Me lo imaginaba.

—Te cortarán. Quizás más de una vez.

Fruncí el ceño.

—¿Más de una vez? ¿Por qué? ¿Dónde? —La idea de más cicatrices no me asustaba. Diablos, yo me curaba más rápido que nadie que conociera. Además, mi piel apenas dejaba cicatrices, aunque nunca entendí por qué. ¿Pero ser cortada más de una vez para un ritual? Eso sonaba siniestro, incluso para alguien como yo.

—Sólo la sangre puede crear un vínculo inquebrantable con un aquelarre como el de Los Renegados —continuó mi tía Luna, clavando su mirada en la mía—. Necesitarán mucha. Tal vez tus muñecas, tus muslos.

—¿Mis muslos? Espera, ¿voy a estar desnuda? —Ahora, ese era un pensamiento mortificante.

Mi tía encogió los hombros.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? Quizás deberías haberles preguntado si iba a ser un ritual prohibido para menores antes de apuntarte.

—Ja. Ja.

Mi tía me lanzó una mirada mordaz.

—Y luego la maldición que te unirá a ellos, bueno, supongo que dolerá como la mierda. Sí, creo que lo disfrutarán. El dolor que causarán los excitará.

—Qué asqueroso.

Se me hizo un nudo en el estómago de espanto mientras mi tía Luna hablaba y describía un cuadro horrible de los ritos de sacrificio. Sabía que no sería agradable, pero esto era bastante asqueroso. Y un paso necesario para poner fin a la destrucción que Los Renegados habían desatado sobre nuestro pueblo.

—¿Y después? —pregunté—. Me cortarán y entonces sentiré dolor. Probablemente la maldición que me unirá a ellos. ¿Y después? Había visto lo que le hicieron a Dash, así que no me sorprendía lo del dolor.

Mi tía Luna se inclinó hacia adelante, con mirada intensa.

—Entonces —dijo con determinación—, dirán sus conjuros y tomarán del poder de cualquier demonio o dios oscuro al que adoren

y del que tomen prestado para lanzarte un hechizo vinculante que sólo podrá romperse cuando mueras.

O si alguien se ofrecía de voluntario para ocupar mi lugar, lo cual era muy poco probable. Pero me lo guardé para mí. No quería interrumpirla.

—Una vez pronunciados los conjuros, se establecerá la conexión. Estarás ligada a ellos. —Cerró la boca, pero por el ceño fruncido me di cuenta de que había algo más.

—¿Qué? ¿Qué es?

Mi tía me miró.

—¿No has pensado que *esto* es exactamente lo que querían desde el principio?

—No estoy segura de lo que estás diciendo. —Un poco sí, pero me esforzaba por no admitirlo.

Mi tía dejó escapar un suspiro.

—Digo... ¿no se te ha pasado por esa enorme cabeza tuya la idea de que esto... —Golpeó con fuerza su bastón contra el suelo—. ¿Es exactamente lo que querían contigo? ¿Todo este asunto con Dash era para orquestar tu entrega a ellos? ¿Para que les pertenecieras a perpetuidad?

Oh, mierda.

—Sí, entiendo tu punto. Pero no podían saber que me ofrecería a ocupar su lugar. Podría haber dicho que no.

—Era una posibilidad al cincuenta por ciento. Y se arriesgaron. —Enarcó una ceja—. Sabían lo mucho que se quieren el uno al otro. Y lo usaron en tu contra.

Una llama de ira se encendió en mi vientre. No había dejado que mis emociones interfirieran en mi trabajo. Jamás. Siempre me había distanciado de mis compañeros, incluso de mi vida amorosa. Y me había ido bien, o eso creía.

Todo iba bien, hasta ahora. Hasta que conocí a ese pequeño y escuálido gato en mi patio trasero y todo cambió.

Si mi tía tenía razón y Los Renegados habían utilizado a Dash para llegar hasta mí, estaba cayendo directo en su trampa. La realidad me golpeó como una tonelada de ladrillos y cada pieza encajó en su sitio con una claridad enfermiza.

Estaba más enredada en este retorcido juego de lo que jamás había imaginado.

A medida que las piezas del rompecabezas encajaban en mi mente, un escalofrío recorrió mi espalda. Las palabras de mi tía hacían eco en mi cabeza, su advertencia era ahora una verdad inquietante que no podía ignorar.

Sí, incluso si me hubieran engañado, *yo* todavía tenía una carta que jugar.

—Incluso si lo que dices es cierto, no cambia el hecho de que todavía voy a infiltrarme en su grupo y destruirlos. A todos ellos.

—Lo cambia todo —argumentó mi tía—. Significa que quieren *tu* magia, Kat. Y la usarán *a través de* ti. Te harán hacer cosas horribles... cosas terribles...

Apreté la mandíbula.

—No se los permitiré.

Mi tía soltó una carcajada.

—No podrás detenerlos una vez que estés atada. Serás una marioneta, obligada a hacer sus maldades.

Me estremecí al pensarlo. La idea de aceptar esta maldad y corrupción me repugnaba, pero sabía que no tenía otra opción.

Miré fijamente a mi tía mientras asimilaba sus palabras. Sentí miedo e incertidumbre, pero una chispa de rebeldía brilló en mi interior. Me negaba a ser un peón en el retorcido juego de otra persona. Si Los Renegados creían que podían manipularme tan fácilmente, estaban muy equivocados.

Dejé escapar un escalofrío, sintiendo que la bilis se me subía a la garganta al pensar en los horrores que me esperaban.

—¿Qué le pasará a Dash? —preguntó mi tía después de un momento de silencio.

Suspiré.

—¿Será un hombre libre? Le preguntaré. Viene a buscarme. —Le di un vistazo a mi teléfono—. Mierda. Son casi las once. No tardará en llegar.

Mi tía negó con la cabeza.

—Esto es un error.

—Esto es lo que pasará —dije, con la mandíbula rígida—, Me enfrentaré a lo que venga. No me echaré atrás. No me rendiré.

Mi tía Luna me lanzó una mirada apreciativa, con los ojos entrecerrados mientras me estudiaba.

—Eres tan testaruda como lo era yo a tu edad —resopló—. A partir de ahora todo empeorará.

Sonreí.

—Estoy segura.

Escuchamos el sonido del timbre.

—Ese es Dash. —Me enderecé, con el corazón agitándose de repente en mi pecho—. Deséame suerte.

—No lo haré —oí decir a mi tía mientras me apresuraba hacia la puerta.

Cuando llegué a la puerta principal, agarré el pomo y jalé para abrirla.

—Dash…

Pero Dash no estaba en el umbral.

Era el mismo mago que había intentado matarme hace unas noches, aquí mismo, en el jardín delantero de mi tía.

Bueno, esto fue inesperado.

CAPÍTULO 8

Cerré la puerta rápidamente para no preocupar a mi tía. Tenía la sensación de que ella no estaba dando tanta guerra con todo esto porque pensaba que Dash estaría conmigo. No este imbécil.

—¿Qué demonios es esto? —exigí, sin preocuparme de ocultar la animosidad en mi voz. Tenía el mismo aspecto que aquella noche.

Una capa oscura le colgaba holgadamente de los hombros. A la luz del porche podía verle la cara con claridad: gastada y áspera, con rasgos afilados. Su largo cabello colgaba en mechones sucios hasta los hombros, dando la impresión de que hacía tiempo que no se lo lavaba. Uno de sus ojos desprendía un brillo enervante, mientras que el otro estaba dañado e inútil, estropeado por las cicatrices.

Miré por encima de su hombro y vi un todoterreno oscuro estacionado en la calle delante de la casa. Junto a él estaban otros dos magos de Los Renegados, con las manos entrelazadas.

—Estamos aquí para escoltarte a la ceremonia de vinculación —dijo mi atacante mago.

—Suena como una ceremonia de apareamiento. —Volví a mirar al mago—. ¿Dónde está Dash?

El mago parpadeó.

—¿Dónde está Dash? —repetí más alto esta vez—. Se supone que *él* tiene que llevarme. Se me ocurrió una idea y se me hizo un nudo en la garganta—. ¿Qué le hicieron? —Si Dash no estaba aquí, significaba que *no podía* estar aquí. Algo pasaba.

El mago negó con la cabeza, pero pude ver un indicio de sonrisa en sus finos labios.

—No sé nada de eso.

—Sí claro. —Sentí que mi magia aumentaba, con ganas de soltarla con este tipo—. Si le hicieron algo, vivirán para lamentarlo.

Ante eso, me dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo dudo mucho.

Como siempre, mi magia umbra respondió a la amenaza con energía pulsante y palpitante como si quisiera salir. Pero si hacía algo estúpido, arruinaría mis posibilidades de unirme a este grupo. Para que mi plan funcionara, necesitaba ser miembro.

El mago pareció percibir mi magia y su sonrisa se volvió astuta.

—Ya hemos bailado esta danza antes, tú y yo. ¿Quieres que repita lo que te hice?

Sí, quería arrancarle esa sonrisa petulante de la cara.

—Esta vez, estaré listo para ti... tú... ¿tienes nombre, o me invento uno?

—Puedes decirme hermano Matías.

Igualé su sonrisa.

—No eres mi hermano. —Ni siquiera mi hermano de verdad era un hermano.

El hermano Matías sacó del interior de su capa un manojo de tela oscura doblada.

—Ponte esto —me lo tendió.

Lo agarré y lo inspeccioné más de cerca. Podía sentir pequeños cosquilleos de energía grabados en el material. Estaba deletreado.

—¿Qué es?

—Sólo ponlo sobre tu cabeza.

Me quedé con la boca abierta.

—Es una bolsa. ¿Quieres que me ponga esta bolsa en la cabeza? No lo creo. —Ya estaba muy nerviosa pensando en la ceremonia y en lo que me harían, pero con una bolsa en la cabeza y sin poder ver, bueno, ese era otro problema.

—No te llevaremos si no te lo pones. Las reglas son las reglas.

Maldita sea. Miré al otro lado de la calle. Lo último que necesitaba era que Annette y las niñas vieran esto. Pero la mayoría de las luces estaban apagadas, salvo el parpadeo de lo que sospeché que era la televisión, que venía de la sala a través de las cortinas cerradas.

Tragué saliva.

—Bien. —Respiré hondo—. Si esto huele a pis, te arrepentirás.

Me tapé la cabeza con la bolsa e inmediatamente sentí una extraña opresión alrededor de la cabeza y el cuello. Incluso con los ojos abiertos, sólo había oscuridad.

Menos mal que no me daba miedo la oscuridad.

Pero odiaba no poder ver.

Cuando la magia de la bolsa me envolvió, sentí una oleada de desorientación. El material de la bolsa pareció amoldarse a mi cara, casi como si tuviera mente propia, y percibí un fuerte olor a azufre. La sensación de hormigueo se intensificó. Por un momento, me pareció oír susurros que resonaban en las profundidades de la oscuridad, débiles y apagados como ecos lejanos que rebotan en paredes invisibles.

—Vamos —oí decir al hermano Matías, y entonces sentí que una mano fuerte me rodeaba el brazo. Me empujó hacia adelante y me tambaleé; sólo su agarre impidió que me cayera de narices.

—Cuidado, idiota —gruñí, y él me apretó hasta hacerme daño. Sí, lo estaba disfrutando.

—Escaleras —fue su única advertencia cuando mi bota resbaló en el primer escalón, y luego tropecé todo el camino hacia abajo. Siseé al

oír el chasquido de mi rodilla seguido de dolor.

El hermano Matías me jaló con más fuerza y me llevó a duras penas a través de lo que yo sólo podía suponer que era el sendero cubierto de maleza de mi tía hasta el todoterreno que me esperaba.

Escuché el sonido de una puerta que se abría.

—Sube —dijo el hermano Matías, y entonces sentí que una mano me empujaba con fuerza la cabeza. Lo próximo que recuerdo fue que me habían metido en el todoterreno con mucha delicadeza. Caí hacia adelante y me levanté con las manos. Sentí el cuero frío bajo mis palmas. Caro. No como la tapicería rota y desgastada de mi Jeep.

Un cuerpo duro chocó contra el mío, golpeándome el hombro, y me empujaron de lado hacia el asiento central. Oí cómo se cerraba la puerta de un auto y sentí el peso de alguien sentado a mi derecha. A mi izquierda, percibí otra presencia justo antes de que me dieran un codazo y luego sentí el fuerte impacto de otra puerta del auto que se cerraba. Estaba sentada entre dos magos.

Yo estaba en el medio como en un sándwich.

—Esto es acogedor.

Nunca me habían vendado los ojos ni me habían cegado con una bolsa en la cabeza, y no me gustaba. No me gustaba no tener el control. Me sentía vulnerable. Débil. Como si quisiera saltar fuera de mi piel.

Y apuesto a que así era exactamente como Los Renegados querían que me sintiera: controlada por ellos. Que no pudiera defenderme. ¿Cómo podría si no podía ver?

Todo lo que tenía que hacer era arrancarme esta maldita bolsa.

Pero entonces mi plan no funcionaría.

El motor rugió y sentí las vibraciones hasta en los huesos.

Cuando el vehículo avanzó dando tumbos, me apoyé para resistir el movimiento brusco y mi rodilla lesionada protestó con una punzada aguda.

—¿Qué tan lejos está la ceremonia? —supuse que si no podía ver a dónde íbamos, sería mejor que me dieran una respuesta clara para poder averiguarlo más tarde. ¿Era ese el cuartel general de Los Renegados? ¿O sólo una de sus muchas instalaciones?

Me respondieron con el silencio. No me sorprendió. Con las prisas, había olvidado agarrar mi bolso y mi teléfono. Podría haberlo rastreado más tarde, pero dudaba que me hubieran dejado traer algo.

Empecé a pensar en Dash. Si él supiera que esos magos venían a buscarme, podría haberme avisado. Pero no había llamado ni se había presentado. Algo le había pasado a Dash, algo que él no se esperaba desde que dijo que venía por mí.

Inspiré profundamente por la nariz y de repente me costó respirar con esa bolsa sobre la cabeza.

El corazón me latía con fuerza mientras el todoterreno seguía avanzando a toda velocidad, con el rítmico zumbido del motor creando un tenso telón de fondo para mis pensamientos acelerados. Podía sentir a los magos a ambos lados de mí, su presencia sofocante en el espacio reducido. El aire se volvía pesado por la tensión tácita, y cada segundo que pasaba me parecía una eternidad.

Mi ansiedad aumentaba y no podía evitar preguntarme si estaba haciendo lo correcto. Me estaba cuestionando mi decisión de ocupar el lugar de Dash. Tal vez podría haber encontrado una forma de acabar con Los Renegados sin unirme a ellos. Tal vez me estaba equivocando y me estaba involucrando en algo de lo que me arrepentiría el resto de mi vida.

Sí, tener una bolsa sobre mi cabeza me estaba jodiendo mi mente.

—¿Cuánto dura el ritual? —pregunté, tratando de despejar mis dudas. Y como nadie respondió, insistí—: ¿Me van a llevar allá o a otro sitio? Quizás tengan otra cosa en mente y esto sea una trampa. —Ahora que lo pienso, podría serlo.

—No es una trampa —dijo la voz a mi derecha, que reconocí como el hermano Matías.

—Eso no lo sé.

Un suspiro vino de mi derecha.

—No lo es —respondió el hermano Matías, con un tono irritado.

Bien. Este pequeño viaje me daría alguna información sobre él al menos. Por lo que pude notar, no era un mago paciente.

—«¿Te llevaron al ritual con una bolsa en la cabeza cuando te uniste?

El hermano Matías guardó silencio un momento. Podía sentir su vacilación, su debate interno sobre cuánto revelarme. Finalmente, habló, con voz baja y cautelosa:

—No, no lo hicieron. Pero los tiempos han cambiado y hay que tomar precauciones. Los Renegados están más vigilantes que nunca.

Ah. No confiaban en mí. Lo entendí. Yo tampoco confiaría en mí.

Fruncí el ceño bajo la bolsa, intentando descifrar la enigmática información que me estaba dando. Los Renegados eran conocidos por su secretismo y su crueldad a la hora de conseguir sus objetivos. ¿Por qué este ritual vinculante necesitaba medidas de seguridad tan intensas?

De repente, el todoterreno giró bruscamente y me sacudió de lado en el asiento. La ansiedad se apoderó de mí y mi mente se agitó pensando en lo que me esperaba al final del viaje.

El sonido de un teléfono llenó el silencio.

El hombro del hermano Matías rozó el mío cuando sentí que se movía.

—Sí —dijo el hermano Matías—. La tenemos.

Obviamente hablaban de mí.

—Todavía no —continuó el hermano Matías—. Creemos saber dónde está. Cuando lo tengamos asegurado, sólo necesitaremos las tablas para que el hechizo funcione… Sí. Comprendo. Lo haré.

¿Hechizo? ¿Qué hechizo? ¿Y de qué tablas estaba hablando? Si se trataba de otro intento de invocar a un rey demonio o algo peor, quería saberlo para poder detenerlo. Si estaban buscando unas tablas especiales, quería encontrarlas yo primero.

Cuanta más información me dieran, mejor, pero la llamada terminó y no supe nada más.

Después de lo que parecieron horas, pero que probablemente sólo fueron un par de minutos, el vehículo por fin se detuvo. El motor se apagó y la puerta de al lado se abrió, dejando entrar una ráfaga de aire fresco.

Unas manos fuertes me agarraron por los hombros y me sacaron del auto. Me tropecé y mi rodilla herida cedió bajo mi peso, pero antes de que pudiera caer al suelo, las manos me sostuvieron y me guiaron hacia adelante.

Oía voces a mi alrededor, amortiguadas por la bolsa que me cubría la cabeza. Sonaban excitadas y ansiosas, como si se estuvieran preparando para algo grande.

Yo.

El corazón me latía con fuerza mientras me guiaban hacia adelante, la incertidumbre de lo que me esperaba aceleraba aún más mi pulso. Las manos que me guiaban eran firmes y me instaban a moverme. Mis botas golpearon una superficie sólida, pavimento o asfalto, haciendo eco de las pisadas huecas del grupo que me rodeaba.

Las manos que me dirigían se detuvieron y percibí un cambio en el ambiente. Los susurros se arremolinaban a mi alrededor. Me esforcé por oír lo que decían, pero era como si la bolsa no me lo permitiera, como si supiera lo que podía oír y lo que no.

Oí el chirrido de una puerta al abrirse y me arrastraron a través de ella. Mis botas chocaron contra una superficie dura y resbaladiza. Estábamos dentro de un edificio. ¿En qué lugar? Supuse que en algún lugar de Moonfell, pero era todo lo que sabía.

El aire del interior estaba impregnado con el olor a libros viejos mohosos y algo más, algo metálico y afilado que me erizó la piel. Mis captores permanecían en silencio, su presencia era una sombra amenazadora a mi alrededor mientras me guiaban por lo que parecía un laberinto de pasillos.

No podía sentir si habíamos pasado por una guarda de protección mágica o algo que me impidiera acceder a mi magia umbra. O si esa bolsa actuaba como un impedimento mágico.

Así que lo probé.

Extendí la mano hacia las sombras que me rodeaban, sin saber si había alguna ya que no podía ver.

Al canalizar mi energía, sentí un pulso y un remolino en respuesta. Extendí la mano y agarré las sombras, sintiendo cómo sus volutas frías se deslizaban entre mis dedos como hebras sedosas. Qué bien. Aún tenía acceso a mi magia. Si las cosas se complicaban, siempre podía salir de este lío teletransportándome a través de las sombras.

Finalmente, nos detuvimos. Alguien me arrancó bruscamente la bolsa de la cabeza, cegándome momentáneamente contra la tenue luz que se filtraba por las pequeñas y polvorientas ventanas de arriba. Parpadeé rápidamente e intenté adaptarme al entorno.

Me encontré en una enorme cámara llena de inquietantes símbolos grabados en las paredes de piedra, que brillaban tenuemente con una luz de otro mundo. Al mirar a mi alrededor, tuve una extraña sensación de déjà vu, de que *conocía* este lugar y había estado aquí antes. Pero cuando intenté recordar dónde estaba, no pude lograrlo.

En el centro de la sala había un círculo de figuras embozadas, con los rostros ocultos por capuchas. Tal vez treinta o cuarenta de ellos, todos miembros de Los Renegados.

Cuando alguien me empujó hacia adelante, me fijé en un altar situado en el centro del círculo, adornado con velas que titilaban ominosamente en la penumbra. El pavor se me enroscó en la boca del estómago al darme cuenta de la gravedad de la situación en la que me encontraba. Demasiado tarde para dar marcha atrás.

Una hilera de figuras embozadas se separó y entonces lo vi.

Dash.

Estaba de pie, con el pecho desnudo brillante de sudor y sangre, en el centro de otro círculo dibujado en carmesí. Extraños símbolos y runas, pintados en su piel como tatuajes oscuros, parecían palpitar y retorcerse como si estuvieran imbuidos de algún tipo de poder. El dolor que se reflejó en su rostro al verme estuvo a punto de deshacerme. Sus ojos, normalmente cálidos y acogedores, estaban ahora nublados por la confusión y algo más oscuro.

El hermano Matías me empujó hacia adelante en otro círculo de sangre idéntico junto a Dash antes de alejarse.

—¿Dash? —Me aventuré, mirando fijamente esa cara encantadora.

Los ojos oscuros y penetrantes del semidemonio se encontraron con los míos y se limitó a negar con la cabeza.

—Es la hora —dijo una voz que reconocí.

Me giré para ver a Algar dando un paso al frente. Con su capucha sobre la cabeza, ni siquiera lo había visto entre el mar de capas. Las sombras plagaban su pálido rostro, agravando las ojeras bajo sus ojos claros. Era imposible adivinar su edad. Pero era viejo, tal vez incluso anciano. Lo de no tener cejas seguía siendo espeluznante.

Los finos labios de Algar se estiraron en una sonrisa siniestra.
—Bienvenida, Katrina Lawless —dijo—. Al primer día de tu vida. Sí, para nada espeluznante.

CAPÍTULO 9

Algar se acercó y su mirada me atravesó como una espada.

—Has sido elegida, Katrina Lawless —entonó, con una extraña mezcla de reverencia y malicia en la voz—. Elegida para cumplir un destino que ha estado escrito en las estrellas desde el principio de los tiempos.

—Lo dudo —dije, intentando darle un vistazo a Dash, pero tenía la mirada fija en el suelo y el ceño fruncido.

La escalofriante risa de Algar resonó en la cámara, rompiendo el silencio.

—Sí. Ahí está ese fuego que tanto me gusta. Ese delicioso desafío.

Asqueroso.

—Serás un miembro *valioso* de nuestro ministerio.

Dudo eso, también.

Miré a mi alrededor. Los otros cuarenta —digamos cuarenta— miembros estaban en silencio, con los rostros ocultos bajo sus capuchas, pero yo notaba su excitación. Me enfermaba.

—Hermanos y hermanas... —La voz de Algar se elevó—. Estamos presenciando el fin de un miembro y el surgimiento de uno nuevo. El cambión nos ha servido bien. Pero esta noche, tenemos algo mejor. —Sus pálidos ojos se fijaron en mí—. Bienvenidos, todos y cada uno de ustedes, al amanecer de una nueva era, una en la que nuestro poder crecerá exponencialmente y nuestra influencia se hará sentir mucho más allá de estos muros sagrados.

Miré a mi alrededor, a la multitud distante de figuras sombrías, cuyas capuchas ocultaban sus rostros e identidades. Casi parecía como si no quisieran que supiera quiénes eran... todavía. O quizás nunca lo sabría.

Me preguntaba en qué mundo me estaba metiendo. Para alguien como yo, que prefería resolver asesinatos o encontrar niños desaparecidos, nunca me había sentido tan perdida. Sin embargo, aquí estaba, siendo iniciada en un aquelarre secreto, responsable de muchas muertes. Era, en mi opinión, el verdadero significado del mal.

Pero tenía un plan. Y esto era parte de él. Tenía que llevarlo a cabo.

—Esta noche, después de tantos años de búsqueda, por fin tenemos a nuestro alcance una raza rara. Mucho más rara que nuestro cambión.

—¿En serio? —pregunté—. ¿Qué es eso? —Me molestaba que

Algar pareciera creer que sabía más de mí que yo misma. Y por el ensanchamiento de su sonrisa, suponía que él también lo sabía.

—Después de esta noche, tu vida nunca volverá a ser la misma —dijo Algar.

—Sí, entendí esa parte.

Un miembro se adelantó. Era bajo, fornido y, bajo el borde de su capucha, distinguí un poco de pelo rojo.

—Deberíamos matarla y tomar su poder. El cambión nos ha servido bien. ¿Por qué desperdiciarlo? ¿Por qué lo desperdiciamos ahora? Esto está mal.

Miré a Dash, sin apreciar la forma en que aquel mago se refería a él como una cosa. Pero, de nuevo, no me miró a los ojos.

—Yo digo que la matemos. Matémosla ahora —dijo el mismo miembro.

Bueno, éste ahora se estaba poniendo fastidioso.

Recurrí a mis sombras, dejando que se enrollaran alrededor de mis muñecas como pulseras vivientes.

—Intenta cualquier cosa, amigo, y nunca verás el exterior de este lugar.

—Cálmate, hermano Owen —dijo Algar. Puso una mano sobre el otro mago—. Esto estaba escrito en las estrellas.

El rostro del mago se ensombreció bajo la capucha, con una mueca en la boca.

—Tardamos más de un siglo en domar al cambión. ¿Estás diciendo que todo fue en vano?

—No fue en vano. —Algar me miró—. Él nos trajo este regalo.

Mierda. Parecía que mi tía tenía razón.

Como para acentuar la creciente confusión, Dash soltó un gruñido sobrenatural. Sus ojos cambiaron del marrón oscuro a un tono dorado ardiente, y la oscuridad de su interior afloró a la superficie. Era un cambión, una criatura nacida de un humano y un demonio, y por lo que había investigado, su poder era una fuerza salvaje y brutal.

Pero sabía que no podía hacer nada. Igual que aquella noche detrás de su granero, Dash estaba esclavizado.

Y yo estaba a punto de ser igual.

Maravilloso.

El llamado hermano Owen dirigió su atención hacia mí.

—No confío en la perra.

—Lo mismo digo, imbécil —le dije. Algo en esa palabra de cinco letras me sacaba de quicio.

Los demás miembros se movieron y murmuraron bajo sus capuchas. Podía sentir sus ojos clavados en mí, evaluándome y calculando. Pensé en agarrar a Dash y largarnos de aquí teletransportándonos por las sombras.

Pero Dash estaba unido a este grupo. Lo encontrarían, y yo habría arruinado mi brillante plan, que no sonaba tan brillante en ese momento.

La sonrisa de Algar vaciló un instante antes de recuperar la compostura.

—No queremos desperdiciar el poder del cambión, pero también debemos tener en cuenta el potencial de nuestro nuevo miembro.

—¿Y qué potencial es ése? —preguntó el hermano Owen, con la voz llena de desdén.

—Poder —dijo Algar—. Poder puro e indomable que ha estado oculto durante siglos, esperando a su legítimo dueño.

Enarqué una ceja.

—¿Y crees que soy yo? —Caray.

Algar asintió con confianza.

—Llevamos mucho tiempo buscando a alguien como tú.

Hizo una pausa y miró a su aquelarre.

—Con tus poderes combinados con los nuestros, seremos imparables.

No pude evitar que se me revolviera el estómago ante la idea de formar parte de este grupo de individuos retorcidos. Pero sabía que tenía que seguirles la corriente si quería averiguar más sobre lo que estaban planeando.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? —pregunté con cautela.

—Queremos que abraces tu verdadera naturaleza —dijo Algar—. Que aproveches todo tu potencial, abraces la magia oscura que fluye por tus venas y te unas a nosotros en nuestra búsqueda del dominio definitivo sobre todo.

Volví a mirar a Dash, preguntándome qué estaría pensando de todo esto. ¿Realmente creía en su causa, o simplemente les seguía la corriente porque no tenía otro sitio a dónde ir?

—¿Y si me niego? —pregunté.

La sonrisa de Algar se convirtió en una mueca.

—No puedes negarte. Has cambiado voluntariamente tu servicio por el cambión. ¿A menos que hayas cambiado de opinión?

Sabía que sólo estaba jugando conmigo. No había vuelta atrás. Lo supe en el momento en que aquellas palabras salieron de mi boca aquella noche: «*Ocuparé su lugar*».

Mi corazón se detuvo por un momento al oír sus palabras, pero no dejé que el miedo se reflejara en mi rostro. En lugar de eso, me concentré en mi rabia y frustración. Respiré hondo, intentando calmar mi acelerado corazón. Este no era el futuro que había imaginado para mí. Siempre había pensado que mis poderes eran un milagro, ya que no se manifestaron hasta el final de mi adolescencia. Pero ahora, estos extraños hablaban de aprovecharlos, de utilizarlos para sus propios y

retorcidos fines.

—Entonces, ¿cuál es exactamente tu plan? —pregunté, ganando tiempo.

Algar se inclinó hacia adelante, con los ojos brillantes de emoción.

—Nuestro aquelarre ha estado buscando formas de aumentar nuestro poder y control sobre el mundo sobrenatural —respondió, sorprendiéndome—. Hemos descubierto textos antiguos que hablan de un ritual que puede despertar y amplificar los poderes de un elegido.

—¿Y crees que soy yo? —pregunté incrédula.

—Sí —dijo Algar con confianza—. Creemos que eres la elegida mencionada en estos textos.

Volví a mirar a Dash, esperando algún tipo de apoyo u orientación por su parte. Pero su rostro permanecía ilegible detrás de su máscara.

—¿Y en qué consiste este ritual? —pregunté, temiendo ya la respuesta.

—Es un proceso complejo y peligroso —dijo Algar—. Pero con tus poderes ya fuertes e indómitos, creemos que eres más que capaz de sobrevivir a él.

¿Sobrevivir? Eso no me inspiraba precisamente confianza. Pero antes de que pudiera expresar mis preocupaciones, el hermano Owen habló.

—¿Y el cambión? —preguntó fríamente—. No podemos permitir que permanezca libre mientras llevamos a cabo este ritual.

—Yo me lo llevo —dijo una clara voz femenina.

Era mi hora de gruñir.

La esbelta figura salió del muro de miembros encapuchados. Se bajó la capucha y dejó al descubierto una frondosa cabellera rubia que enmarcaba un bonito rostro. Sus ojos se clavaron en Dash, y no me gustó la mirada que cruzó sus facciones: carnal y posesiva. Lo miraba como si fuera el premio que había estado esperando, que le habían prometido.

Dash la miraba como si quisiera arrancarle la garganta. Aquí había historia. Podía sentirla.

—Todo a su tiempo, hermana Wynona —respondió Algar, y volteó para mirar a Dash—. Pero por ahora, debemos encontrar una forma de controlarlo cuando el ritual se haya completado. Unas cuantas... maldiciones deberían bastar.

—Ni lo pienses —dije con firmeza, tirando de mis sombras. Había muchas sombras en este agujero infernal. Era perfecto—. Eso no era parte del trato. Yo por él. Y él queda libre, o el trato se cancela.

El hermano Owen se rio burlonamente.

—¿Y qué crees que puedes hacer para detenernos, mujercita?

Encogí los hombros.

—La castración sigue apareciendo en mi cabeza.

La cara del mago se torció de rabia.

—Te vas a arrepentir.

—Seguro que sí.

El aire de la habitación parecía enfriarse y podía sentir la ira de Dash hirviendo a fuego lento bajo la superficie. Apretó los puños y los músculos de su mandíbula luchaban por mantener la calma.

—Nada de maldiciones —siseé, con la voz temblorosa por la ira.

Algar encogió sus hombros con indiferencia.

—Bien. Si el cambión se comporta, no habrá motivo para maldiciones. Pero si se pasa de la raya... —Miró a Dash—. Ya sabes lo que pasará. ¿Verdad?

—Sí —dijo Dash, hablando por primera vez desde mi llegada—. Y no lo haré.

—Perfecto. —Algar se frotó las manos—. Entonces empecemos. — La sonrisa de Algar se ensanchó y sus ojos brillaron con malicioso regocijo. Los otros magos intercambiaron miradas cómplices, prácticamente irradiando entusiasmo.

Miré a la maga llamada Wynona. No sonreía.

Sin mediar palabra, Algar sacó de entre los pliegues de su túnica una daga de aspecto malvado, cuya hoja brillaba en la tenue luz de la cámara. Se acercó a mí hasta que pude oler su fuerte aliento. Extendió la mano y me agarró un puñado de la camisa.

—¡Ey! —grité, sorprendida.

Antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo, me cortó y rebanó la camiseta hasta que me quedé de pie en aquel círculo en sujetador y jeans. Yo no era una mojigata ni nada por el estilo, pero era demasiado incómodo.

Un miembro se adelantó, sosteniendo un bol de cerámica, y se lo dio a Algar. El líder mojó los dedos de su mano libre en la mezcla y empezó a untarla sobre mi piel.

Sentí arcadas ante el olor, una mezcla de podredumbre y algo parecido al estiércol.

A medida que sumergía cada dedo en el repugnante brebaje, podía sentir el frío de la cámara penetrando aún más en mis huesos. Los ojos del mago, antes llenos de excitación, ahora estaban vidriosos, como si tuvieran una visión completamente distinta. Yo, por mi parte, sentía la magnitud de su sospecha colectiva presionándome, cada dedo cubierto con la misteriosa pasta, marcándome con su desconfianza colectiva.

Después de untar lo último de la asquerosa mezcla, Algar devolvió el bol al mago que esperaba y se acercó a Dash.

—Dame la mano —le ordenó.

Vi cómo Dash hacía lo que le pedían.

Y con la daga, Algar cortó la palma de la mano de Dash, haciendo que la sangre saliera a la superficie. El semidemonio ni siquiera

parpadeó ni se inmutó.

Luego, el mago dio un paso hacia mí.

—Tu mano.

Pensé en hacerle un gesto con el dedo, pero le di mi mano derecha de mala gana.

Siseé mientras me tallaba la suave piel de la palma. No era tan resistente al dolor como Dash, pero sabía que aquel corte sanaría enseguida sin apenas dejar cicatriz.

Algar tomó mi mano ensangrentada y la de Dash, uniéndolas.

Cuando apretó nuestras manos, la sangre de nuestras palmas se mezcló y goteó en el suelo, dejando una mancha oscura y pegajosa. Observé, horrorizada, cómo la sangre parecía cobrar vida, filtrándose por las grietas del suelo y las paredes de la cámara, uniéndonos en un ritual grotesco e invisible.

—Lo siento —dijo Dash—. Nunca debiste involucrarte.

—Es demasiado tarde para eso —dije, con el corazón palpitando.

Con una sonrisa siniestra, Algar levantó los brazos y un crescendo de murmullos comenzó a llenar la sala. Una luz espeluznante ardía en los rincones de la cámara. Podía ver las sombras bailando en las paredes de piedra como si estuvieran vivas.

—Por la sangre nos unimos, por la oscuridad nos encontramos — entonó el mago, con una voz cada vez más fuerte y urgente.

Algar hizo un rápido movimiento de barrido con los brazos, la sangre de nuestras palmas aún goteaba sobre el frío suelo de piedra.

Entonces el mago dio un paso atrás, con los ojos fijos en nuestras manos unidas, y empezó a cantar en un idioma que no entendía. Oscuro. Malévolo. Maligno. Los otros magos empezaron a cantar al unísono, sus voces subían y bajaban en una cadencia espeluznante. Las sílabas resonaban en la cámara, creando una sensación de inquietud que me oprimía el pecho.

Intenté concentrarme en las palabras, pero mi mente se llenaba de preguntas sobre lo que estaba ocurriendo. Era incapaz de apartar la mirada del mago, cuyos ojos brillaban con un poder malévolo que parecía filtrarse por todos los rincones de la cámara.

Cuando los cánticos alcanzaron su punto máximo, la cámara se vio repentinamente envuelta en un resplandor vibrante que me cegó momentáneamente. Cuando mi visión se aclaró, vi que la sangre de nuestras manos unidas había formado un símbolo brillante en el suelo, palpitando con una energía de otro mundo.

De repente, me golpeó una fuerza invisible, fría y caliente a la vez, que me desgarró por dentro. Un grito escapó de mis labios mientras me sacudía, casi cayendo hacia atrás mientras los fuertes brazos de Dash me sujetaban. Parpadeé, con la cabeza dándome vueltas y el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

La mirada de Algar se clavó en mí mientras continuaba con su cántico. Los demás magos se unieron y sus voces se convirtieron en una cacofonía de poder oscuro. El símbolo del suelo empezó a brillar con más intensidad y a palpitar con una energía sobrenatural. Sentí el calor que irradiaba el símbolo del suelo y me invadió una sensación de terror. Este ritual no tenía ningún propósito bueno. Estaba alimentado por la oscuridad y la malicia.

La voz de Algar sonó por encima de las demás:

—Nuestra sangre nos une, y nuestra conexión con las sombras ha sido revelada. El pacto del cambión está ahora roto, reemplazado por otro.

Con esas últimas palabras, un rayo salió disparado de la punta de sus dedos e impactó contra el símbolo del suelo, haciendo que se encendiera con un intenso brillo antes de desvanecerse.

Sentí que una oleada de energía fluía a través de mí como si algo se hubiera desbloqueado en mi interior. Pero también me invadió una profunda sensación de temor y un mal presentimiento.

Cuando la cámara se sumió en un tenso silencio, solté lentamente la mano de Dash y di un paso atrás, con la mente agitada por la incertidumbre y el miedo. ¿Qué demonios acababa de hacer? ¿Y por qué sentía que estaba a punto de vomitar? ¿Es que ahora era diferente? No tenía ni idea. Estaba demasiado nerviosa. Mi mente estaba demasiado abrumada para darle sentido a todo.

El mago, Algar, volteó a verme con una oscura sonrisa en el rostro.

—Bienvenida al redil —dijo, mirándonos con una inquietante mezcla de admiración y malicia—. Ahora estás unida a Los Renegados y a nuestra causa, Katrina Lawless.

Me miré la palma de la mano. Ya no sangraba tanto. Sorprendentemente, este ritual no era tan malo como pensaba. Esperaba algo peor. Mucho peor.

Y con un movimiento de muñeca, seguía teniendo pleno control de mis poderes. Estaba claro que Algar y sus secuaces me habían subestimado a mí y a mi magia. Sonreí por dentro. *Les había tomado el pelo.* Acabar con este grupo sería mucho más fácil de lo que pensaba.

Aun así, no me gustaba la sonrisa de Algar. Y cuando el color se desvaneció de la cara de Dash, empecé a asustarme.

—¿Qué? —Le susurré a Dash—. ¿Qué pasa?

—Lo siento muchísimo —balbuceó.

—Ya lo sé. Ya lo dijiste —respondí, sin darme cuenta del verdadero significado de sus palabras.

Antes de que pudiera reaccionar, algo frío me rodeó el cuello.

—¡Ey! —Me giré, viendo a Algar burlándose detrás de mí.

Levanté la mano y mis dedos tocaron algo sólido como el metal. Era grueso, de unos cinco centímetros, y me rodeaba el cuello como

una gargantilla, palpitante de magia. La rodeé con los dedos e intenté quitármela, pero el metal era demasiado fuerte.

—¿Qué demonios es esto? Quítamelo. —Mi voz salió áspera y asustada.

Algar soltó una risita sombría.

—No pensaste que te permitiríamos usar tu magia especial con nosotros. ¿Verdad?

Mierda. Recurrí a mis sombras, a mi magia umbra, pero fue como chocar con un muro de ladrillos. Me sentía como si fuera una niña otra vez, y por más que intentara conjurar mi magia, no podía.

Mi corazón latió con fuerza al darme cuenta de la gravedad de la situación. Me habían puesto un inhibidor mágico para impedir que usara mis poderes contra ellos. Bastardos.

—No podrás usar tus poderes con ningún miembro mientras tengas puesto ese collar —dijo Algar.

—Vete a la mierda —escupí—. Este no era el trato.

No sé por qué me sorprendía. Esto era justo el tipo de cosas que debería haber sabido que harían. Mierda. Mi tía se iba a enojar muchísimo.

¿Y qué significaba eso para mi brillante plan?

Lo próximo que recuerdo es que una bolsa cayó sobre mi cabeza y todo se puso negro.

CAPÍTULO 10

Algo frío y áspero me presionó la mejilla. Y una brisa fresca me acarició la cara. El aire desprendía un fresco aroma a aire libre, casi como una mezcla de pino y lluvia. Era un bienvenido alivio del olor a humedad de la maldita bolsa que me habían colocado sobre la cabeza...

¡La bolsa sobre mi cabeza!

Me desperté de golpe y me senté. Miré a mi alrededor y sólo tardé unos segundos en orientarme. Estaba sentada en el porche de casa de mi tía. Estaba en casa. Mi cuerpo se estremeció involuntariamente al sentir el aire frío que rozaba mi piel. Sólo tenía puesto el sujetador y los jeans.

Y no tenía ni idea de cómo ni cuándo había llegado aquí.

Un dolor punzante provenía de mi cadera. Probablemente alguien del grupo de Los Renegados me lanzó como un trapo viejo al porche en algún momento de la noche. Ni siquiera se molestaron en darme algo para cubrirme. Era finales de octubre y el frío no era normal. Al menos me habían quitado la bolsa de la cabeza.

Los acontecimientos de anoche se me vinieron encima. El viaje con la bolsa sobre mi cabeza. Dash. El ritual. El collar.

Mientras las palabras de Algar resonaban en mi mente, me llevé la mano al cuello. Con toda seguridad, mis dedos sintieron la superficie fría y dura del opaco collar metálico destinado a proteger a los demás miembros de mi magia.

El cielo se tiñó de rosado y naranja, y pude distinguir el sol naciente al este de Moonfell. Al amanecer, cuando mis poderes eran más débiles, reuní la poca energía que me quedaba y sentí un leve cosquilleo como respuesta.

No mucho, pero lo suficiente para decirme que aún podía usar mi magia umbra, pero no contra ningún miembro de Los Renegados.

Había subestimado a esos hijos de puta.

Pero no me conocían ni sabían lo testaruda que era. Por nada del mundo iba a quedarme con este collar. Encontraría la manera de quitármelo.

Para eso, necesitaba a mi tía.

Me levanté y me estiré, feliz de ver que mi rodilla estaba mejor. Como dije antes, me curaba rápido. Me llevé la palma de la mano al lugar donde Algar me la había cortado. Quedaba una pequeña línea blanca en la carne blanda, pero apenas podía verla. Me pregunté cómo

estaría la de Dash.

Dash.

Fui a buscar mi teléfono, sólo para recordar que estaba adentro en mi bolso.

Me acerqué a la puerta y, como no estaba cerrada con llave, entré y la cerré suavemente. No quería despertar a mi tía.

Pero en cuanto sentí el aroma del café, supe que estaba despierta.

Encontré mi bolso junto a la entrada, saqué mi teléfono y marqué el número de Dash. Cuando salió el buzón de voz, le dejé un mensaje.

Yo: ¿Estás bien? Llámame.

Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en lo que Los Renegados pudieron haberle hecho a Dash. Habían hablado de maldiciones para mantenerlo a raya. Y aunque Algar prometió que no maldecirían a Dash, no le creí. Esas personas eran mentirosas. Harían lo que quisieran si sentían que su grupo estaba amenazado de alguna manera. Y en este instante, esa amenaza era Dash. Él conocía sus secretos, o al menos algunos de ellos. El hecho era que él representaba un riesgo. Necesitaba encontrarlo.

El sonido de algo duro golpeando el suelo atrajo mi atención.

—¿Por qué solo tienes puesto un sujetador? —gritó la tía Luna, encorvada sobre su bastón en el pasillo frente a mí. Su camisón con estampado de cebra le llegaba justo por encima de las rodillas, dejando ver sus zapatillas de felpa moradas—. Estaba enloqueciendo de la preocupación.

—Es una larga historia. —Guardé el teléfono en el bolsillo, agarré un suéter gris del perchero de la entrada, me lo puse y seguí adelante.

Sus ojos se entrecerraron en mi cuello.

—¿Qué demonios tienes alrededor del cuello?

—Tenemos que hablar. —Le pasé por un lado a ella y a su ceño fruncido y fui hasta la máquina de café. Agarré una taza, la llené de delicioso café y bebí un sorbo antes de darme la vuelta.

—¡Ah!

Mi tía estaba delante de mí. Extendió la mano y me tocó el cuello. Sus ojos se abrieron de par en par y retiró la mano como si la hubiera mordido.

—Al diablo con el caldero —dijo mientras la ira cruzaba sus facciones.

Pasé un dedo por el cuello.

—¿Sabes lo que es?

Mi tía asintió.

—Eso es un rusane. Un poderoso repelente mágico. Se usa con familiares y criaturas así cuando son demasiado salvajes para domarlas. Incluso una vez vi que se lo pusieron a un demonio. Pero nunca había visto que se lo pusieran a una bruja. Eso es un sacrilegio.

Por no decir ilegal.

—Maravilloso. Supongo que tenía que haber una primera vez. —Tomé un buen trago de café e hice una mueca de dolor cuando me quemó la garganta.

—¿Los Renegados te pusieron eso? ¿Pero por qué?

—Para evitar que use mi magia con ellos.

—Dash no tenía. —Mi tía se dio la vuelta y miró hacia la puerta principal como si esperara que Dash entrara bailando un vals.

—No, él no lo tenía. Supongo que me consideran más una amenaza. Y deberían.

Mi tía giró la cabeza rápidamente.

—Esto no es gracioso, Kat.

—No me estoy riendo.

—¿Dónde está Dash? ¿No está contigo? Creía que se habían ido juntos.

—Hablando de eso. —Bajé mi taza—. No era Dash el que estaba en la puerta anoche. Eran dos miembros, que vinieron a buscarme para llevarme al ritual.

Mi tía me fulminó con la mirada.

—¿Por qué no me lo dijiste? Me hiciste creer que estabas bien.

—No quería que te preocuparas. Además, me llevarían al mismo sitio. No importaba cómo llegara allí.

—¿Y dónde queda ese lugar?

Encogí los hombros.

—Ni idea. Tenía una bolsa en la cabeza.

En ese momento, mi tía titubeó en el acto y, por un segundo, pensé que se desmayaría.

Me apuntó con su bastón.

—Tiene que dar algunas explicaciones, señorita.

Asentí con la cabeza.

—Será mejor que te sientes.

—Es una de esas charlas, ¿eh?

—Lo es.

Cuando ella se sentó en la mesa de la cocina, agarré una silla, la giré hacia ella y me senté.

—Me llevaron a un lugar aquí en Moonfell. Estoy segura —empecé a relatarle todo el viaje, lo que había oído durante el trayecto y, por último, el ritual.

Cuando terminé, me eché hacia atrás y observé la cara de mi tía, buscando un indicio de lo que estaba pensando, pero todo lo que obtuve fue su característico ceño fruncido.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Te sientes diferente?

Lo pensé.

—No mucho...

—¿Sientes la necesidad de matar? ¿Algún pensamiento asesino?

—No.

—¿Estás segura?

Suspiré.

—Creo que conozco mi propia mente.

—Mhmm.

—¿Y? —Me atreví—. ¿Cómo me quito este collar?

—No puedes.

Me quedé con la boca abierta y me invadió una oleada de ansiedad.

—Pero acabas de decir que se usan con familiares. Si es así, seguro que se pueden quitar. ¿Verdad? ¿Tía Luna?

Los ojos de mi tía brillaban de pena.

—Ese es el detalle. Los rusanes no están diseñados para quitarse. Son permanentes. Como las cejas permanentes.

Se me revolvió el café en el estómago.

—Espera. ¿Estás diciendo que no puedes quitármelo? ¿Ni siquiera con un hechizo? —Hacía todo lo posible por mantener la calma, pero mi estómago bailaba con mis entrañas. Nunca se me había ocurrido que tal vez no pudiera quitarme el collar. Que podría tener esta cosa enganchada... para siempre.

Los ojos de la tía Luna se ablandaron, una rara vulnerabilidad se asomaba a través de su duro exterior.

—Incluso con un hechizo, querida, el rusane está vinculado a ti. Es una magia oscura que se aferra a tu esencia. Quitártelo podría significar... arriesgarlo todo. Te matará. —Hizo una pausa, su mirada se detuvo en el collar alrededor de mi cuello.

Sacudí la cabeza, negándome a creerlo.

—Pero seguro que hay algo que podamos hacer. —De repente, el peso del collar se hizo sentir en mi piel. El calor me llegaba a la cara desde el cuello y sentía que no podía respirar, como si el collar me ahogara.

Sus facciones se endurecieron una vez más mientras se inclinaba hacia adelante.

—Cálmate antes de que te dé un ataque.

Apreté los dientes y me jalé el maldito collar.

—Para ti es fácil decirlo. Tú no eres la que tiene esta maldita cosa en el cuello.

—Cuida tu vocabulario. Esta sigue siendo mi casa.

—No tenía ni idea de que me harían esto —dije, sintiéndome estúpida por no haber previsto esto de ellos.

Mi tía negó con la cabeza.

—Esto nunca habría pasado si no hubieras aceptado unirte a esa

secta maligna.

Dejé caer las manos sobre mi regazo.

—De verdad no estoy de humor para esto. Sabes por qué lo hice. Y no voy a volver a hablar de eso. Lo hecho, hecho está. —Levanté la mano y volví a jalar del metal—. Yo. Quiero. Quitarme. ¡Esto! ¿Cómo demonios se supone que voy a derrotar a esos idiotas si ni siquiera puedo usar mi magia contra ellos?

Demonios. No lo había pensado bien. Si mi tía no podía encontrar una manera de quitarme este collar, estaba jodida.

La mandíbula de la tía Luna se tensó.

—Ya te lo dije. No es tan sencillo. Esto no es algo que podamos revertir con un movimiento de varita o unos cuantos hechizos.

—Bueno, entonces, ¿qué sugieres que haga? No viviré con esta cosa colgada del cuello como un animal encadenado. No lo haré —refuté, con la frustración creciendo en mi interior. Me sentía mal por haberla atacado, pero ella no me la estaba poniendo nada fácil.

—Es posible que tenga una amiga que pueda ayudar —dijo mi tía Luna, con tono serio—. No digo que sea capaz de quitarlo, pero sabe más de rusanes que nadie que yo conozca. Bueno, cualquiera que siga vivo.

Sentí que se liberaba algo de tensión alrededor de mi cuello.

—¿Y estás segura de que ella puede ayudar?

—¿Segura? No. Pero es todo lo que tenemos.

—Está bien. —Suspiré.

La expresión de mi tía Luna se suavizó.

—La llamaré. Si alguien puede ayudarnos con el rusane, será ella.

Tragué con fuerza, sintiendo como si el rusane fuera una prisión alrededor de mi cuello, atrapándome e impidiéndome hacer lo que necesitaba hacer.

No pude rebatir su lógica, pero eso no impidió que la ira creciera en mi interior. ¿Cómo iba a derrotar a esos miembros de la secta si ni siquiera podía usar todos mis poderes?

—Supongamos que logramos quitártelo —dijo mi tía—. ¿No se darán cuenta tus nuevos amigos?

Entrecerré los ojos.

—No son mis amigos.

Encogió los hombros.

—Te regalaron una joya. Los amigos regalan joyas.

—Estás disfrutando esto. ¿Verdad?

Mi tía suspiró.

—Claro que no. Pero si te quitas eso, cómo va a funcionar tu plan de infiltrarte en su grupo. Se darán cuenta si no tienes puesto su regalo.

Tenía razón.

—Puedo hacer un duplicado. Una copia. Que parezca el mismo rusane, pero será sólo un collar normal.

Mi tía frunció los labios.

—Eso podría funcionar. Sí. Buena idea.

—A veces las tengo.

—¿Y Dash? ¿Dónde está? —preguntó mi tía, su preocupación por el medio demonio era obvia. Se preocupaba por él. Yo también.

Sacudí la cabeza.

—No lo sé. Le he llamado, pero no contesta. Le daré unos minutos más y volveré a llamarlo. Si no me contesta en una hora, iré a su casa.

Un gruñido de desaprobación salió de la garganta de mi tía.

—No han terminado con él.

—¿Qué? —Boté lo que quedaba de café.

—Si crees que Los Renegados dejarán en paz a Dash después de años de servicio, eres una tonta.

Dejé escapar un largo suspiro.

—No lo sé. Sé que no es tan sencillo. Y sé que en realidad nunca puedes dejar ese grupo. —O por lo visto, sólo con la muerte.

—¿Y ahora qué? —preguntó mi tía.

Le di toquecitos a mi taza vacía con la punta de los dedos.

—Ahora empiezo a derrotarlos.

Mi tía se rio entre dientes.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—¿Qué sabes de las tablas mágicas? Supongo que tienen que ser poderosas, posiblemente peligrosas. Escuché que hablaban de unas tablas de camino al ritual. Las quieren para hacer algún hechizo. Viniendo de ellos, va a ser algo maligno, y se perderán vidas.

El bastón de mi tía cayó al suelo con un fuerte ruido seco.

—No… no puede ser...

Me incliné hacia adelante y agarré su bastón.

—¿No? ¿Sabes de qué tablas hablaban? —Le devolví el bastón. Por su expresión temerosa, tuve la sensación de que sabía exactamente de qué tablas se trataba.

Las manos de mi tía temblaban mientras agarraba con fuerza el bastón, sus dedos torcidos se volvían blancos. Respiró hondo y sus ojos se clavaron en los míos.

—Las tablas —comenzó— son artefactos antiguos de inmenso poder. El tipo de poder que los mortales nunca deberían ejercer. Si no me equivoco, las creó el primer aquelarre, un grupo de hechiceros que pretendían controlar el tejido mismo de la realidad.

—Eso no suena espeluznante en absoluto. —Me incliné más cerca, con el corazón latiéndome en el pecho—. ¿Y Los Renegados quieren usarlas para su hechizo?

Mi tía asintió con gravedad.

—Si se apoderan de esas tablas, las consecuencias podrían ser catastróficas. Podrían desatar fuerzas fuera del control de cualquiera, sumiendo en el caos no sólo a nuestro pueblo, sino al mundo entero.

Tragué saliva, intentando comprender la magnitud de lo que me estaba diciendo.

—Tengo que impedir que consigan esas tablas.

—Sí —aceptó con un firme movimiento de cabeza—. Pero no será fácil. Las tablas están protegidas por poderosos encantamientos, maldiciones, ocultas en un lugar que sólo conocen unos pocos elegidos. No puedes entrar y llevártelas.

Mi mente se puso a pensar en un plan.

—¿Sabes quién tiene acceso a las tablas? Tal vez podamos mediar con ellos, convencerlos de que no se las entreguen a Los Renegados.

La expresión de mi tía se volvió seria.

—Lo siento, pero no. Como dije, muy poca gente sabe de su existencia, su paradero aún menos.

—Así que pueden estar en cualquier parte.

—Así es —respondió mi tía.

—Tendré que encontrarlas primero. —Parecía que iba a tener que hacerme amiga de ese horrible grupo antes de lo que pensaba.

—¿Y cómo supones que lo harás?

Sonreí.

—Haré que Los Renegados me digan dónde están.

Los ojos de mi tía se abrieron alarmados.

—¿Y crees que te lo van a decir así como si nada?

—No. Estoy muy segura de que no lo harán. Tendré que hacer que me lo digan sin *saber* que me lo dijeron.

Mi tía me miró como si acabara de decirle que su atuendo la hacía ver vieja.

—Eres rara.

Volví a sonreír.

—Me han dicho cosas peores. Escucha, detener cualquier hechizo maligno que estén preparando es el primer paso en la dirección correcta. Me dará tiempo para pensar en una forma de destruir a esos malvados bastardos.

Mi tía me señaló el cuello con el dedo.

—Antes de que puedas hacer nada, tenemos que ocuparnos de ese rusane. Porque si no puedes quitártelo, tus planes no tendrán sentido.

—Me queda claro. —Mi mente se aceleró, tratando de armar un plan que parecía casi imposible. El rusane palpitaba débilmente en mi piel, un grillete que me ataba a un destino del que no podía escapar.

De repente, un fuerte golpe en la puerta resonó en la cocina, rompiendo el tenso silencio.

Me levanté de un salto.

—Dash.

—Tráelo para que se tome un café —me gritó mi tía mientras corría hacia la puerta principal.

Abrí la puerta de golpe.

—¿Annette? Te levantaste temprano. —Con el pelo suelto en una media coleta y en pijama, parecía como si acababa de saltar de la cama y vino corriendo.

—Lo sé. Disculpa —dijo la bruja, hablando rápido—. Pero tuve que venir en cuanto me enteré.

—¿Te enteraste de qué?

Annette tomó aire y dijo:

—Se acaban de llevar preso a Dash.

CAPÍTULO 11

—Voy a *matar* a Blake —gruñí, apreté mis manos contra el volante de mi Jeep mientras imaginaba que era el cuello del jefe de policía—. ¿Por qué hizo eso? —Tenía la sensación de saber la respuesta, pero quería que Annette me la confirmara.

Annette se quitó la elástica del pelo y se recogió los mechones castaños claros en una coleta desordenada en la parte alta de la cabeza.

—No estoy muy segura, pero escuché a Liam hablando de Los Renegados. Creo que Blake cree que Dash es uno de ellos.

—No lo es —dije, lo cual era cierto. Dash ya no era miembro, pero parecía que Blake no había recibido el comunicado.

Con todo lo que estaba pasando, no necesitaba que el jefe del condado de Moonfell se interpusiera. Necesitaba a Dash. No sólo porque era un exmiembro, sino porque sentía algo por él, maldita sea. No me había sentido así por nadie en, bueno, miles de años. No sabía si era porque nos parecíamos mucho o porque estaba hormonal, o porque el sexo había sido increíblemente alucinante, pero el medio demonio me importaba. No iba a dejar que se pudriera en una celda porque Blake tuviera una corazonada.

Desde el asiento del copiloto, Annette se giró para mirarme.

—¿Estás segura? Quiero decir, en realidad no lo conoces.

—*Sí* lo conozco —refuté, sin preocuparme de herir sus sentimientos. No se trataba de ella ni de mí. Se trataba de Dash y de sacarlo de allí antes de que Blake descubriera algo. Antes de que descubriera la verdad sobre Dash.

La bruja suspiró a mi lado.

—Bueno, sólo espero que Blake no sea estúpido y arreste a Dash porque está celoso. ¿Te has dado cuenta de que está enamorado de ti?

Me sobresalté.

—¿Qué? No puedes hablar en serio. —Esto era lo último que necesitaba ahora mismo.

—Tal vez no *enamorado*, enamorado. Pero está totalmente encaprichado contigo. Es un idiota. Todo el mundo puede ver que no estás interesada en él, todos menos él. —Annette se pasó las manos por la coleta—. Pobre Tilly. Ella está muy enamorada de Blake. Lleva años queriendo brincarle encima al jefe. Pero es como si él ni la *viera*, ¿entiendes?

Lo había visto de primera mano cuando Annette me había invitado

a cenar. Blake estaba siendo coqueto y estúpido, y eso había ofendido a Tilly. Pero, en mi defensa, yo nunca lo había seducido ni lo había animado a actuar según sus sentimientos, fueran cuales fueran. Había visto la forma en que Tilly miraba a Blake, lo mucho que se preocupaba por él, y no quería interponerme en su camino.

Además, la única emoción que sentía ahora mismo por el jefe era la necesidad de estrangularlo.

—*Es* un idiota. Y realmente crees que arrestó a Dash porque está... —No pude decir esas palabras. Estaba demasiado furiosa con él.

—Está loco por ti —terminó Annette—. Conozco a Blake desde hace mucho tiempo. Nunca lo he visto reaccionar como lo hace cuando estás cerca. Así que, ¿quizás sí? O fue el motivo detrás de sus acciones. Él se comporta diferente cuando estás involucrada.

—Es un imbécil. —La forma en que había entrado en mi Jeep y tomó la bolsa de dinero que Orik me había prestado y luego me exigió que dijera de dónde lo había sacado todavía me sacó de quicio. No lo olvidaría.

—Pero Blake no arrestaría a nadie si no tuviera pruebas.

Reduje la velocidad de mi Jeep en la siguiente señal de pare.

—Bueno, lo hizo. Dash es inocente. Blake no tiene pruebas. —Sí, estaba mintiendo descaradamente, y el hecho era que no tenía ni idea de si Blake se las había arreglado para conseguir pruebas del nexo de Dash con Los Renegados. Pero no quería ni tenía que explicarle a Annette los lazos que Dash tenía con Los Renegados porque eso me involucraba a mí, y no podía meter la pata de ninguna manera. No hasta que eliminara a Los Renegados para siempre.

Sin la ayuda de Dash, Emma, su hija mayor, habría sido asesinada como sacrificio. Annette, Tilly, Cristina y Blake habían estado allí cuando recibí el mensaje de Dash, dándome la ubicación del ritual. Ella sabía, al igual que Blake, que alguien me ayudó. Que alguien me había dado esa ubicación. Blake tenía razón. Había sido Dash. Y estaba muy segura de que Annette tenía sus propias sospechas, pero sabía que ella no lo delataría aunque tuviera pruebas porque él había salvado a su hija.

Y esta era su forma de agradecerle, de pagar de la única manera que podía.

Así que, tal vez ella sabía que era Dash. Tal vez lo había sabido todo este tiempo...

Annette enarcó una ceja, con sus ojos azules llenos de sospecha.

—Tú sabes algo. ¿Verdad? Algo que no me estás contando. Lo tienes escrito en la cara. Puedes confiar en mí. No se lo diré a nadie.

Pisé el acelerador y el Jeep avanzó con una sacudida.

—No sé más de lo que me acabas de decir. —Otra mentira.

—Sí sabes —dijo la bruja, imperturbable—. Puedo sentir cuando

algo está mal, y ahora mismo, estás irradiando secretos como un faro en una noche de tormenta. ¿Qué tiene que ver Dash con Los Renegados?

—Nada. No tiene nada que ver con ellos. —Ya no. Entonces, eso técnicamente no era una mentira.

Annette me agradaba más que cualquier otra vecina que hubiera tenido. Pero no estaba dispuesta a contarle mis planes. Podía molestarme todo lo que quisiera, pero no se lo diría.

—Bien. No me lo digas. ¿Qué hay con esa gargantilla? ¿Es un regalo de Dash?

Mierda. Me había olvidado por completo del rusane. Tampoco es que pudiera esconderlo. Tal vez debí tomar prestada una de las bufandas de mi tía.

Annette se inclinó hacia adelante para ver mejor.

—No te consideraba como alguien a quien le gustaran las joyas. Ni siquiera usas aretes o anillos. Es un poco... ordinaria pero simple. Como tú.

Solté una risa nerviosa.

—¿Soy ordinaria y simple? —El hecho de que ella no lo reconociera ayudó a que mi tensión bajara un poco. Si Annette —una hábil bruja blanca— no sabía lo que era un rusane, tal vez tendría suerte y nadie sabría que estaba ligada a Los Renegados. Porque eso sería malo. Y yo terminaría en esa celda en lugar de Dash.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó Annette.

Crucé en la siguiente calle a la izquierda.

—Voy a entrar ahí y exigirle que libere a Dash. —Sonaba ridículo, y sabía que no sería fácil. Pero no iba a dejar que Blake apartara a Dash de mí. No cuando estábamos empezando algo, fuera lo que fuera. Quería llegar hasta el final.

—¿Y si eso no funciona?

—Más vale que funcione.

Mientras llegaba a la oficina del jefe, mi mente se aceleraba con las posibilidades. Las palabras de Annette hicieron eco en mi cabeza, su advertencia sobre los sentimientos de Blake hacia mí le añadía otra capa de complicación a una ya enmarañada red de secretos y mentiras.

Estacioné el Jeep junto a un sedán oscuro, sorprendida por lo abarrotado que estaba el estacionamiento a esas horas. Apagué el motor y salimos Annette y yo.

—Ay, no. ¿Qué hace *ella* aquí? —preguntó Annette.

Seguí su mirada.

Marita estaba apoyada en uno de los autos estacionados, con un cigarro colgando de sus labios carnosos. Me miró fijamente, sonrió y me saludó con un dedo.

Le devolví el favor y la saludé con el dedo medio.

El rostro de la investigadora Merlín se arrugó de ira.

Annette resopló.

—De verdad sabes cómo molestar a la gente.

—Uno de mis muchos talentos. —¿Qué podía decir? Me agarró en un mal día. No estaba de humor para entretener a Marita. No sabía cómo se había enterado del arresto de Dash, pero sabía que estaba aquí por eso.

Me apresuré a pasar junto a Annette, subí los escalones hasta las puertas principales del edificio y las abrí de golpe.

El olor a café fue lo primero que percibí. Luego, el olor de la transpiración masculina mezclada con loción para después de afeitar.

El pasillo estaba repleto de paranormales, en su mayoría hombres, y si tenía que adivinar por los gruesos músculos ocultos bajo sus jeans y camisas, eran hombres lobo y metamorfos. Parecía que Blake había pedido refuerzos.

Todo por Dash.

Sus cabezas se giraron cuando me acerqué con Annette detrás de mí. El aire interior estaba cargado de tensión y pude sentir sus sospechas cuando pasé junto a ellos. Sus expresiones eran duras, amenazadoras, y si pensaban que eso me asustaba, es que eran más tontos que todos esos músculos juntos.

Mirando a mi alrededor, no pude ver a la amable recepcionista que había conocido la última vez que estuve aquí. Tal vez era demasiado temprano para ella.

Me armé de valor y caminé hacia el final del pasillo, donde sabía que estaba el despacho de Blake. Cuando llegué, la puerta estaba abierta. Menos mal, porque estaba dispuesta a echarla abajo.

Dash estaba de pie frente al escritorio de Blake, con dos paranormales masculinos entre ellos. Sus manos colgaban ante él y unas esposas ataban sus muñecas. Nuestras miradas se cruzaron y una pequeña sonrisa se dibujó en aquellos finos labios que me hicieron sentir calor en el centro. ¿De qué se trataba?

Blake levantó la vista cuando entré, su expresión ilegible.

—¿Por qué no me sorprende?

Lo miré directamente.

—Tienes que liberar a Dash. Es inocente, y lo sabes.

Los ojos de Blake se movieron a algo detrás de mí.

—Annette. ¿Esto es obra tuya?

Annette se puso a mi lado.

—Ella tenía derecho a saberlo.

—No, no lo tiene —espetó Blake—. Ella no tiene autoridad en mi condado. —Se echó hacia atrás y me miró—. Se dice por ahí que tu reputación ha saltado por los aires últimamente. Eso es lo que pasa

cuando te relacionas con la gente *equivocada*.

Eso explicaba lo que Marita estaba haciendo aquí.

—El Grupo Merlín tiene sus propias agendas. Eso no tiene nada que ver con Dash.

Blake se burló.

—Sí tiene que ver cuando tu reputación está en juego.

Los dos pie grandes que custodiaban a Dash se echaron a reír.

El calor me subió a la cara y me metí la mano en el bolsillo, sintiendo la superficie dura y fría de mi encendedor antiguo. Ahora no era el momento de quemar la oficina de Blake, pero era difícil no pensarlo.

Reprimí mi ira.

—No puedes andar arrestando a las personas porque no te agradan. —Quería decir porque te gusto, pero tenía la sensación de que eso no saldría muy bien—. Es muy poco profesional. Muy poco propio de un jefe de policía.

Blake negó con la cabeza.

—Aquí vas de nuevo, dejando que tu boca hable cuando no sabes una mierda.

Miré a Dash. Con esa sonrisa, no parecía alguien a punto de ser encerrado en una celda. De hecho, parecía que lo estaba disfrutando.

Demonios.

Saqué la mano del bolsillo y crucé los brazos sobre el pecho.

—Entonces, ¿qué tal si me lo cuentas? Porque tal y como yo lo veo, has arrestado a alguien sin pruebas. —En nuestras comunidades paranormales, cuando te arrestaban por un delito, te llevaban ante un consejo, que haría las veces de juez, jurado y, potencialmente, verdugo, dependiendo de las pruebas presentadas. Y no siempre era algo bueno.

Blake se volvió a reír.

—Éste es mi condado, *Kate*. Yo soy el jefe de policía aquí y hacemos las cosas a *mi* manera. Cuando digo que tu novio está acabado, quiero decir que *está acabado*.

Sí, ahora estaba furiosa.

—¿Y de qué se le acusa? ¿De cruzar la calle imprudentemente? Creo que la autoridad que tienes se te está subiendo a la cabeza. Necesitas tomarte un momento y pensar en lo que estás haciendo.

El rostro del jefe se puso serio y vi un destello de furia en sus ojos.

—Es tu fuente. La que me has estado ocultando. Está con ese grupo de Los Renegados.

Esto otra vez. Mantuve el rostro inexpresivo.

—No está con ellos.

Blake me dedicó una sonrisa que me paralizó.

—Y ahora me estás mintiendo en la cara.

Sí. Eso era verdad.

—No sé lo que crees que tienes, pero sin pruebas, no puedes hacer nada. —Blake había ido demasiado lejos. Yo sabía lo que Annette había dicho sobre sus sentimientos por mí, pero esto se sentía diferente.

Era como si el Consejo Gris lo estuviera presionando con todo y quisiera culpar a alguien de las recientes muertes. Y parecía que Blake iba a clavárselas a Dash.

Sí. Tenía razón sobre la conexión entre Dash y Los Renegados. Pero Dash no había matado a nadie. Bueno, no que yo supiera.

Mi mirada se desvió hacia Dash, esperando que dijera algo, pero el apuesto semidemonio se quedó allí, disfrutando de la exhibición, como si estuviera viendo un reality show.

Blake se inclinó hacia adelante y entrelazó los dedos sobre su escritorio.

—Sabes, estoy muy decepcionado de ti, Katrina.

—Parece que por fin tenemos algo en común.

—Pensé que tú y yo… bueno... pensé que podríamos haber sido algo. Soy un buen partido. El soltero más codiciado de Moonfell.

—En tus sueños, amigo.

La molestia cruzó las facciones del jefe.

—Pero yo no salgo con las sobras de otro.

—¡Blake! —siseó Annette—. ¿Cómo puedes hablar así? Tú no eres así.

—Supongo que no lo conocías tan bien como creías —le dije. Pero a juzgar por la vena que le palpitaba en la frente, supe que había algo más en esta historia—. Así que te tienen agarrado por las pelotas. ¿Verdad?

Blake frunció el ceño, pero por un segundo su actitud dura se desvaneció y pude descifrar algo parecido al miedo detrás de su mirada.

—¿Qué?

Ah, sí. Lo acorralé.

—Déjame adivinar. ¿El Consejo Gris? ¿Qué saben de ti, Blake? ¿Te prometieron algo? Ah, no, no lo hicieron. Te amenazaron. ¿No es así? Te amenazaron con quitarte este trabajo si no encontrabas algo que conectara las muertes pasadas con Los Renegados. Así que elegiste a Dash. —Porque lo quieres fuera de escena.

Blake apretó la mandíbula.

—No sé de qué estás hablando.

Me acerqué un poco más.

—Sí, lo sabes.

Los ojos del jefe se endurecieron al mirarme.

—Nadie me dice lo que tengo que hacer. Yo dirijo este lugar. Yo.

Nadie más.

De nuevo vi un desliz de su exterior de tipo duro.

—Sigue diciéndote eso, pero no te excusa de arrestar a alguien sin pruebas.

—¿Pruebas? Quieres pruebas. Toma. —Blake metió la mano en la gaveta de su escritorio y me lanzó una bolsa de evidencias transparente.

La agarré, sintiendo el peso de algo en su interior mientras inspeccionaba su contenido. Era un teléfono.

—Ahí tienes todas las pruebas que necesito —dijo Blake, con una sonrisa ganadora cruzando sus facciones—. Tengo el mensaje que te envió la noche que se llevaron a Emma. Él fue quien te envió el mensaje esa noche. Te dijo dónde iban a sacrificarla. Él lo sabía. —Su mirada se endureció, y pude ver el conflicto en sus ojos—. Es uno de ellos. Y esa es toda la evidencia que necesito para que lo arresten.

Mierda. Tenía razón. A través de la bolsa de evidencias transparente, pude ver que era un teléfono viejo, probablemente uno prepago. Un teléfono desechable. Eso, también, era altamente sospechoso.

Si este era realmente el teléfono de Dash, podría haber algo más que mi texto aquí. Quizás había muchos otros mensajes y llamadas que podrían relacionar al medio demonio con cosas peores que el secuestro de Emma. Agarré el teléfono con la mano, intentando pensar en una forma de sacar a Dash de este problema.

Miré a Dash. El semidemonio sonreía a uno de sus guardias. Sin embargo, el guardia parecía estar muy incómodo.

El hecho de que Annette se mantuviera callada y no reaccionara confirmó mis sospechas de que sabía que Dash estaba relacionado de algún modo con Los Renegados, pero que estaba de su parte porque había salvado a su hija. Me alegré de que estuviera aquí conmigo, de tener otra alma de mi lado en este momento.

Blake se levantó y me arrebató de las manos la bolsa con el teléfono antes de volver a sentarse.

—Me quedaré con esto. —Volvió a meterlo en la gaveta.

Me acerqué un paso, la desesperación se apoderó de mi voz, pero me obligué a contenerla.

—Pero no tienes todos los datos. Hay más de lo que sabes.

—Sé más de lo que crees —dijo Blake, con esa sonrisa de nuevo en su rostro—. Y... no está registrado como ningún paranormal que yo pueda encontrar. Es como si no existiera. Ni fecha de nacimiento, ni dirección anterior. Nada. ¿Y me estás diciendo que eso no es sospechoso?

—Muchos paranormales no están registrados. Eso no significa nada.

—Mentira. Deja de cubrirlo. O acabarás donde él va a estar. —El jefe se inclinó hacia adelante—. ¿Qué tienes puesto en el cuello?

—¿Y dónde va a estar? —Los criminales paranormales y asesinos, aquellos considerados intratables con cualquier tipo de terapia, iban a un sólo lugar. La prisión paranormal, Ciudadela Grimway.

—Eso no es asunto suyo —respondió el jefe—. Ya me has hecho perder bastante tiempo. Tienes que irte.

Planté los pies.

—No voy a ninguna parte.

Blake se levantó.

—Vete, o haré que te arresten.

Desgraciado.

—¿Por qué motivo?

—Por obstruir un caso y ocultar voluntariamente información valiosa. —Sus ojos se dirigieron a Dash—. Puedo arrestarte sólo por estar involucrada con Los Renegados.

Apreté la mandíbula. Tenía razón.

—Vete. Tengo que procesar a los acusados y preparar el transporte para mañana —dijo Blake.

Fruncí el ceño. Sabía exactamente a dónde lo llevarían. Pero no podía moverme. No sin Dash.

—Kat, vete. Estaré bien —dijo Dash.

—¿Seguro? —Odiaba tener que dejarlo aquí.

Dash me dedicó una sonrisa picarona.

—Oh, muy seguro.

—Vamos, Kat —dijo Annette mientras me jalaba suavemente de la mano—. No hay nada que puedas hacer ahora. Vámonos.

Dejé que Annette me jalara. No me molesté en mirar a Blake. Pero cuando miré a Dash por última vez, el alto semidemonio me dedicó otra sonrisa que me dijo que no me preocupara.

Pero al doblar la esquina y salir, supe lo que tenía que hacer.

El caso de Blake sólo se sostenía gracias a esa prueba. Sin ella, no tenía nada.

Así que, obviamente, tenía que eliminarla.

CAPÍTULO 12

No hacía falta ser un genio para darse cuenta de lo que estaba haciendo, sola, a medianoche, escabulléndome por Ridge Road.

Me agaché detrás de un auto estacionado, a la vista del edificio del jefe. La farola de al lado proyectaba una luz brillante sobre la zona, resaltando el gran letrero que rezaba: Departamento de Policía del Condado de Moonfell. El edificio en sí no tenía nada de especial, con su exterior liso de ladrillo marrón y su revestimiento beige descolorido.

También pude ver a los dos guardias apostados al frente del edificio. Los mismos dos que había visto junto a Dash hoy temprano.

—Blake. No eres tan tonto como pensaba.

No, parecía que el jefe sabía exactamente lo que haría.

Sí, este era un movimiento estúpido. No uno de mis mejores. Pero no podía dejar que Dash se pudriera en esa cárcel. No me importaba su pasado. Era un tipo complicado. Lo entendía. Pero había hecho mucho bien en este pueblo, me salvó el pellejo unas cuantas veces.

No dejaría ir a un hombre capaz de darme dos orgasmos alucinantes simultáneamente. Claro que no.

—Voy contigo —dijo mi tía Luna cuando le conté mis planes. Apareció en mi habitación diez minutos después, vestida con un ceñido traje de gata negro. Incluso su bastón estaba pintado de negro —. Necesitas refuerzos. Eso es lo que soy.

Me esforcé por no reírme.

—Gracias, pero no, gracias.

Entonces se molestó.

Mi tía golpeó el suelo con el bastón.

—¿Y por qué no? Soy una bruja experta. En mi juventud me colé en varios lugares. Puedo usar un glamour en cualquier situación que crea conveniente.

—Estoy segura de que es así. Pero no quiero que te pase nada. Ya es bastante malo que Blake tenga a Dash. Y sé que me meterá en la cárcel en cuanto lo haga molestar más de lo que ya lo he hecho. — Amor o no, el tipo parecía estar acorralado. Y sabía que me enviaría junto a Dash si el consejo se lo pedía.

Mi tía me hizo un gesto con la mano.

—Blake es sólo un cachorro. No sabe nada.

—Yo no le diría eso. —No con su frágil ego.

—La cuestión es que puedo ayudarte. ¿Con quién más cuentas? —

Levantó la barbilla desafiante.

Ella tenía razón.

—Lo sé. Pero no estoy dispuesta a arriesgarme. Si me atrapan, que me atrapen a mí. Sola. No puedo permitir que te metas en problemas. Por favor, entiéndelo. Necesito hacer esto por mi cuenta.

—Bueno. —Mi tía suspiró—. Simplemente no entiendo a Blake. ¿Por qué reacciona tan precipitadamente? Por lo que sé, él no es así.

—Creo que está siendo presionado por el Consejo Gris —dije, metiendo mi encendedor en el bolsillo—. O lo están amenazando.

—¿Quieres decir que está siendo chantajeado?

Asentí con la cabeza.

—Eso explicaría su comportamiento precipitado. ¿Mi suposición? Lo están amenazando con quitarle el trabajo.

—¿Pero por qué? ¿Por qué el consejo se preocupa tanto por nuestro pequeño pueblo?

—No lo hacen. Se preocupan por Los Renegados y su reputación. La gente habla. Y estoy segura de que ahora muchos de nuestros pueblos vecinos paranormales están al tanto de Los Renegados y lo que han hecho. Supongo que tienen miedo de que eso les pase a ellos, y se lo han hecho saber al Consejo Gris.

—Hmm. Tal vez tengas razón.

—¿Ya encontraste a tu amiga? —Me di un golpecito en el rusane que tenía en el cuello, sintiéndome como una mascota con collar. Me sentía como si me hubieran marcado.

—Sí.

—¿Y?

—Y tenemos mucho trabajo por hacer.

El rusane parecía apretarse alrededor de mi cuello.

—Pero se puede hacer. ¿Verdad? ¿Se puede quitar? —Si no podía quitarme este maldito collar, estaba en serios problemas.

Mi tía asintió.

—Sí. Creo que se puede quitar. Pero llevará mucho trabajo. Un día más o menos.

—Maravilloso. Siempre que se pueda hacer. —Miré a mi tía—. Si quieres ayudar, quítame esto de encima. Cuanto antes, mejor. Del resto me encargo yo.

Mi tía entrecerró los ojos.

—¿Un consejo?

—¿Qué?

—Que no te atrapen.

—No lo tengo previsto.

Y así es como terminé aquí media hora después, sola y a punto de hacer algo muy estúpido.

Respiré hondo y esperé a que los dos guardias se encararan,

riéndose de algo. Esa fue mi señal. Crucé la calle corriendo.

Tenía que cronometrarlo perfectamente o todo se iría al infierno. No podía permitirme ningún error, no con lo que estaba en juego. Dash.

Cuando estuvieron de espaldas, corrí tan silenciosamente como pude hacia un lado del edificio. Sí, había una entrada principal, pero estaba dispuesta a apostar que también había una puerta trasera o incluso una entrada lateral.

Al llegar al borde de la pared, me agaché y miré con cuidado por la esquina. Dos guardias más estaban apostados al fondo.

Maldita sea. Blake definitivamente no se estaba tomando ningún riesgo. Había puesto seguridad en ambas entradas del edificio.

Era la única manera de que entrara la gente *normal*.

Yo no era normal. No era como nadie que conociera.

Ahora que estaba más cerca, podía sentir el pulso de energía procedente de algún lugar cercano a la puerta trasera. Parecía que Blake había hecho que un mago o un brujo pusiera algunas protecciones, algo que probablemente impediría que cualquier brujo usara un hechizo o algo mágico con los guardias.

Inteligente. Tenía ambas entradas protegidas. Menos mal que no pensaba usar ninguna para entrar.

Aproveché mi ansiedad y mi ira para alimentar mis poderes, y las sombras respondieron, envolviéndome como un manto protector. Su fuerza y energía se filtraron en mí, dándome confianza. Gracias a la concentración y al instinto, una puerta de sombras apareció a mi lado como antes.

Me había teletransportado a través de las sombras unas cuantas veces, pero sólo de un espacio abierto a otro . Nunca del exterior a algún lugar del *interior*.

¿Y si meto la pata y me encuentro perdida dentro de una pared o atrapada entre dos pisos? No es un buen panorama. Y estaría muerta.

Me sacudí esos pensamientos morbosos y me enfoqué en lo que vine a hacer aquí. Vine a salvar a Dash.

Así que, concentrándome en el despacho de Blake, entré en el portal, sin querer terminar dentro de una pared o en el techo accidentalmente.

Y sin pensarlo más, salté en la sombra. En una fracción de segundo, pasé de estar fuera del edificio del jefe al aire libre, a aparecer justo dentro de la oficina de Blake.

Dejé escapar un suspiro tembloroso y me di unas palmaditas.

—Parece que sigo completa. —Sintiéndome ligeramente aliviada de no formar parte de la decoración de la pared, fui hacia el escritorio de Blake, donde había colocado convenientemente lo único que podía hundir a Dash.

Abrí la gaveta de un solo golpe. La bolsa de evidencias transparente con el teléfono de Dash me miró fijamente.

—Deberías haberla cerrado, Blake. No eres tan inteligente, después de todo.

Pero él pensó que, con los guardias apostados en ambas entradas y las protecciones mágicas adicionales, no tendría que hacerlo. Que nadie podría entrar.

Pero acabo de hacerlo.

Sonriendo como una tonta, agarré la bolsa con el teléfono y me la metí en el bolsillo. Con el corazón golpeándome el pecho, me apresuré hacia la puerta, la abrí suavemente y asomé la cabeza.

El pasillo estaba desierto, salvo por las tenues luces nocturnas del techo. Me arrastré por el pasillo tan silenciosamente como pude. Hasta el momento, sólo podía distinguir las oficinas del primer piso. Si Dash estaba retenido aquí, tenía que estar en el sótano.

Dudando brevemente, mis ojos escudriñaron el pasillo poco iluminado, buscando cualquier señal de movimiento o indicio de que pudiera estar bajo vigilancia. Con una nueva sensación de urgencia, me lancé hacia la puerta que conducía al sótano. Agarré el pomo, la empujé y me dejé caer en lo desconocido.

Mientras bajaba por la escalera chirriante y poco iluminada, oía el suave zumbido de un motor, como el de un generador, que resonaba en las paredes. No tenía ni idea de si Blake había colocado más guardas de protección aquí, pero estaba a punto de averiguarlo.

Mis pasos resonaron siniestramente al llegar al final de la escalera. El sótano era un laberinto de viejos archivadores, escritorios vacíos y estanterías polvorientas, reliquias de una época pasada. Las sombras bailaban y parpadeaban. Mis compañeras. Sin ellas, nunca podría haber entrado en el edificio de Blake.

Se me erizó la piel al sentir energía mágica a mi alrededor. Más guardas.

Una hilera de celdas apareció a lo lejos, sus puertas metálicas estaban adornadas con intrincados mecanismos de cierre que parecían estar hechizados. Probablemente lo estaban.

Mi rusane palpitó. Parecía que reconocía esta magia. Guardas mágicas. Tal vez eran primos.

Avancé sigilosamente y mis ojos se adaptaron a la escasa luz mientras avanzaba por las filas de celdas. Hasta el momento, todas las celdas estaban vacías. Y no podía sentir la presencia de nadie oculto en las sombras.

—¡Dash! —susurré, mi voz apenas era audible por encima del ruido del generador y el sonido de mis botas resonando contra el frío suelo de piedra.

Pero cuando llegué a la última celda, también estaba vacía.

—¿Qué demonios? —¿Quizás Blake había movido a Dash y había colocado esas guardas como señuelo? El miedo me invadió. ¿Y si éste había sido su plan desde el principio? ¿Y si había caído en su trampa?

Estaba jodida.

Miré por encima del hombro, esperando ver a Blake o a sus matones saltando de entre las sombras para agarrarme y meterme en una de aquellas celdas vacías.

Pero no había nadie. Nadie vino hacia mí. El sótano estaba vacío. Yo era la única aquí. Dash no estaba por ninguna parte.

Y cuando mis ojos se posaron en algo plateado, supe que esto no era una trampa en absoluto. Dash había estado aquí, pero ya no estaba.

La única prueba de que había habido un prisionero eran las esposas que yacían en el frío suelo de piedra.

Dentro de la celda.

Solté una carcajada.

—Dash, diablito. ¿Cómo demonios te saliste?

El hombre, o mejor dicho, paranormal, era medio demonio. Seguramente se había transformado en mosca y se había ido volando cuando nadie le prestaba atención. Mi sonrisa creció al imaginar el espectáculo de mierda que haría Blake cuando descubriera que Dash había desaparecido de su celda. Pagaría por verlo. Por desgracia, no podría estar aquí cuando ocurriera.

Dash había salido corriendo y dejó su teléfono en el proceso. ¿Quizás no podía agarrarlo sin que alguien lo viera? No importaba, yo me lo llevaría.

Ahora me tocaba a mí irme sin que me descubrieran.

Algo pequeño y blanco llamó mi atención al pie de la puerta de la celda de Dash. Era un papel doblado. Lo agarré.

Kat, averigua cómo quitarte el rusane.
—Dash

Sacudí la cabeza mientras me metía la nota en el bolsillo.

—¿Cómo demonios sabía que vendría para acá? —Supongo que me conocía mejor de lo que pensaba. Pero me alegraba de que estuviéramos de acuerdo en lo del rusane. Tenía que quitármelo lo más pronto posible.

Dash había escapado. No podía ir a su casa porque allí es donde Blake buscaría en cuanto descubriera que su prisionero había desaparecido. Y tampoco podía ir a mi casa porque seguro que Blake lo buscaría allí.

No tenía ni idea de a dónde iría el medio demonio, pero no me preocupaba. Dash era ingenioso. Dondequiera que estuviera, Blake

nunca lo encontraría.

El hecho de que Dash ahora huyera le ponía freno a mi relación con él, pero no podía distraerme con eso en este momento.

Sonriendo porque Dash iba a estar bien, me di la vuelta y me apresuré a volver al pasillo, subir las escaleras y alejarme de cualquier guarda mágica. No quería quedarme atascada en una pared. Fui de nuevo hacia el despacho de Blake. Era una especie de zona segura para usar mi magia ahora que sabía que podía hacerlo.

Abrí de golpe la puerta del despacho de Blake y me colé adentro. En cuanto cerré la puerta, recurrí a mi magia y me concentré en la oscuridad que me rodeaba. Mi magia umbra recorrió todo mi cuerpo, superando incluso el subidón de adrenalina. A mi lado apareció una puerta hecha de sombras. Sin dudarlo, entré y desaparecí en la oscuridad. En un abrir y cerrar de ojos, reaparecí en el exterior del edificio del jefe del condado, exactamente en el mismo lugar en el que estaba antes.

Esto había sido demasiado fácil.

Sonreí.

—No tan inteligente después de todo. ¿Verdad, Blake? —Me reí.

—¿Saliste a caminar a medianoche? —preguntó una voz femenina detrás de mí.

Mi cuerpo se tensó y me giré para mirar a la invitada inesperada.

Marita estaba ante mí, con su característico cigarro colgando de sus labios sonrientes.

Aaaaah mierda.

CAPÍTULO 13

Bueno, eso fue incómodo.

No sabía cuánto había visto, pero sin duda se había dado cuenta de que en un momento yo no estaba allí y, al siguiente, había reaparecido junto al edificio. Ni el Grupo Merlín ni ningún otro grupo conocía mi *tipo* de magia especial. Y prefería que siguiera siendo así.

Así que, en estas situaciones de apuro, se aconsejaba hacerse el loco.

—¿Qué demonios quieres? —La miré con fastidio y traté de mantener la calma—. ¿Sigues espiándome? ¿No tienes nada mejor que hacer?

—No. —Marita aplastó la colilla bajo el tacón, con la luz de una farola cercana brillando en su lustroso pelo. Su traje pantalón blanco parecía resplandecer en la oscuridad. A diferencia de mí, no intentaba pasar desapercibida—. La intrusión con allanamiento de morada conlleva un severo castigo.

—¿Vas a delatarme? —No tenía sentido mentir. Me había agarrado con las manos en la masa, por así decirlo.

La investigadora soltó una risita y luego deslizó su mirada sobre mí como si estuviera buscando algo.

—¿Cómo hiciste eso?

—¿Hacer qué? —Ves, haciéndome la loca otra vez.

Marita señaló la pared.

—¿Cómo entraste? ¿Eres una especie de bruja metamorfa? ¿Te transformaste en una hormiguita o algo así? ¿Así es como entraste? ¿Por esa pequeña grieta en la pared de ladrillo?

Si ella pensaba que yo era una bruja que podía transformarse en un insecto, yo le seguiría la corriente.

—¿Y si lo hice? ¿Vas a escribir eso en tu informe?

Marita seguía sonriendo.

—El Grupo Merlín no sabe de tus… habilidades. ¿O sí? No. No lo saben. Porque si lo supieran, yo estaría al tanto de tus pequeñas *transformaciones*.

—No importa cuáles sean mis habilidades mientras haga el trabajo. Y siempre lo he hecho.

Marita enarcó una ceja.

—Sí importa, Kit-Kat. Importa mucho. —Sacó su cigarrera plateada y arrancó otro cigarro—. Una bruja depende de su reputación. Por ejemplo, alguien como tú. Sin una reputación estelar, no conseguirías

esos contratos. No hace falta mucho para que el Grupo Merlín empiece a sospechar. Algo como mantener oculta una parte vital de tus habilidades mágicas no terminaría muy bien. Te lo aseguro.

La ira se apoderó de mi pecho.

—Pues bien. Supongo que tendré que buscar trabajo en otra parte. —Mis ingresos se resentirían mucho si perdía al Grupo Merlín como socio. Parecía como si eso fuera una posibilidad muy real en este momento. Tendría que encontrar una manera de enfrentar esa pérdida potencial.

Marita chasqueó los dedos y conjuró una llama con la que encendió su cigarro.

—No hace falta que seas tan dramática, Kit-Kat. Aún no he enviado mi informe... pero algo en ti es diferente. Y lo averiguaré.

Apreté los puños, intentando mantener la compostura.

—Haz lo que tengas que hacer. —Mierda. Lo último que necesitaba era que Marita se enterara de mi magia.

Dio una calada a su cigarro y expulsó un chorro de humo hacia el cielo abierto.

—¿Recibiste mi regalo?

Su regalo era el cigarro que había metido en mi bolso.

—Lo tiré a la basura, a donde pertenece.

—Claro. —Sonrió de una manera que decía que sabía que estaba mintiendo—. Sólo digo que algunas líneas no deben cruzarse, Kit-Kat. La confianza es algo frágil. Puede que ahora te sientas invencible, pero un día, cuando estés buscando desesperadamente un nuevo trabajo, te darás cuenta de que la reputación lo es todo en nuestra línea de trabajo.

La miré fijamente, con la realidad de sus palabras asentándose en mis entrañas.

—Mis métodos son asunto mío. No son asunto tuyo.

Marita me observó un momento.

—¿Supongo que tu fuga no salió según lo planeado?

—¿Qué fuga?

—Es Dash. ¿No? ¿El nombre del tipo que fue arrestado? ¿El que mató a esos niños?

Mi interior se tensó.

—Dash no mató a nadie. Es inocente. —Sentí una abrumadora necesidad de proteger el buen nombre de Dash en Moonfell.

Al oír eso, Marita echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Si los guardias no nos habían oído hablar antes, seguro que habían escuchado esto.

—Oh, sí, es muy inocente. —La investigadora se echó a reír. Se enderezó y dijo—: ¿Qué? ¿No pudiste sacarlo? ¿Fue por las guardas? Necesitarías magia muy poderosa para romperlas. Supongo que no

eres tan hábil como creías.

—No sé qué crees que viste, pero no puedes probar nada. Estoy aquí sola. No saqué a nadie. —Miré por encima de su hombro a lo largo del edificio, esperando que los guardias vinieran hacia nosotras en cualquier momento. Pero no lo hicieron. No vino nadie. Era casi como si *no* nos oyeran, como si Marita había puesto una especie de barrera mágica alrededor de nosotras para que no lo hicieran.

—Bueno, eso haría que tu intento de fuga fuera bastante patético, Kit-Kat. —Marita sonrió satisfecha. Dio una calada a su cigarro y expulsó una columna de humo blanco—. ¿Por qué te importa tanto ese tal Dash como para arriesgarte a que te atrapen? ¿Qué es para ti? ¿Es tu novio? ¿Tu amante?

—Es mi amigo —le dije. Ni loca iba a compartir información íntima con una investigadora Merlín.

Marita me observó durante un minuto, con mirada intensa.

—Te acuestas con él. ¿Verdad?

La fulminé con la mirada, entornando los ojos.

—Aunque así fuera, no es asunto tuyo ni de los Merlín con quién me acuesto.

Se rio con un sonido grave y cruel que me recordó al ladrido de una hiena.

—Oh, qué poco sabes, Kit-Kat.

Apreté la mandíbula.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

—¿Qué agarraste? —preguntó, despistándome un segundo.

—¿Perdón? —Sí, me estaba haciendo la loca otra vez.

Sus ojos se posaron en el bolsillo donde había metido el teléfono de Dash. No sabía si tenía algún tipo de visión de rayos X, pero por la expresión de su cara, sabía que me había llevado algo. Tenía que deshacerme del teléfono lo antes posible. Sin el teléfono, el caso de Blake se desmoronaría por completo.

Marita empezó a rodearme.

—¿Qué te agarraste? Si no pudiste llevarte a tu novio... entonces... ¿qué es?

Me mantuve firme. No le daría el teléfono. Y si intentaba registrarme, bueno, podría hacerla explotar *accidentalmente* con mi magia umbra.

Mantuve una expresión neutra.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —respondí, fingiendo inocencia—. Sólo vine a dar un paseo a medianoche. —Decidí utilizar su propia verborrea.

Marita dejó escapar un suspiro exagerado.

—Vamos, Kit-Kat. No te hagas la tímida conmigo. Las dos sabemos que te llevaste algo de esa celda. ¿Qué fue? Si me lo dices... puede que

no escriba un informe sobre nada de lo ocurrido esta noche. Podría dejarlo pasar.

Permanecí en silencio, sin querer revelar nada.

Dejó de dar vueltas y me miró directamente.

—Te lo prometo. —Puso una mano sobre su pecho izquierdo—. Palabra de Merlín. Dime lo que agarraste, y fingiré que nunca te vi esta noche.

Confiaba en Marita tanto como en que no me picara un mosquito.

—Como dije. No me llevé nada. Así que sigue adelante y escribe ese informe. No me importa.

La investigadora se burló.

—¿Arriesgarías tu vida? ¿Tu reputación por él?

Entrecerré los ojos.

—¿Mi vida?

Los dientes blancos de Marita brillaron en la penumbra.

—¿De verdad crees que el Consejo Gris se va a hacer la vista gorda cuando descubran que intentaste ayudar a escapar a un asesino de niños convicto?

Si Marita le informaba a Blake de lo sucedido esta noche, seguramente el Consejo Gris se involucraría. Perder el contrato con el Grupo Merlín era una cosa, pero ponerse del lado equivocado del Consejo Gris era algo totalmente distinto.

Me acerqué más, sintiendo el pinchazo de mi magia umbra a lo largo de mi piel.

—Dash no mató a esos niños. Los Renegados lo hicieron.

—Y es uno de ellos —añadió con una sonrisa.

La fulminé con la mirada.

—No lo es. —Ya no.

—Estás acabada, Kit-Kat. Debiste haberte mantenido alejada.

—¿Eso es una amenaza? —Si se acercaba a mí, si intentaba algo, me defendería. Podía ser una maga poderosa, pero yo también tenía poderes. Más aún por la noche. Y ella obviamente no lo sabía.

—Oh, no, no, Kit-Kat —dijo Marita, con voz irónica—. Sólo estoy constatando un hecho. ¿De verdad quieres enfrentarte al Consejo Gris? He visto lo que les hacen a los que se cruzan en su camino. —Un brillo de excitación bailó en sus ojos, y pude ver que estaba disfrutando de la oportunidad de ponerme en mi sitio—. Deliciosamente malévolo.

Sacudí la cabeza.

—Creo que me arriesgaré. Además, será mi palabra contra la tuya. Acepto la apuesta. —Era horrible estar atrapada en una situación como ésta, pero así eran las cosas. Todo lo que condujo a este momento era mi responsabilidad. Yo hice esto. Y lo admitiría. Sin importar cuáles fueran las consecuencias, lidiaría con ellas.

No sabía mucho sobre el Consejo Gris, pero sabía que eran

poderosos y despiadados. Si descubrían que había ayudado a Dash a escapar, no sabía lo que podrían hacerme.

Di un paso atrás, intentando mantener la compostura.

—¿Qué quieres de mí?

La sonrisa de Marita se ensanchó.

—Es muy sencillo. Estoy aquí para evaluar tu conducta. Para ver si te considero digna de trabajar con el Grupo Merlín. Y por lo que he visto esta noche, tendría que decir un gran *no*.

—Jódete —dije—. Haz lo que quieras. No tengo tiempo para esta mierda. —No. Si perdía mi trabajo con el Grupo Merlín por intentar salvar a un amigo, que así fuera. Me parecía bien.

Marita se rio fríamente.

—Oooh. Qué temperamento.

Di la media vuelta y comencé a alejarme. Dejemos que escriba su informe. No tenía nada más que sus palabras. No tenía pruebas. La prueba estaba en mi bolsillo...

—Por cierto, qué lindo rusane. ¿Fue un regalo?

Mis piernas se atornillaron en su sitio. Me di la vuelta lentamente.

—¿Qué dijiste? —Si sabía lo que eran los rusanes, tenía más problemas de los que pensaba.

Marita apagó la colilla de su cigarro, cuyo extremo brilló con un rojo ardiente antes de desvanecerse en la oscuridad.

—Una bruja con un rusane al cuello. Eso sí que no lo había visto nunca.

—Es sólo un collar, una gargantilla —dije, tratando de hacerme la loca de nuevo pero sin éxito esta vez.

Marita sonrió perversamente, con la diversión brillando en sus ojos. Se acercó hasta que pude oler su aliento a tabaco.

—Esa preciosa baratija que tienes puesta en el cuello no es un simple collar, y lo sabes. No conozco a ninguna bruja que permitiera eso. A menos que la obligaran.

Tragando saliva, cuadré los hombros y miré a Marita de frente.

—Puedes hacer tus preguntas, pero eso no significa que te vaya a dar una respuesta.

Marita arqueó una ceja, con expresión ilegible.

—Sólo un grupo muy poderoso puede manejar los rusanes. ¿Por qué dejas que alguien te controle? ¿Que controle tu magia? Básicamente eres su mascota. Lo sabes. ¿No lo sabes? Kit-Kat, en qué problema te has metido. Nunca serás libre. Nunca más.

—Puedo arreglármelas sola.

La voz de Marita destilaba condescendencia mientras se inclinaba más cerca de mí y entrecerraba los ojos.

—Pero, ¿puedes? Puedes pensar que lo tienes bajo control, pero un rusane no es un objeto mágico cualquiera. Te ata, te limita y te

convierte en la marioneta de alguien. Y por lo que parece, tus hilos están siendo movidos más de lo que crees.

El aire que nos rodeaba parecía volverse pesado con las ominosas palabras de Marita, presionándome como una fuerza invisible. Sentía el frío metal del rusane contra mi piel, un recordatorio constante del poder que ejercía sobre mí.

—Tú no sabes nada —repliqué, tratando de sonar desafiante a pesar de la duda que se colaba en mi mente—. No sabes de lo que soy capaz.

Marita se rio suavemente, un sonido que parecía casi primitivo.

—Ay, pero claro que sí, Kit-Kat. —Su sonrisa vaciló un instante antes de recuperar la compostura—. Y sé lo suficiente como para ver cuándo alguien está metido en graves problemas. No puedes escapar de tu destino, Kit-Kat. Mientras más rápido lo aceptes, más fácil será.

Marita soltó una carcajada, un sonido frío y sin gracia que me puso los dientes de punta. Y con eso, se dio la vuelta y se marchó, dejándome sola en el inquietante silencio de la noche.

—Es una perra espeluznante —murmuré.

Me quedé allí, con el corazón latiéndome en los oídos, mientras la realidad de la situación se imponía. El Consejo Gris no dudaría en destruir mi vida por atentar contra su autoridad.

La risa de Marita perduró mucho después de que desapareciera, con el taconeo de sus botas por el callejón iluminado por la luna. Las dosis persistentes de escepticismo y burla me dejaron con una sensación de náusea en el estómago. Era cierto; yo no lo había sacado de ahí, había sido él mismo.

Lo peor era que si le decía a alguien, como Blake, que me había visto esta noche, me culparían a mí del escape de Dash y de la desaparición de la evidencia, que *era* yo.

Si Marita me delataba, cosa que sabía que haría, significaba que no me quedaba mucho tiempo antes de que mi vida cambiara para siempre. Olvídate del Grupo Merlín. El Consejo Gris me perseguiría. Mi tiempo se estaba acabando.

Sin embargo, no podía evitar la sensación de que Marita se había enterado de algo más de lo que debería.

Empecé a caminar de regreso a la casa de mi tía. Al mirar por encima del hombro cuando llegué a un lugar detrás de un auto estacionado, vi que los guardias seguían apostados en la fachada del edificio. No se habían enterado de nada.

Aceleré el paso para regresar lo más pronto posible. Los pensamientos sobre Dash, su teléfono y Marita avivaron mis piernas.

¿Quizás Dash y yo podríamos huir juntos? Todo eso sonaba bien hasta que sumaba a mi tía a la ecuación. Ya la había abandonado durante veinte años. No iba a abandonarla otra vez.

Supongo que mi tía Luna vendría con nosotros.

En primer lugar, necesitaba deshacerme de este teléfono. Los teléfonos prepago no tenían registros de facturación. Sin teléfono, no había ninguna prueba. Tenía que destruirlo.

No podía tirarlo a un estanque ni cavar un hoyo y enterrarlo. Tenía que desaparecerlo y que nadie volviera a encontrarlo. Y para eso, necesitaba a mi tía. Estaba muy segura de que ella conocía formas de fundir teléfonos hasta que la magia no pudiera rastrearlos. Si seguía despierta, cosa que presentía, y me esperaba, íbamos a hacerlo en cuanto llegara.

El hechizo tardaría unas horas en prepararse y el caldero en alcanzar la temperatura adecuada, si era eso lo que usaríamos. En unas horas, Blake haría el desagradable descubrimiento de que su prisionero desapareció. Y también el teléfono.

Y sabía que primero registraría la casa de mi tía.

Así que mientras más rápido destruyamos las pruebas que vinculan a Dash con Los Renegados, mejor.

Justo cuando vi la casa victoriana de mi tía, divisé un todoterreno oscuro estacionado al frente.

¿Qué demonios hacen aquí Los Renegados a estas horas?

Las puertas del todoterreno se abrieron de golpe y salieron cuatro magos. Reconocí enseguida al hermano Owen, su pelo rojo brillante le delataba. Con su cuerpo grueso y robusto, parecía más un troll que un mago. No tenía ni idea de quiénes eran los otros tres, ni siquiera con las capuchas bajadas. Más les valía volver a ponerse las capuchas.

Sin darme cuenta, levanté la mano y toqué el rusane. El hermano Owen lo vio y me dedicó una sonrisa escalofriante.

Bastardo.

—¿Qué demonios hacen aquí? —pregunté mientras me acercaba a ellos. Ni loca les mostraría miedo. No les temía. Los despreciaba.

La sonrisa del hermano Owen se volvió escalofriante cuando dijo:

—Estamos aquí porque tenemos un trabajo para ti.

CAPÍTULO 14

—¿Ahorita? Es un poco tarde. ¿No creen? —Los vellos de la nuca se me erizaron cuando dos de los magos se pusieron detrás de mí.

—No importa lo que pensemos nosotros o lo que pienses *tú* —dijo el hermano Owen—. Los Renegados exigen tu servicio, y tú *vas* a obedecer.

Resoplé.

—No soy un perro. Qué tal si me lo pides amablemente, y entonces veremos...

Un dolor abrasador me recorrió la parte baja de la espalda y caí de rodillas.

Mis instintos se activaron y recurrí a las sombras que me rodeaban, dispuesta a cortar en rodajas a esos hijos de puta, pero mi magia no apareció. Era como si me estuvieran drenando mi propia esencia. No podía alcanzar mi magia.

El hechizo que me habían lanzado me seguía ardiendo, extendiéndose como un repugnante incendio bajo mi piel. Apretando los dientes, me obligué a levantarme y lo miré con desafío.

—¿Qué es esto? ¿La iniciación? —siseé entre dientes apretados.

El hermano Owen se inclinó hacia mí con su aliento caliente y acre en la cara.

—No hagas esto más difícil de lo necesario. Sabes de lo que somos capaces.

Apreté los dientes, negándome a que vieran mi dolor.

—¿Cuál es el trabajo que quieres que haga?

Se enderezó, con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Necesitamos que recuperes una reliquia para nosotros.

—¿Las tablas? —solté antes de poder contenerme. Tenía que controlar mi forma acelerada de hablar.

El hermano Owen frunció el ceño.

—¿Quién te habló de ellas?

—El hermano Matías —dije, después de haber escuchado su conversación—. ¿Y están aquí? ¿En Moonfell? —Si mi tía Luna tenía razón y estas tablas eran la fuente de algún hechizo maligno, no podía dejar que estos imbéciles se apoderaran de ellas.

La mirada del hermano Owen se detuvo en mí durante lo que se consideraría un tiempo descortés.

—Vámonos. —Se dio la vuelta y caminó hacia el todoterreno, abriéndome la puerta trasera del pasajero.

Claro.

—Bien.

Cuando me senté en el asiento del copiloto del todoterreno, sentí que la tapicería de cuero me refrescaba la piel acalorada de las palmas de las manos. No podía deshacerme del persistente malestar que inquietaba mi mente.

El hermano Owen se puso al volante y encendió el motor. Las calles de Moonfell pasaban borrosas mientras nos dirigíamos a un destino desconocido. El único sonido que llenaba el aire tenso era el bajo zumbido del motor.

El hermano Owen permaneció en silencio, con su mirada de acero fija en la carretera, pero de vez en cuando notaba sus ojos calculadores clavados en mí desde el espejo retrovisor. Parecía que no le alegrara mucho que me hubiera unido a su grupito. Sabía que no debía fiarme de los miembros de Los Renegados, pero por el momento tenía que seguirles la corriente si quería descubrir sus verdaderas intenciones. Y recuperar las tablas antes que ellos.

Una vez más, me encontraba entre dos magos en el asiento trasero de un todoterreno. Al menos esta vez no me pusieron una bolsa en la cabeza.

Y no estoy segura de que eso me hiciera sentir mejor.

Al llegar a las afueras del pueblo, el paisaje cambió de edificios familiares a densos bosques que parecían tragarnos enteros. Los árboles se cernían sobre nosotros como centinelas silenciosos, y sus ramas retorcidas proyectaban sombras espeluznantes sobre el suelo.

Por fin, después de lo que sentí como una eternidad, llegamos a un almacén abandonado en las afueras del pueblo. El lugar tenía un aspecto ominoso a la tenue luz de la luna, como un vestigio del pasado que se negaba a ser olvidado.

En silencio, los cuatro magos salieron del vehículo. Seguí su ejemplo y salí del todoterreno. El aire del exterior estaba impregnado con un olor a tierra húmeda y hojas en descomposición. Seguí al grupo y mis pasos resonaron suavemente en el pavimento agrietado mientras nos dirigíamos hacia el almacén. Las ventanas estaban tapiadas, lo cual le daba un aspecto inquietante.

—Parece un lugar extraño para guardar unas poderosas tablas mágicas —No le hablaba a nadie en particular. Y, sorpresa, sorpresa, nadie respondió.

El hermano Owen iba adelante, con su larga túnica oscura ondeando detrás de él como una capa, mientras se acercaba a la puerta de metal oxidado. Con un movimiento de muñeca, murmuró un conjuro que hizo que los cerrojos se abrieran con un chasquido, revelando la oscuridad del interior.

Cuando entramos, nos rodeó un olor rancio a abandono. Con un

claro clic, seguido de un zumbido, unas tenues luces se encendieron sobre nosotros. No era mucho, pero iluminaba lo suficiente para que pudiéramos ver con claridad lo que nos rodeaba.

El almacén estaba lleno de cajas y maquinaria vieja, que proyectaban largas sombras que parecían cobrar vida a la luz parpadeante.

—Entonces, ¿cuándo podré usar una de estas túnicas Jedi? —pregunté.

Y de nuevo, sin respuesta.

—Qué grupo tan parlanchín. —Miré a mi alrededor—. Entonces, ¿dónde están estas tablas?

El silencio que siguió a mi pregunta fue ensordecedor, interrumpido sólo por el sonido de nuestros pasos sobre el suelo de cemento. El hermano Owen nos hizo un gesto para que le siguiéramos al interior del almacén, con una expresión ilegible en la penumbra. El aire se volvía más frío a medida que nos adentrábamos en el corazón del edificio abandonado. Cuanto más nos adentrábamos, más fuerte se agitaba en mi interior la sensación de un mal presentimiento.

Finalmente, llegamos a una pequeña habitación oculta tras una pila de cajas. Me giré en el acto, sin ver nada mágico ni nada de valor, en realidad. Sólo más y más cajas.

Mi instinto me decía que esto no estaba bien.

Miré al hermano Owen, con el terror llenándome las entrañas.

—Aquí no están las tablas. Nunca estuvieron aquí. ¿O sí?

La sonrisa del mago se extendió por su rostro como la de un depredador que enseña los dientes.

—Si crees que te las confiaría, eres una estúpida —espetó, provocando la risa de sus compañeros magos—. Ya tenemos las tablas.

Mierda. Adiós a mi plan.

—Para algún hechizo. ¿Verdad?

Los ojos del hermano Owen se abrieron de par en par con un brillo maníaco.

—No es cualquier hechizo. El hechizo definitivo, uno que nos otorgará un poder y un control inimaginables sobre toda la creación. En la víspera de Halloween, cuando el velo entre los mundos sea más delgado, aprovecharemos su energía y desataremos el verdadero alcance de nuestros oscuros deseos. Después de mañana por la noche, la vida nunca volverá a ser la misma.

No si puedo evitarlo. Su fanfarronería me dijo que tenía un día para apoderarme de esas tablas. Todavía podía lograrlo.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? —De nuevo, los otros magos me rodearon. Me habían traído aquí por una razón, y parecía que estaba a punto de descubrirla.

El hermano Owen sonrió.

—Para ponerte a prueba.

—¿Ponerme a prueba? —Miré por encima del hombro a los otros tres magos, que estaban demasiado cerca de mí—. Ya sabes lo que puedo hacer. Pensé que me necesitabas para recuperar las tablas.

—Ja. —El hermano Owen se rio entre dientes—. ¿Crees que te confiaríamos algo tan importante para la causa? El hermano Algar cree que eres digna de confianza... pero nosotros no.

Volví a tratar de recurrir a mi magia, pero era como si fuera una humana normal. No tenía nada conqué protegerme. Excepto mis puños y piernas, que nunca aprendí a usar en defensa propia.

El aire se volvió pesado y me llegó el olor a azufre. Estaban sacando su magia, magia oscura, y tomándola prestada de algún pobre demonio bastardo del infierno. Si era similar a lo que presencié que le hacían a Dash, incluso como medio demonio, estaba totalmente segura de que el demonio en cuestión estaba furioso.

Sí, esto era malo. Me puse rígida.

—¿De qué tipo de pruebas estamos hablando? —Podía adivinar el tipo, pero me estaba ganando tiempo, esperando encontrar una manera de salir de aquí.

El rostro del hermano Owen se arrugó con odio.

—Para probar tu lealtad.

—Ah. Ya sé cuáles son. Yo misma las he usado. Pero tengo que decir, cuatro contra uno... no es exactamente justo.

—La vida no es justa —respondió el hermano Owen.

—Mira. Obviamente, no me uní porque estaban ofreciendo una membresía gratis al gimnasio. Tomé el lugar de Dash. Ahora estoy aquí. Necesitaré tiempo para adaptarme. Como todos los demás.

El hermano Owen negó con la cabeza.

—Eso podría haber sido lo que el hermano Algar buscaba debido a lo que eres...

—¿Y qué soy? —En verdad me molestaba que incluso el hermano Owen pareciera saber algo sobre mí, sobre mi magia, que yo no sabía.

Los ojos del hermano Owen brillaron con malicia mientras se inclinaba más hacia mí y su voz se reducía a un susurro amenazador.

—Eres un faro, un recipiente de poder que no podemos permitir que caiga en las manos equivocadas. Tu mera existencia amenaza el delicado equilibrio que nos esforzamos por mantener.

—¿El equilibro? ¿Te refieres a *tu* equilibrio? —Que básicamente era lo más malvado.

Sonrió con una mueca cruel en los labios.

—Sabemos de lo que eres capaz, y no podemos dejar que te desvíes del camino que te hemos marcado.

—Es bueno saberlo.

Mi mente se agitaba tratando de encajar los fragmentos de

información que me estaban revelando. ¿Qué querían de mí? ¿Y por qué parecía que todo el mundo sabía más sobre mi identidad que yo?

Elevándose, el hermano Owen susurró en latín y sus manos adquirieron un aspecto siniestro. Antes de que pudiera insistir para obtener más respuestas, con un movimiento de su muñeca, la energía negra empezó a gotear de sus dedos.

Me preparé.

Y entonces me lanzó una bola de energía negra y demoníaca.

Caí al suelo y sentí que algo caliente me rozaba la parte superior de la cabeza. No esperé a la segunda explosión para ponerme en pie. Vi la puerta por la que habíamos entrado y corrí hacia ella.

No tenía nada que demostrarles. Y no me importaba que huir me hiciera parecer una cobarde o una tonta. Sólo me importaba pasar por esa puerta.

Cuatro contra uno, uno sin magia, no era exactamente una lucha justa. Y ellos lo sabían. Por eso me llevaron tan lejos de los otros miembros.

Una caja explotó a mi izquierda, lanzando fragmentos de madera y polvo por los aires.

Seguí corriendo. *¿Intentan matarme?* La ira me recorría el cuerpo.

Otra ráfaga a mi izquierda. Esta vez, la sentí pasar zumbando por mi mejilla.

No me atreví a mirar atrás ni a detenerme. La puerta estaba cerca. Sólo unos tres metros y la libertad era mía.

El aire se movía a mi derecha.

Me sacudí hacia un lado, pero una abrasadora oleada de agonía me atravesó la espalda como un rayo. Mis músculos sufrieron espasmos y caí al piso, que no perdonaba. La maldición demoníaca se apoderó de mí y me envolvió en llamas mientras me retorcía de dolor. Sentía que cada centímetro de mi cuerpo ardía y que mis entrañas se derretían a cada segundo que pasaba. Mi mente se consumía con la sensación de carne quemada, dándome cuenta de que era mía.

Y justo cuando creía que no podía más, el dolor cesó bruscamente, dejándome jadeando y temblando en el suelo.

La tensión se liberó de mis músculos y respiré entrecortadamente. Respiraba entrecortada e inestablemente mientras intentaba calmarme. Por fin mi cuerpo se relajó, pero mi cabeza seguía palpitando y en mi boca persistía un sabor metálico.

No tenía ni idea de la maldición que me habían lanzado, pero dolía muchísimo.

Lancé un vistazo alrededor del edificio. Me había desplazado al lado izquierdo del almacén, lejos de la puerta.

Apenas podía ver algo a través de la bruma de escombros y polvo en el aire, pero vislumbré unas túnicas oscuras que se acercaban.

Lentamente. Como si no tuvieran prisa por patearme el culo.

Pero yo sí tenía prisa por salir de aquí. No sabía lo que haría cuando estuviera afuera, pero sólo quería salir.

El aire que me rodeaba estaba cargado de olor a madera quemada y aún me temblaban las manos por la adrenalina. Mi vista se adaptó lentamente a la penumbra del almacén y miré a mi alrededor. La puerta estaba ligeramente entreabierta y logré levantarme del suelo.

Avancé tambaleándome hacia la puerta parcialmente abierta, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Al llegar al umbral, sentí el aire fresco de la noche en la cara.

Tal vez no debería haber aceptado ocupar el lugar de Dash. No podía evitar dudar de mi decisión, sobre todo cuando cuatro magos expertos querían matarme.

—No hay lugar a dónde huir, brujita —se escuchó la voz del hermano Owen desde detrás de mí. Más voces se alzaron entre risas—. No puedes esconderte de nosotros.

Claro que puedo, hijo de puta.

A través de la oscuridad, pude distinguir una hilera de árboles, el comienzo de un bosque.

Perderlos ahí adentro era mi única oportunidad.

—Levántate y pelea, bruja, muéstranos lo que tienes —gritó el hermano Owen—. No seas tan cobarde.

Mírame.

Me dirigí hacia los árboles, tropezando y tambaleándome hacia adelante. No tenía magia, pero sí mucha adrenalina.

—Vamos, bruja, muéstranos lo que tienes.

—Me quitaste lo que tengo —grité. Sí, esto del rusane era una pesadilla.

Los árboles estaban a metro y medio. Casi llegaba...

Una forma apareció ante mí.

Tropecé con lo que parecía una gran rama, pero conseguí detenerme antes de caerme de narices.

—Te lo dije, no puedes esconderte —dijo el hermano Owen, con una sonrisa de suficiencia en el rostro mientras unos tentáculos de oscuridad se derramaban de sus manos extendidas. El bastardo había hecho algo de teletransportación mágica. Sin eso no podría haber aparecido así.

—Algar no estará contento si me matas —dije, respirando agitadamente.

—Yo me ocuparé del hermano Algar —dijo el hermano Owen, justo cuando oí los otros pasos de otros magos que se acercaban por detrás.

Pude ver el blanco de sus ojos rodando sobre mí lentamente.

—Katrina. Eres encantadora. Voy a saborear cada momento

mientras acabo lentamente con tu vida.

Imbécil. Pero aún no había terminado.

Una nueva descarga de adrenalina se apoderó de mí. Con el pulso acelerado, me agaché, agarré la rama que tenía el tamaño y el peso de un bate de béisbol y me enderecé.

Eso hizo que todos los magos soltaran una carcajada, por supuesto.

—Eso no te salvará —dijo el hermano Owen.

Encogí los hombros, girando lentamente mi cuerpo para tener a los cuatro magos en mi línea de visión.

—Puede que no, pero moriré rompiendo pelotas.

El mago frunció el ceño.

—Estás muerta.

Sí, me imaginaba que iba a decir eso.

Los ojos del mago se volvieron condescendientes y, con un movimiento de muñeca, más de la misma energía negra empezó a brotar de sus dedos como electricidad negra. Su sonrisa se amplió al ver lo que había en mi cara.

—No puedes vencerme, Katrina —dijo el hermano Owen, con las manos en las caderas, hablándome como si fuéramos viejos amigos teniendo una de nuestras charlas habituales—. No tienes ni idea del poder que ejerzo. Y nunca formarás parte de él.

Agarré mi bate improvisado, mi cabeza todavía nadando de dolor por su maldición.

—Me parece bien.

Se echó a reír.

—Las brujas son inútiles. Débiles. Y las hembras ni siquiera deberían existir.

Ahora, ¿por qué tuvo que decir eso? Él pensó... ¿qué? ¿Que *esta* hembra iba a tirarse en el piso y dejar que la mataran?

Furiosa, sabía que no tenía mucho y que las probabilidades de salir con vida eran casi inexistentes. Pero tenía el elemento sorpresa. E iba a usarlo.

Sacando toda la fuerza que tenía en mi cuerpo, arremetí y balanceé mi rompepelotas —sí, así es como lo llamaremos— tan fuerte como pude, directo a los cojones del hermano Owen.

El mago gritó de dolor, aferrándose a sus pelotas mientras caía de rodillas.

Me quedé mirando mi rompepelotas, impresionada.

—No está mal. No está mal. Quizás me quede contigo.

Consciente de que los otros tres magos venían hacia mí, volví a blandir mi bate, esta vez contra el primero que se atrevió a acercarse. Se sobresaltó, pero no antes de que mi bate impactara de lleno en su mandíbula. Oí un fuerte chasquido mientras se desplomaba.

Los magos estaban definitivamente con la guardia baja, pero mi

suerte no podía durar para siempre. Respirando hondo, me preparé para enfrentarme a los dos magos restantes.

Uno de ellos, un hombre alto de pelo desgreñado y gris, empezó a lanzar un conjuro y sus ojos brillaron con una luz antinatural. El segundo mago, un hombre de aspecto severo, tenía cicatrices en la cara, como si hubiera tenido acné cuando era joven. Levantó las manos e invocó un enjambre de brillantes orbes verdes.

Movió la muñeca y unas ráfagas verdes de energía salieron disparadas hacia mí.

Y esta vez, mi rompepelotas no pudo salvarme.

CAPÍTULO 15

Parpadeé mientras la energía verde se abalanzaba sobre mí; la muerte verde, porque no había escapatoria. Mi vida no pasó ante mis ojos, sólo una luz verde.

Algo me golpeó por un costado y caí al suelo. Se me escapó de las manos el rompepelotas.

Miré por encima del hombro y vi a una criatura colosal hecha de oscuridad y garras afiladas justo cuando la fuerza de aquel hechizo maldito impactó contra ella. Era enorme, medía al menos dos metros. Tenía cabeza de león con cuernos de toro, garras que parecían cuchillos de caza y ojos rojos que brillaban.

Ya había visto a esta criatura antes. La noche en que Emma iba a ser sacrificada.

Dicha criatura era Dash.

—¡Atrás, cambión! —gritó el hermano Owen, que parecía haberse recuperado del incidente de sus pelotas aplastadas—. ¡Te ordeno que te vayas!

La bestia que era Dash curvó los labios en un gruñido malvado e, incluso en la oscuridad, pude ver humo verde saliendo de su cuerpo. Cualquiera que fuese la maldición que pretendía acabar conmigo, parecía no tener casi ningún efecto sobre Dash, o quizás no el suficiente para herirlo de verdad.

—¡Te dije que te vayas! —gritó el hermano Owen, con los ojos muy abiertos y aspecto un poco asustado y conmocionado—. ¡Vete, demonio!

Dash se estremeció cuando un destello verde de energía lo golpeó en la espalda.

Con un rugido ensordecedor, Dash se abalanzó sobre el mago y su enorme figura se convirtió de repente en un borrón indistinto de sombras y furia. El mago, sorprendido por el repentino ataque, retrocedió tambaleándose, moviendo los labios mientras intentaba invocar otro hechizo. En un instante, las garras de Dash dieron en el blanco, rasgando el aire para clavarse profundamente en el pecho del mago y dejando sólo un rastro de sangre a su paso.

Con un último golpe, Dash rebanó el cuello del mago y arrojó el cuerpo como si fuera un trapo sucio.

Santo cielo. Parece que Algar había cumplido su palabra y no le había echado una maldición a Dash para evitar que le hiciera daño a Los Renegados. Tomaría eso como una victoria.

El segundo mago se quedó paralizado, mirando cómo Dash atravesaba a sus compañeros con facilidad. Le goteaba sangre de la nariz, y supe que era el mago al que había golpeado en la cara con mi rompepelotas.

—¡Mátalos! ¡Mátalos a los dos! —gritó el hermano Owen. Sí, odiaba a ese tipo.

El mago dudó un instante antes de levantar las manos e invocar otro enjambre de orbes verdes resplandecientes. Pero ya era demasiado tarde. Dash ya lo había visto y, con un rugido más fuerte que el de cualquier león, arremetió directamente contra el mago.

Cuando los orbes verdes cayeron sobre Dash, estallaron en una lluvia de chispas y el aire crepitó de energía. Pero Dash los atravesó como si fueran simples globos de agua.

Guao. Ahora sabía por qué querían a Dash de su lado. Necesitaban controlarlo porque parecía que su magia tenía poco efecto sobre él.

La forma monstruosa de Dash llenaba el aire de una amenaza casi tangible mientras corría hacia el mago. Los ojos del mago se abrieron de par en par, aterrorizados, y su mirada, antes confiada, quedó marcada por el miedo.

Otro orbe verde brotó de las temblorosas manos del mago, y su impacto aterrizó inofensivamente cerca de la yugular de Dash. La criatura se limitó a gruñir y sus ojos brillaron con una intensidad ardiente. Con cada minuto que pasaba, el poder del mago disminuía, sus hechizos perdían potencia a medida que la implacable persecución de Dash se acercaba cada vez más.

El mago, presintiendo una muerte inminente, lanzó un último y desesperado rayo de energía. Pero se desvaneció en el aire como una vela apagada por una brisa invisible. Los ojos de Dash permanecían fijos en su objetivo, como un depredador que se prepara para atacar.

La presencia del mago Renegado, que antes era imponente, se arrugó como hojas secas en una ráfaga de viento, su magia se agotó y su voluntad se quebró. Con un último grito desesperado, se dio la vuelta y empezó a correr.

Ahora miren quién es el cobarde.

Un movimiento me llamó la atención y vi al cuarto mago con una bola de fuego en la palma de la mano.

—¡Dash! ¡Detrás de ti! —grité.

Dash giró sobre sí mismo y la bola de fuego estalló en su brazo, envolviéndolo en altas llamas anaranjadas. Dash aulló de dolor mientras caía al suelo y rodaba sobre su espalda, acunando la extremidad herida. Parecía que el fuego había afectado al semidemonio.

El aire que nos rodeaba estaba cargado del hedor acre del humo y el olor a piel chamuscada. Justo cuando Dash recogía un puñado de

tierra con la otra mano y lo echaba sobre las llamas para extinguirlas, el mago lanzó otra bola de fuego.

—¡Dash! —grité, poniéndome de pie. Tenía que hacer algo.

Dio un salto lateral, y la bola de fuego se estrelló contra el suelo donde había estado hacía un segundo.

En un abrir y cerrar de ojos, Dash se lanzó contra el mago. Los dos chocaron en una masa de pelaje y chispas mágicas, maldiciones y gruñidos, llenando el aire mientras caían por el suelo.

Corrí hacia ellos, con la adrenalina corriendo por mis venas. Tenía que ayudar a Dash, pero no sabía cómo. No podía usar mi magia.

Justo cuando estaba a punto de alcanzarlos, Dash soltó un feroz rugido y volteó al mago sobre él, lanzándolo por el aire a varios metros de distancia. Con la velocidad del rayo, Dash estaba de nuevo en pie y salió disparado hacia el mago.

—¡Muriti! —gritó el mago.

Una pared de hielo se levantó del suelo entre ellos.

Dash chocó contra la barrera helada con tal fuerza que ésta se resquebrajó y se hizo añicos. Pero eso le dio al mago tiempo suficiente para lanzar otra bola de fuego hacia él.

Esta vez, sin embargo, Dash estaba preparado. Esquivó la bola de fuego y se abalanzó sobre el mago una vez más.

Un grito escapó de los labios del mago cuando la criatura atacó. Dash se abalanzó rápidamente sobre el mago y lo inmovilizó con una pata en el pecho y otra alzada en actitud amenazadora.

—¡Detente, bestia inmunda! —gritó el hermano Owen, con los ojos desorbitados—. ¿Qué estás haciendo? ¡Detente! ¡Tienes prohibido golpear a un miembro! ¡Te ordeno que pares!

A la derecha estaba el pelirrojo. Me había olvidado de él.

Los labios del hermano Owen se movieron en un canto oscuro mientras se acercaba a un desprevenido Dash por la espalda. Iba a intentar matar a Dash mientras estaba ocupado con los otros magos.

No podía usar mi magia contra Los Renegados, pero sí mi rompepelotas.

Frenética, busqué por el suelo y la encontré. La agarré y me lancé contra el hermano Owen, bateando con todas mis fuerzas.

Mi rompepelotas hizo contacto con su cabeza, causando un horrible crujido. El mago se tambaleó, pero no cayó.

—Eso sí que es tener la cabeza dura —le dije, respirando agitadamente.

Más rápido de lo que hubiera creído posible, el mago juntó las manos una vez, gritó «¡z'itchiq!» y lanzó una ráfaga de oscuridad que brotó de él, ondulando como una ola de muerte.

Me golpeó en el pecho.

La oscuridad me golpeó. El mismo dolor me alcanzó. Sólo que más

intenso.

Y todo se volvió negro.

Cuando recuperé el conocimiento, me pareció que había pasado una eternidad. Un dolor punzante me atenazaba el cuello y me impedía respirar. Abrí los ojos y vi la pálida mirada del hermano Owen clavada en mí. Me sujetaba por el cuello, con las manos apretadas justo por encima del rusane, y mi cuerpo se frotaba contra el suyo, completamente indefenso.

El miedo me invadió y traté desesperadamente de zafarme de su férreo agarre, pero sus dedos eran de acero irrompible. El pánico se convirtió en mareo y supe que no tenía mucho tiempo antes de volver a perder el conocimiento. Tenía que actuar con rapidez.

El hermano Owen me acercó a él y su rostro se contorsionó en una mueca de desprecio.

—Estúpida perra —escupió, su aliento caliente olía a podredumbre —. Te advertí que no eras rival para mí. —Le brillaba el sudor en la frente y la nariz.

Desafiando el dolor de garganta, logré decir:

—Jódete. —Necesité todas mis fuerzas para pronunciar esas palabras.

Acercó su cara a la mía.

—Cuando termine de matarte, mataré a tu novio.

No podía ver a Dash ni oír gran cosa, aparte del martilleo de la sangre en mis oídos. Reuní toda la saliva que pude y le escupí en la cara.

La cara del mago se torció de ira. Entrecerró los ojos y dijo:

—Pagarás por eso.

Me lo imaginaba, pero aun así lo disfruté.

La mano del hermano Owen se retiró y me preparé cuando su palma chocó contra mi mejilla con un revés. Mi vista estalló en estrellas blancas que me cegaron momentáneamente. Antes de que pudiera recuperarme, me agarró por el cuello y apretó hasta que empecé a ver manchas negras.

Mientras recitaba las antiguas palabras de una maldición oscura, unos tentáculos de oscuridad negra se deslizaron desde su mano izquierda, enroscándose como serpientes alrededor de su brazo. Sabía que esta vez su magia demoníaca sería mi fin.

Desesperada, cerré los ojos y busqué mi propio poder, invocando las profundidades de mis habilidades umbrales. Pero, de nuevo, no obtuve respuesta. Ninguna oscuridad voló de la punta de mis dedos. Ninguna sombra bailó bajo mis órdenes. Nada.

Así acabaría yo: a merced de un mago retorcido e impotente para detenerlo.

—Nunca serás de los nuestros, bruja —dijo el hermano Owen con

el ceño fruncido.

El pánico corría por mis venas como un reguero de pólvora mientras luchaba por respirar en la sofocante oscuridad. Mi mente era un caos, incapaz de procesar los caóticos sonidos de la batalla que resonaban a mi alrededor. ¿Dash, seguía vivo?

Yo era una bruja poderosa, pero ahora, sin mi magia, no era más que un blanco indefenso para los crueles ataques del mago. A pesar de ello, un destello de determinación se encendió en mi interior.

Reuniendo todas las fuerzas que me quedaban, me abalancé sobre él y le agarré la cara con manos temblorosas. Ignorando el punzante dolor que sentí cuando sus afiladas uñas se clavaron en mi carne, le clavé los pulgares en los ojos y empujé con todas mis fuerzas.

El mago chilló de dolor y me zarandeó como un muñeco de trapo, pero me negué a soltarlo. Con toda la fuerza de voluntad que pude reunir, apreté cada vez más fuerte hasta que, por fin, sentí una satisfactoria liberación alrededor del cuello.

Me desplomé en el suelo, incapaz de recuperar el aliento, como si hubiera tragado ácido cáustico. Mis pulmones ardían con cada bocanada de aire, enviando oleadas de agonía a través de mi cuerpo. A lo lejos, los gritos del hermano Owen resonaban en mis oídos, y no pude evitar sentir satisfacción al saber que le había infligido semejante dolor sin siquiera usar magia.

Sin embargo, mi cuerpo fue castigado por mis acciones con unas arcadas que me dejaron temblorosa y débil. Cada centímetro de mí palpitaba de dolor y pedía clemencia a gritos. Mientras luchaba por levantarme, mis ojos se encontraron con el rostro ensangrentado del mago, que avanzaba hacia mí con la oscuridad enroscándose en sus manos como serpientes.

—Perra —siseó con los dientes apretados, el odio goteando de cada palabra—. Puta de mierda… —Le brotó sangre de la boca y tropezó hacia delante, cayendo a un par de metros de donde yo estaba tumbada.

¿Qué demonios?

La punta afilada y puntiaguda de una garra le atravesó la tráquea con una fuerza increíble, rasgando la carne y provocando un torrente de sangre oscura que brotó de la herida. Fue como el estallido repentino de un aspersor roto, que cubrió el interior de su garganta y lo dejó jadeando.

El hermano Owen tenía los ojos desorbitados por la conmoción y el dolor, con una expresión de confusión grabada en el rostro mientras se giraba parcialmente hacia su atacante. La sangre seguía manando de su cuello y boca, manchando el suelo debajo él.

Dash, el monstruoso ser responsable de este espantoso ataque, apareció a la vista. Sus garras estaban manchadas de sangre roja,

prueba de su naturaleza brutal.

El rostro del mago se contorsionó de rabia, pero sus labios fueron incapaces de formar palabras coherentes mientras intentaba lanzar un maleficio sobre el cambión. Pero antes de que pudiera completar el hechizo, Dash se movió a la velocidad del rayo y hundió su mano con garras directamente en el corazón del mago.

Un agudo grito de agonía escapó de los labios del hermano Owen mientras caía de rodillas, con la sangre corriéndole por el pecho y acumulándose a sus pies. Tenía los ojos desorbitados por la incredulidad y las facciones torcidas por el dolor, la conmoción o ambas cosas. Con un último golpe, cayó de cara sobre la tierra y no volvió a moverse.

Dash estaba a mi lado en un instante, con su cuerpo grande y peludo estaba pegado suavemente contra el mío. Un dedo con garra recorrió suavemente un lado de mi mejilla, sus ojos rojos se llenaron de una repentina tristeza.

—Estoy bien —resollé, con la garganta aún irritada—. Gracias a ti. ¿Cómo demonios me encontraste?

Una cegadora ráfaga de luz estalló, y en lugar de la enorme y temible criatura, ahora se erguía un hombre. Era alto y ancho de hombros, y sus músculos esculpidos brillaban bajo la densa luz. Lo único que cubría su cuerpo era una fina capa de sudor que parecía acentuar cada curva y cada bulto.

—Te seguí —contestó Dash, con la preocupación reflejada en el rostro—. Te estaba esperando en casa de tu tía cuando vi que te llevaban.

—Después de tu fuga. —Sonreí—. Fui a buscarte, sabes.

—Lo sé —dijo un presumido Dash.

—¿Cómo escapaste?

—Te lo contaré todo más tarde. Pero antes. Tengo que sacarte de aquí antes de que vengan los demás. —Me estacioné justo al final de la carretera.

Mis ojos se dirigieron a su brazo, donde la piel estaba ennegrecida y carbonizada.

—Tu brazo.

Dash le restó importancia como si fuera una picadura de avispa.

—Está bien.

La cabeza me daba vueltas y sentía el cuerpo de plomo, pero asentí débilmente.

—Creo que puedo caminar.

Justo cuando intentaba ponerme en pie, los fuertes brazos de Dash me acunaron y me cargaron sin esfuerzo.

Me recosté en él, sintiéndome segura y protegida en su abrazo.

—Bueno, esto también se siente bien.

Aunque sabía que podía caminar, dejé que me llevara hasta su Land Rover.

¿Por qué rayos me opondría?

CAPÍTULO 16

—Tu cara parece que estuvo en un combate de boxeo —dijo mi tía Luna mientras me untaba una pomada maloliente en la mejilla izquierda y en la mandíbula.

Me moví en el asiento.

—No es nada. No duele. —Sí dolía, pero sabía que me curaría rápido y que estaría mucho mejor por la mañana. Además, no quería que se preocupara. Estaba viva, y eso era un maldito milagro, gracias a Dash.

—¿Ah, sí? —Mi tía presionó su dedo en mi mejilla.

—¡Ay! ¿Por qué hiciste eso?

—Mentirosa. —Ignorando mi arrebato, mi tía siguió untándome la pomada—. Sé que te duele. No puedes engañarme. Lo sé todo.

Dash, que observaba la escena con una sonrisa divertida mientras se apoyaba en la pared junto a la mesa del comedor, soltó un resoplido.

Entrecerré los ojos ante el semidemonio.

—Sigue riéndote. Luego te toca a ti.

—Yo estoy bien —respondió Dash—. Tú necesitas cuidados.

Mi tía se movió en la silla y le apuntó con el frasco de pomada.

—Ese brazo tuyo necesita mi atención. Así que, sí, luego te toca a ti. —Cuando mi tía giró hacia mí, vi que el tarro temblaba en su mano y se me hizo un nudo en el estómago.

—Estoy bien —le dije, reconociendo el miedo en rostro—. No pasó nada.

—¿Cómo que no pasó nada —refutó mi tía—. Querían masacrarte. Te llevaron para matarte. Eso no es nada.

—Pero no me mataron. —Le tendí la mano, pero me la apartó de un manotazo.

—Lo habrían hecho si no fuera por Dash —dijo—. Estabas indefensa sin tu magia. Te querían matar, Kat. Podrías haber muerto esta noche. Podría haberte perdido. —Sus últimas palabras salieron entrecortadas y se me hizo un nudo en la garganta.

Parpadeé rápidamente.

—Lo sé. Pero no he muerto. —Apenas llegamos a la casa, había visto a mi tía Luna sentada en la sala con un viejo libro en su regazo.

—¡Tú lo hiciste! ¡Tú lo sacaste de la cárcel! —Había aplaudido emocionada al ver al medio demonio.

Miré a Dash antes de contarle a mi tía exactamente lo que había

pasado, desde el intento de sacarlo de la cárcel hasta el viaje con Los Renegados. Su sonrisa ganadora había desaparecido, sustituida rápidamente por un ceño fruncido y labios finos. No había sonreído desde entonces.

—Se van a enterar de lo que pasó. Tomarán represalias. —Mi tía Luna colocó el tarro sobre la mesa de la cocina.

—No lo harán. —Esperé a que me mirara—. El hermano A... —se me hizo un nudo en la garganta como si las manos del hermano Owen estuvieran otra vez en mi cuello, apretándome. Por un momento fugaz, entré en pánico, pensando que estaba a punto de morir asfixiada, que el rusane acabaría el trabajo por él.

Pero entonces la sensación cesó y pude volver a respirar.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —Mi tía me miró fijamente, con los ojos abiertos de par en par por el pánico.

Sacudí la cabeza.

—No estoy segura...

—Es el vínculo con Los Renegados —dijo Dash—. No puedes decir sus nombres.

Mierda. El recuerdo de Eli relampagueó en mi mente cuando terminó convulsionando en el piso mientras intentaba darme los nombres de su antiguo grupo. Maldita sea. Tendría que recordar eso.

—Su líder —intenté de nuevo, y al ver que podía respirar, continué — no tenía ni idea de lo que planeaban los *demás*. Lo hicieron por su cuenta sin su conocimiento.

—Esos bastardos —siseó mi tía.

—Sí, y peor que eso. —Extendí mi mano y toqué el frío metal del rusane. Pero en realidad resultó mejor de lo que pensaba.

—¿Qué? —Mi tía le chasqueó los dedos a Dash—. Tú. Siéntate.

El apuesto semidemonio se apartó de la pared, agarró una silla vacía, le dio la vuelta y se sentó frente a mi tía, ofreciéndole su brazo herido.

—Quiero decir —empecé de nuevo—, que si no me hubieran secuestrado e intentado matarme... no habría descubierto su siguiente plan.

Tanto Dash como mi tía me miraron, pero mi tía finalmente preguntó:

—¿Qué plan? ¿Puedes siquiera hablar de eso?

—Buena pregunta. —Pero ya le había mencionado las tablas a mi tía, así que me arriesgué—. Las tablas... —Esperé y, como no se me cerró la garganta, dije—: Ya las tienen.

Mi tía maldijo.

—Idiotas. —Metió un dedo en el tarro y extendió una buena dosis del ungüento sobre Dash, que ni siquiera se inmutó mientras lo aplicaba en la carne quemada.

Fruncí el ceño.

—¿Puedo hablar de las tablas pero no decir sus nombres? ¿Qué sentido tiene eso?

—Tengo una teoría de por qué es así —dijo mi tía—. Es el rusane. —Ella frotó el ungüento más profundamente en la herida de Dash—. Creo... y es sólo una teoría... pero creo que la magia en el rusane está contrarrestando el hechizo vinculante.

—¿Es un chiste? —Esa noticia era interesante.

— No —continuó mi tía—. Cuando mezclas hechizos y encantamientos tan poderosos, seguro que metes la pata. Su hechizo vinculante y el rusane nunca debieron funcionar juntos.

—Cierto. —Porque si fuera así, Dash también tendría uno puesto.

—No me malinterpretes. Sigues vinculada a ellos —dijo mi tía—. Pero te darás cuenta de que tienes más libertad de acción que los demás. Mejor mantenlo en secreto.

—Es bueno saberlo. —Y funcionaría a mi favor—. Van a realizar un gran hechizo mañana por la noche —expresé, poniendo a prueba la teoría de mi tía y descubriendo que era cierta. Podía hablar de los planes de Los Renegados sin entrar en una especie de shock anafiláctico y morir.

Los ojos de mi tía se abrieron de golpe.

—¿En la víspera de Halloween cuando el mundo de los espíritus es más fuerte?

—Sí —confirmé—. Están planeando usar las tablas para algún hechizo que tomará el control de todo y de todos.

El rostro de mi tía Luna se endureció.

—Esto es malo. Muy malo.

Asentí con la cabeza.

—Y tendrán todo el poder que necesiten con esas tablas. Por eso las querían tanto.

—Tenemos que actuar rápido —dijo mi tía con firmeza—. Tenemos que detenerlos antes de que sea demasiado tarde. Tenemos que encontrar esas tablas.

—Lo haría si supiera dónde las guardan. —Miré a Dash—. ¿Alguna idea? Tú eres el que lleva más tiempo con ellos. ¿Dónde se reúnen? Deben de tener una base en algún sitio donde se reúna la banda — Como todos los cultos y sectas mágicas, necesitaban un lugar donde congregarse. Tenía que ser en algún lugar de Moonfell. Sólo que no sabía dónde.

El semidemonio miró fijamente a mi tía mientras terminaba de ponerle la pomada en el brazo.

—Nunca me permitieron saber dónde hacían sus encuentros. Sé que es aquí, en Moonfell. Tendrá que ser en algún lugar remoto, donde no los molesten, lejos de la mayoría de la gente.

Maldita sea.

—Buscar en todo el condado de Moonfell nos tomaría semanas.

—Y te queda más o menos un día, Kat —añadió mi tía.

—Sin presiones. —Respiré hondo, sintiendo el peso de la situación sobre nosotros. La luz de la luna se filtraba a través de las cortinas, proyectando un brillo inquietante en el rostro de mi tía, y supe que teníamos que actuar—. Empecemos primero por los lugares más aislados de Moonfell —lugares como ese almacén de difícil acceso para nosotros, pero también de fácil escapatoria para ellos.

Mientras yo enumeraba una lista de bosques aislados, incluso una escuela abandonada y una estación de tren, Dash escuchaba atentamente mientras mi tía le vendaba el brazo herido con una gasa.

Me había salvado el pellejo innumerables veces. Era un hombre guapísimo, amable, inteligente, un amante atento, y era mío.

Y entonces me di cuenta de algo.

Me sacudí en el asiento.

—No puedes quedarte aquí —le dije a Dash. Agarré mi teléfono—. Será de mañana en unas horas. Y Blake estará aquí.

—¿Blake? ¿Por qué vendría aquí? —preguntó mi tía.

—Porque sospechará que tuve algo que ver con el hecho de que Dash ya no esté en su celda. Y que todavía no me has dicho cómo lo hiciste.

Dash sonrió, pero no dijo nada.

—Bien, guárdate tus secretos —dije, sin importarme en absoluto porque era muy sexy. Me levanté y saqué la bolsa de evidencias transparente con su teléfono—. Tenemos que destruir esto hasta que no quede ni una mota de polvo.

—Dámelo —dijo mi tía. Con su bastón, se levantó de la silla—. Tengo justo lo que necesitas.

Le di la bolsa y el teléfono.

—¿Vas a meterlo en uno de tus calderos? ¿Fundirlo con algún hechizo?

Mi tía se dirigió hacia la cocina.

—No con un hechizo. —Desapareció detrás de la encimera. Cuando volvió a aparecer, dejó caer el contenido de una jarra de plástico blanco sobre él—. Voy a derretirlo con ácido fluorhídrico.

Dash se rio.

—Eso funcionará.

Entrecerré los ojos.

—No sé si debería estar asombrada o un poco asustada de que tengas eso en la cocina.

Mi tía Luna sonrió mientras agarraba un recipiente de plástico y lo colocaba junto a la jarra en la encimera. Luego sacó el teléfono de la bolsa y lo dejó caer en el recipiente, giró la jarra y vertió un poco de

ácido líquido. Luego, se acercó a la cocina y encendió el ventilador.

Oí un chisporroteo y salió humo del recipiente que contenía el teléfono de Dash.

La habitación empezó a llenarse de un olor acre. Sin embargo, no pude evitar que toda la situación me pareciera extrañamente fascinante. Siempre supe que mi tía era una bruja hábil, pero utilizar ácido para destruir pruebas era algo nuevo para mí.

Curiosa, me acerqué para verlo mejor. El chisporroteo continuó durante unos minutos más. Cuando el humo se disipó, lo único que quedaba del teléfono era un charco de líquido transparente: el ácido.

No pude evitar sentir una extraña satisfacción al ver desaparecer el teléfono.

—¿Y la bolsa de evidencias?

Mi tía me lanzó una mirada que decía: «Por favor... Acabo de empezar», agarró la bolsa y la tiró al fregadero de la cocina.

—¡Fue ren ta! —dijo, y la bolsa estalló en llamas.

Apenas percibí el olor a plástico quemado mientras la bolsa se derretía en cuestión de segundos hasta que sólo quedaron unas gotitas de material derretido. Mi tía abrió el grifo y los restos se fueron por el desagüe.

—¡Ja! —Mi tía se giró hacia mí con una sonrisita—. Ya está. Todo desapareció. Blake nunca lo encontrará.

Suspiré.

—Bien. Ya nos ocupamos de una cosa. —Miré a Dash, sentado a la mesa. No podía evitar sentir lo normal que era todo esto. Una pequeña parte de mí anhelaba la sencillez y la normalidad de una vida con Dash y mi tía, pero en el fondo sabía que era imposible. Mi fantasía se desvaneció tan rápido como apareció, dejándome desgarrada e insegura sobre lo que me deparaba el futuro.

—¿A dónde irás? —pregunté, sabiendo que Blake lo buscaría en su casa.

—No estoy seguro —dijo, con sus ojos oscuros clavados en los míos —. Tengo otras propiedades. Puede que me vaya al norte por un tiempo. Hasta que las cosas se calmen. —Me miró fijamente de una forma que hizo que mi estómago diera unas cuantas vueltas—. Deberías venir conmigo. Ese policía te hará la vida imposible. Ven conmigo.

Tenía razón.

—Sí, Blake va a tener un berrinche cuando vea tu celda vacía. Y luego puede que se mee encima cuando descubra que tu teléfono también ha desaparecido. Sé que vendrá a buscarme.

Dash se levantó y se acercó.

—Entonces nos vamos juntos. —Sus ojos se posaron en el rusane—. ¿Has encontrado la manera de quitarlo?

—Trabajando en eso —dijo mi tía, mientras señalaba un pequeño caldero sobre la estufa en el que yo no había notado—. Todavía necesita unas horas más. Pero funcionará. Quitará esa cosa del cuello de Kat.

Dash me devolvió la mirada.

—Entonces nos vamos cuando te lo quiten.

Sacudí la cabeza.

—No voy a dejar a mi tía. Ni una segunda vez.

—Luna también viene —dijo Dash, y vi cómo las mejillas de mi tía enrojecían—. O nos vamos todos, o no se va nadie —concluyó, con voz firme.

Volví a negar con la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué no? —Dash inspeccionó mi cara—. Blake no puede relacionarte conmigo ahora. No tiene pruebas. Todo lo que sabrá es que me escapé y que las pruebas ya no están. No tiene nada. Nadie sabe que estuviste involucrada. Y no pueden probarlo.

—Eso no es exactamente cierto —le dije, apoyando la cadera en la encimera—. La investigadora del Grupo Merlín, Marita, estaba allí. Me vio. Bueno, no está *segura* de lo que vio, pero me vio aparecer de la nada junto al edificio de Blake cuando hace un segundo no estaba allí.

La cara de mi tía se arrugó y frunció el ceño.

—¿Crees que se los contará?

Lo pensé.

—Creo que es muy meticulosa en su trabajo. Les informará de algo. Estoy segura de eso. Perderé el contrato con el Grupo Merlín. Si me denuncia al Consejo Gris, si creen que estoy vinculada a un grupo que mata niños, me perseguirán.

—Razón de sobra para irnos. —Dash me agarró de la mano—. Vámonos ya.

Sacudí la cabeza.

—Aunque quisiera, no puedo dejar que Los Renegados conjuren el hechizo que estén planeando. En el peor de los casos, podemos irnos *después* de que encuentre una manera de desaparecer o destruir esas tablas.

Mis ojos se dirigieron a mi tía. Se quedó muy callada de repente. Sus ojos estaban tristes. No quería irse de casa. Yo tampoco quería.

No quería huir. No otra vez. Pero había manipulado y destruido pruebas. Era culpable.

Y lo volvería a hacer por Dash.

—No me iré sin ti —dijo el semidemonio. El estruendo de su voz profunda me encendió pequeños fuegos por toda la piel.

Maldita sea. Eso enloquecía a mis hormonas.

—Tal vez no tengamos que hacerlo. Si podemos destruir esas

tablas, debería evitar que Los Renegados hagan algo drástico por un tiempo. Mantenerlos quietos. Blake desistirá sin las pruebas, y Marita se irá en unos días. Si ella no informa de mi irrupción, estaré bien. Podría funcionar. —Miré al mestizo alto—. Pero deberías pasar desapercibido por un tiempo. Hasta que las cosas se calmen.

—Pasaré desapercibido, pero no me iré.

Suspiré.

—Eres una bestia testaruda. ¿Lo sabías?

—¿Y qué hay del policía? —preguntó Dash, preocupado, mientras sus dedos se estrechaban con los míos.

—Puedo manejar al hombre lobo —dije—. Además, en este momento no tiene ninguna evidencia en mi contra. —En realidad era sólo la palabra de Marita contra la mía—. Blake no puede encontrarte aquí. Si lo hace, esta vez te enviará directamente a la Ciudadela Grimway.

Dash guardó silencio un momento. Me soltó la mano.

—Tienes razón. Y necesitas descansar. —Se apartó, agarró la jarra de ácido de la encimera y se dirigió a la puerta principal.

Mi tía y yo compartimos una mirada, y luego corrí tras él.

—Espera. ¿Cómo voy a encontrarte?

Dash abrió la puerta principal y se dio la vuelta cuando llegué hasta él. Se inclinó hacia mí y me rodeó la cintura con el brazo libre, atrayéndome hacia él.

—No es necesario. Yo te encontraré. —Apretó sus labios contra los míos en un beso tierno pero ardiente.

Mi corazón latió con fuerza cuando Dash se alejó, dejándome sin aliento y exaltada.

—No vuelvas a tu granja —le dije, mostrando mi ansiedad porque tenía la sensación de que eso era exactamente lo que iba a hacer.

Dash me dedicó una lenta sonrisa.

—No le tengo miedo a tu jefe.

Sabía que no lo era.

—No es mi jefe.

—No te preocupes por mí. Sólo quítate ese rusane del cuello. —Luego, sin decir una palabra más, Dash salió del porche, se subió a su Land Rover y se fue.

CAPÍTULO 17

Me parecieron sólo unos minutos desde que compartí un beso con Dash hasta que empezaron los golpes en la puerta.

—¡No te quites los pantalones! ¡Ya voy! —gritó mi tía, con su bastón golpeando con fuerza el suelo de madera mientras se movía tan rápido como le permitía su cuerpo de noventa y siete años.

Salté del sofá, donde al parecer me había quedado dormida.

—Yo abro. Tengo la sensación de que es para mí. —Agarré mi teléfono—. Seis y veinticuatro. Llegó muy temprano. —Y a juzgar por los fuertes y constantes golpes, también estaba muy enojado.

Con los ojos aún llenos de costras y no del todo despierta, me arrastré delante de mi tía, agarré el pomo de la puerta y jalé de ella para abrirla.

El jefe Blake estaba de pie en el porche delantero, con el pelo sobresaliendo por un lado como si se hubiera peleado con el peine y la camisa con el botón superior abrochado hasta la mitad. Como si se había levantado muy apurado. Supongo que acababa de enterarse de que Dash había desaparecido *y* de las evidencias.

Ups.

—Más te vale que tengas una buena razón para despertarnos tan temprano. —Miré fijamente al jefe, que me devolvió la mirada. Miré detrás de él. Conté unos seis hombres y una mujer—. Refuerzos. No creo que tengamos suficiente café.

—¡¿Qué significa esto?! —Mi tía apareció a mi lado, todavía con el mismo camisón de anoche. Tenía una cara de póquer y en serio parecía «sorprendida» de ver a Blake, aunque habíamos estado esperando su visita.

—¿Dónde está? —Blake me apartó de un empujón y entró furioso a la casa de mi tía.

—Más te vale que tengas una orden —le grité, aunque sabía muy bien que esas reglas humanas no se aplicaban en esta comunidad paranormal.

Los otros siete desconocidos le siguieron, caminando como si fueran los dueños del lugar.

—Gracias por limpiarte los pies —gruñó mi tía, sin dejar de mover los labios. Sospeché que estaba preparando uno o dos hechizos.

Mi tía y yo compartimos una mirada de reojo y me apresuré a seguir a Blake y sus secuaces.

—Revisa el piso de arriba —ordenó Blake, y uno de los varones, de

piel oscura, sacó lo que parecía una pistola del interior de su chaqueta mientras subía las escaleras.

—¿Armas? —Corrí a ponerme delante de Blake—. Trajiste armas a la casa de mi tía. Estúpido. —La ira se apoderó de mí mientras estudiaba a los otros seis paranormales, todos eran metamorfos y hombres lobo, si el olor a animal era una indicación. No pude ver si llevaban un arma, pero tenía la sensación de que todos tenían una.

El jefe se giró hacia mí.

—¿Dónde está? Vamos a encontrarlo de todos modos, así que mejor entrégalo ahora. Antes de que pase algo malo.

Apoyé las manos en las caderas y lo miré a la cara. Sí, era así de alto.

—¿A quién te refieres?

La cara de Blake se estremeció con ira.

—Voy a encontrarlo, con o sin tu ayuda.

—¿De quién demonios estás hablando? —Dash. Dash. Dash—. Aquí no hay nadie, idiota. Sólo Luna y yo. —No, Dash se había ido y esperaba que estuviera bien lejos. Pero sabía que el medio demonio no se había ido del pueblo. Estaba aquí, en algún lugar de Moonfell.

Los ojos del jefe destellaron una advertencia y pude ver cómo se tensaban los músculos de su mandíbula.

—No me lleves la contraria, *Kate*.

—Tú tampoco, *Blaky*.

—¿Dónde está Dash? —preguntó el jefe después de fruncir el ceño nuevamente.

Me encogí de hombros.

—Encerrado en una celda, supongo.

—No me jodas. Sé que tuviste algo que ver con su fuga. Y si no confiesas, acabarás donde estaba él.

Apreté la mandíbula.

—¿Es una amenaza?

—Dime dónde está.

Levanté las manos.

—Bueno, él no está aquí. ¿Y cómo va a ser culpa mía si tu prisionero se escapó? Yo no tuve nada que ver. —Por un segundo, temí que Marita le hubiera dicho a Blake que me había visto fuera de su edificio. Si lo había hecho, estaba jodida.

—Ella tiene razón. —Mi tía arrastró los pies hacia nosotros—. Kat estuvo conmigo toda la noche. Jugamos al bridge y nos fuimos a la cama. Ella no tuvo nada que ver con todo eso.

Blake giró la cabeza.

—Ustedes dos. Registren el sótano —ordenó a la única hembra y a uno de los machos de rostro olvidable.

—No encontrarás nada ahí abajo, excepto mi colección de artículos

—dijo mi tía—. Y algunas arañas.

Blake se enfocó en mí.

—¿Qué te pasó en la cara? —preguntó, al parecer solo se había fijado en mi cara y mi mandíbula magulladas.

Encogí los hombros.

—Me caí por las escaleras.

Por un momento, el jefe pareció perder parte de su duro comportamiento, sustituido por una expresión afectuosa.

—Deberías ver a un curandero.

—Estoy bien. Mi tía es muy hábil en las artes curativas.

—Me destaco en muchas cosas —dijo orgullosa.

Blake negó con la cabeza, y su ira volvió.

—Sé que anoche entraste en mi cárcel y sacaste a tu novio.

Suspiré.

—Te equivocas. ¿Y qué pruebas tienes? —*Aquí vamos.* Si Marita me había delatado, yo lo sabría en este momento. A no ser que hubiera cámaras de las que yo no fuera consciente. Eso sería malo.

—No necesito pruebas. Sé que lo hiciste. —Fue hacia la cocina y empezó a abrir los cajones—. Es que no entiendo por qué dejaste escapar a ese asesino cuando sabes que es el responsable de la muerte de esos niños.

—No lo es.

—Lo *es*. Y eso debía decidirlo el consejo. No tú.

No tenía ni idea de cómo iba a manejar el Consejo Gris una situación que implicaba a un aquelarre que parecía más bien una secta. Con la muerte de Sykes y la participación de Blake en el rescate de Emma mediante un ritual, había pruebas de que Los Renegados eran los responsables de las muertes. Sin embargo, como no se había podido encontrar a ninguno de los otros miembros, y Dash había sido capturado con el teléfono, lo más probable es que terminara preso. El Consejo Gris sin duda le daría un escarmiento y haría cumplir sus estrictas leyes. La muerte parecía una posibilidad muy real. Estaban desesperados por que alguien pagara por los trágicos asesinatos de los niños inocentes.

Pero ahora, sin el teléfono y los mensajes incriminatorios...

—Entonces... ¿dónde está? —preguntó Blake, justo cuando mi tía entraba cojeando en la cocina con cara de asesina. Parecía que quería usar la cabeza de Blake como piñata.

—¿Dónde está quién? Ya te lo dije. Dash no está aquí. —Hacerme la loca empezaba a ser una de mis especialidades. El sonido de otras gavetas siendo abiertas y muebles siendo arrastrados por el suelo era fuerte. Miré alrededor y vi cómo los matones de Blake estaban volcando cojines y tirándolos al piso en la sala. Su total desprecio por las cosas de mi tía estaba empezando a enfurecerme.

Blake cerró la gaveta de golpe, haciéndome saltar.

—El teléfono que estaba en mi escritorio. ¿Dónde está? —Su cara se había enrojecido mucho.

Ladeé una ceja.

—Cuidado. Vas a hacer que te dé un ataque.

El jefe se pasó las manos por el pelo, haciéndolo parecer aún más desordenado que antes.

—Te lo advierto. Dámelo.

—No puedo darte lo que no tengo. No es culpa mía que perdieras las evidencias. —Si el jefe pudiera matar con una mirada, yo ya estaría muerta. A pesar de que me irritaba con sus acusaciones —que eran todas acertadas—, sentí lástima por él. Me daba cuenta de que le pasaba algo. Estaba sudoroso y nervioso. Noté un pánico en sus ojos que nunca había visto. Estaba asustado y acorralado. Esa fachada coqueta y segura había desaparecido.

Blake me agarró del brazo con fuerza.

—Se acabaron los jueguitos. ¿Dónde está el teléfono?

Intenté liberar mi brazo, pero el bastardo era aterradoramente fuerte.

—Suéltame. —Mi magia palpitó, sintiendo la amenaza. Sin embargo, no podía hacer mucho tan temprano en la mañana, excepto tal vez usar mi encendedor. Pero no me arriesgaría en la casa de mi tía.

Lástima que no me traje mi rompepelotas.

Mi tía se puso delante de nosotros, con la mano levantada en un gesto tranquilizador.

—Jefe, por favor, cálmese. Le aseguro que no tenemos ni idea de ningún teléfono desaparecido.

Blake olfateó el aire como si hubiera captado un olor. Sus ojos se desviaron hacia la cocina, concretamente hacia el recipiente de plástico que mi tía había utilizado para fundir el teléfono de Dash.

Mierda. Nos habíamos olvidado de guardarlo.

Un gruñido escapó de la garganta del gran hombre lobo. Me soltó y se colocó sobre la estufa. Bajó un poco la cabeza y volvió a olfatear.

Oh, oh.

Blake golpeó el recipiente con los dedos.

—¿Qué había aquí?

—Los restos de mi hechizo para controlar la vejiga —dijo mi tía con expresión seria—. No uso pañales.

El jefe frunció el ceño, pero no insistió. Luego se acercó al pequeño caldero que mi tía pretendía utilizar para sacar el rusane y metió la mano en él.

—¡Ey! —gritó mi tía—. ¡No está listo!

Ignorándola, Blake movió la mano alrededor de la sustancia

aparentemente hirviente, buscando algo. Al cabo de unos segundos, sacó la mano. Estaba roja, y le estaban empezando a salir ampollas, pero los hombres lobo se curaban rápido. Sabía que sus heridas sanarían en una hora.

Con su bastón, mi tía golpeó a Blake en las tripas.

—¡Podrías estar maldito, idiota! Nunca, jamás toques una poción que no esté lista. —Aunque la había visto hacerlo innumerables veces.

Blake pareció sorprenderse por un segundo, mirando a la vieja bruja con expresión de asombro.

Le ofreció una toalla.

—Límpiate. A menos que quieras perder esa mano. No tengo nada para hacer crecer extremidades. Sólo los cambiaformas salamandra pueden hacer eso.

Él pareció considerar sus palabras mientras agarraba la toalla y empezaba a limpiarse la mano.

—Disculpe. Es que... no lo encuentro por ninguna parte, y sé que Dash fue el responsable de la muerte de esos niños.

Sus palabras me hundieron el corazón. De verdad creía que Dash era culpable.

—Mira, Blake —empecé, con la esperanza de calmar la situación antes de que volviera a descontrolarse—. Entiendo tu necesidad de justicia para esos chicos, pero Dash es inocente. No tuvo nada que ver con sus muertes.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque lo conozco —respondí con firmeza. Uno nunca puede conocer de verdad a una persona en sólo unas semanas, pero en el fondo, sentía que conocía a Dash desde hacía años y que lo conocía más que a nadie. Sabía que había cambiado. Sabía que probablemente había hecho cosas horribles en nombre de Los Renegados. Pero ahora era diferente. Las pruebas decían que estaba en contra del sacrificio ritual de esos chicos para invocar a un rey demonio. Lo habían maldecido y lo dejaron sin memoria por eso. Dash no era el asesino que Blake pensaba que era. Al menos, ya no.

—¿Crees que lo conoces? ¡Es capaz de asesinar!

Sacudí la cabeza.

—Pienses lo que pienses de él, no mató a esos chicos.

Blake se burló.

—Entonces, ¿por qué huyó? Explícamelo.

Mierda. No tenía respuesta.

—Te lo diré. —Blake se acercó a mí hasta que pude oler el aroma almizclado de su transpiración—. Porque es culpable, y lo sabe. Sabía lo que le pasaría, así que huyó como un cobarde.

Abrí la boca para replicar justo cuando la puerta principal se abrió de golpe.

Tres mujeres entraron a toda velocidad. Unas mujeres no, unas brujas. Y eran mis vecinas.

Sentí una oleada de energía procedente de ellas, como un millón de pinchazos en la piel. El aire olía a pétalos de rosa y lavanda, pero debajo de eso sentí el aroma de las brujas blancas: agujas de pino, tierra húmeda, hierba recién cortada y flores silvestres.

Annette —con un pijama de lunares rosados y blancos, descalza, con el pelo castaño claro colgando hacia la izquierda en una coleta desordenada, como si hubiera dormido así— era la jefa del grupo.

Tilly se paseaba por detrás con una bata de seda roja que se ceñía a sus curvas dejando poco a la imaginación. Sus tonificadas piernas eran largas y delgadas, y en sus pies tenía un par de tacones rojos de gatito. No llevaba maquillaje y parecía que acababa de salir de la cama. Pero aun así estaba mejor que cualquiera de nosotras.

Cuando mis ojos vieron a Cristina, me sorprendió lo arreglada que estaba. Tenía el pelo liso y perfectamente alisado y un traje de falda verde a juego que resaltaba sus ojos verdes. Sí, seguro hizo algún hechizo para eso. Un hechizo para estar lista en un minuto. Necesitaba uno de esos.

—Hola chicas, ¿qué están haciendo aquí? —pregunté cuando nos alcanzaron en la cocina.

Annette abrió la boca, pero luego la cerró. Cuando por fin habló, preguntó:

—¿Qué te pasó en la cara?

Encogí los hombros.

—Es una larga historia. Te la cuento luego. —Y más tarde tendría que inventar alguna mentira porque no le contaría la verdad sobre mi pequeña pelea con Los Renegados.

Annette frunció el ceño, pero luego dirigió su atención al jefe.

—Blake, tienes que dar algunas explicaciones —dijo la bruja mientras se acercaba al hombre lobo.

El jefe suspiró.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Annette. Deberías irte.

Annette me lanzó una mirada.

—No nos iremos. No hasta que tú lo hagas —replicó.

Cristina se adelantó.

—No vamos a dejar que arrestes a Kat.

—Sobre todo ahora que nos cae bien —dijo Tilly, sorprendiéndome. Diablos, me sorprendió muchísimo verlas a todos aquí tan temprano, pero me conmovió más su solidaridad.

Mi tía soltó una risita y yo la miré mientras se acomodaba en una silla frente al grupo. Llevaba una sonrisa como si estuviera disfrutando del espectáculo. No parecía muy preocupada por las amenazas de Blake.

La mandíbula del jefe se crispó.

—¿Quién les dijo que iba a arrestarla?

—Liam lo hizo —dijo Annette—. No puede tener secretos conmigo. Sabe lo que le ocurrirá si lo hace.

Blake abrió un gabinete y empezó a rebuscar en su contenido.

—Bueno, en realidad no depende de ti ni de Liam lo que yo haga. Yo soy el jefe aquí. No tu marido. Y no debería decirte nada. —Cerró el gabinete de golpe.

—Cuidado —le advertí—. Si lo rompes, lo arreglas.

La mirada que Blake me dirigió destilaba puro odio.

—Bueno, pero lo hizo. —Annette apretó sus manos en sus caderas —. Mira, Kat no pudo haber sacado a Dash. Es imposible.

Blake soltó una carcajada fingida.

—De verdad, Annette. Quizás deberías dedicarte a ser ama de casa y criar a tus hijas y dejarme el trabajo de policía a mí.

Oh, no, no dijo eso.

En la cara de Annette aparecieron manchas rojas, pero consiguió mantener la calma. Yo no lo habría hecho.

—Sé a ciencia cierta que tu comisaría estaba equipada con unas guardas de protección muy potentes, en las entradas delantera y trasera. Lo sé porque conozco al brujo que las puso allí, y me dijo que nadie podía atravesarlas. Ni siquiera un brujo o mago poderoso. Las guardas los habrían matado.

—Entonces, ¿cuál es tu punto? —dijo Blake, claramente no impresionado con lo que Annette acababa de decirle.

Annette me señaló.

—Ella está de pie justo aquí. Kat nunca habría podido pasar. Habría muerto en el intento. Nadie podría haber atravesado esas guardas. Nadie.

Annette fue muy convincente. Diablos, si no supiera de mis propias habilidades, le habría creído. Pero Cristina me había visto usarlas la noche que Emma iba a ser sacrificada. Y sabiendo lo que sé ahora, sabía muy bien que las tres brujas conocían mi magia «especial», lo que significaba que ella sabía o sospechaba que yo podía haber entrado en el edificio.

—No fue ella, Blake —dijo Tilly, colocándose a su lado y pasando una mano por el musculoso brazo del jefe.

—Eso es lo que he estado intentando decirle —dije, lo cual era cierto. Había ido a hacerlo, sí, pero Dash se me había adelantado. Y ahora, Blake no podía probar nada, no sin el teléfono.

Blake se apartó de Tilly.

—Entonces, ¿cómo diablos salió, ¿eh? Alguien le ayudó.

—Escapó por su cuenta —dijo Cristina—. No sabemos qué tipo de paranormal es. —Me miró como esperando confirmación, o sabía que

yo lo sabía. Sólo que no se lo diría a nadie—. Si fuera, digamos, un metamorfo ratón o algún bicho pequeño, podría haber salido fácilmente. Y tampoco necesitaría usar la puerta principal. Pudo haber usado una rejilla de ventilación o algo que fuera lo suficientemente pequeño para él y salir del edificio.

Ja. Ella tenía razón, y me sorprendió que Blake no hubiera pensado en eso antes de venir aquí y exigir cosas.

—Tiene razón —dijo mi tía, y todos la miramos—. Tu prisionero escapó por su cuenta. Es imposible que mi sobrina haya entrado en el edificio. —Sus ojos desaparecieron bajo su ceño fruncido—. Es hora de que se vayan.

El sonido de cuerpos moviéndose en nuestra dirección atrajo mi atención hacia el pasillo. Todos los secuaces de Blake se congregaron en la cocina.

—Arriba no hay nada, jefe —dijo el hombre de piel oscura.

—El sótano también está limpio —añadió otro varón, el de rostro olvidable.

—Aquí no hay nada —dijo la única mujer del grupo. Tenía una voz áspera, como si no hablara muy seguido.

Di una palmada.

—Bueno, creo que eso lo resume todo. ¿Verdad? Aquí no hay nada, y nadie se esconde en el sótano. —Señalé la puerta principal al final del pasillo—. Fuera de la casa de mi tía.

Por un momento, pensé que Blake iba a negarse y seguir buscando o destrozar la cocina de mi tía, pero el gran hombre lobo empezó a salir de la cocina, y sus secuaces siguieron su ejemplo.

Liberé parte de la tensión de mi cuerpo al ver su corpulento cuerpo caminar por el pasillo. Miré a mi tía y ella me miró con cara de «eso estuvo cerca.

Seguí a Blake y a su equipo por el pasillo. Y justo antes de cerrar la puerta, se dio la vuelta y dijo:

—Esa gargantilla te queda estúpida.

—Siempre tan encantador.

Algo pasó por sus facciones que no pude captar.

—Esto no ha terminado —dijo—. Y cuando encuentre a tu novio, esta vez no seré tan compasivo. Esta vez voy a matarlo.

Y entonces me cerró la puerta en las narices.

CAPÍTULO 18

Sin teléfono ni ningún medio de comunicación, la única forma que tenía de contactar con Dash era yendo a su granja.

Esperé a que Annette, Tilly y Cristina se fueran, les agradecí su apoyo y me subí al Jeep. Olvidé cepillarme los dientes y lavarme la cara, pero ¿a quién le importaba a estas alturas? Blake quería herir a Dash, y quizás hasta matarlo. Nunca lo había creído capaz de algo tan serio, pero la gente hace locuras cuando está desesperada o acorralada. Y eso es lo que me parecía a mí. El Consejo Gris tenía controlado al jefe. Lo estaban chantajeando o amenazando. Cualquiera que fuera la razón, Dash iba a pagar por eso, posiblemente con su vida.

No podía permitirlo.

Nunca pensé que Dash sería tan estúpido como para quedarse en su propia casa, aunque había dicho que no se iría sin mí. Pero se quedaría cerca. Tenía la sensación de que se quedaría en el bosque detrás de la granja, detrás de la zona donde había encontrado a Los Renegados drenándole su magia aquella noche. Quizás hasta tenía una cabaña allí. Quién sabe.

El camino hasta la granja fue un borrón. Normalmente, a estas horas de la mañana, me deleitaría con la belleza del paisaje. Aceleré por la sinuosa carretera rural, con la mente acelerada por los pensamientos sobre Blake y sus palabras amenazadoras. Un escalofrío se apoderó de mis huesos cuando empecé a darme cuenta de la realidad de la situación.

Había pensado en las consecuencias de encontrarme con Blake y sus matones de camino a casa de Dash. Sabía que era allí donde iban todos después de salir de la casa de mi tía. Podría parecer sospechoso de mi parte, pero en este momento, no me importaba. Tenía que advertirle a Dash.

Mientras conducía el Jeep por un terreno lleno de baches, las ramas de los árboles rozaban los laterales. Por fin llegué a mi destino: una granja blanca rodeada de prados verdes y manzanos. El granero rojo de al lado completaba la idílica estampa.

Y no había visto otros autos o todoterrenos.

Suspiré y me acerqué a la casa de Dash. El camino de grava crujió bajo mis neumáticos.

Ningún viejo Land Rover verde bosque estaba en la entrada. Ningún otro auto, sólo mi Jeep.

Pero eso no significaba que no estuviera aquí.

Estacioné, apagué el motor y salí. Entonces me percaté de todas las marcas de neumáticos a través de la entrada.

—Parece que la caballería estuvo aquí —murmuré, siguiendo todas las huellas hacia la parte delantera de la granja. Había incluso huellas en la hierba, las hortensias Annabelle y los lirios de día estaban aplastados y destrozados.

—Haces un trabajo delicado, Blake.

Miré hacia la puerta principal. Estaba abierta. No. Estaba arrancada de sus bisagras como si algo poderoso la hubiera pateado.

—Blake —murmuré en voz baja—. Parece que te descontrolaste o has perdido la maldita cabeza.

Salí al porche, rodeé la puerta rota y entré.

Y maldije.

Habían destrozado el lugar.

Todo estaba revuelto y una sensación de inquietud se instaló en mi estómago. Había herramientas y libros esparcidos por el suelo como si alguien hubiera estado buscando algo, probablemente el teléfono de Dash.

—Bastardos.

Cristales rotos y escombros cubrían el pasillo mientras avanzaba. Me invadió una sensación de rabia al ver todas las cosas de Dash rotas y esparcidas. Fue desconsiderado y grosero, y de nuevo, sentí la desesperación en las acciones de Blake.

Pero Dash no estaba aquí.

Salí y caminé hacia el granero. Una de las puertas estaba abierta y contuve la respiración, sin saber qué esperar. Si Blake destruía todos aquellos magníficos muebles en los que trabajaba Dash, iría a buscar mi rompepelotas y le pediría una reunión.

Pero, extrañamente, el interior, los muebles y las herramientas parecían estar bien, intactos. O Blake apreciaba la obra de arte que había aquí, o recibió una llamada y se fue antes de que pudiera estropear nada de lo que había dentro.

En cualquier caso, Dash tampoco estaba aquí. ¿Siguió mi consejo y se fue? Debo admitir que la idea de que se fuera me estrujó un poco el corazón. Nunca sabes lo que tienes hasta que lo pierdes. ¿No es así? Pero que se quedara aquí y que Blake estuviera persiguiéndolo era una locura. Y no era momento de ser egoísta. Que Dash se fuera era lo mejor para él en este momento. Definitivamente puede que se haya ido de Moonfell.

Pero todavía tenía un lugar donde buscar.

Le di la vuelta al granero y fui al bosque que estaba más atrás. El sol se alzaba lentamente en la distancia.

El denso bosque estaba envuelto en un manto de niebla, lo que le

daba un aspecto inquietante al entorno. Los árboles eran altos e imponentes, y sus ramas se extendían como dedos nudosos a la tenue luz del amanecer. A medida que me adentraba en el bosque, una sensación premonitoria se apoderaba de mí; el silencio sólo se rompía por el susurro ocasional de las hojas en la suave brisa.

Seguí un sendero serpenteante que me adentraba en el corazón del bosque, con los sentidos en alerta máxima. De vez en cuando, me parecía vislumbrar algún movimiento por el rabillo del ojo, pero cuando volteaba para mirar, no había nada más que árboles y arbustos.

—Probablemente fue una ardilla.

De repente, un crujido me hizo detenerme en seco. Instintivamente, metí la mano en el bolsillo, saqué mi encendedor antiguo de plata y recurrí a cualquier magia que pudiera alcanzar en el bosque, preparándome para lo que fuera o para quien fuera que estuviera al acecho.

A medida que avanzaba, el susurro se hacía más fuerte hasta que, finalmente, una figura emergió de entre los árboles.

Pero no era Dash.

Era Marita.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —pregunté y seguí aferrándome a mi magia y al encendedor. Lanzarle unas cuantas bolas de fuego a la investigadora me haría sentir bien, pero también me llevaría a la cárcel paranormal, y por lo visto ya tenía bastantes problemas.

Marita sonrió, sus ojos estaban puestos en mi encendedor.

—Lo mismo que tú, creo. —Con su pelo oscuro peinado hacia atrás con gel, su traje oscuro a la medida y sus tacones de quince centímetros, parecía fuera de lugar en el bosque.

—Si vas a ir de excursión al bosque a buscar hongos, necesitas botas —le dije y levanté una de mis piernas para enseñársela—. Te vas a torcer un tobillo con esas. —Aunque, de algún modo, lo dudaba seriamente. Probablemente flotaba.

—¿Hongos?

—Me encantan los hongos. ¿A ti no? —Me encantaban en mi pizza.

—No está aquí, ¿sabes? —dijo y sacó su característica cigarrera—. Ya lo busqué.

—Sólo estoy por aquí buscando hongos.

Marita chasqueó los dedos. Surgió una llama amarilla y procedió a encenderse el cigarro en los labios. Expulsó una bocanada de humo y me ofreció la cigarrera.

—¿Quieres uno?

Apreté la mandíbula, odiando cómo la nicotina seguía apoderándose de mí, como el rusane.

—No.

—Entonces, ¿por qué tienes siempre un encendedor si no es para entregarte a este delicioso hábito nicotínico?

—Me mantiene equilibrada. Me recuerda la decisión correcta que tomé al dejarlo.

Sus labios se abrieron en una sonrisa.

—¿Y lo hiciste? ¿Lo dejaste?

Entrecerré los ojos. ¿Cómo podía saber que había encendido el que me había metido en el bolso?

—Sí.

—Tú te lo pierdes. —Cerró la cigarrera y se la metió en el bolsillo de la chaqueta.

—No vi ningún auto —dije—. ¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Has volado? Déjame adivinar... teletransportaste tu asqueroso culo. ¿Verdad?

La investigadora Merlín me dedicó otra sonrisa perezosa.

—No puedo contarte todos mis secretos, Kit-Kat.

—Lo mismo digo.

Marita le dio una calada a su cigarro, observándome, con una mirada calculadora e innegablemente siniestra.

—Tu relación con el sospechoso no tiene buena pinta. Primero, te encuentro husmeando en el edificio del jefe de policía en medio de la noche, la misma noche en que este personaje Dash se escapa o lo dejan salir, y ahora te encuentro aquí, en su propiedad, cuando hay una búsqueda activa en su contra. Si no te conociera, diría que lo ayudaste a escapar.

Dejé caer el encendedor en el bolsillo.

—Yo no fui. Tú me viste. Estaba sola.

Marita soltó una risita que me dieron ganas de abofetearla.

—Puede ser. Pero luego está la cuestión de las evidencias que desaparecieron *misteriosamente*.

Encogí los hombros.

—Yo no sé nada de eso.

La sonrisa de su pálido rostro decía lo contrario.

—Pero tengo curiosidad —dijo y le dio otra calada a su cigarro—. ¿Por qué estás aquí ahora? Cualquier hombre en su posición habría desaparecido. Pero tú sigues creyendo que él sigue aquí. ¿Por qué? Eres muy ingenua si crees que un hombre en peligro se quedaría por un poco de sexo.

—Tú también estás aquí —señalé—. ¿Cuál es *tu* razón para estar aquí? ¿Y por qué estás en el bosque? — Que ella estuviera en el bosque, más adentro, no me daba buena espina. Estaba claro que estaba tratando de encontrar a Dash, igual que yo. ¿Pero por qué? ¿Iba a llamar a Blake si lo encontraba?

—Como dije —comentó la investigadora—. Lo mismo que tú.

La fulminé con la mirada.

—Querías atraparlo. ¿No es así? Entregarlo. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver el Grupo Merlín con el Consejo Gris? —Dudaba que me lo dijera, pero valía la pena intentarlo.

La expresión de Marita seguía siendo fría e ilegible. Me di cuenta de que estaba intentando decidir cuánto quería revelar. Finalmente, le dio otra calada a su cigarro y dijo, entre nubes de humo:

—Digamos que nuestras organizaciones tienen una historia.

Enarqué una ceja.

—Eso no explica por qué están aquí buscando a Dash. —Antes de todo esto, no habría pensado que siquiera sabían que existía. Todo empezó con Blake. Cuando informó de las acciones de Los Renegados y la conexión entre ellos y Dash. Y entonces apareció Marita. ¿Coincidencia? Creo que no.

—Tengo mis propias razones para buscarlo —dijo ella, con tono despectivo.

—¿Y son? —presioné. Si tenían algo más sobre Dash, aparte de su teléfono, que ahora estaba destruido, quería saberlo.

Me sonrió con satisfacción.

—Como si fuera a decírtelo.

Puse los ojos en blanco y ya me arrepentía de haber hecho la pregunta.

—Está bien. Lo averiguaré de todos modos. Tarde o temprano, la verdad saldrá a la luz. Y sabré la verdadera razón por la que estás husmeando en la propiedad de Dash.

La sonrisa de Marita me produjo una oleada de irritación. Se acercó un paso más.

—Estás pisando terreno peligroso —me advirtió—. La curiosidad mató al *Kat*. —Sonrió—. Y en nuestro trabajo, la curiosidad puede llevar a destinos mucho más oscuros.

—¿Me estás amenazando otra vez?

Se le escapó una carcajada.

—No me hace falta. Estás haciendo un trabajo espléndido.

—Sea cual sea el juego al que estés jugando, Marita, no soy de las que se dejan intimidar fácilmente —repliqué, tratando de igualar su férrea conducta con mi propia determinación.

Marita me observó.

—No eres lo que esperaba.

—¿Sí? ¿Qué? Una mujer fuerte e independiente.

—Una mujer que se deja llevar por sus emociones.

Sí, ese comentario me enfureció. Había tenido mucho cuidado de no dejar que mis sentimientos interfirieran en mi trabajo, y había funcionado bien estos últimos veinte años. Aunque me había sentido

solo durante un tiempo, había funcionado bien. Hasta ahora.

—Preocuparse por el bienestar de otra persona no es algo hormonal —dije, manteniendo la rabia fuera de mi voz. No quería que viera lo mucho que me había afectado ese comentario.

Marita le dio otra calada a su cigarro, con los ojos entrecerrados.

—Estás demasiado involucrada emocionalmente con ese hombre, Kit-Kat. Dejas que tus sentimientos nublen tu juicio.

Volteé los ojos.

—Sé separar mis emociones de mi trabajo.

—¿En serio? Porque he visto cómo lo defiendes. —Me estudió un momento antes de continuar—: ¿Estás enamorada de él?

Mis mejillas se sonrojaron de vergüenza y rabia.

—Eso no es asunto tuyo —espeté.

Marita me dedicó una sonrisa burlona.

—Pero ahora sí. ¿Verdad?

Apreté los dientes, intentando mantener la calma. No podía dejar que me afectara.

—¿Por qué estás aquí realmente? —Volví a preguntar.

Dudó un momento antes de suspirar y tirar la colilla al suelo del bosque.

—Para descubrir la verdad. Para descubrir tu relación con un asesino.

—No es un asesino —dije entre dientes.

Marita soltó una carcajada.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabes? He preguntado por ahí. Hace poco que conoces a ese Dash. No puedes saber la verdad sobre su pasado... lo que ha hecho... y créeme... ha hecho mucho. Más de lo que nunca sabrás.

Sentí que se me hundió el corazón en el estómago.

—¿De qué estás hablando? —¿Y por qué sonaba como si conociera el pasado de Dash? ¿El Grupo Merlín tenía un expediente sobre él? ¿El Consejo Gris?

—De verdad no lo sabes. ¿Cierto? —dijo Marita, interrumpiendo mis pensamientos—. Sabes, escuché al jefe decir que si lo capturan, lo van a matar.

—Yo también lo escuché. —Tomé aire y añadí—: Pero no lo hará. Creo que el jefe está metido en algo que le nubla el juicio. No piensa con claridad.

—¿En serio? —preguntó Marita, enarcando las cejas con interés—. ¿Cómo qué?

Resoplé.

—Como si fuera a decírtelo.

La furia destelló en el rostro de Marita, distorsionándolo y haciéndolo realmente menos atractivo que antes, y una chispa de

energía golpeó el aire. La maga estaba recurriendo a su magia.

—¿Crees que puedes protegerlo? —espetó—. ¿Mantenerlo a salvo de las consecuencias de sus actos? Estás jugando a un juego peligroso, Kit-Kat, y no tienes ni idea de con quién estás tratando.

Cuadré los hombros, negándome a retroceder.

—Sé lo suficiente para entender que las cosas nunca son tan blancas o negras como parecen. Dash puede tener un pasado, pero eso no define quién es ahora. Y confío en él.

La risa de Marita fue aguda y cortante.

—¿Confiar en él? Eso es mucho decir viniendo de ti, una simple forastera que regresa a este pueblo veinte años después como si fuera la dueña de este lugar y lo supiera todo sobre todo el mundo. No eres más que un peón en un juego mucho más grande, y si no tienes cuidado, estarás tan sumergida que no podrás salir.

—Parece que ya estoy demasiado sumergida. —Había infringido la ley y robado evidencias, incluso estaba a punto de liberar a un prisionero. No habría hecho algo así hace un año ni mucho menos hace un mes, pero las circunstancias habían cambiado.

Yo había cambiado.

—Sí, ya lo veo. —Sus ojos oscuros se enfocaron en el rusane alrededor de mi cuello—. Una bruja que puede transformarse en criaturas y que tiene puesto un rusane. Ahora puedo decir que lo he visto todo.

—¿Por qué no envías tu informe y ya está? Estoy cansada de esta mierda. Si el Grupo Merlín no quiere tener nada que ver conmigo después de eso, lo aceptaré. Sólo vete. Me estás dando migraña.

Era obvio que Dash no estaba aquí. Quería advertirle de las intenciones de Blake, pero tenía la fuerte sensación de que el medio demonio ya lo sabía. Aun así, quería verlo.

Marita encogió los hombros con indiferencia.

—Hiciste de esto algo personal, Kit-Kat.

De alguna manera, sentí que quiso decir que era personal sobre ella. Qué raro.

—¿En serio? —pregunté—. Estás en todo mi espacio personal. Y me estás siguiendo. Si eso no es personal, no sé lo que es.

La investigadora sonrió al ver algo en mi cara.

—Hasta pronto, Kit-Kat.

La vi irse, sintiendo que su salida era también el fracaso de mi carrera en el Grupo Merlín. Me di cuenta de que, en ese momento, había aceptado que el Grupo Merlín había desaparecido para mí como trabajo regular. Siempre había trabajo que encontrar, siempre había un niño desaparecido o un asesinato que resolver. Podía vivir con ese recorte salarial.

Dash estaba solo.

En este instante, tenía asuntos más urgentes. Esta noche, Los Renegados iban a usar unas tablas antiguas para conjurar un hechizo devastador.

Y de alguna manera, tenía que detenerlos.

CAPÍTULO 19

—¿Cuándo estará lista? —pregunté, haciendo una mueca de dolor mientras el olor de esa poción chisporroteante se disparaba por mi nariz—. Huele a bilis. Dios, espero no tener que beberla. —Porque no creía que pudiera tragarla si lo hacía.

Mi tía me apartó de un empujón.

—Claro que no. Hay que ponerla *en* el rusane.

—Es bueno saberlo. —Me acerqué a la mesa y me dejé caer en una de las sillas. Tenía los nervios a flor de piel y mi mente pasaba del hechizo que Los Renegados iban a realizar esta noche al paradero de Dash. Ahora que se había escapado y habíamos destruido las pruebas, sus posibilidades de limpiar su nombre no eran buenas. Pero sabía que si se hubiera quedado en esa celda, las cosas sin duda iban a ser peores. Algo estaba mal con Blake. Era como si estuviera actuando bajo las órdenes de otra persona.

E iba a averiguar de quién.

Mi tía metió el dedo en la mezcla y la probó.

—Mmm. Estará lista en unas dos horas.

Hice una mueca.

—Genial. —¿Lo ven? Ella hizo eso.

Mi teléfono vibró al recibir un mensaje. Lo agarré.

—¿Es Dash? —Su expresión esperanzada me arrugó el corazón.

—Liquidamos su teléfono. ¿Recuerdas? Es Annette. —No es que no pudiera conseguir otro teléfono desechable. Esperaba que lo hiciera. Y pronto.

Annette: Ey. Si no estás ocupada, ¿puedes venir? Las niñas quieren enseñarte sus disfraces de Halloween.

Yo: Claro. Enseguida voy.

—¿Qué quiere? —Volvió a su caldero hirviendo, murmurando conjuros mientras espolvoreaba lo que parecía sal en la mezcla.

—Las niñas quieren enseñarme sus disfraces de Halloween. —Ni siquiera recordaba si alguna vez me había disfrazado para Halloween cuando tenía su edad. Si no tenía recuerdos, era porque no los tenía.

También aprovecharía para hablar con Annette sobre mis sospechas de que Blake podría haberle contado al Consejo Gris lo de Emily. No tenía pruebas, pero ella tenía que saberlo. O, al menos, merecía una advertencia.

—¿Cómo está esa brujita que invocó al demonio buer? —preguntó mi tía, sacándome la idea de la cabeza—. ¿Sus padres vigilan de cerca

sus habilidades? No querrás que se conozca esa clase de poder. No a una edad tan temprana. También necesitará un régimen de entrenamiento estricto.

Crucé las piernas por la rodilla.

—Seguro que la vigilan. Fue una experiencia bastante traumática para todos ellos. La última vez que vi a Emily, parecía un poco mejor, pero seguía sintiéndose miserable. No creo que supere nunca lo que hizo, pero puede aprender a vivir con eso.

Mi tía me miró por encima del hombro.

—Qué palabras tan sabias.

—Ja. Ja. —Me levanté y me estiré—. Bueno, debería irme. No tardaré mucho.

—Tienes dos horas, así que no hay necesidad de que te apresures en volver.

Dejé a mi tía con su poción y bajé a la puerta principal. Agarré mi chaqueta del perchero, me puse las botas y salí.

El aire fresco de octubre me aliviaba las mejillas. Hacía fresco, no frío, y ni siquiera sentía la brisa. Hasta donde sabía, tampoco había pronóstico de lluvia. Si seguía así hasta el atardecer, que era dentro de unas tres horas, sería una fantástica noche de Halloween.

A cada paso, el crujido de las hojas caídas bajo mis pies resonaba en el aire. Me dirigí a la casita azul con una atrevida puerta roja. Cinco calabazas adornaban el porche, cada una cuidadosamente tallada con caras intrincadas y aterradoras. A medida que me acercaba, me di cuenta de que una calabaza destacaba sobre las demás. Había sido parcialmente tallada y decorada con un rotulador negro, creando la silueta de un perro o un lobo. Supe inmediatamente que pertenecía a Elsie, la más joven de las niñas.

Toqué la puerta principal. Cuando nadie respondió después de un minuto, toqué el timbre. Nada. Me incliné hacia delante. Por la puerta se escuchaban unas voces a lo lejos. Estaban en casa, pero demasiado ocupados para oír la puerta.

Encontré la puerta abierta y entré.

—¿Hola? ¿Annette? —Cerré la puerta detrás de mí, y usando la pared para mantener el equilibrio, me quité las botas.

—¡Guau!

—¡Ah!

Me recosté contra la pared, con el corazón golpeándome el pecho. Me quedé mirando a una niñita vestida con un disfraz de perro gris con orejas puntiagudas, una cola larga y tupida y patas. Era uno de esos disfraces de una sola pieza.

—Hola, Elsie —me despegué de la pared—. No te había visto. ¿Eres un lobo? —Las orejas puntiagudas y el pelaje de imitación gris la delataban. O podría estar disfrazada de husky o malamute, pero no

lo creía.

—¡Guau! —Ella gruñó y luego se dio la vuelta y se alejó saltando como un conejito.

—Todavía lo está analizando —dijo Annette al aparecer—. Gracias por venir. —Me puso un paquete de tela en los brazos—. ¿Cómo eres con una aguja?

Encogí los hombros.

—Supongo que estamos a punto de averiguarlo.

Annette soltó una carcajada. Era una risa tan agradable, genuina, y algo que no oía mucho últimamente.

—Ven —me dijo y me jaló hasta el comedor.

La mesa estaba oculta bajo montones de materiales, una máquina de coser, cajas de purpurina, pistola de pegamento, cinta y perlas. Annette había transformado el espacio en un improvisado taller de disfraces.

—Esto es increíble —dije, mirando a mi alrededor.

—Gracias. ¿Puedo ofrecerte algo de beber? ¿Una copa de vino?

Una copa de vino sonaba genial, pero no creía que debiera beber alcohol en este momento, sobre todo porque mi tía iba a hacer el hechizo del rusane dentro de poco. No sabía si estar un poco achispada interferiría con su magia, y no podía arriesgarme.

—Café estaría bien —le dije—. Negro.

Annette sonrió y se fue a la cocina. Volvió unos instantes después con una taza humeante de café de delicioso aroma.

—Gracias. —Tomé un sorbo profundo del líquido caliente, me senté y coloqué el fardo sobre la mesa. El material era negro y verde. Lo sacudí y lo dejé caer. Era una túnica con un escudo académico verde en la parte delantera—. ¿Por qué me resulta familiar?

—Es una túnica de mago de Harry Potter —dijo Annette, tomando asiento frente a mí.

—Es una túnica de la casa *Slytherin* —corrigió Emily cuando se unió a nosotros en la mesa. Llevaba un jersey y una falda negros con una corbata verde—. La Casa Gryffindor es patética. El verdadero poder lo tiene la Casa Slytherin.

Levanté una ceja, compartiendo una mirada con Annette, que no podía ocultar la ligera preocupación en su ceño fruncido.

—Es bueno saberlo —le dije, estudiando su rostro. Se veía más sana que la última vez que la vi, pero seguía teniendo esa mirada inquietante. La pérdida de su infancia. Conocía muy bien esa mirada —. Me encanta. Estás espectacular.

Emily encogió los hombros, su cara se puso de un rojo intenso mientras daba media vuelta y se iba a la sala. Elsie estaba acurrucada con su padre en el sofá, viendo lo que yo reconocí como una de mis películas favoritas, *Beetlejuice*.

Liam me sorprendió mirando y levantó el brazo.

—Hola, Kat.

—Hola. —Sonreí, maravillada por lo normal y maravillosa que era la familia de Annette. Sí, no era perfecta, pero lo era para mí. Si alguna vez tuviera mi propia familia, querría una como la de ella.

—Hay una rotura en la costura de la axila, justo ahí. —Annette se inclinó hacia adelante, agarró la túnica de Slytherin, le dio la vuelta y señaló una pequeña rasgadura.

Le devolví la bata.

—Me alegro de que esté en la axila, donde nadie verá mi impresionante trabajo de costura. —Tomé otro trago de café y agarré una aguja y un hilo negro de la caja de hilos para ponerme manos a la obra. Sentí que me miraban y levanté la vista para encontrarme a Annette mirándome fijamente—. ¿Qué?

—Crees que se pasó al lado *oscuro*. ¿Verdad? —dijo la madre de cinco hijas con un ligero temblor en la voz.

Separé los labios mientras intentaba inventar algo que no aumentara su angustia.

—No se trata del lado oscuro o del lado luminoso —respondí con cuidado, concentrándome en coser el desgarrón de la túnica y no en mis dedos—. Creo que Emily está encontrando su propio camino, como hacemos todos en algún momento de nuestras vidas. La gente cambia. Crecen y a veces exploran diferentes aspectos de sí mismas. No significa que ahora sea malvada o algo así.

La expresión de Annette se suavizó ligeramente, pero sus ojos seguían mostrando una persistente preocupación.

—No puedo quitarme la sensación de que algo no va bien. Desde ese... *incidente*, ha estado diferente. Distante, reservada.

Detuve mi costura, encontrándome con la mirada de Annette.

—Creo que es una reacción normal después de todo lo que ha pasado. Todavía lo está procesando. Y a su edad, ¿quién sabe lo que pasa en ese pequeño cerebro? Nunca volverá a ser la misma. —No después de causar esas tres muertes. Cargaría con esa culpa para siempre.

Annette negó lentamente con la cabeza.

—¿Quieres decir... que la he perdido?

—Ha perdido esa inocencia. Por sus acciones. —Al ver que a Annette se le llenaban los ojos de lágrimas, añadí rápidamente—: Pero eso no significa que sea mala o que se haya pasado al lado oscuro, como tú has dicho. Sigue siendo tu hija y se las arregla de la única manera que sabe. Si eso significa formar parte de la Casa Slytherin, no pasa nada.

—No puedo soportar la idea de que pierda su inocencia —susurró Annette, su voz apenas audible en la habitación—. Siempre estaba tan

llena de luz, tan divertida, siempre haciéndoles bromas a sus hermanas mayores. ¿Cómo pudieron terminar así las cosas?

—No lo sé —le dije—, pero mejorará. Lo detuvimos antes de que empeorara. Y ahora sólo necesita tiempo.

Annette asintió lentamente, sus lágrimas brillando.

—No ha hecho nada de magia desde entonces. Nada. Ni siquiera para molestar a sus hermanas mayores como solía hacer. Es como si tuviera miedo.

Mis ojos se desviaron hacia la sala. Emily estaba sentada al otro lado de su padre, parecía una niña normal de diez años. No una bruja poderosa capaz de invocar demonios por sí sola.

—Creo que eso es bueno por ahora —dije, volviendo a mirar a Annette—. Pero lo hará. Cuando esté preparada.

Annette dejó escapar un suspiro tembloroso y agarró un manojo de tela de terciopelo rojo para empezar a coser encaje negro alrededor del ribete.

—Quizás sea algo bueno. No dejo de mirar por encima del hombro cada vez que salgo a hacer compras, pensando que aparecerá el consejo y nos la arrebatará. Sé que Blake dijo que nunca lo contaría, pero no puedo evitarlo. Estoy aterrorizada.

Maldita sea. Aquí vamos.

—Sobre eso...

—¡Devuélvemela! —gritó una voz.

Me giré en mi asiento y vi a tres niñas entrando como un torbellino en el comedor.

—¡Es mía! —gritó la misma voz, que pertenecía a Elanor, la niña lobo de ocho años. Llevaba un vestido rojo con lazada negra en el corpiño y encaje negro sobre la falda.

Ella, la niña lobo de doce años, se subió a una de las sillas, colgando una cesta a la cabeza de su hermanita. Con su piel grisácea pintada, sus ropas ensangrentadas y sus múltiples laceraciones, aquí teníamos a un zombi.

—¿Quién lo dice?

—¡Porque Caperucita Roja tiene una cesta, estúpida! —gritó Elanor.

—Niñas —advirtió Annette—. Ya basta. Tenemos una invitada.

—¡Dámela! —Elanor dio un pisotón y soltó un gruñido. Sus ojos parpadearon y, por un momento, pude ver un destello dorado en ellos.

Annette suspiró.

—Ella. Devuélvele la cesta. Ahora.

Ella puso los ojos en blanco.

—Da igual. —Tiró la cesta y Elanor la agarró con una sonrisa extraña, diminuta y posesiva.

—Toma. Está terminado. —Annette le entregó el material

aterciopelado a Elanor, que se lo puso alrededor de los hombros y se lo ató al cuello.

—Es un disfraz estupendo —le dije a la niña.

Elanor mostró una sonrisa.

—Lo sé. Y se la *come* el lobo feroz.

—Claro. —Maldición. Supongo que criar niños lobos era diferente a criar niños brujos.

—¡Perdedora! —Elanor golpeó a Ella con su cesta, soltó un chillido y salió corriendo del comedor.

—¡Estás muerta! —Ella corrió tras su hermana.

Me reí. No pude evitarlo.

—Nunca te aburres. ¿Verdad?

—No con cinco niñas —respondió Annette, justo cuando su hija mayor se unió a nosotras.

Emma vestía un elegante conjunto a rayas que recordaba a Merlina Addams, con una chaqueta escolar a juego y una falda hasta el suelo en tonos negros y grises. Una peluca oscura adornaba su cabeza, enmarcando su rostro con un flequillo recto y dos mechones perfectamente trenzados hasta los hombros. Era la personificación de la elegancia gótica y estaba absolutamente deslumbrante.

—¿Llevarás a tus hermanas a pedir dulces esta noche? —pregunté.

Emma hizo una mueca.

—No. Voy a ir al baile. Papá las va a llevar.

—Hay un baile de Halloween esta noche en el instituto —susurró Annette—. Creo que está enamorada de uno de los chicos del último año.

Sonreí.

—Ah. Lo que es ser joven y estar enamorada.

Annette resopló.

—No tienen ni idea.

—¿Qué? —Emma nos miró con el ceño fruncido—. ¿Pasa algo con mi traje?

—No. Te ves bellísima. Increíble —le dije.

La joven bruja sonrió y fue a reunirse con el resto del clan en la sala.

Una vez satisfecha con mi costura, corté el hilo, doblé la túnica de Slytherin y la coloqué sobre la mesa.

—Listo. No más rasgaduras.

—Gracias, Kat.

—El placer es mío. —Me levanté—. El café me pasó directo. ¿Puedo usar tu baño?

—Por supuesto. No hace falta que preguntes. —Annette me sonrió y volvió a trabajar en un vestido rojo de aspecto medieval, enhebrando cuidadosamente mangas alargadas. Me sorprendió

mirando y dijo—: Recibiré a los niños como Melisandre de *Juego de Tronos*, ya sabes, de la serie de televisión.

—Sí. He visto la serie de televisión. —Hubiera preferido leer los libros, pero hacía meses que no tenía tiempo de acurrucarme en el sofá con un buen libro. Mi trabajo no me dejaba mucho tiempo libre.

Annette agarró un collar en forma de gargantilla con una gran joya roja en el centro.

—Mira. Es como la tuya.

Mi mano tocó el rusane, y una sensación de náuseas me invadió.

—Cierto. Igual que la mía.

Me di la vuelta antes de que Annette pudiera verme la cara y descifrara lo que había allí. Llegué al pequeño tocador que había junto a la entrada y me encerré. Sólo entonces solté un suspiro.

Mi tía *tenía* que quitarme esta maldita cosa. El espacio era muy pequeño y me sentía claustrofóbica. Al parecer, el rusane percibió mis sentimientos, y sentí como si me apretara alrededor del cuello, empeorando las cosas. No podía respirar.

Me acerqué a la ventana y la abrí un poco, inhalando el aire fresco. Volví a respirar, esta vez más hondo, y poco a poco empecé a relajarme.

—Hice todo lo que me pidieron —dijo una voz que reconocí.

Venía de afuera.

Me aplasté contra la pared y me asomé todo lo que pude sin que me vieran.

Blake estaba de pie en el patio lateral de la casa de Annette y Liam. A su lado había un hombre alto y calvo al que nunca había visto antes, con un bigote oscuro. Con traje oscuro y un aire prepotente, parecía del FBI.

—No nos has dado nada —corrigió el desconocido, mirando a Blake con decepción.

A pesar del aire frío de la tarde otoñal, un sudor frío me recorrió la espalda mientras me esforzaba por oír su conversación. La actitud normalmente confiada de Blake fue sustituida por una tensa inquietud que me aceleró el corazón.

La mirada firme del calvo se clavó en Blake, con expresión ilegible.

—Deja las excusas. Te dimos tiempo de sobra. Ahora parece que debemos tomar el asunto en nuestras manos.

—Juro que hice todo lo que pude —protestó Blake, con la voz llena de desesperación—. Lo tenía, pero se escapó. No puedo entregarlo así como así cuando no tengo pruebas. La única prueba que tenía era el teléfono.

—Y eso también lo has perdido —dijo el desconocido.

Se me cortó la respiración al darme cuenta. Estaban hablando de Dash.

¿Quién demonios era este tipo? No era uno de Los Renegados. Estaba segura de eso. Entonces, eso sólo dejaba otra opción. El Consejo Gris.

La expresión del calvo se ensombreció cuando se acercó a Blake y su mirada lo atravesó.

—Se suponía que nos lo entregarías, Blake. Ahora no podemos permitirnos ningún error. Los Renegados se han hecho demasiado fuertes, demasiado poderosos. Tenemos que encargarnos de eso.

Blake se movió incómodo bajo la mirada del hombre.

—Lo encontraré —protestó, con un toque de desesperación en la voz.

El calvo se cruzó de brazos, con expresión ilegible.

—Más te vale. El consejo no esperará. Hazlo.

—Lo haré. Sólo dame unos días más.

—No tienes más tiempo. —El desconocido observó a Blake—. No estoy seguro de cómo reaccionará el pueblo cuando sepan que hiciste trampas para llegar a la oficina del jefe.

La cara de Blake estaba de perfil, pero podía ver su mandíbula apretándose.

—Lo atraparé.

El desconocido miró a Blake y le dijo:

—Tienes veinticuatro horas. —Y dicho eso, se dio la vuelta y se alejó, desapareciendo de mi vista.

Yo también retrocedí, no quería que Blake me viera o me oliera de algún modo. Estos hombres lobo tenían un sentido del olfato y de las energías muy sobresaliente.

Bueno. Esa fue mucha información de golpe. Sin embargo, tenía razón. Ese extraño tenía Blake agarrado por las bolas. No sentí lástima por él. Si de verdad hizo trampa para conseguir el puesto de jefe de policía, no se lo merecía.

Pero no era eso lo que me oprimía el pecho. Era el hecho de que el Consejo Gris quería a Dash.

Tenía que encontrarlo antes que Blake.

CAPÍTULO 20

—¿Y crees que el desconocido es uno de los miembros del Consejo Gris? —Mi tía vertió un poco de aquella poción que había estado preparando con una cuchara grande en un bol de cerámica más pequeño y lo colocó sobre la encimera.

—Ah, sí. Y Dash va a ser sacrificado como un cordero —dije—. Él es su única conexión, al parecer. Y ya ni siquiera es miembro. Definitivamente odio a Blake ahora.

Mi tía apoyó las manos en el borde de la encimera.

—Una mentirita de vez en cuando está bien. ¿Pero hacer trampas? Odio a los tramposos.

—Yo también. —Un pensamiento vino a mi mente—. Kolton tenía razón. Él sabía que Blake había manipulado los votos. Mierda. Kolton probablemente estaba destinado a ser el jefe. No Blake. —Ese fue un pensamiento muy interesante. La gente había votado por Kolton, y Blake le había robado la victoria.

Los ojos de mi tía se abrieron de par en par al darse cuenta.

—Es un imbécil.

—Él es peor que eso. Y ahora, para salvarse, les va a entregar a Dash. —Ahora, todo empezaba a tener sentido. El pánico que vi en la cara de Blake. Su reacción exagerada a todo. No estaba tratando de salvar al pueblo de Los Renegados. Él sólo estaba tratando de salvar su propio culo.

La expresión de mi tía se tornó seria.

—El Consejo Gris es conocido por sus métodos extremos para hacer frente a las amenazas sobrenaturales. Matar no es nada para ellos si se trata de mantener el equilibrio en el mundo sobrenatural.

—Van a matar a Dash —dije, sintiendo que se me hacía un nudo en el estómago.

—Sí, lo consideran necesario para el bien común —explicó mi tía, con una voz llena de desaprobación.

Mi mente se tambaleaba con esta nueva información.

—Tengo que encontrarlo y advertirle que el Sr. Bigote lo está buscando. Pero... no tengo ni idea de dónde está. No está en su granja. No tiene teléfono. —Suspiré y levanté la vista de la silla—. Dash está solo. Hasta que no me encuentre, no puedo ayudarlo.

Mi tía me miraba como si estuviera a punto de protestar.

—Vamos a quitarte ese rusane ahora. Una cosa a la vez. Y cuando te lo quites, podrás usar tu magia libremente cerca de esos bastardos

Renegados.

Sonreí.

—Sí. Pero eso sigue sin ayudarme a encontrar esas malditas tablas.

Con una mano en el bastón y la otra sujetando el bol de cerámica, mi tía se acercó a la mesa.

—Si supiéramos dónde están —dijo y colocó el bol sobre la mesa —. Ya está bastante frío. Sólo tengo que extender la mezcla sobre el rusane como si fuera pintura.

—Más bien una pasta, espera. —Me sobresalté en la silla—. ¿Qué dijiste?

Mi tía frunció el ceño.

—Necesito poner esa mezcla en el rusane.

—No. —Sacudí la cabeza—. Oh, Dios mío, eso es. —Me puse de pie—. ¡Eres un genio!

Mi tía parecía presumida.

—¿Te acabas de dar cuenta ahora?

La agarré por los hombros.

—El rusane está lleno de magia de Los Renegados, ¿verdad?

—Sí.

El corazón me dio un salto en el pecho.

—¿Y si lo *usamos* para hacer un hechizo localizador? ¿No nos llevaría directo a ellos?

Los ojos de mi tía se abrieron de par en par.

—Sí. Tienes razón. Tienes toda la razón.

Solté a mi tía y me enderecé.

—¿Cuánto tardaríamos en hacer el hechizo localizador?

—No mucho —dijo mi tía—. Lo tenemos todo. Todo lo que necesitamos es el rusane y un poco de magia. Esa cosa alrededor de tu cuello es como un GPS viviente. Podemos hacerlo ya mismo.

Respiré lentamente.

—Hagámoslo.

Mi tía me dedicó una sonrisa maliciosa.

—Atraparemos a esos idiotas. —Se acercó cojeando a su armario, se llenó los brazos de velas, una bolsa de cuero y una caja de tizas, y los dejó sobre la mesa.

Sacó una tiza y me la tiró.

—Dibuja un círculo en el suelo, lo bastante grande para que puedas pisarlo. Dentro del círculo, quiero que dibujes una estrella de cinco puntas.

Agarré la tiza.

—Sí, señora. —Hice lo que me ordenó. Cuando terminé, dejé la tiza sobre la mesa—. ¿Y ahora qué?

Mi tía me entregó cinco velas.

—Coloca una vela en cada una de las puntas de las estrellas.

Con la tiza en la mano, me arrodillé junto al círculo e hice lo que se me ordenó.

—Hecho.

Mi tía levantó una sola mano. Cerró los ojos y murmuró:

—Ilumirium.

Con un influjo de magia, una a una, las velas brotaron una llama.

—Ojalá pudiera hacer eso —dije.

Mi tía se rio suavemente, sus ojos centelleaban con conocimientos ancestrales.

—Todos tenemos nuestros puntos fuertes. Este no es el tuyo.

Me quedé mirando el círculo, sintiéndome un poco ansiosa.

—Perfecto. Entonces, ¿qué sigue?

Mi tía señaló el círculo.

—Necesito que entres en el círculo.

—De acuerdo. —Hice lo que me ordenó, sintiendo una oleada de adrenalina mezclada con inquietud. Las llamas parpadeaban y bailaban cuando entré en el círculo de tiza.

—¿Estás lista? —preguntó mi tía con expresión seria—. Una vez que lance el hechizo, se adherirá al rusane *y* a ti. No podrás librarte de él hasta dentro de dos horas más o menos.

Asentí con la cabeza.

—Está bien. Acabemos con esto.

Mi tía levantó ambas manos, se aclaró la voz y cantó:

—Por el poder de los elementos, te invoco. Busco tu ayuda para encontrar a los llamados Los Renegados, ocultos a la vista están.

Me invadió una oleada de energía que tensó mi cuerpo y me dejó sin aliento. La energía de los elementos se fusionó con mi aura, lo que me desequilibró y casi me hizo tropezar. Apreté la mandíbula y sentí un hormigueo que me recorría desde la punta de los dedos de las manos hasta los pies.

Las velas parpadeaban y bailaban, proyectando sombras en las paredes de la cocina.

Podía sentir la magia creándose a mi alrededor, crepitando en el aire como la electricidad estática antes de una tormenta. Era estimulante y aterrador a la vez, saber que estábamos entrando en contacto con fuerzas que iban mucho más allá de mis conocimientos y experiencia.

Y entonces la energía alcanzó su clímax, culminando en un destello cegador de luz que parecía originarse en mi interior. El mundo giraba y se retorcía a mi alrededor, los colores se mezclaban y arremolinaban en un remolino vertiginoso. Me sentí ingrávida, como si mi propia esencia fuera arrancada y reorganizada en el caótico torbellino de la magia.

Apreté la mandíbula. Una onda intermitente de luz amarilla

translúcida ascendió desde el círculo del suelo hasta llegar a mis rodillas. Vi cómo seguía extendiéndose por mi pierna hasta las caderas y el pecho y, por último, hasta el cuello.

Ya no podía ver la luz, pero sentía su calor alrededor de mi cuello, alrededor del rusane.

Me estremecí cuando me invadió otro torrente de energía, esta vez mayor, con una fuerza que me hizo temblar.

Y entonces se detuvo.

Cuando el remolino de magia se disipó, me encontré de pie en el centro del círculo, con la respiración entrecortada. La habitación estaba en silencio, el único sonido era el suave zumbido del frigorífico. Los ojos de mi tía se clavaron en los míos, intensos y escrutadores, como si tratara de medir mi reacción.

Bajé la mirada hacia mis manos, esperando verlas brillar con magia residual, pero parecían igual que siempre. Nada parecía fuera de lo normal, pero no podía evitar la sensación de que algo dentro de mí había cambiado irreversiblemente.

—¿Funcionó? —Alcé la mano, toqué el rusane y fruncí el ceño. Un zumbido me punzó las yemas de los dedos. Siempre tenía un suave zumbido, pero esta vez, parecía más como si tuviera un collar hecho de cien abejas.

—Claro que funcionó —espetó mi tía—. Date una vuelta por la casa y mira si sientes un jalón en alguna dirección —me indicó—. El rusane te dirá a dónde ir.

Asentí, aún aturdida por la intensa oleada de magia que acababa de experimentar. Salí del círculo con cautela, sintiendo el peso del rusane en mi cuello como un recordatorio tangible de la magia que me atravesaba. Respiré hondo para tranquilizarme y comencé a caminar lentamente por la habitación.

Mientras me movía, me concentré en la sensación que emanaba del rusane. Avancé hacia la puerta trasera y el zumbido cesó.

Eh. Interesante.

Me di la vuelta y caminé hacia el comedor, sintiendo de nuevo el zumbido del rusane y la intensa mirada de mi tía sobre mí.

Pero cuando me trasladé al fondo del comedor, el zumbido se hizo más tenue hasta que apenas pude sentirlo.

Entiendo. No es por aquí.

Salí del comedor y me fui a la sala, en la parte delantera de la casa. El rusane volvió a la vida, esta vez con más fuerza. Sentí una leve vibración en la piel que me impulsaba, casi como una brújula que me indicaba la dirección correcta. Sentí un sutil jalón hacia el pasillo. El rusane palpitaba suavemente contra mi cuello y su zumbido aumentaba ligeramente con cada paso que daba.

Pasé la sala de estar y seguí caminando, siguiendo su guía.

El rusane me guiaba, tirando de mí hacia la puerta principal, hacia el exterior.

La emoción me invadió.

—Está funcionando. Creo que funciona. Quiere que salga.

—Por supuesto que funciona. *Yo* hice el hechizo —dijo mi tía, con una ligera irritación evidente en su voz mientras avanzaba arrastrando los pies con su bastón.

Me agarré la chaqueta y me colgué el bandolero por encima de la cabeza.

—Dos horas, me dijiste. ¿Verdad?

Mi tía estaba a mi lado, junto a la puerta principal.

—Sí. Un poco más o un poco menos.

—Debería ser tiempo de sobra. Iré en mi Jeep. Bueno… —Respiré hondo—. Deséame suerte.

—Buena suerte. La vas a necesitar.

—Lo sé. —Empecé a bajar los escalones.

—¿Y, Kat?

—¿Sí? —Me di la vuelta ante la advertencia en su voz.

Mi tía tenía cara de preocupación.

—Ten cuidado. Recuerda que no podrás usar tu magia contra Los Renegados.

—Lo sé. —Y eso seguía siendo un gran problema. Le di a mi tía una sonrisa forzada—. Estaré bien. No te preocupes. Volveré antes de que te des cuenta. —Entonces se me ocurrió algo—. ¿Tienes un lugar seguro para guardar las tablas cuando las tenga? ¿Algún lugar donde nadie pueda encontrarlas o sentirlas?

Mi tía asintió.

—Se me ocurren unos cuantos sitios así. Vuelve sana y salva, y luego lo resolveremos.

Abrí la puerta del Jeep y dejé el bolso en el asiento del copiloto. Subí y encendí el motor, sintiendo una mezcla de excitación, miedo y determinación.

El rusane latía con fuerza contra mi cuello mientras conducía por las calles que me eran familiares. Las advertencias de mi tía hacía eco en mi mente, recordándome que esta misión era peligrosa. Y sin el uso de mi magia, estaría en gran desventaja.

Pero no podía dejar que eso me detuviera. No podía echarme para atrás ahora. Si el rusane podía llevarme al cuartel general de Los Renegados, hasta allá iría. Esta era mi única oportunidad de detener cualquier hechizo que hubieran planeado esta noche.

Y lo haría.

CAPÍTULO 21

Conduje por las sinuosas carreteras de nuestro pueblito. Las casas eran cada vez más escasas, sustituidas por densos bosques que parecían apretujarse a mi alrededor. El zumbido del rusane se hizo más insistente, una presencia constante que no podía ignorar aunque lo intentara.

Tomé la siguiente a la izquierda. Las vibraciones del rusane se hicieron más fuertes, guiándome y conduciéndome lejos de nuestro núcleo urbano y adentrándome en el corazón del bosque que rodeaba nuestro pueblo.

No cuestioné el rusane ni el hechizo localizador de mi tía. En el fondo, sabía que esta era la forma de encontrar a esos bastardos y dónde se habían estado escondiendo todo este tiempo.

Mis pensamientos se dirigieron a Dash, preguntándome dónde estaría el alto semidemonio y esperando que estuviera a salvo. Sacudí la cabeza. Ahora no podía pensar en Dash. Tenía que concentrarme en el rusane y en la dirección que me estaba llevando. Si no leía bien los pulsos, podría perder la ubicación.

O peor, el hechizo dejaría de funcionar y me quedaría con el tanque de gasolina vacío.

Finalmente llegué a las afueras del bosque, donde la atracción del rusane se hizo casi abrumadora. El pulso constante me estaba dando dolor de cabeza.

—Sí, sí. Entiendo. Quieres que vaya al bosque. Bueno, no puedo ir en el Jeep.

Estacioné cerca de un sendero y apagué el motor. Salí del vehículo, respiré hondo y me adentré en el aire fresco del bosque. Miré a mi alrededor. Estábamos en el punto más alto, según la tipografía de Moonfell, con pocas casas o cualquier tipo de edificios, y ninguno dentro de aquel bosque.

Pero el maldito rusane *quería* que entrara allí. Estaba segurísima.

—Bien. Entiendo. Ya voy.

Pisé el sendero y me adentré en el bosque. El rusane me guió hacia el corazón del bosque. Estaba oscureciendo, pero aún podía ver con bastante claridad. La sombra de los altos árboles apagaba la luz, pero tenía iluminación suficiente para ver por dónde iba y no clavarme una rama en un ojo.

Después de una caminata de diez minutos, el rusane me arrastró hacia un sendero oculto que serpenteaba entre la maleza. El sendero

parecía haber sido labrado por algo más grande que simples animales de paso.

A medida que me adentraba en el bosque, el aire se volvía más denso con el aroma del petricor y de las hojas en descomposición. Las formas se movían, mis ojos me jugaban malas pasadas y me hacían preguntarme si realmente estaba sola en este lugar. Aceleré el paso, decidida a descubrir a dónde me llevaba mi fabuloso collar.

De repente, un suave resplandor llamó mi atención más adelante. Una tenue luz parpadeaba entre el denso follaje, atrayéndome más. A medida que me acercaba, las pulsaciones del rusane resonaban con una nueva urgencia, con un latido de calidez que me atraía.

Apartando una maraña de zarzas, entré en un pequeño claro.

Y allí, en medio, encajadas entre dos grandes arbustos, había unas puertas dobles. Como las puertas de un sótano exterior que encontrarías en una casa antigua.

La pintura verde descolorida casi había desaparecido, dando paso a la podredumbre. Podía ver la suave luz amarilla que se derramaba por los bordes.

—Bueno, hola.

Sonriendo, abrí las puertas de un tirón. Inmediatamente me invadió un fuerte olor a almizcle y moho.

La tenue luz de las pequeñas linternas que colgaban de las paredes revelaba una escalera que descendía hacia la oscuridad. El jalón de la rusane se hizo casi frenético, como si me instara a descender a las profundidades desconocidas de abajo.

Dejé escapar un suspiro.

—Allá vamos.

Cerré las puertas detrás de mí y bajé los escalones.

La luz parpadeante que me había guiado hasta aquí revelaba paredes cubiertas de hiedra y musgo, cuyos tentáculos se extendían como dedos fantasmales tratando de recuperar lo que la naturaleza había perdido hacía tiempo. Las motas de polvo bailaban en el aire, captando el brillo dorado que emanaba de un viejo farol colgado de un gancho oxidado.

Cuando llegué al fondo, me encontraba en un túnel lleno de tierra, de unos dos metros y medio por un metro y medio, excavado en las profundidades de la tierra y perdido en las sombras.

—Pero, ¿a dónde conduces?

Me di cuenta de que probablemente era una de las muchas entradas secretas a la base de Los Renegados. Era sucia y mugrienta, pero llevaba a alguna parte.

Empecé a caminar. Puse a prueba mi magia umbra, recurriendo a todas las sombras que me rodeaban —había muchas— y sentí apenas una pequeña chispa de mi poder.

Fue entonces cuando supe que estaba en el lugar adecuado.

Aceleré el paso. El túnel parecía no acabar nunca, y el hechizo de mi tía iba contrarreloj.

A medida que avanzaba por el húmedo pasadizo de tierra, las paredes parecían palpitar con una energía latente. El aire se volvía más frío, y a mi alrededor se percibían toques de magia de otro mundo, como restos de oscuros hechizos lanzados por los Renegados.

Mis pasos resonaban suavemente, el único sonido en este reino subterráneo. El túnel parecía no tener fin, y las paredes se cerraban a mi alrededor a cada paso que daba.

—Parece que soy un poco claustrofóbica.

Pasó el tiempo. Revisé mi teléfono y maldije. Llevaba una hora caminando por el túnel.

Maldita sea. ¿Este túnel tenía un final? Tenía que llevar a alguna parte. ¿Verdad?

A medida que profundizaba, un mal presentimiento se apoderaba de mí, un instinto primario me advertía de que debía dar media vuelta y regresar. Pero mis piernas seguían impulsándome hacia adelante, movidas por mi terquedad y mi voluntad.

Y justo cuando pensaba que el maldito túnel no acabaría nunca, me enfrenté a otra escalera con una colección de peldaños que ascendían.

Exhalando, subí la vieja escalera, los peldaños de madera desgastados por siglos de uso. Cada peldaño crujía bajo mi peso mientras ascendía, y el sonido resonaba ominosamente en el estrecho pasillo. Me sentía como en una cursi película de terror.

Cuando llegué al final de la escalera, se alzaba ante mí una pesada puerta de madera, cuya superficie estaba grabada con extraños símbolos que parecían retorcerse en la densa luz. Dudé un instante, con la mano sobre el pomo, mientras una sensación de inquietud se apoderaba de mi corazón.

Respirando hondo, empujé la puerta lentamente y me asomé a una vasta cámara. Estaba tenuemente iluminada por cientos de velas, pero no había nadie.

Me deslicé por la abertura y entré. El aire estaba impregnado de olor a velas encendidas, incienso, podredumbre y magia antigua.

—Creo que estoy en el lugar correcto.

Pero cuando inspeccioné bien la cámara, me di cuenta. El olor familiar, las cortinas altas, los símbolos grabados en las paredes de piedra...

Este era el lugar donde Los Renegados habían realizado su ritual en mí, donde habían conjurado el rusane.

Si ésta era su sala común, donde realizaban todos sus rituales, las tablas estarían aquí en alguna parte. Tenían que estar aquí.

Con el corazón en la garganta, corrí por la cámara y mis pasos resonaron en el espacio cavernoso. Las llamas de las velas parpadeaban salvajemente, como si respondieran a mi urgencia. Escudriñé la sala frenéticamente, buscando cualquier señal de esas misteriosas tablas.

Me llamó la atención un cofre de madera, encajado entre una pila de libros y artefactos de aspecto antiguo. Me apresuré a acercarme y, con manos temblorosas, levanté la tapa.

En el fondo había dos rectángulos de piedra de unos 15 por 20 centímetros.

La superficie de cada piedra estaba grabada con runas y símbolos elaborados y antiguos, cuyas líneas brillaban con un tenue resplandor de otro mundo. Cuando me agaché para tocar las piedras, sentí un hormigueo en las yemas de los dedos, como si contuvieran la esencia misma de la magia. La visión me hipnotizó y me inquietó a la vez, y no pude evitar preguntarme qué clase de poder encerraban estas piedras místicas en sus profundidades.

Nunca había visto unas tablas mágicas, pero me guiaba por mi instinto.

Justo cuando las agarré, escuché unas voces. Me giré. Venían del túnel del que acababa de salir.

—Mierda.

No podía devolverme por ese camino. Necesitaba otra salida.

Saqué las tablas y las metí en mi bolso.

—Es hora de irnos.

Corrí alrededor de la cámara hasta que vi otra puerta. La atravesé y me encontré en un estrecho pasillo. Salí disparada hacia adelante, con paneles de madera a ambos lados. Al doblar la esquina, el corredor se abrió a un pasillo mucho más grande con amplias habitaciones a ambos lados.

El elegante vestíbulo estaba decorado con cuadros carísimos y habitaciones que *reconocí*. Había estado aquí antes, hacía diecisiete años.

Mis piernas se agarrotaron como si me hubieran hechizado con una maldición inmovilizadora, y me detuve.

Estaba en la casa de mi infancia.

—Pues, qué raro.

Y entonces me di cuenta de otra cosa. Esa sensación de familiaridad que había sentido cuando Los Renegados me habían quitado la bolsa de la cabeza, esa sensación de déjà vu, de haber estado allí antes.

Y ahora sabía por qué.

Parpadeé, mirando a mi alrededor.

—¿Qué demonios está pasando? —Por no hablar de las

implicaciones. ¿Qué tenía que ver mi familia con Los Renegados?

—¡Tú!

Me di la vuelta. Mi mayordomo favorito se dirigía hacia mí desde el ala este de la gran casa con una mirada que decía que quería matarme... o comerme. Estuvo cerca.

—¿Cómo entraste? —gritó Fender, mirando a su alrededor como si yo acabara de arrastrarme por una de las ventanas.

—Tengo que irme.

Con las tablas cuidadosamente escondidas en mi bolso, salí corriendo por el pasillo hacia la puerta principal.

Fue entonces cuando mi madre entró en el pasillo desde una de las guaridas, con su largo vestido negro que le llegaba a los talones.

—¿Katrina? ¿Qué haces aquí? —La sorpresa se reflejaba en su bonita cara, pero no parecía enfadada o molesta. Parecía triste, a falta de una palabra mejor. Supongo que me había perdonado por atacar a mi padre la última vez que estuve aquí.

Pasé corriendo junto a ella.

—Hola, mamá. Ese vestido te queda muy bien. Adiós.

Sin voltear, corrí hacia la puerta principal, la abrí de un tirón y salí corriendo.

La adrenalina latía, impulsando mis piernas. Pero pronto supe que se agotaría. Y todavía tenía que encontrar mi Jeep.

Sin embargo, lo había logrado. Tenía las tablas. No tenía mucho tiempo antes de que Los Renegados descubrieran que ya no estaban.

Los Renegados. La base de Los Renegados era la casa de mis padres.

No, no puede ser. ¿No? Sin embargo, había salido de su sótano.

Así que, sí. Mi familia formaba parte de Los Renegados.

No me lo esperaba.

CAPÍTULO 22

Cuando por fin llegué a la casa de mi tía, después de subir la cuesta y encontrar mi Jeep donde lo había dejado, estaba empapada en sudor y olía como un vestuario de hombres.

—¿Tía Luna? —grité mientras me arrastraba hacia adentro, sintiendo las piernas como gelatina después de todo lo que había caminado y corrido—. Lo logré. Tengo las tablas.

Quería quitarme las botas, pero sospechaba que las ampollas que me había hecho me arrancarían más piel en cuanto me las quitara. Mejor me las dejaba puestas hasta que la encontrara.

—¿Tía Luna? ¿Dónde estás? —grité desde el pie de la escalera. Al no obtener respuesta, subí, muy despacio, y la busqué en su habitación. No estaba. Revisé las demás habitaciones, incluso la mía, pero todas estaban vacías—. Bueno. ¿Dónde está? —Ella sabía que volvería y contaba con ella para esconder las tablas—. Más te vale que no me hayas dejado sola para irte a jugar al bridge con tus amigas.

Volví a bajar las escaleras, sintiendo cómo me ardían las ampollas con cada paso que daba. Fui a la parte trasera de la casa, a la cocina, pero no vi rastros de mi tía.

Suspiré.

—Maravilloso. Simplemente maravilloso. —No era maravilloso. ¿Dónde demonios iba a esconder las tablas? Tarde o temprano, harían la conexión si Fender Bender no se los había dicho ya. Qué curioso, tuve la sensación de que él también era miembro... o quería serlo.

Me llegó el sonido de los neumáticos crujiendo en el viejo camino de asfalto.

—Mierda.

Me invadió el pánico. Demasiado tarde. Los Renegados sabían que había robado las tablas y ahora estaban aquí para matarme.

Justo cuando tuve la brillante idea de guardar las tablas en el horno, se abrió la puerta principal.

Me quedé helada cuando el sonido de los pasos se acercó. No podía usar mi magia contra ellos, ya que no habíamos usado la poción de mi tía, que seguía en el mismo sitio donde ella la dejó, en aquel bol de cerámica. Así que hice lo que cualquier otra bruja haría en mi situación.

Agarré el cuchillo de cocina más grande que encontré y me giré para enfrentarme a mi enemigo.

—¿Dash?

Dash levantó las manos en señal de rendición.

—Sé que debí haber venido antes, ¿pero de verdad quieres apuñalarme?

Dejé caer el cuchillo.

—Pensé que eran ellos.

—¿Los Renegados?

—Sí. Hice algo. —Abrí la solapa de mi bandolero y saqué las tablas, sintiendo el cosquilleo de su magia en la punta de mis dedos.

Dash me sonrió.

—Estoy impresionado. —Tomó las tablas con cuidado entre las manos—. Son muy poderosas. Puedo sentir su energía. Pero, ¿cómo lo hiciste? ¿Cómo supiste dónde buscar?

Le di un golpecito a el rusane que tenía en el cuello.

—Tengo que agradecérselo a tus viejos amigos. Verás, con esta gargantilla, mi tía pudo realizar un hechizo localizador. —Rápidamente le conté cómo había sido mi excursión por el bosque, la atracción del rusane, el túnel, la búsqueda de las tablas y, finalmente, la llegada a casa de mis padres.

Dash guardó silencio durante largo rato.

—¿Crees que tus padres son miembros?

—¿Acaso no lo son? ¿Recuerdas haberlos visto alguna vez? —Sabía que antes no podía hablar de ellos si los había visto, pero ahora sí.

Sacudió la cabeza.

—No. Pero eso no significa que no lo sean. La mayoría de las veces, los miembros se ocultaban de mí. Nunca vi muchas caras.

Me froté los ojos, sintiendo que una fuerte migraña hacía acto de presencia.

—Esto es una locura. ¿Que mis padres sean parte de ese grupo? Quiero decir... mi padre... seguro que lo es. Podría imaginarlo. También explicaría su repentino aumento de poder. Tal vez Los Renegados le dan poder ilimitado a cambio del dinero de mi madre. Pero mi madre... no lo sé. Ella no es así. —Pero como me había ido hace tanto tiempo ya casi no conocía a ninguno de mis padres. O a mi hermano.

—Blake te está buscando —solté, recordando por qué tenía tantas ganas de verlo.

El semidemonio me dedicó una sonrisa burlona.

—Lo sé. Herí su pequeño ego al escapar.

Me eché a reír.

—Sí. Pero es más que eso. Quiere entregarte al Consejo Gris. Escuché la conversación entre él y un tipo calvo del Consejo. Eres el único enlace que han tenido en Los Renegados. —De nuevo recordé esa breve conversación que había oído por casualidad—. Entonces, ahora las locuras de Blake tienen sentido. Está haciendo todo esto para

mantener un trabajo que ni siquiera es suyo. Parece desesperado. No está en su sano juicio. Tengo miedo de lo que pueda hacerte.

—El lobo no me asusta —dijo el semidemonio, con voz tranquila, pero pude percibir la amenaza en su tono—. No es rival para mí.

Le creí.

—Puede que no. Pero el Consejo Gris me da mucho miedo. —Especialmente después de todos los rumores que había oído de lo que habían hecho. La mayoría de los paranormales que han sido arrestados por el Consejo Gris nunca fueron vistos de nuevo.

—Me he enfrentado a cosas peores que el Consejo Gris. —Sus ojos oscuros se clavaron en los míos—. Nada que no pueda manejar.

Entrecerré los ojos.

—¿Por qué eso no me hace sentir mejor? —No. Era casi como si quisiera que lo encontraran. ¿Para qué? ¿Para luchar contra ellos? Mi cerebro estaba demasiado agotado para pensar en eso ahora.

Dash me devolvió las tablas.

—Tienes que buscar un lugar donde esconderlas, o las volverán a encontrar. Y no puede ser aquí. Será el primer lugar donde busquen.

Asentí mientras deslizaba las tablas en mi bolso.

—Lo sé. Se suponía que mi tía iba a ayudarme con eso. Pero no está aquí. Se suponía que me esperaría despierta.

La expresión de Dash se suavizó ligeramente, un destello de preocupación cruzó sus rasgos.

—Tu tía... ¿a dónde crees que fue?

Sacudí la cabeza, tratando de alejar la preocupación que me atormentaba.

—No lo sé. Pero ella no me dejaría así. No cuando sabía que iba a volver con o sin las tablas. Y también iba a ayudarme a quitarme el rusane. —Señalé el bol con la mezcla que había sobre la mesa—. Algo debe haber pasado.

—¿Tal vez fue a buscarte?

Sacudí la cabeza.

—¿A pie? ¿Y a su edad? Lo dudo. No habría pasado de la casa de Annette.

Volví a escudriñar la cocina y el comedor, en busca de pistas que me indicaran el paradero de mi tía.

Un trozo de papel estaba pegado al refrigerador con un imán que no estaba esta tarde.

—Un momento. —Me acerqué al refrigerador y tropecé con algo sólido en el suelo. Me agaché y agarré el bastón de mi tía—. Sí, ahora *sé* que algo anda mal. Ella no iría a ninguna parte sin esto.

Dash me observó mientras yo dejaba su bastón sobre la encimera y me acercaba al refrigerador para agarrar el papel.

Tengo a tu tía, Kit-Kat.
Si quieres volver a verla, ven al 557 de Birch Lane.

Miré a Dash mientras me quitaba el papel.

—Marita. La investigadora del Grupo Merlín. Se llevó a mi tía. —Me invadió una extraña sensación de miedo y mi cuerpo se paralizó. Si las tablas no estuvieran guardadas en mi bandolero, se me habrían caído.

El rostro de Dash se ensombreció de furia y pude ver un destello de su criatura.

—¿Por qué?

Todo mi cuerpo temblaba ahora, tanto por el cansancio como por el miedo.

—No lo sé. Ni siquiera creo que haya conocido a mi tía.

El medio demonio parecía que quería destrozarle la cara a Marita.

—No tiene sentido. ¿Por qué tendría a tu tía como rehén?

—No lo sé. Pero tengo que irme. —Si lastimaba una sola cana en la cabeza de mi tía, esa perra estaba muerta.

—Yo conduciré —dijo Dash mientras avanzaba por el pasillo. Su paso rápido y su fuerte tensión eran claros indicios de lo mucho que le importaba mi tía. Tuve que correr para alcanzar sus largas piernas y sentí un calambre en el costado. La vida se reía de mí.

Subí al gran Land Rover verde justo cuando Dash encendió el motor.

—Encontraremos un lugar donde esconder las tablas cuando rescatemos a tu tía —dijo mientras el motor se ponía en marcha y salía de la entrada de la casa.

No tenía ni idea de a qué estaba jugando Marita. Pero estaba claro que estaba jugando sucio.

Yo también podría jugar sucio.

Con la puesta de sol y las calles oscurecidas, los niños de la comunidad salieron a pedir caramelos, vestidos con sus disfraces de Halloween. Me habría encantado quedarme en la casa para repartir caramelos por primera vez en más de veinte años, pero tenía que encontrar a mi tía.

A medida que avanzábamos por las tranquilas calles, el resplandor de las linternas y las risas de los niños disfrazados se desvanecían a nuestras espaldas, sustituidos por las sombras que acechaban en la noche.

Las sombras eran mi arsenal. Marita no tenía ni idea de con quién se estaba metiendo. No me importaba para quién trabajaba. Si lastimaba a mi tía por cualquier retorcida razón, iba a matarla.

La dirección que había dado Marita estaba en una parte del pueblo a la que yo casi no iba, un lugar donde las farolas eran escasas y las

casas parecían solitarias y olvidadas.

—¿Sabes dónde queda Birch Lane? —pregunté, sin ver un GPS en el tablero del viejo Land Rover.

—Sí. —Tomó la siguiente a la izquierda en la señal de pare—. ¿Por qué la tal Marita se llevaría a tu tía? No tiene sentido.

—No lo sé. Se supone que me está investigando.

—¿La amenazaste? ¿Quizás esta es su forma de vengarse?

Lo pensé.

—Más bien fue ella quien me amenazó. Estaba allí la noche que te escapaste. Casi me ve usando mi magia umbra para teletransportarme en la sombras. Cree que soy una especie de bruja metamorfa que les oculta sus habilidades al Grupo Merlín.

—En cierto modo sí —dijo el semidemonio, acelerando el paso.

—Sí. Y todo marchaba bien... hasta ahora. Pero no entiendo por qué ocultar mis habilidades sería un motivo para llevarse a mi tía. Hay algo que no entiendo.

—Mhmm.

—El Grupo Merlín tiene sus propias normas. Como Merlín, esperan que te rijas por ellas, por el código. Llevo más de diez años trabajando para ellos. Sé cómo piensan, cómo trabajan. ¿Y esto? Esta no es su forma de hacer las cosas. Ellos no secuestran viejas brujas porque una de sus contratistas freelance hizo un par de cagadas.

Dash giró la cabeza y me miró fijamente.

—¿En qué estás pensando?

—Creo que Marita se volvió loca. Está actuando según sus propios impulsos retorcidos con una obsesión antinatural por mí. Cada fibra de mi ser me dice que quiere causarme dolor y sufrimiento, y sabía exactamente lo que me haría llevándose a mi tía. —Sólo de pensarlo se me subió la bilis al fondo de la garganta. Me destruiría.

—Pero dijiste que nunca la habías conocido antes.

El recuerdo de la inquietante sonrisa de Marita me produjo una oleada de furia.

—No. No hasta que ella vino aquí. —Respiré hondo en un intento de calmar mi corazón, pero no funcionó—. Es una perra demente y espeluznante. Y si le hizo daño a mi tía...

El agarre de Dash al volante se tensó hasta que pensé que podría romperse.

—Entonces esa perra demente y espeluznante puede darse por muerta. —Su voz tenía un tono peligroso y prometía venganza por cualquier daño que le hubiera hecho a mi tía.

Agradecí los refuerzos, agradecí que Dash estuviera conmigo, luchando en mis batallas. Marita era una maga poderosa. Podía sentir el poder que irradiaba de ella, aunque estaba segura de que también usaba un glamour, como si no quisiera que nadie sintiera el alcance

real de ese poder. Sería una oponente formidable, sin duda.

Pero el sol se había puesto, y las sombras reinaban supremas, dándome poder con mi propio mojo mágico. Y también estaba Dash, un medio demonio con su propia magia mística y poderosa.

Sí, Marita no sabía con quién se estaba metiendo, pero pronto lo sabría.

El peso de las tablas sobre mis muslos me recordó otra situación que tenía que solucionar. Estas tablas eran algo serio.

—Tengo que encontrar un sitio donde esconderlas —dije dando golpecitos a mi bolso. Fender y mi madre eran los únicos que me habían visto, pero podrían pensar que me había colado para hablar con mi madre, ya que la última vez no me fue muy bien con mi queridísimo papá. Aun así, eso me dio algo de tiempo para encontrar un lugar donde esconder las tablas.

—He estado pensando en eso —dijo Dash mientras tomaba la siguiente a la derecha—. Tengo un amigo que puede ayudar.

Lo miré a la cara.

—¿Un amigo? ¿Y podemos confiar en este amigo? —Tenía dudas sobre Dash. No sabía mucho de él, aparte de lo que habíamos vivido. Sabía que era un amigo leal, un amante fantástico, y sentía una profunda conexión con él, una que nunca había sentido antes. Pero si tenía amigos, quería conocerlos.

Una pequeña sonrisa dibujó sus finos labios.

—Sí. Está aquí en el pueblo, es un guardián de secretos. Lo conozco desde hace más de sesenta años. Puede ayudarnos a esconder las tablas. Los Renegados nunca las encontrarán.

—Guao. Tengo que conocer a este amigo. —Un amigo de Dash desde hace más de sesenta años, cuando el propio medio demonio no aparentaba más de cuarenta. Tuve que recordar que él era mucho mayor de lo que parecía.

—Te caerá bien. Lo sé.

Sonreí. Si Dash confiaba en este amigo para que resguardara las tablas, sabía que yo también podía hacerlo. Y en este punto, no tenía otra opción. Los Renegados vendrían a buscar esas tablas, y no podía tenerlas cerca de mí.

—Ya llegamos —dijo Dash, y seguí su mirada.

El agarre de Dash al volante se tensó a medida que nos acercábamos al 557 de Birch Lane.

Era una vieja iglesia abandonada, probablemente existía desde antes de que los paranormales nos mudáramos y tomáramos el pueblo, expulsando a los humanos.

Llegamos al estacionamiento, la grava crujió bajo los neumáticos mientras Dash aparcaba el auto como todo un experto. La vieja iglesia se alzaba ante nosotros, con sus piedras desgastadas y sus vidrieras

rotas susurrando un tiempo olvidado.

Me quedé mirando por la ventana.

—¿Trajo a mi tía aquí?

—Parece abandonada —dijo Dash—. Sea lo que sea que quiera, no quiere que nadie lo sepa.

Tuve que darle la razón. Y sólo podía ser algo malo.

Justo cuando estaba a punto de salir del todoterreno, Dash me agarró del brazo.

—Deja las tablas aquí —dijo.

—Está bien. —Lo último que quería era que Marita les pusiera las manos encima.

Dash señaló mis pies.

—Debajo del asiento.

Hice lo que me ordenó y metí el bolso con las tablas debajo del asiento antes de salir del Land Rover.

Volví a mirar hacia la iglesia y vi una tenue luz amarilla que salía de una de las ventanas rotas. Seguramente eran velas.

Extendí la mano y recurrí a mi magia umbra, sintiendo una poderosa respuesta.

Perfecto. Estaba armada y lista.

Marita. Eres mía.

Dash iba adelante y sus pasos resonaban en el pavimento agrietado a medida que nos acercábamos a la entrada. Las puertas de madera crujieron al abrirse con un gemido escalofriante, revelando un interior en penumbra que parecía congelado en el tiempo.

Cuando entramos, un olor a moho se apoderó de mis fosas nasales, mezclándose con un leve olor a podrido. Un suave susurro provenía del fondo de la nave. Dash y yo intercambiamos una mirada cómplice antes de apresurarnos hacia la fuente del sonido.

En el otro extremo había un altar. Al acercarnos a él, sentimos una repentina ráfaga de viento antinatural, y una serie de velas se encendieron encima del altar.

Y entonces una figura se materializó desde las sombras: Marita.

Llevaba un traje pantalón negro ajustado a la perfección sobre su esbelta figura y sus ojos brillaban con una intensidad de otro mundo, clavándose en los míos con una mirada cómplice.

—Bienvenida, Kit-Kat. —La voz de Marita hizo eco en el antiguo salón, cada palabra destilaba una misteriosa dulzura que ocultaba el peligro que había detrás—. Te estaba esperando.

—¿Dónde está mi tía, Marita? —grité, mirando a mi alrededor pero sólo veía oscuridad y sombras, excepto por la luz del altar—. ¿Dónde está? ¡Puta psicótica!

Justo cuando salí disparada hacia adelante, Dash me agarró del brazo, tirando de mí hacia atrás.

—No se llama Marita —me dijo al oído—. Se llama Rita.

Miré a Dash, con el corazón latiéndome tan fuerte que apenas podía escuchar mis pensamientos.

—¿Cómo lo sabes?

La mandíbula de Dash se apretó y sus ojos se entrecerraron peligrosamente.

—Porque esa es mi exesposa.

CAPÍTULO 23

Tuve un momento de niebla cerebral, y entonces dije:

—¿Esa es tu *exesposa*? —Sí, no me lo esperaba. No sólo me desconcertó por completo, sino que ahora todo tenía sentido.

Dash fulminó con la mirada a su ex.

—Así es.

—Ah. —Lo miré fijamente—. Y a juzgar por esa mirada de puro odio en tu cara, supongo que las cosas no terminaron bien.

—No exactamente.

—Ay, por favor, cariño —ronroneó Rita—. Antes me amabas. —Sus ojos oscuros brillaban con una mezcla de frustración y anhelo. Las llamas parpadeantes parecían realzar su aura siniestra, haciéndola ver mucho más siniestra que antes.

Era difícil describir la expresión de la cara de Dash: asco, repulsión, odio extremo.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo—. Yo era joven. Estúpido. Ojalá nunca te hubiera conocido.

—Auch. —Rita se rio mientras se llevaba una mano al corazón—. Cómo me hieres, cariño. Solíamos estar tan bien juntos. Éramos perfectos. Los dos solos contra el mundo. Las cosas que hacíamos. Nunca sentí esa conexión con nadie.

—Eres una enfermedad —espetó Dash.

Intuía mucha historia allí, y tal vez algún día me la contaría. Pero ahora no era el momento.

—¿De verdad trabajas para el Grupo Merlín?

Nunca le pedí que me mostrara ninguna identificación. Me había fiado de su palabra. Fue una mala movida, una que no haría por segunda vez.

Rita puso cara de haber mordido un trozo de pan mohoso.

—¿Ese patético club de brujos? Dios, no. Demasiado aburrido para mí. Todo lo bueno me enferma. —Con un movimiento de muñeca, sacó una elegante cigarrera plateada y se colocó un fino cigarro blanco entre los labios. Agarró un candelabro cercano, inclinó la llama hacia el extremo del cigarro y lo encendió con precisión. El suave resplandor de la vela iluminó su rostro, proyectando sombras sobre sus pómulos afilados y resaltando el tono rojo intenso de su pintalabios. Al dar una larga calada, el humo la envolvió como un velo.

Me miró y me dijo:

—¿Seguro que no quieres uno, Kit-Kat?

—Lo que quiero es aplastarte la cara contra el suelo —exclamé, ganándome una carcajada de Rita—. No eres una maga. ¿Verdad?

—Es un demonio —respondió Dash—. Una lacubus. Una prima de la especie súcubo.

—No me digas. —Y eso explicaba el glamour que sentía cada vez que estaba cerca de ella. Ella ocultaba su verdadera naturaleza, su verdadera identidad.

Todo este tiempo me había hecho creer que iba a denunciarme con el Grupo Merlín, que mi comportamiento era irresponsable y que estaba encompinchada con asesinos. Yo también había caído en la trampa. El estrés añadido de perder un flujo constante de dinero me había afectado seriamente.

Había jugado conmigo. Todo este tiempo había jugado conmigo. ¿Y para qué? ¿Qué demonios quería de mí?

Di un paso adelante.

—¿Dónde. Está. Mi. Tía?.

Rita apartó los ojos de Dash para mirarme. Al exhalar una bocanada de humo, sus ojos brillaron con un destello peligroso.

—¿A qué viene tanta prisa? Creía que nos llevábamos muy bien. —Le dio otra calada a su cigarro, cuya punta brillaba como una brasa en la penumbra del lugar.

Dash apretó la mandíbula con frustración.

—¿Qué haces realmente aquí, Rita? Hace más de un siglo que no te veo. No viniste hasta aquí sólo para dar un paseo por los recuerdos. ¿Qué coño quieres?

Rita sonrió con satisfacción, sacudiendo la ceniza de su cigarro y utilizando el suelo como cenicero, por supuesto.

—Ay, cariño, por favor. ¿Por qué me miras así? Estábamos bien juntos. ¿Te acuerdas? La forma en que hacíamos el amor durante *horas*... —Ella hizo un sonido en su garganta como si acabara de tener un orgasmo—. Exquisito.

—Me manipulaste —dijo Dash—. Todas las fiestas. El sexo. Era demasiado joven y estúpido para darme cuenta de lo que me estabas haciendo. De lo que eres. Nunca tuvo nada que ver con hacer el amor.

La sonrisa de Rita se ensanchó, con un brillo cómplice en los ojos, al cruzar sus miradas con las de Dash. La tensión entre ellos estaba cargada de historia no hablada y emociones no resueltas. Las observé, sintiéndome como una intrusa en una escena mucho más compleja de lo que jamás había imaginado.

La parte de la exesposa no me molestó ni un poco. Yo no era celosa. Pero no me gustaba cómo me había manipulado, utilizando algo que sabía que yo no quería perder: los contratos del Grupo Merlín. ¿Y para qué? Para obtener información sobre mí. Sí, para eso.

Pero el hecho de que también manipulara a Dash, bueno, la odiaba por eso.

Mientras Dash permanecía allí, con los músculos tensos y enroscados como un resorte a punto de romperse, Rita le dio otra calada tranquilamente a su cigarro.

—Siempre fuiste demasiado serio, Dash —dijo Rita, su tono destilaba un engaño meloso—. Pero no puedes negar el fuego que ardía entre nosotros. Era real.

Dash sacudió la cabeza, con una mezcla de ira y arrepentimiento bailando en sus ojos tormentosos.

—Estás jugando a un juego peligroso, Rita. ¿Qué quieres?

Rita se sacudió la ceniza del cigarro.

—Tú, cariño. Me di cuenta de que falta algo en mi vida, y eres tú. Quiero que vuelvas.

Maldita sea. ¿Todo esto era porque quería recuperar a su exmarido? Definitivamente estaba loca.

Dash soltó una carcajada fingida.

—Eso nunca va a pasar.

Rita se tranquilizó, pero sus labios formaron una sonrisa.

—Siempre consigo lo que quiero.

—Esta vez no —dijo Dash.

Ante eso, el rostro de Rita se transformó en una dura máscara.

—¿Así que decidiste sustituirme por *eso*? —Me señaló con el dedo —. ¿Por una bruja débil y patética?

Me esforcé por mantener la calma.

—Acércate y te mostraré lo débil que soy. —Si Dash no estuviera aquí, ya me habría lanzado sobre ella, atándola con mi magia.

Rita dio un paso hacia Dash, con los ojos llenos de ácido.

—Veo lo mucho que has cambiado y no me gusta nada. ¿Es por ella? No importa. Cuando volvamos a estar juntos, volverás a ser como antes.

Dash tensó la mandíbula y apretó los puños a los lados.

—Ya me arrepiento de todo lo que dejé que tú y tus manipulaciones me quitaran. Entiéndelo. Nunca estaré contigo. Jamás.

Los ojos de Rita brillaron de ira ante el rechazo de Dash.

—Lo harás, cariño. Sólo que aún no lo sabes.

La tensión se apoderó de mis hombros al ver cómo sonaba victoriosa, como si ya hubiera ganado la partida a la que había estado jugando todo este tiempo.

Miré a Dash.

—¿Qué tiene en tu contra? —Aparte de alertar al Consejo Gris o a Blake del paradero de Dash, no se me ocurría otra cosa.

A menos que eso sea exactamente lo que había planeado.

—Llamaste al Consejo Gris. ¿No es así? —La miré fijamente con

dureza—. ¿Traicionaste a tu exesposo porque ya no soporta tu culo flaco y manipulador?

Rita me observó, con una sonrisa depredadora en la comisura de los labios.

—Cuidado, Kit-Kat. No querrás convertirme en tu enemiga.

Me burlé. Esta mujer no tenía ni idea de con quién se estaba metiendo.

—No te tengo miedo —dije, manteniéndome firme—. He peleado con perras más asquerosas que tú.

—Ah, pero deberías tenerlo —respondió Rita con suavidad—. Tengo contactos y recursos con los que tú sólo podrías soñar.

—Sin embargo, aquí estás, tratando de que tu exesposo vuelva a la cama contigo. ¿Por qué? Supongo que porque nadie te quiere.

Los ojos de Rita se entrecerraron ligeramente antes de recuperar la compostura.

—Necesitas mejores insultos.

Agarré el brazo de Dash.

—Deberías irte. Vendrán para acá.

—No voy a dejarte sola —dijo el medio demonio, haciéndome sentir cositas tiernas en mi pecho.

El sonido de los aplausos volvió a centrar mi atención en Rita.

—Qué asquerosamente conmovedor. Creo que acabo de vomitarme en la boca. Siento decepcionar esta pequeña actuación, pero no he contactado con el Consejo Gris ni con el Grupo Merlín. No va a venir nadie. Sólo estamos nosotros.

Extrañamente, le creí.

—Bueno, entonces déjate de tonterías. Me querías aquí. Ya estoy aquí. Ahora, dónde está mi tía. Estoy cansada de preguntar.

Rita movió la mano a su lado como si quisiera abofetearme. Pero en lugar de eso, dio una calada a su cigarro y exhaló lentamente.

Dash se adelantó entonces y me puso una mano en el hombro para calmarme antes de dedicarle una mirada firme a su exesposa.

—¿Dónde está Luna?

—Bien —concedió con un suspiro exagerado. Se movió a la izquierda del altar y jaló una pesada cortina—. Aquí está la vieja.

La cortina cayó al suelo y aspiré.

La tía Luna estaba suspendida en el aire a un metro y medio del suelo. Tenía los ojos cerrados y no sabía si estaba viva o no.

—No te preocupes. Está viva —dijo Rita—. ¿Pero por cuánto tiempo? Eso depende de ti.

La furia se encendió en mí y me giré hacia ella.

—¡¿Qué le hiciste?!

Rita me enseñó sus dientes perfectamente blancos.

—Está en un perpetuo estado de sueño. Algo así como un coma.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al ver el cuerpo de mi tía colgando, sin vida y tan frágil. Ella no se merecía esto.

—Estás muerta. Estás jodidamente muerta.

Recurrí a mi magia, canalizando todas las sombras que persistían en la iglesia, y eran muchas, dispuestas a destrozar a esta perra.

Pero no pasó nada.

Lo intenté de nuevo, escarbando más profundamente en los oscuros rincones de mi mente e invocando a las sombras con todas mis fuerzas. Pero solo encontré un vacío, un vacío donde debería haber un manantial inagotable de poder.

El pánico se apoderó de mi pecho al darme cuenta de que las sombras no me respondían. Estaba indefensa para ayudar a mi tía. ¿Qué demonios está pasando aquí?

—Tu magia no funcionará con ella —dijo Dash, rápidamente.

Le miré fijamente con dureza.

—¿Por qué diablos no?

El semidemonio volvió a mirar hacia su ex.

—Sólo me uní a Los Renegados por ella. Ella hizo que pareciera tan seductor y exclusivo, que era un privilegio pertenecer allí si me extendían la invitación. Pero he lamentado profundamente la decisión durante años.

Porque lo habían convertido en su esclavo.

—Y ella es uno de ellos.

Rita aplaudió.

—Bravo. Pensé que nunca llegarías a ese punto.

Estaba jodida. No tenía poder, ni medios para salvar a mi tía. Y ella lo sabía. El día que ella vio ese rusane en mi cuello fue el día que había perdido.

El aire se movió con una repentina afluencia de energía. Venía de Dash.

Miré y vi espirales de energía negra goteando de sus manos. No necesitaba invocar el poder de un demonio. Él era mitad demonio.

Vi cómo avanzaba hacia Rita.

—Ah, ah, ah —advirtió Rita—. Yo no haría eso, querido. Si me matas o me haces daño, la vieja bruja muere. —Encogió los hombros —. Es uno de mis hechizos característicos. Si quieres puedes llamarlo autopreservación.

—Mentira —refuté.

Rita sonrió.

—No lo es. Pero ¿estás dispuesta a arriesgar la vida de tu tía por eso?

Volví a sentirme atrapada. El rusane alrededor de mi cuello se apretaba más y más. Aunque tuviera mis poderes, no habría podido usarlos. No si no quería que mataran a mi tía. No tenía ni idea de si

Rita mentía o no. Pero como el demonio demente que era, probablemente tenía algún hechizo de refuerzo.

La energía oscura se enroscaba alrededor de Dash como serpientes y sus silbidos resonaban en el aire. El espectáculo era horripilante y asombroso a la vez: el poder de un semidemonio desatado. Pero pude ver el tormento en sus ojos. Él también quería salvar a mi tía. Y el hecho de que detuviera su avance sobre Rita significaba que sabía que ella era capaz de esos engañosos hechizos de refuerzo.

No pudimos hacer absolutamente nada para salvar a mi tía.

—¿Por qué haces esto? —Odiaba la emoción que se reflejaba en mi voz. No pude evitarlo—. Ella no te ha hecho nada.

Rita se acercó y nos miró a Dash y a mí.

—Es muy fácil. Puedes recuperar a tu preciosa tía con una condición.

Aquí vamos.

—¿Y cuál es?

Sus ojos se posaron en Dash.

—Que rompas tu relación con Dash y jures no estar nunca con él. Nunca más.

CAPÍTULO 24

Me quedé allí, atónita y sin habla. Mi mundo se había puesto patas arriba en cuestión de minutos. No sólo Marita *no era* Marita, sino que además era la exesposa de Dash, alguien a quien había llegado a querer profundamente. ¿Y ahora me pedía que terminara con él? ¿El hombre que me había dado la primera conexión real y la primera felicidad que había sentido en mucho tiempo?

Pero la vida de mi tía estaba en juego y yo haría cualquier cosa por salvarla, aunque eso significara sacrificar mi relación con Dash. Me destrozaba por dentro, pero sabía lo que tenía que hacer.

Renunciaría a cualquier cosa por salvar a mi tía.

Incluso a Dash.

—Vaya, vaya, te estás tomando tu tiempo. —Rita se rio—. ¿Tan poco te importa tu tía? ¿Te importa más satisfacer lo que tienes entre las piernas que su vida?

—Cállate. —Deseé poder darle una patada en la cara—. ¿Qué pasa si me niego a tus exigencias? —Mi voz resonó en la habitación, cargada de incredulidad.

Rita soltó una risita y su expresión de suficiencia no vaciló ni un segundo.

—Entonces tu tía muere. Así de sencillo. Tú eliges.

—Kat —empezó Dash, y levanté la mano para detener lo que fuera que fuera a decir.

Mis ojos se fijaron en mi tía. Cuanto más la miraba, suspendida en un coma mágico, más se me revolvía el estómago.

—Si estoy de acuerdo —dije, mi mirada en Rita de nuevo—. ¿Cómo sabrías si volviera a verme con Dash?

—Lo sabré. —Su sonrisa era cruel—. Esa es la belleza de los hechizos. Son tan fuertes como quien los lanza. Tu tía ha sido hechizada con uno de los míos. No se puede quitar. Como tal, sabré si vuelves a ver a Dash, *íntimamente*. Activará mi hechizo. —Chasqueó los dedos—. Y tu tía morirá.

En ese momento, odiaba a esa perra endemoniada más de lo que jamás había odiado a nadie. Deseaba poder matarla y acabar con ella.

Pero no se trataba de mí. Se trataba de la tía Luna.

Quería gritar, correr, hacer cualquier cosa menos quedarme allí, paralizada por la magnitud de la situación, pero sabía que no podía perder a mi tía, no así. No por un retorcido juego de poder y control.

Dash dio un paso adelante, sus ojos suplicando a los míos.

—Sé que está jugando, pero tenemos que ser inteligentes con esto.

—Tú crees.

Me tomó de la mano y sentí calor en el vientre cuando me la apretó.

—Todo estará bien, Kat. Tienes que salvar a Luna —susurró—. Eso es lo único que importa.

—Qué asco me dan —espetó Rita—. Apúrense. Tengo que asustar a los niños. Hacerlos llorar es uno de los placeres de mi vida.

Sentía que se me partía el corazón mientras sentía que mi rusane me apretaba el cuello. Su energía parecía alimentarse de mi miedo, y casi podía oírla susurrarme al oído, riendo.

Se lo debía a mi tía, y a Dash, al menos intentar sacarla de esta con vida.

—Bien —solté, con la voz temblorosa por la ira—. Te prometo que terminaré las cosas con Dash si dejas ir a mi tía.

Los ojos de Rita brillaron.

—Excelente. Sabía que entrarías en razón, Kit-Kat.

—Bájala —ordené, avanzando hacia mi tía, con los brazos extendidos por si tenía que agarrarla.

Los labios de Rita se movieron y sentí un repentino torrente de energía en el aire que me rodeaba.

El cuerpo de mi tía cayó y yo me lancé hacia adelante, atrapándola justo antes de que cayera al suelo.

Caí al suelo, acunando a mi tía, y luego la bajé suavemente.

—¿Tía Luna? Tía Luna, ¿puedes oírme? —Al principio pensé que estaba muerta, pero entonces sus ojos se abrieron y me miró con los ojos muy abiertos.

—Me sacó de mi casa —jadeó, y la ayudé a sentarse—. Me dejó inconsciente con un hechizo demoníaco. Todavía puedo oler su vil sustancia. —Parpadeó y miró a su alrededor—. ¿Dónde estoy?

Dejé escapar un suspiro de alivio.

—En una vieja iglesia. Pero nos vamos a casa. —Estaba un poco despeinada, pero por lo demás se veía en perfecto estado de salud.

Los ojos de mi tía miraron por encima de mi hombro y luego se entrecerraron al fijarse en algo.

—Es *ella*. Es ella. ¿Qué quiere?

Sacudí la cabeza.

—Ya se acabó. ¿Crees que puedes caminar? —Sabía que si le pedía a Dash que la llevara al Land Rover, se sentiría insultada.

Mi tía me miró.

—Claro que puedo caminar. Tengo dos piernas.

Me puse detrás de ella para pasarle las manos por debajo de las axilas y poder levantarla con más facilidad. Pero Dash estaba a mi lado en un santiamén y agarró suavemente de mi tía para ponerla en

pie y estabilizarla. Ya de pie, parecía frágil, tambaleante y cansada por cualquier hechizo o maldición que Rita le hubiera echado.

Rodeé a mi tía por el medio con un brazo, sosteniéndola.

—No traje tu bastón, así que tendrás que usarme como apoyo.

Mi tía me ignoró mientras miraba a Rita.

—Es un demonio. ¿Verdad? Lo huelo.

Enarqué una ceja.

—Lo es —dije, impresionada de que mi tía se hubiera dado cuenta tan rápido cuando Rita me había engañado durante tanto tiempo—. Vámonos a casa. —Intenté dirigir a mi tía hacia la salida, pero no se movía, como si se hubiera clavado los dedos de los pies en el suelo.

—¿Por qué? ¿Por qué hizo todo esto? —preguntó mi tía.

Sabía que tenía que decirle algo o no me dejaría llevarla a casa.

—Ella es la exesposa de Dash. Accedí a no tener nunca una relación con él para que te dejara libre.

Mi tía se quedó con la boca abierta.

—¿Qué hiciste? Eso es ridículo. No puedes dejar que maneje tu vida de esa manera —exclamó, con la mirada fija entre Dash y yo. Me di cuenta de que intentaba reconstruir lo que se había perdido durante el coma mágico.

—No tenía elección —intenté explicar—. Era eso o ella te mataría.

La ira se reflejó en el rostro de mi tía mientras miraba a Rita, que seguía de pie a un lado con expresión de suficiencia.

—¿Y tú? —preguntó mi tía—. ¿Qué ganas tú de todo esto? ¿Venganza? ¿Satisfacción por arruinar la vida de los demás? —Murmuró lo que parecía una maldición en voz baja.

Rita se apoyó en el altar y se puso otro cigarro en los labios.

—Siempre consigo lo que quiero —dijo y encendió el palito blanco con una vela—. Verás, Dash y yo estuvimos una vez felizmente casados. Sé que todavía me quiere. Un amor así nunca muere. Pero se ha encariñado demasiado contigo y con tu sobrina. —Señaló hacia mí con una mueca.

—¿Así que pensaste que secuestrándome resolverías tus problemas matrimoniales? —Se burló mi tía.

—No sólo secuestrar —dijo Rita con un brillo malvado en los ojos —. También planeé tomar tu fuerza vital y utilizarla para aumentar mi propio poder. Es algo que hacemos los demonios. Algo en lo que somos *muy* buenos.

Se me revolvió el estómago al pensar que Rita había tomado la fuerza vital de mi querida tía para su propio beneficio egoísta.

—Eres una enfermedad —le espeté, utilizando la descripción que Dash había hecho de ella y sintiendo cómo la ira hervía en mi interior. ¿Cómo pudo Dash casarse con alguien así?

—Sin embargo, aquí estamos. —Rita sonrió con satisfacción y dio

una larga calada a su cigarro—. Aceptaste renunciar a Dash a cambio de la seguridad de tu tía. De todas formas no son buenos el uno para el otro, así que en realidad te estoy haciendo un favor.

—Esa está más loca que una banshee al sol de la mañana —dijo mi tía.

Tenía razón.

Lo único bueno de esta noche era que Rita no era investigadora de Merlín, lo que significaba que mi contrato con ellos seguía en pie. Con gusto lo cambiaría por una oportunidad de futuro con Dash, pero no parecía que fuera a ser posible.

Sentí que el cuerpo de mi tía temblaba en mi agarre y el corazón se me apretó.

—No te preocupes —le dije—. Te pondremos al tanto en el camino a casa.

Sentí los ojos de Dash clavados en mí, y cuando le dirigí la mirada, estaba mirando al suelo con expresión de dolor.

—Necesitaré un gin tonic —dijo mi tía mientras la arrastraba conmigo por la nave, Dash a su otro lado—. Que sean dos.

Sonreí.

—Te daré tres si quieres. —A estas alturas, le daría a mi tía lo que quisiera.

—Espera —dijo Rita, y todos nos detuvimos en seco. Soltó una carcajada y añadió—: Casi lo olvido. Aún no he terminado.

Me giré, sintiendo que me entraba un ataque de rabia.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Qué más podrías querer?

Los ojos de Rita se dirigieron a Dash, y una sonrisa malvada torció sus facciones.

—Dash se queda conmigo.

—De ninguna manera —grité—. Ya te divertiste. Ya ganaste. Nuestra relación ha terminado, pero él es libre de irse. Hicimos un trato.

Los ojos de Rita brillaron con energía demoníaca.

—Te mentí. Dash se queda o tu tía muere.

—Maldita perra. —Solté a mi tía, dispuesta a patear y golpear a Rita hasta dejarla ensangrentada, sabiendo de sobra que me mataría antes de asestarle el primer golpe.

La mirada de Rita se dirigió a Dash y su sonrisa se ensanchó.

—Tú decides, esposo ¿Te quedarás o mato a la vieja bruja maloliente?

Las facciones de Dash se torcieron en una expresión amenazadora y mortal, sus labios se retrajeron en un gruñido salvaje. Todo su cuerpo temblaba con una rabia incontrolable y una fuerza bruta, como si estuviera a punto de transformarse en su bestia y atacarla. Me encantaría verlo, pero Rita había dicho que si le hacíamos daño, mi tía

moriría. Era un riesgo que no estaba dispuesta a correr, por mucho que deseara presenciar cómo Dash desataba su furia.

Pero lo que dijo a continuación casi me hace caer de rodillas.

—Deja que se vayan, ilesas, y yo me quedaré —dijo, su voz alta y llena de suficiente odio para todas nosotras juntas.

Giré hacia Dash.

—No. —Pero sabía que no había otra manera.

La sonrisa de satisfacción de Rita hizo que se me subiera la bilis al fondo de la garganta.

—¡Hecho! —dijo contenta como si fuera la subastadora y acabáramos de hacer la puja más alta.

Suavemente, Dash le ofreció el brazo a mi tía mientras tropezaba, y yo lo agarré rápidamente antes de que pudiera caerse. Su expresión era de profunda tristeza, sus ojos llenos de lágrimas no derramadas amenazaban con destrozarme.

El cálido aliento de Dash me hizo cosquillas en la oreja al rozarme, con su voz profunda y llena de tristeza.

—Lleva las tablas al 12 de Main Road —me ordenó—. Dile a Nelson que vas de mi parte y que las resguarde.

Algo frío y metálico cayó sobre mi palma abierta, tomándome desprevenida. Al mirar hacia abajo, vi un juego de llaves.

Con las manos temblorosas, guardé cuidadosamente las llaves en el bolsillo, sintiendo su peso contra mi piel. Dash volteó hacia Rita y sus miradas se cruzaron en un feroz cara a cara.

Dash estaba allí, frente a su exesposa, con las manos cerradas en puños, como si nada le gustara más que usarlas con ella.

Había sido usado y abusado por Los Renegados durante Dios sabía cuánto tiempo, y justo cuando por fin se había librado de ellos, iba a volver a ser un sirviente.

Mientras Rita seguía regodeándose, Dash flexionaba los dedos, la tensión de sus músculos visible incluso a través de su grueso abrigo de cuero. Podía ver los engranajes girando en su mente, tratando de encontrar una forma de acabar con esto. No tenía ni idea de si Rita, al ser un demonio de pies a cabeza, podría acabar con él. Pero en este instante, era como si ella lo controlara por completo, sujetándolo con cadenas invisibles.

Si la mataba... mi tía moriría.

—¿Dash? —pregunté, el miedo haciendo temblar mi voz.

Dash volteó para mirarme, y entonces parte de la tensión de su cuerpo se fue ante lo que vio en mi cara.

—Luna estará bien —dijo—. No te preocupes.

—Sigo esperando, cariño —dijo Rita, con la voz llena de veneno—. No me decepciones, Dash. Me aseguraré de que tus acciones de hoy no hayan sido en vano.

Sin volver a mirarme, Dash se acercó al altar para colocarse junto a Rita.

—Creo que voy a vomitar —dijo mi tía.

—Yo primero. —Realmente pensé que lo haría, sobre todo cuando Rita le agarró la cara y apretó sus asquerosos labios contra los suyos en un beso baboso. Me sorprendió mirándola y me dedicó una sonrisa ganadora. Sentí como si la habitación se cerrara sobre mí, la atmósfera opresiva, una mezcla de hedor sulfúrico y traición, me hizo sentir náuseas.

Me di la vuelta, no quería presenciar más. Mi corazón latía como un tambor de guerra.

—Ven —le dije a mi tía—. Vamos a casa.

Mi tía me dedicó una débil sonrisa.

—Vamos a casa.

Con el brazo de mi tía sujeto al mío, la llevé conmigo por el pasillo. Sentí que un sudor frío me recorría la frente y la espalda.

—Adiós, Kit-Kat —arrulló Rita, con una voz tan gélida que me heló la sangre—. Fue un placer hacer negocios contigo.

Levanté la mano que tenía libre detrás de mí, sin molestarme en darme la vuelta, y le hice un gesto con el dedo. Sabía que quería que viera a Dash con ella. Sabía que me dolería, así que quería restregarme en la cara que ella había ganado y yo había perdido.

Y había perdido mucho últimamente. La habilidad de usar mi magia contra los Renegados y ahora Dash.

Mis razones para ocupar su lugar eran nobles, pero ahora sólo parecían tontas después de lo que acababa de acontecer. Pero ya era demasiado tarde para cambiar algo. Estaba atrapada en esta situación, dividida entre emociones contradictorias y arrepentimientos. Lo hecho, hecho estaba.

Necesitaba concentrarme en el momento, y eso implicaba llevar a mi tía sana y salva a casa, lejos de Rita y su demente culo demoníaco.

Y eso fue exactamente lo que hice.

CAPÍTULO 25

Dejé a mi tía en su casa, le preparé dos gin tonics y la llevé a la cama. Después de asegurarme de que no había problema si la dejaba sola un rato, me subí a mi Jeep que estaba al lado del Land Rover de Dash que había estacionado en la entrada y volví a salir.

Con los acontecimientos de la noche, estaba demasiado tensa como para dormir. Además, tenía que hacer algo con las tablas, rápido. De ninguna manera iba a dejarlas en la casa mientras mi tía estuviera tan frágil. Mi teoría era que encontrarían las tablas siguiendo su fuente de magia. Así que, si estaba en lo cierto, eso los llevaría directamente a la casa de mi tía, que era por lo que iba a llevarlas a otro lugar, lejos de ahí.

O Fender Bender le había contado todo al amo al que sirviera, y llegarían al porche de mi tía.

Aun así, si lo hacían, percibirían que las tablas no estaban allí y, con suerte, eso haría que se fueran.

Sí, eso era patético. Pero era todo lo que tenía.

Cada vez que repasaba los sucesos de esta noche con Rita, pisaba el acelerador y mi Jeep avanzaba demasiado rápido en una calle pequeña y tranquila.

Si seguía así, iba a chocar contra un árbol o a matar a alguien.

Tenía que quitarme esta rabia de encima. No ayudaría a nadie si terminaba en una zanja o en un ataúd.

Respirando hondo y calmando los nervios, frené el vehículo y seguí conduciendo a una velocidad más aceptable. La sensación de la magia de las tablas palpitando a través de la bolsa sobre mis muslos, como el tic-tac de una bomba, era un recordatorio constante de que necesitaba deshacerme de ellas cuanto antes.

Cuando por fin llegué a la dirección que me había dado Dash, era casi medianoche. Por un milagro, no había provocado ningún accidente, pero pocos vehículos circulaban por la carretera a esas horas.

¿Estaría despierto el tal Nelson?

Estacioné el Jeep en la acera y salí. Estaba en el centro de Moonfell, donde se concentraban la mayoría de las tiendas y restaurantes. Incluso pude distinguir una parte del Blue Demon de Kolton desde donde me encontraba. Las luces que asomaban por las ventanas me indicaban que el restaurante seguía abierto.

Me quedé mirando las hileras de edificios, apretados unos contra

otros. La dirección que me dio Dash pertenecía a una tienda de antigüedades. El letrero Nelson's Oldies but Goodies brillaba en la noche, proyectando una luz espeluznante sobre la calle adoquinada.

Me ajusté la correa del bandolero y me acerqué a la tienda. No había luces en el interior cuando miré por la gran vitrina de la parte frontal de la tienda, repleta de espeluznantes muñecas antiguas y otras baratijas que apenas me llamaban la atención. Las muñecas eran suficientes.

Toqué el timbre y di un paso atrás. Mientras esperaba, pensé en lo que haría si el tal Nelson no estuviera aquí. Mi tía dijo que me ayudaría a encontrar un lugar donde esconder las tablas, pero ahora estaba dormida y lo último que quería era despertarla y estresarla con esto. Le había dicho que las tablas estaban guardadas y no quería que esto me convirtiera en una mentirosa.

Un momento después, oí el chasquido de una cerradura y la puerta se abrió con un chirrido, dejando ver a un hombre alto y delgado, con pelo plateado y un rostro marcado por los años. Me miró a través de unas gafas de media luna colocadas precariamente sobre su nariz, con una mirada aguda y calculadora, como si pudiera ver a través de mí con sus ojos antiguos.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó con una sutil mezcla de curiosidad y recelo.

Dudé un momento, sopesando cuidadosamente mis palabras.

—De verdad, espero que puedas —dije—. Vengo de parte de Dash. ¿Eres Nelson? —Supuse que sí, pero tenía que asegurarme.

—Sí, soy yo. —La mirada de Nelson se detuvo en mi bolso, y no pude evitar notar cómo sus ojos parecían detectar algo. Cuando vio mi rusane, prácticamente se le salieron los ojos de las órbitas—. ¿Eso es un rusane? —Abrió la puerta y salió.

Gracias al caldero, estaba completamente vestido y no desnudo.

Tenía puesta una camisa blanca impecablemente planchada, con las mangas remangadas para dejar al descubierto unos antebrazos largos y frágiles. Los pantalones oscuros se ajustaban a su esbelta figura y terminaban en unos lustrosos zapatos de vestir. Tenía el pelo plateado cuidadosamente peinado hacia atrás, lo que le daba un aire distinguido. Incluso a esas horas de la noche, estaba vestido como si estuviera preparado para otro día de trabajo, no para irse a la cama. Su atuendo hablaba de determinación y perseverancia, de un hombre que se niega a que la edad lo frene.

La cara de Nelson era un lienzo de curiosidad y reconocimiento.

—Fíjate nada más —suspiró, inclinándose hacia adelante y demasiado cerca de mi espacio personal.

Las punzadas de energía me asaltaron la cara desde el extraño, el olor a incienso y algo más que no podía ubicar. Supuse que Nelson era

un brujo, probablemente un brujo oscuro.

Di un paso atrás.

—Dash dijo que me ayudarías. —Giré mi bolso hacia mi frente y abrí la solapa—. Necesito esconder esto de Los Renegados.

Nelson frunció el ceño al oír hablar del grupo.

—Eso es todo lo que necesito oír. Por favor. Adelante —me hizo pasar al interior de su tienda—. ¿Cómo te llamo?

—Kat —respondí al entrar. La campana que estaba sobre la puerta sonó, anunciando mi llegada.

Al cruzar el umbral, no pude evitar sentir como si la propia tienda estuviera viva, observándonos con mil ojos sin pestañear. Tal vez eran esos inquietantes muñecos.

El interior estaba tenuemente iluminado y las paredes y estanterías estaban recubiertas de reliquias y baratijas antiguas. En el centro de la sala había una gran mesa de madera con un mapa de aspecto antiguo.

El espacio principal de Nelson's Goodies era un laberinto de curiosidades antiguas, cada artefacto me susurraba sus propios secretos mientras navegaba por la tienda. El aire estaba cargado con el olor rancio del polvo y el tiempo. No podía evitar preguntarme cuántos otros objetos mágicos se escondían entre estas paredes, esperando a ser descubiertos.

—¿Dash es amigo tuyo, entonces? —preguntó Nelson, mientras acomodaba con sus dedos una pila de viejos libros encuadernados en cuero.

—Él es... —dudé, insegura de cómo describir nuestra relación. Bueno, ya no—. Es un amigo, sí —decidí, optando por no revelar demasiado sobre nuestra asociación. Al final no importaría. No creía que volvería a ver a Dash. No si Rita podía evitarlo.

Estaba celosa de mí, celosa de mi relación con Dash. Y se estaba asegurando de que yo pagara por eso.

Nelson asintió.

—Bueno, cualquier amigo de Dash es amigo mío. Ven —dijo mientras se dirigía a un mostrador de cristal al otro extremo de la tienda. Encendió una lámpara de mesa, iluminando la zona con un suave resplandor amarillo—. Puedes ponerlas aquí para que pueda verlas mejor.

Se crujió los dedos. Luego, de detrás del mostrador, sacó una gran lupa que parecía más vieja que él.

—Veamos qué tenemos aquí.

Hice lo que me indicó y puse las dos tablas sobre el mostrador.

Los ojos de Nelson se abrieron de par en par cuando agarró los artefactos y sus dedos rozaron la fría piedra. Utilizando la lupa, su mirada experta se desvió entre ellos, observando los intrincados símbolos grabados en sus superficies. Parecía estar profundamente

pensativo, con el ceño fruncido mientras su mente trataba de descifrar su significado.

—No son unas tablas mágicas normales, Kat —dijo al cabo de un momento. Dejó la lupa y me miró—. Están imbuidas de una magia poderosa. Los símbolos son antiguos, datan de hace siglos. —Nelson tenía la mirada fija en las tablas, con una expresión llena de curiosidad y reverencia—. No se parecen a nada que haya visto —murmuró, trazando las líneas con dedos llenos de asombro—. Parecen... encarnar la esencia misma del mundo sobrenatural. ¿Cómo las encontraste?

Dudé, separé los labios para hablar, pero volví a cerrarlos. La verdad era un juego peligroso, y no estaba segura de estar preparada para revelarla todavía. Pero si quería que Nelson ocultara esto, tenía que decírselo. Dash confiaba en este tipo. Tenía que creer que sabía lo que hacía cuando me dijo que las trajera aquí.

—Se las robé a Los Renegados.

La cara de Nelson cambió con ira.

—Grupo miserable y narcisista.

Sí. Me agradaba este tal Nelson.

El anciano se inclinó acercándose más y dijo:

—Dash lleva más de cien años controlado por ellos. He intentado liberarlo, pero es imposible.

—No es imposible. —Respiré hondo—. Él es libre.

El viejo me miraba como si me hubiera salido un tercer brazo de la frente.

—Pero... ¿cómo?

—Tomé su lugar.

Por un momento, Nelson no dijo nada. Volvió a mirarme del mismo modo extraño, como si no entendiera las palabras que salían de mi boca, como si le hablara en un idioma extranjero.

Finalmente, rompió el contacto visual y movió las manos sobre las tablas.

—Iban a usarlas. ¿Verdad? Esta noche, si tuviera que adivinar. En la Víspera de Halloween, cuando las energías del mundo espiritual están en su punto álgido. Una oportunidad perfecta para drenar esas energías y alimentar su magia oscura.

—Has acertado.

—Eso habría sido algo terrible. Estas tablas... —dijo, todavía trazando los antiguos símbolos con dedos reverentes—. Son la clave para desvelar algo mucho más siniestro de lo que podríamos imaginar.

Asentí solemnemente, moviéndome incómoda sobre mis pies.

—Eso parece.

La expresión de Nelson se endureció.

—Llevo mucho tiempo siguiendo al grupo. Sabiendo que se las

robaste, parece plausible que estuvieran planeando utilizar las tablas como un portal, un conducto para que las energías sobrenaturales desataran el caos en nuestro mundo.

Dejé escapar un suspiro.

—Definitivamente odio a esos tipos.

Nelson me dedicó una sonrisa.

—Yo también. —Devolvió las tablas al mostrador—. Los Renegados nunca las encontrarán.

—Esperaba que dijeras eso. ¿Puedes esconderlas? ¿Mantener sus energías ocultas para que Los Renegados no sepan dónde están? ¿Nunca?

Nelson asintió.

—Así es, querida Kat. Nunca volverán a ponerles sus manos encima, nunca deben hacerlo.

Miré las tablas. Me di cuenta de repente. No eran simples objetos inanimados. Eran armas, herramientas para el cambio. Para el poder. Y esta noche era la noche en que ese poder podría ser aprovechado. Y yo lo había impedido.

—Entonces, ¿cómo hacemos esto? —pregunté, mirando por encima del hombro para ver dónde podía esconder las tablas.

La risa de Nelson sonó como el repique de campanas, llena de picardía y poder. Juntó las manos con una palmada aguda y, de repente, el aire que nos rodeaba crepitó con magia. Se me pusieron los pelos de punta cuando una fuerza invisible me acarició la cara.

—¡Ot di vac, un ez sinium! —La voz de Nelson retumbó en un idioma que yo sabía que no era latín.

Las tablas empezaron a temblar y sus runas vibraron al unísono. Una brillante luz roja irradiaba de ellas, iluminando nuestros rostros con su ardiente resplandor. Seguidamente, apareció un destello cegador de luz blanca y, cuando por fin pude volver a ver, las tablas, antes grandes y voluminosas, se habían reducido al tamaño de cajas de fósforos.

—Puta mierda.

—Puta mierda. —Nelson se rio—. Me encanta esa expresión. —Agarró las ahora diminutas tablas y las colocó en algún lugar detrás del mostrador.

Tuve que cerrar la boca al darme cuenta de que seguía abierta.

—¿Y eso es todo? ¿Nunca los encontrarán?

—Así es. —Nelson sonrió con orgullo—. Kat, percibo tu incredulidad. Pero no te preocupes. Estas maravillas son mi especialidad. La transformación que presenciaste fue un hechizo para ocultar su esencia, haciéndolas casi invisibles al ojo inexperto. Ahora están a salvo.

Gracias al caldero. Me incliné sobre el mostrador.

—¿Eres brujo? —Aún no estaba segura de la energía que percibía de él. Me resultaba familiar, pero no recordaba dónde la había sentido.

Nelson me fulminó con la mirada.

—Soy lo que llamarías un cambión.

Mis labios se separaron.

—Como Dash. —Recordaba que Los Renegados usaban ese término cuando hablaban con él. Nunca lo llamaron Dash, sólo cambión.

—Así es —continuó el anciano—. Soy un medio demonio. Mi mamá es una bruja. Mi papá es un demonio. —Se rio como si esta información fuera un gran chiste.

Eso explicaba las vibraciones de brujo que percibía, y ahora que lo sabía, las de demonio, como las de Dash.

—Entonces, ustedes dos son como hermanos. —Nelson era probablemente mucho mayor, teniendo en cuenta su pelo blanco grisáceo y su piel envejecida.

Nelson sonrió, mostrando por primera vez algunos dientes que le faltaban.

—Me gustaría pensar que sí.

Le devolví la sonrisa y me di cuenta de lo bien que me sentía con Nelson. Había sido una gran decisión venir aquí. Dash había tenido razón. Nelson se encargaría de las tablas.

—¿Y dónde está Dash? —preguntó Nelson—. ¿Por qué no vino contigo?

—Está con su exesposa —refunfuñé.

—¿Rita?

Lo miré.

—¿La conoces?

Nelson hizo una mueca.

—Una tipa muy desagradable. ¿Por qué demonios iba a aguantarla otra vez? Él la odiaba. ¡Esa mujer demonio es una sanguijuela chupasangre!

Suspiré y me apoyé en el mostrador.

—Es una larga historia. Pero digamos que ella lo manipuló. Así que se quedará con ella.

—¿Por cuánto tiempo?

Encogí los hombros.

—No lo sé. —Sentí que se me oprimía el pecho ante aquella declaración. Para mantener a salvo a mi tía, Dash se mantendría alejado. Sabía que lo haría. No sabía qué le haría Rita, y no quería saberlo. La idea de ellos dos juntos me llenaba de rabia y asco.

—Bueno, eso es lamentable —dijo Nelson, con un tono lleno de desaprobación—. Dash es un amigo leal y un alma decente. No se merece eso.

—No lo merece. —No. Él me merecía a mí. Golpeé con los dedos la encimera—. No creo que Rita sea el tipo de persona que se merezca a nadie, la verdad.

—Se merece un hueco en el suelo —espetó Nelson.

—Sí. Quizás tengas razón.

—¿Pero qué podemos hacer? —Nelson negó con la cabeza, con la mirada distante—. A veces, la gente se deja embaucar en relaciones que no son buenas para ellos. Ocurre más a menudo de lo que pensamos.

No pude evitar soltar una amarga carcajada.

—Esa es la verdad.

Nelson suspiró.

—La vida es una amante cruel. Eso es seguro.

Me quedé mirando al medio demonio.

—Entonces, ¿cuánto tiempo has estado en Moonfell? —Tener a otro aliado como Nelson me ayudaría a deshacerme de Los Renegados. Perder a Dash fue un trago amargo, una pérdida de la que nunca me recuperaría. Pero Nelson era un número dos bastante decente. Y hasta ahora, pensaba que ambos disfrutábamos de la compañía del otro.

El cambión sonrió.

—Antes de que los caminos estuvieran pavimentados.

—Eh. Muchísimo tiempo. —Interesante. Eso significaba que tenía unos cuantos cientos de años de edad. Sí, Nelson era un activo valioso.

—¿Quieres un té? —preguntó—. Tengo una cocinita en la parte de atrás.

—Gracias, pero tengo que irme. Tengo que ver a mi tía. Está enferma y no quiero dejarla sola mucho tiempo. ¿Lo dejamos para otro día?

—Ah, sí. Es muy bueno que cuides de tu tía. —Me observó un momento—. ¿Cuál es su apellido?

—Lawless.

Nelson enarcó las cejas, como hacían todos al mencionar mi apellido.

—Eres una Lawless. Qué extraordinario.

Me reí.

—No del todo.

Metió las manos en el bol de caramelos que yo no había visto y se metió unos cuantos en la boca.

—Y tu tía debe de ser Luna —añadió en tono serio entre mascada y mascada.

—¿Conoces a mi tía?

Nelson sonrió.

—Así es. La pillé con sus amigas intentando robar una de mis muñecas. Entonces era mucho más joven que tú, pero tenía la misma

chispa salvaje en su espíritu.

Negué con la cabeza, riendo.

—¿Mi tía Luna? ¿Intentando robar? No me lo puedo creer. —Pero podía creerlo. Claro que sí.

Nelson me estaba cayendo muy bien, y lo veía como un abuelo, como el que nunca tuve.

—Nelson, ¿estaría bien si me paso de vez en cuando, tal vez por algún consejo? Ese tipo de cosas.

El cambión sonrió.

—Eso me haría muy feliz.

Le devolví la sonrisa.

—Gracias por tu ayuda esta noche. De verdad. Me salvaste el culo.

Nelson se rio.

—Si necesitas que te salven el culo otra vez, ya sabes dónde encontrarme.

Riendo, me aparté del mostrador y fui hacia la entrada de la tienda.

Cuando llegué a la puerta, la jalé, me detuve y me di la vuelta.

—Gracias de nuevo, Nelson.

La cara del cambión se dibujó en una amplia sonrisa dentada.

—Cuando quieras, Kat.

Con una sonrisa, cerré la puerta detrás de mí.

Me sentí más ligera al pisar la acera, el peso de las tablas había desaparecido de mi bandolero.

Las tablas estaban a salvo. Los Renegados no vendrían a buscarlas a casa de mi tía. Estaban escondidas para siempre.

Pero Fender Bender me había visto, y también mi madre. Uno de ellos se lo diría a mi padre, quien, a todos los efectos, era miembro de Los Renegados.

Relacionarían la desaparición de las tablas conmigo, aunque no tenían pruebas. Yo era su miembro más reciente y no era de fiar.

No tenía ni idea de lo que me harían.

Pensé que sólo tendría que esperar y ver.

CAPÍTULO 26

El sol brilla en lo alto del cielo, sus rayos caían en mi piel y me calentaban hasta la médula. Una suave brisa me acariciaba la cara y traía consigo un ligero olor a carne asada. No se veía ni una sola nube blanca en la interminable extensión de azul brillante que me cubría. Era el día perfecto para una barbacoa, una de las últimas tardes cálidas antes de que llegara el frío invierno.

Sin embargo, eso no me levantaría el ánimo.

Mis sentimientos por Dash, bueno, estaban profundamente enterrados, casi hasta el punto de la negación. Cuando llegué a casa anoche, todavía con la adrenalina por las nubes, encontré a mi tía profundamente dormida. A pesar de mis intentos por apartarlo de mi mente, sabía que pensar en Dash sólo me destrozaría. Ahora mismo, mi tía necesitaba que fuera fuerte, por si acaso Los Renegados decidían aparecer en nuestra puerta.

No lo hicieron. Al menos no anoche.

Había permanecido despierta prácticamente toda la noche, o mejor dicho, unas horas antes de que el sol de la mañana mostrara su brillante rostro.

Me levanté cuando estaba claro que no podría dormir y arrastré mi cuerpo de zombi escaleras abajo para prepararme una taza de café que tanto necesitaba.

Me había sentido mal, físicamente mal, por la pérdida de Dash, como si faltara una parte de mí.

No me había dado cuenta de lo mucho que significaba para mí... hasta que se lo llevaron.

—Ahí estás. Honestamente, Kat, estoy empezando a pensar que estás tratando de esconderte de nosotras.

Parpadeando rápidamente, me giré para ver a Annette marchando hacia mí con una copa de vino tinto en la mano y una sonrisa amistosa. Con las mejillas sonrosadas, los labios rojos y el pelo recogido en una coleta alta, tenía un aspecto estupendo. No pude ver ni una sola mancha en sus jeans ni en su top.

—Gracias. —Le acepté la copa de vino—. Gracias por invitarme. Esto es maravilloso. Las niñas parecen estar disfrutando. ¿Tuvieron un buen Halloween? —Ella y Elanor estaban de pie junto a su padre, que estaba haciendo su trabajo en la parrilla, con los ojos puestos en las jugosas hamburguesas de carne. Emma y Emily estaban lanzándole nieve a Cristina y su esposo, cuyo nombre no podía recordar por mi

vida. Estaban aplaudiendo y animando a las brujitas. Vi a Elsie tumbada en el suelo, con las extremidades agitadas en un intento de crear ángeles de nieve sobre la nieve cubierta de hierba. Me alegré de ver a Emily pasándola tan bien. Se lo merecía. Y por fin había empezado a usar su magia. Eso era muy buena señal.

—Así es —respondió Annette. Suspiró y añadió—: No sé qué harán con todos los caramelos que tienen.

—Se lo comerán todo. Créeme.

—Sí. Probablemente tengas razón.

Al beber un sorbo de vino, las ricas notas de uva y roble se deslizaron por mi lengua, distrayéndome momentáneamente del dolor que sentía en el pecho. La presencia de Annette era como una manta caliente en una noche fría, reconfortante y familiar. Me alegré de haber venido.

Annette siguió mi mirada, su sonrisa vaciló por un momento antes de recuperar la compostura.

—Son fuertes, mis niñas —dijo en voz baja—. Más fuertes de lo que creemos.

—Lo son. —Asentí, observando cómo Elanor jalaba a su papá por la manga con impaciencia, con los ojos brillantes de un hambre voraz. Aunque aún eran unas niñas, Emma y Emily ya habían sufrido mucho como brujas jóvenes. Pero viendo sus caras sonrientes, nunca se sabría que Emma había sido secuestrada y casi sacrificada o que Emily había invocado a un poderoso demonio buer que causó el caos en el pueblo.

Recorrí con la mirada el patio trasero de Annette. Tres grandes mesas plegables estaban repletas de deliciosa comida y una impresionante selección de bebidas alcohólicas. El aroma de la carne asada flotaba en el aire mientras Liam se ocupaba incansablemente de la parrilla. El ambiente estaba animado por una charla alegre y una música animada que emanaba de una pequeña corneta inalámbrica.

Mis ojos se posaron en Blake, su alta figura destacaba entre la multitud mientras le daba sorbos a una cerveza y entablaba una conversación con Tilly. Estaba absolutamente despampanante con sus ajustados skinny jeans, botines y una chaqueta corta de cuero negro que dejaba ver sus curvas rematada con un atrevido top rojo escotado. Pero el hombre lobo no parecía verla. Su mente estaba en otra parte.

—¿Tu tía no pudo venir? —preguntó Annette, un poco decepcionada.

—Hoy no se siente bien —le dije, lo cual era cierto—. Creo que está resfriada o algo así. —El rostro pálido de mi tía esta mañana, llenos de ojeras , casi me hizo llamar a Sonia Winter, la curandera local de Moonfell.

—Estoy bien. —Mi tía había desechado mi preocupación—. Sólo necesito descansar. Estaré bien en unos días. Deja de quejarte y

tráeme un café.

El hechizo de Rita había hecho estragos en mi tía. De hecho, parecía haber envejecido una década. Había que ser una persona realmente demente para infligirle semejante daño a alguien que ya estaba en sus años dorados.

Despreciaba a esa mujer demonio por lo que le había hecho a mi tía, a Dash y a mí. Cuando acabara con Los Renegados, me encargaría de Rita.

Pero otra amenaza más siniestra acechaba bajo la superficie, una que hacía palidecer las acciones de Rita.

Un oscuro secreto escondido en lo más profundo de la historia de mi familia, un secreto que podría desvelar todo lo que creía saber sobre mí misma.

Mi familia era parte de Los Renegados.

Era absurdo y parecía una broma de mal gusto. Le había ocultado esa noticia a mi tía. Se lo diría, pero no hasta que supiera que ya sentía mejor. Ese tipo de información podría provocarle un derrame cerebral. Necesitaba recuperar fuerzas. Después de eso, se lo diría.

—Bueno, me alegra mucho que hayas venido —continuó Annette, devolviéndome a sus pensamientos—. No creo que tengamos otro día cálido como este en noviembre.

—Probablemente no. —Miré hacia la casa de mi tía, al otro lado de la calle—. Lo que me recuerda que tengo que cuidar las flores y cortar el césped antes de que haga frío.

— Liam puede cortar el césped por ti. No hay problema.

—¿Seguro? Sería genial. —No creía que mi tía tuviera un cortacésped. Supuse que siempre le pagaba a alguien para que lo hiciera y luego dejó de hacerlo cuando se quedó sin dinero. Otra oleada de culpabilidad me golpeó. Si hubiera regresado a casa antes, podría haber ayudado.

Annette me hizo un gesto con la mano.

—Por supuesto. Creo que mañana cortará el nuestro, así que le diré que corte también el de tu tía.

—Gracias. Y avísame cuánto te deberé.

—Liam nunca aceptaría tu dinero —dijo Annette, mirando a su esposo mientras volteaba las hamburguesas de carne en un plato con una mirada de adoración—. No después de toda tu ayuda con Emma y Emily. Se sentiría insultado. Es una cosa de hombres lobo.

Era cosa de hombres.

—Bueno, esa no sería mi intención. Pero gracias.

Los ojos de Annette se centraron en mi rusane.

—¿Vas a contarme la historia de esa gargantilla?

Me quedé mirando a la bruja, sabiendo que tenía buenas intenciones. Era una verdadera amiga para mí. Aun así, no podía

contarle el trato que había hecho con los mismos que intentaron sacrificar a su hija mayor.

—Es una especie de talismán —empecé, recordando que después de la fiesta tendría que pedirle a mi tía que me ayudara a quitármelo si se animaba—. Para mantenerme a salvo. —Para mantenerme atrapada y para que mi magia estuviera bajo control, para eso era.

Los ojos de Annette se abrieron con intriga.

—¿Así que fue un regalo? ¿De Dash?

—Sí —mentí. Odiaba mentirle. Me sentía como oda una imbécil. Pero la verdad sólo empeoraría las cosas. Probablemente perdería su amistad si sabía que me había aliado con el grupo de magos que quería sacrificar a Emma.

—Lástima que esté por ahí escondido —dijo la bruja—. Me encantaría conocerlo bien. Que conozca a las niñas. Hacen una pareja encantadora. No sé cómo reaccionaría Blake al verlo, pero qué más da. Últimamente es un idiota.

—Mhmm. —Para todos, Dash seguía siendo un convicto fugado. Excepto para Annette, que parecía estar de acuerdo en que Dash no estaba involucrado con el grupo de Los Renegados. No cuando su información nos ayudó a salvar a Emma.

—Sabes, casi esperaba volver a ver a esa horrible Marita —dijo Annette, mirando por encima del hombro como si pensara que podría verla en el patio trasero, fumando sus cigarros.

—Se fue —le dije, sabiendo que Rita no volvería a aparecer por Moonfell. Había conseguido lo que quería y ahora se había ido para siempre—. Y no volverá.

Sin embargo, esto planteaba un nuevo problema. Buscaría a Rita. El único problema era que no sabía dónde vivía o dónde podría haber llevado a Dash. Tal vez Nelson lo sabría.

Pero incluso antes de empezar a planear mi venganza contra la malvada perra, tenía que encontrar la forma de eliminar el hechizo o maldición que le había echado a mi tía. Nos había hecho creer que era una «marca especial» de magia irrompible, pero no conocía las capacidades de mi tía. Y mi tía era la bruja con más conocimientos que conocía. Si alguien podía romper el hechizo de Rita, esa era mi tía Luna.

Además, no podía quedarme de brazos cruzados y dejar que mi tía sufriera bajo a causa de esa maldición por el resto de su vida. Y no confiaba en Rita. Sospechaba que la maldición era mucho peor de lo que ella decía. Mi instinto me decía que le había echado a mi tía algo aún más siniestro y malévolo, como una enfermedad mortal o algo que la cambiaría negativamente.

—¿Se fue? ¿En serio? —Los ojos de Annette se abrieron de par en par—. ¿Sabes lo que escribió en su informe al Grupo Merlín? ¿Perdiste

el contrato?

Negué con la cabeza, sintiéndome como una idiota al saber que Rita había estado jugando conmigo desde el principio.

—No lo perdí. No tenía nada contra mí. Una pérdida total de mi tiempo y del dinero del Grupo Merlín.

Annette suspiró.

—Bueno, eso es un alivio. Esa mujer le daba escalofríos a todo el mundo. Me alegro de no volver a ver a esa perra en mi pueblo.

Me reí.

—Era una verdadera perra. —Y peor que eso. Pensar en Rita me trajo pensamientos de Dash, y mi pecho se apretó un poco.

—¿Qué pasa? —Annette me miró a la cara—. Te ves triste. ¿Es por Dash? Siento mucho que se haya ido. Debe de ser duro para ti. Pero estoy segura de que volverá —añadió, aunque la incertidumbre en su voz decía lo contrario.

La verdad era que no creía que volvería a ver a Dash. Bueno, no hasta que me ocupara de Rita. Pero antes tenía asuntos más urgentes que atender.

—Estoy bien, de verdad —dije, tragando saliva.

La risa me llegó y dirigí mi atención hacia ella, encontrando a Tilly como su fuente. La hermosa bruja estaba frotando sus manos sobre los brazos de Blake, su cuerpo presionado contra el de él. Un hombre normal, de sangre caliente, estaría encantado con eso. Pero su cara estaba en dirección opuesta, y su cuerpo estaba rígido, para nada derritiéndose ante las caricias de Tilly.

—¿Qué le pasa? —pregunté, queriendo desviar la conversación de Dash—. No parece estar disfrutando de la fiesta ni de las atenciones de Tilly. —Siempre había parecido un poco ajeno a los constantes coqueteos de la despampanante bruja. Pero ahora parecía como si estuviera en una especie de extraño estupor que me hizo pensar en mi tía cuando estaba en su coma mágico.

—Ah, ¿no te has enterado de lo de Blake? —preguntó Annette con una voz que me sugirió que mantuviera la voz baja hasta un susurro.

Me incliné hacia adelante, curiosa.

—No. ¿Qué pasa con él?

Miré por encima del hombro, se giró hacia mí y me dijo en voz baja:

—Renunció al puesto de jefe.

—¿Qué? —Eso no me lo esperaba. Cuando lo había visto por la ventana del baño, parecía inflexible, incluso desesperado por conservar su trabajo.

—Sí —continuó Annette—. Y en realidad no dio ninguna razón. Sólo dijo que ya no quería el puesto. Eso es lo que me dijo Liam.

Mis ojos se fijaron en Blake. Por lo visto, la decisión de renunciar

no fue suya. El Consejo Gris lo había obligado a hacerlo. Y entonces me di cuenta de algo más. No había sido idea de Blake hacer trampa para llegar a ser el jefe de Moonfell. Eso fue idea del Consejo Gris.

Lo habían hecho así, hicieron trampa en las elecciones para que Blake fuera el jefe, y de esa manera, podrían controlarlo. Si controlaban al jefe, controlaban el condado.

Pero querían a Dash. Y Blake no pudo entregárselo, así que lo obligaron a renunciar, o habrían revelado cómo consiguió el puesto de jefe de policía. Supongo que Blake no quería sufrir esa humillación. No me sorprende.

—¿Y ahora qué? ¿Habrá una votación o algo para elegir al nuevo jefe? —Afortunadamente, Blake había mantenido en secreto lo de Emily ante el consejo. Marita, o mejor dicho, Rita, no había sido resultado del informe de Blake. Emily estaba a salvo.

Annette le dio un sorbo a su vino.

—No hace falta. Kolton se juramentó esta mañana como nuevo jefe de Moonfell. Al parecer, Blake lo solicitó. Y recuerdo que Kolton quedó segundo en las votaciones de hace cinco años. Tiene sentido que ocupe ese puesto.

—Así que Kolton es el nuevo jefe —musité, escudriñando esta nueva información.

—Así es.

Así que Blake, al final, hizo una buena acción. Pero seguía siendo despreciable por haber participado en eso. Esa posición había sido de Kolton, y él la había robado. Kolton lo sabía, o lo sospechaba. Y tenía razón.

Tenía que hablar con el dueño del Blue Demon.

—Escucha, tengo que irme —le dije, entregándole la copa de vino ya vacía—. Gracias por el vino.

Annette se limitó a sonreír.

—Gracias por venir exactamente *diez* minutos.

—Ja. Ja. Prometo quedarme más tiempo la próxima vez. —Me despedí con la mano y me fui a casa de mi tía. Quería ver a Kolton. Me alegraba por él. Debería haber sido jefe hace tantos años.

Y ahora las cosas iban a cambiar con él al mando. Kolton no era el tipo de hombre lobo que se dejaría convencer por el Consejo Gris. Apostaría mi vida en eso. Ahora que él era el jefe de nuestro condado, podríamos estar seguros de tener un líder honesto y confiable.

¿Sentía lástima por Blake?

No.

Sonriendo, crucé la calle, troté el resto del camino y me detuve justo antes de saltar al porche de la casa de mi tía.

Alguien ya estaba allí. Alguien, no. El jefe de Tombstone. Orik.

—Eh... esto es una sorpresa —dije, sabiendo en mis entrañas por

qué estaba aquí el jefe de las hadas oscuras y qué quería.

Orik salió del porche. Sus brazos y cuello estaban decorados con detalladas marcas tribales que parecían brillar tenuemente. Su mirada era intensa y concentrada, en agudo contraste con su sencilla gorra de béisbol gris. Su fuerte complexión se veía acentuada por su camiseta ajustada y sus jeans, que desprendían un aire de poder y control. Estaba claro que imponía respeto y miedo con su mera presencia.

Sabía que aparecería uno de estos días para exigir su «favor». Sólo que nunca esperé que fuera tan pronto. Un año habría estado bien.

—Hola, Katrina Lawless, cuánto tiempo sin verte —dijo el hada jefe, con un toque de risa en su tono.

Fruncí el ceño, sintiendo que la tensión me subía unos dígitos.

—Te vi la semana pasada.

Me miró fijamente. Sus ojos se desviaron hacia el rusane que tenía en el cuello. Si sabía lo que era, no lo mencionó.

—Estaba a punto de tocar el timbre, pero aquí estás.

—Aquí estoy. —No sé por qué acababa de repetir eso—. ¿Por qué estás aquí, Orik? —Yo sabía por qué. Simplemente no quería afrontarlo en este momento. Esperaba tomarme un vaso de cerveza con Kolton para charlar con él y brindar por su largamente añorado puesto de jefe.

Su sonrisa era fría.

—Ya sabes por qué. Estoy aquí para cobrar mi favor.

—Entonces... —Exhalé, dándome cuenta de lo sexual que sonaba, pero sabía que no lo era—. ¿Cuál es ese favor que quieres que te haga? —Sentí que me miraban. Cuando miré al otro lado de la calle, Annette, Christina e incluso Tilly estaban todas acurrucadas en el patio trasero de Annette, apoyándose pesadamente en la valla blanca que parecía que iba a derrumbarse bajo su peso y mirando fijamente en mi dirección.

—Mierda.

Orik se rio.

—¿Son amigas tuyas? —Cuando se acercó, sentí que su aura me envolvía como una niebla pesada. Mi corazón latía con fuerza, pero me negué a dejar que el miedo se reflejara en mi rostro. Sabía que no debía subestimar el inmenso poder de hada que corría por las venas de Orik.

—Vecinas. —Unas vecinas muy entrometidas, aparentemente. Me sorprendió que Tilly no se hubiera acercado para verle el culo a Orik. Incluso desde la distancia, cualquiera con buena vista podía ver que era muy guapo.

Incluso Blake estaba mirando hacia nosotros. No es que hiciera alguna diferencia. Podía mirar todo lo que quisiera. Ya no podía hacerme absolutamente nada.

—¿Y no te caen bien? —preguntó el hada jefe.

Sacudí la cabeza.

—La verdad es que no. Sólo estoy siendo educada. Ya sabes. Siendo una buena vecina y todo eso. —Cuanto menos supiera de mí, mejor—. Querías que robara un artefacto, ¿verdad? Recordé que lo había dicho y que requería mis talentos *especiales* para recuperarlo. No estaba segura si se refería a mi uso de la magia umbra, como había insinuado el hermano Algar, o a mis habilidades de investigación que había perfeccionado a lo largo de los años.

—Así es. —Un destello peligroso brilló en los ojos de Orik, y me sentí como si estuviera mirando la cara de un león de montaña, listo para abalanzarse sobre mi yugular—. Es algo de gran valor sentimental que necesito que recuperes.

Bueno. Podría hacerlo. Robar artefactos misteriosos parecía ser mi nuevo destino.

—¿Y qué es este artefacto? Mágico, ¿verdad? ¿Peligroso? ¿Mortal? ¿Todo lo anterior?

Me entregó un sobre de papel manila.

—Todo lo que necesitas saber está ahí.

Agarré el sobre.

—Muy 007 de tu parte.

Orik volvió a sonreír, sus facciones eran tan bonitas como peligrosas. No dejaría que su ardiente atractivo me engañara. El hada era un asesino. No era mi amigo.

Me metí el sobre bajo el brazo, sintiendo su volumen.

—¿Cuándo necesitas que empiece?

El rostro del hada se transformó en una férrea máscara de seriedad.

—Esta noche.

Por supuesto.

Pero no tenía elección. Había hecho un trato con un hada jefe. No había vuelta atrás.

Llevaba menos de un mes en Moonfell y ya había hecho tratos con un hada jefe oscuro y me había unido a Los Renegados. No sé lo que eso dice de mí.

—¿Y si no puedo conseguirte esto esta noche? —pregunté—. ¿Qué pasa entonces? —La imprevisibilidad venía con este tipo de trabajo. Para mí era crucial tener toda la información antes de proceder.

Orik me observaba, sus ojos brillaban con una intensidad sobrenatural que me heló la sangre. Una leve sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios, mostrando unos dientes afilados.

—Eso sería malo para ti.

—Pensé que dirías eso. —Golpeé el sobre bajo mi brazo—. Así que, una vez que haga esto por ti, estamos en paz. ¿Verdad? No te deberé más favores. ¿Verdad? —No iba a arriesgarme más con esta raza de

embaucadores. Necesitaba una respuesta clara y definitiva de su parte. Quería que lo dijera sin rodeos.

—Así es.

Eso me bastaba.

—Perfecto. —Supe entonces que cualquiera que fuera la tarea que me esperaba sería peligrosa e impredecible en el mundo de las hadas. Pero también era una bestia curiosa. La curiosidad por sí sola me habría impulsado a ir a buscar de todos modos. ¿Qué era ese objeto que el hada jefe quería que recuperara y que no haría él mismo o asignaría a uno de sus esbirros? ¿Y por qué no lo haría? Quizás porque no podía. Y ahí es donde entraba yo.

—Nos vemos, Katrina —dijo Orik mientras se alejaba.

—Sí, jefe. —Parecía que no iba a tener tiempo libre.

Con una última inclinación de cabeza, Orik se dio la vuelta y se alejó, con sus pesadas botas golpeando el pavimento a un ritmo constante. Podía sentir el poder y la fuerza que irradiaba, como una fuerza de la naturaleza en forma humana.

Lo vi caminar hacia un Ford Mustang negro de 1970, un muscle car clásico. Encajaba perfectamente con el hada.

Parecía que mis esperanzas de descansar de mi ajetreada vida se desvanecían rápidamente.

Como si percibiera mi decepción, Orik hizo una pausa y se volvió hacia mí.

—¿Y Katrina?

Levanté las cejas en interrogación, preguntándome qué más podría tener que decir.

—Esto queda entre nosotros —aconsejó, con voz de advertencia. Y se puso al volante. El motor del auto rugió estrepitosamente, dispuesto a arrasar con la carretera y dejarlo todo a su paso.

Vi cómo su auto desaparecía al final de la calle, dejándome a solas con mis pensamientos y la inminente incertidumbre de lo que estaba por venir.

Sabía que mi vida estaba a punto de dar otro giro.

Y no era para mejor.

No te pierdas el próximo libro de la serie Las Brujas de Moonfell.

LIBROS DE KIM RICHARDSON

SERIE LAS BRUJAS DE HOLLOW COVE

La Bruja de las Sombras

Hechizos de Medianoche

Noches Encantadas

Mojo Mágico

Maleficios Prácticos

Perversas Costumbres

SERIE SOMBRA Y LUZ

Caza Oscura

Vinculada A La Oscuridad

El Ascenso de la Oscuridad

El Regalo Oscuro

Maldición Oscura

Ángel Oscuro

Ataque Oscuro

SERIE GUARDIANES EL ALMA

Elemental

Horizonte

Inframundo

Seirs

Mortal

Segadores

Sellos

CRÓNICAS DEL HORIZONTE

Ladrón de Almas

El Alto Mando de la Oscuridad

Ciudad de Sombra y Llamas

El Señor de la Obscuridad

REINOS DIVIDIDOS

Doncella de Acero

Reina Bruja

Magia de Sangre

SERIE MÍSTICA

El Séptimo Sentido

La Nación Alfa

El Nexus

SOBRE LA AUTORA

Kim Richardson es una autora best-seller del *USA Today,* galardonada por sus libros de fantasía urbana, fantasía y por sus libros para adultos jóvenes. Vive en el este de Canadá con su marido, dos perros y un gato muy viejo. Los libros de Kim están disponibles en ediciones impresas, y con traducciones en más de siete idiomas.

Para saber más sobre Kim, visita:

www.kimrichardsonbooks.com